Isabel Rey-Stolle

FANTASMA

Cuando la realidad
se esconde en
la ficción.



FANTASMA

Isabel Rey-Stolle

Cuando la realidad
se esconde en
la ficción.

Título original: *Fantasma*

© 2026 Isabel Rey-Stolle Fernández

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Primera edición: mayo 2026

Diseño e ilustración de cubierta: Guillermo Baron Plana

Corrección del texto: Antonio Vileya Pérez

Maquetación: Isabel Rey-Stolle Fernández

Para mi primo Guille.

Y para Isa, allá donde esté.
Esta historia también es vuestra.

Y para todos los escritores y lectores perdidos
que a veces prefieren vivir entre las páginas de un libro.
Yo soy como vosotros.

PRÓLOGO

Mel era un fantasma. Llevaba años caminando con una sábana blanca sobre su cabeza. Y se había acostumbrado a esa sábana, a esa tela protectora que la separaba del resto. Al principio había sido un descanso, un escudo que apreciaba y defendía, que acogía con gusto y serenidad. Pero, desde hacía tiempo, esa tela le picaba, le escocía, le hacía respirar con dificultad. Y, a su corazón, le provocaba un latir discordante. Su mente parecía no funcionar correctamente, y un sentimiento lleno de ira comenzaba a aflorar en ella; antes tan pacífica, tan indiferente.

Mel se transformaba.

Ya no quería ser ese fantasma que embelesaba con palabras escondidas tras una sábana. Quería destaparse, mostrarse, desenmascarar al verdadero artífice de sus historias. No era solo un deseo, ahora era más que eso. Era una necesidad. Su cuerpo lo requería, lo ansiaba; tanto como una mamá loba necesita proteger a sus lobeznos.

Quería arrancarse la sábana, dejar de ser fantasma y convertirse en animal. Quería acunar a sus cachorros y gritarle al mundo entero que ella era su madre. Y, si tenía que morder, lo haría con colmillos afilados.

UN FANTASMA DELIRANTE

Mel se había pasado todo el día frente al ordenador, escribiendo una novela que jamás llevaría su nombre. Y ahora estaba cansada, con la cabeza hundida en unos personajes que odiaba profundamente. Los diálogos eran agonizantes; los pensamientos, planos, y el problema, insolvente. Pero a su dueño, o creador, le gustaba así. Y ella no podía hacer nada por remediarlo. Ese era el trato: Mel escribía lo que fuera que el cliente quisiera. Ella solo tenía que juntar las palabras y, de vez en cuando, desarrollar la trama para que la novela fluyera con sentido. Así que su trabajo consistía, simple y llanamente, en dar forma con palabras a las historias de otras personas.

Las suyas no valían lo suficiente. Lo había intentado, eso sí. Podía decir que hace años escribió dos novelas propias, que intentó en vano que las publicaran, pero finalmente se dio por vencida, sabiendo que ella jamás llegaría al mercado editorial. Todos aquellos que se dignaban a darle algún tipo de opinión, le decían lo mismo: «Escribes bien, pero la historia no es suficientemente buena», «No termina de enganchar», «No eres un perfil de autora rentable para la editorial», «A tu historia le falta un conflicto», «Sigue escribiendo».

«Sigue escribiendo», decían los muy cretinos. Como si en algún momento pudiese dejar de hacerlo. Escribir estaba en ella. Escribir era ella. Simplemente, no sabía hacer otra cosa.

Diez años después de eso, Mel había seguido escribiendo. Mucho. Un total de tres autobiografías (de otras personas); una novela de fantasía apocalíptica; cuatro *thrillers*, y dos romances (uno de ellos erótico-gótico). Y tres de esos trabajos habían llegado a estar entre los diez libros más vendidos durante semanas. Había escrito tres *bestsellers*. Tres. Y para una escritora que acababa de superar la treintena, eso estaba bastante bien. Eso era una jodida

maravilla, para ser sinceros. Una hazaña digna de ser contada, pero que debía silenciarse a toda costa.

A ella no le importaba. Amaba su trabajo y, de todas formas, siempre soñaba despierta. Si encima podía convertir eso en su modo de vida, estaba más que encantada de hacerlo. Al principio le dio pena que no fuese ella quien aparecía en las solapas de las cubiertas de aquellas novelas que había escrito ella, pero con el tiempo decidió que eso era más un impulso que un problema; lo que deseaba era que la gente la leyera, pero con su nombre, Carmela Rivas, sabía que no llegaría muy lejos. Se lo creyó. Porque solo era una escritora frustrada con un puñado de historias mediocres. En cambio, cuando se ponía en la piel de otra persona, se cubría la cabeza con una sábana y miraba la pantalla con ojos ajenos; sus historias y su forma de contarlas resultaban más atractivas de lo que Mel jamás hubiera imaginado. Aun así, Mel no era tonta y sabía que el nombre en la portada era un factor importante. Si era el de un famoso, las ventas, o al menos un mínimo de ellas, ya estaban aseguradas. Y eso es lo que ocurrió con sus tres *bestsellers* y las supuestas personas que los escribieron. Jimena Lore, una expolítica que tenía ganas de demostrarle al país que era más que una simple partidaria del aborto y de la lucha contra el cambio climático. Miguel Hidalgo, un *youtuber* de imaginación sorprendente que tenía demasiadas ideas y muy poco talento para escribirlas. Paola Delia, una modelo de ropa interior emparejada con un futbolista profesional y habitual objetivo de portadas en revistas del corazón. Todos famosos. Todos conocidos.

Quizá su manera de narrar era lo que menos importaba, al fin y al cabo. Quizá, si hubiesen sido ellos mismos los que se hubiesen atrevido a escribir, sus libros se hubiesen vendido igual. Lo que sí consiguieron, al menos, fue una buena crítica y no quedar en ridículo delante del mundo entero. Una crítica que iba dirigida a Mel, a su forma de relatar, de contar y de emocionar. Pero ahora eso daba igual, ese no debía ser su problema. Ella ya había firmado innumerables contratos de confidencialidad y sabía que su trabajo terminaba cuando entregaba el manuscrito y se veía obligada a borrar cualquier rastro de él en su ordenador y en sus libretas.

A ella la pagaban por escribir, no por dar la cara. Ella era el fantasma. Y eso sería. No sabía ser otra cosa.

Mel suspiró. Echó una ojeada a los numeritos de su ordenador que indicaban la hora y se sorprendió al ver que eran casi las cinco de la tarde. Iba a llegar tarde otra vez. Guardó el archivo, un acto tan natural para ella que apenas lo pensó, bajó la tapa del portátil, recogió sus pertenencias y salió de la biblioteca. Adoraba ese lugar. Era un edificio de ladrillo blanco situado frente al río y rodeado de árboles altos y frondosos que mantenían su imaginación a flote durante todo el proceso creativo. Llevaba años acudiendo allí y, por el momento, no pensaba dejar de hacerlo.

Tuvo que correr varios metros hasta llegar a la parada de autobús más cercana, lo cual fue incómodo teniendo en cuenta el ordenador balanceándose colgado al hombro y su mochila botando sobre la espalda. Además, tenía agujetas; los glúteos y las piernas le ardían a cada paso, más después de haber estado horas sentada en la misma posición. Ayer, presa de una frustración inigualable, había hecho doble sesión en el gimnasio; entre todas las flexiones, extensiones, *curls* y sentadillas que hizo, esa mañana le había resultado más complicado de lo habitual salir de la cama. Y es que… esa novela que estaba escribiendo la mantenía en un estado de decepción y desaliento constante.

El encargo de su cliente, un recién graduado en bellas artes, estaba resultando más complicado de lo que había esperado en un principio. Su idea era penosa, y la forma en la que él pretendía que Mel la escribiera, una patraña insulsa. Se sentía extraña escribiendo ciertas cosas que él le pedía; algunas ideas eran tan retorcidas que manchaban su moral con salpicaduras difíciles de limpiar. Y era en este tipo de trabajos en los que Mel se mordía la lengua y daba gracias por que su nombre, jamás, fuese a relacionarse con algo semejante. No estaba orgullosa, pero por suerte ya faltaba poco para que aquella tortura terminase, le pagaran y pudiera olvidarse de su cliente y su cruel historia para siempre. Solo un capítulo más y todo terminaría.

Se apoyó en la marquesina y sacó de su mochila la novela que estaba leyendo. Mel nunca se sentaba en los asientos, ni siquiera

mientras leía. Lo hacía de pie, apoyada con un hombro en el frío metal que mostraba los horarios y el número de los autobuses que pasaban por allí. Y normalmente nunca levantaba la vista del libro, excepto cuando pasaba él.

Era su sexto sentido. Si él estaba cerca, ella levantaba la cabeza de forma instintiva. Quizás era el ruido de su risa o la de sus hijos. Aunque no siempre reían; otras veces pasaban los tres charlando en un idioma que Mel desconocía, o en silencio, o él persiguiendo exhausto a sus dos torbellinos de pelo color canela, que iban delante, en bicicleta, demasiado inocentes para entender las consecuencias de los accidentes de tráfico.

Cuando eso último ocurría, incluso Mel se tensaba un poco. Su mirada pasaba de él a los niños, por si tenía que rescatar a alguno de un choque inminente contra un vehículo. A veces lo pensaba. Se imaginaba que uno de los niños se desviaba de su ruta y se precipitaba hacia la carretera justo en el momento en el que se acercaba un coche a toda velocidad. En ese momento, Mel tiraría el libro, la mochila y todas sus pertenencias y se abalanzaría hacia el crío, tirando de su abrigo hasta obligarlo a parar bruscamente, salvándole de una desgracia irremediable. Y ese acto, por horrible que fuera pensarlo, siempre la llevaría a lo que ella más deseaba: hablar con él. Él. A falta de un nombre, el pronombre en tercera persona del singular era lo que más se adecuaba para referirse a aquel hombre. Él era pronombre y nombre postizo, protésico, distinguible. En cuanto Mel salvase a su hijo e intercambiara unas palabras con Él, a sus ojos ella ya no sería una extraña más. Después de eso, podría permitirse sonreírle a modo de saludo cada vez que lo viera, quizá incluso hacer un gesto de cabeza o levantar una mano diciéndole hola. Ese acto de salvación significaría el inicio de algo. Algo que nunca llegaría a consolidarse. Pero algo, al fin y al cabo.

Y, como cada día, ahí estaba Él. A las cinco y once minutos esta vez, junto a sus dos chiquillos, los cuales parecían cansados pero felices tras un día jugando en el colegio. A esas edades, los niños aún juegan, no se ven obligados a pasarse la tarde con tareas que al día siguiente un profesor se encarga de verificar que están

hechas. No. A esas edades, el problema fundamental de estos niños es si esa tarde, para merendar, su padre les va a preparar bocadillo de chocolate o si les dará un simple y aburrido plátano.

Mel llevaba cruzándose con Él mucho tiempo. Un año y siete meses, de lunes a viernes, entre las cinco y las cinco y cuarto de la tarde, mientras esperaba, o se encaminaba, o llegaba, a la parada de autobús frente al colegio de esos niños. Lo veía cada día, en distintas situaciones, con diferente vestuario, solo o acompañado por alguien o *álguienes* . Daba igual. Él siempre estaba. O casi siempre. Y cada mañana (nunca lo admitiría en voz alta), Mel se peinaba y se vestía sabiendo que lo vería aquella tarde. Era estúpido, ella lo sabía. Seguramente, este padre vivía felizmente casado con una mujer preciosa y listísima con un trabajo importante, de esos en los que no te dejan salir antes de las cinco para recoger a tus hijos del colegio. Pero Mel, aun así, a veces se permitía pensar cómo sería mirarlo sin remordimientos y sin tener que apartar la mirada cada vez que Él girase la cabeza en su dirección. Cómo sería mirarlo sin disimulo. Cómo sería su voz diciendo su nombre, sus labios uniéndose para pronunciar una eme deliberada y su lengua haciendo buen uso de la letra ele, saboreando cada una de las letras en su boca. Cómo sería su propia voz diciendo el suyo, fuera el que fuese. Era estúpido pensar tal cosa. Porque a pesar de ansiar verle cada tarde, después, cuando Él giraba hacia otra calle y desaparecía de su vista, a ella se le instalaba en el pecho una pesadez inusual, como una pegatina dolorosa que resulta difícil de despegar. Se adhería con demasiada fuerza y se convertía en un anhelo imposible, dolorosamente mantenido hasta entrada la noche, cuando sus ojos se cerraban y su mente deambulaba en torno a un hombre de ojos claros y barbilla partida en dos. Un hombre que adoraba los chalecos acolchados, los gorros de lana y las gafas de sol de colores. Uno que se acurrucaba a su lado y le decía cosas al oído. Cosas bonitas, indecentes, inconcebibles… Imposibles. Una historia que solo podía terminar en tragedia, que es la de ella sufriendo por conocer a un hombre no disponible. Así que Mel, a pesar de saber que era estúpido peinarse pensando en Él por las mañanas, lo hacía igualmente. Sin saber por qué.

El hombre giró y desapareció en la esquina por la que se pierde cada día. Mel se quedó absorta mirando hacia esa diagonal en la que Él dejaba de ser una realidad y pasaba a ser un recuerdo, un sueño o una pesadilla.

El autobús 656, que recorre el barrio de Mel, llegó instantes después, como si el mundo supiera que sería mejor que dejara de pensar esas cosas y volviera a su vida, muy real y muy aburrida. Subió y se apiñó en la zona más aislada que encontró, pegó la frente al cristal y pasaron unos minutos hasta que volvió a coger el libro para olvidar ese recuerdo, o ese sueño, o esa pesadilla. Porque había tantas cosas que Mel quería olvidar y tantas que se mantenían en su cabeza…

Ojalá olvidara a ese hombre que le encantaba sin entender por qué. Ella siempre había aborrecido los chalecos; cuando pensaba en Él, sin embargo, se le hacía difícil imaginarlo con otra ropa. Y ahora Mel buscaba su chaleco acolchado en cualquier parte; daba igual el lugar o la hora del día. Pero, por encima de Él y de esa prenda terrorífica, lo que más deseaba Mel era olvidar todas esas palabras que habían salido de su cabeza para terminar en la boca de otros. Ojalá pudiera. Porque, aunque lo negara, cada novela que había escrito era una herida abierta. Y las heridas abiertas sangran.

UNA CHICA DE MODA

Él no dijo nada, ni siquiera giró la cabeza en su dirección cuando ella se sentó al lado. Pero, por el rabillo del ojo, no perdió detalle de cómo, con suma lentitud, ella se quitaba los zapatos, el vendaje improvisado, los calcetines y cómo se remangaba muy despacio los pantalones, hasta dejarlos por la mitad del muslo. Hizo todo lo posible por centrar la vista en el agua, que se mecía suavemente, creando olas minúsculas que le besaban los dedos de los pies. Entonces, un gemido le obligó a mirar y observó el espectáculo que estaba tratando de ignorar. ¿Cuándo unas piernas le habían turbado tanto? No eran nada más que piernas; sus rodillas tenían pequeñas cicatrices blancas, y atisbó alguna más en las espinillas. Eran simples piernas, delgadas y esbeltas, pero piernas como otras muchas que había visto, que había tocado. Sin embargo, estas le perturbaban como si en lugar de simples piernas fueran las causantes de que el mundo comenzara a girar en la dirección contraria.

Una vibración perturbó el silencio que los rodeaba. Ambos se miraron, desconcertados. ¿Una llamada? ¿En la Edad Media?

Mel resopló, cerró el libro y se estiró en su asiento para coger el móvil, dentro de uno de los bolsillos de su pantalón. Cuando miró la pantalla, sonrió. Si su agente la llamaba es que tenía buenas noticias para ella.

—Hola, Vicky, ¿qué tal estás?

—Hola, Mel, cariño. Bien. Mira, tengo un trabajo para ti. Es grande y ambicioso y, si lo haces bien, que sé que sí —soltó una risita—, puedes contar con otro éxito a tus espaldas, cariño.

—¿Conozco a la persona?

—Pues eso espero, cariño, porque es la *bookstagrammer* más de moda hoy en día. Fantastic Abby, ¿te suena?

¿Que si le sonaba? Todo el mundo conocía a Abby, al menos todo el mundo dentro de la burbuja que es el mundo de la lectura,

las editoriales, los libros, las reseñas… No solo era famosa en España, también había captado la atención de parte de Hispanoamérica y, actualmente, contaba con un millón y medio de seguidores en redes sociales, en las cuales hablaba única y exclusivamente de libros. Sí, libros. Esa tal Abby leía mucho, y eso, unido a su belleza y al desparpajo que mostraba frente a la cámara, era una garantía de reproducciones y visualizaciones. Hablaba con pasión de aquellos libros que leía, hacía recomendaciones según los gustos de los lectores y creaba contenido interesantísimo que a Mel la mantenía pegada a la pantalla del móvil más tiempo del que le gustaría reconocer. Pero lo que la diferencia de otras *bookstagrammers* es que no fallaba una con sus reseñas de novelas de fantasía romántica. De hecho, el libro que ahora descansaba sobre sus piernas doloridas lo había comprado siguiendo una de sus recomendaciones. Mel leía de todo: narrativa, suspense, histórica, clásicos, romance, fantasía… Lo creía conveniente teniendo en cuenta que, en cualquier momento, podrían pedirle escribir cualquiera de esos géneros. Sin embargo, la fantasía romántica era su placer culpable.

Aún con la boca seca, Mel contestó:

—Sí que la conozco.

—Maravilloso. He concertado una reunión para el lunes. A las nueve en mi oficina, cariño. No me falles y ponte guapa, hay mucho que celebrar.

Y colgó. Muy típico de Vicky; darle una noticia así y colgar después.

Mel reconoció una calle al otro lado del cristal del autobús y tuvo que sacudir la cabeza para centrarse. El flequillo se le despeinó, pero a ella no podía importarle menos. Fantastic Abby quería escribir un libro y había contactado con una agencia de escritores fantasma para que alguien lo hiciera por ella. Seguramente cientos de miles de personas leerían esa novela. Cientos de miles de ojos recorrerían las mismas palabras que ella escribiría y cientos de miles se emocionarían con su historia. Ella, Mel, se convertiría en Fantastic Abby para escribir su libro.

Prefirió ignorar la decepción de saber que aquella mujer, que parecía inteligente, perfecta y con capacidad de sobra para juntar palabras y crear frases conexas, acudía en secreto a los fantasmas. La red de mentiras se expandía y aumentaba, y ella era uno de los minúsculos hilos que la componían. Mel formaba parte de ese gurruño de secretos e hipocresía y no podía hacer otra cosa que no fuera hacer equilibrio entre aquellos hilos entrelazados.

Aún no se lo creía cuando llegó a su parada. Como cada viernes desde hacía años, vio a lo lejos a sus dos amigas, sentadas en el bar de siempre y en la mesa de siempre. Se dirigió hacia ellas con la mente puesta en un futuro que, sin saberlo, estaba a un hilo de enredarse por completo.

Esa misma noche no durmió. Después de haber pasado con Blanca y Ana la tarde, en la que las noticias más destacadas fueron un dolor persistente en el hombro de la primera y dos nuevas adquisiciones con tacón de aguja de la segunda, volvió a casa con ganas de renovarse. Necesitaba terminar la novela del artista veinteañero y se puso a trabajar. Solo le quedaba un capítulo: el ansiado final. Uno que no tuvo que pensar, porque el chico ya le había especificado qué tenía que pasar y cómo.

A las cuatro de la mañana terminó. Estaba agotada, pero satisfecha. Ahora podía olvidarse de esa historia y comenzar una nueva. Una que leerían miles. Y miles. Y más miles.

Esto era grande. Y estaba preparada.

UNAS IDEAS MUY CONFIDENCIALES

El lunes a las nueve menos cinco, Mel ya estaba sentada a la mesa de reuniones de la oficina de Vicky. Frente a ella estaba su agente, que ojeaba por décima vez las bases del contrato que el abogado de Abby le había ofrecido. No era muy distinto a los demás contratos que ya había firmado. A partir de ahora ella perdía su nombre y pasaba a ser «el escritor», así como Fantastic Abby perdía el suyo (Mel había descubierto que era Beatriz García) y pasaba a ser «el cliente». Había muchas referencias a la confidencialidad del trabajo, especialmente en el punto tres, que indicaba las obligaciones del escritor: absoluta confidencialidad con toda la información recibida; a no divulgar, reproducir, compartir o utilizar la información confidencial para fines personales o de terceros; a devolver o destruir cualquier material confidencial a término del presente contrato; a limitar el acceso a la información confidencial únicamente a aquellas personas autorizadas por el cliente; a abstenerse de revelar, directa o indirectamente, que ha sido el escritor fantasma de la obra o que el cliente ha recurrido a sus servicios para su elaboración…

Lo mismo que en todos los otros contratos, solo que añadiendo además que «en el caso de que el escritor incumpla con alguna de las obligaciones estipuladas en el contrato, podrá ser responsable por daños y perjuicios causados al cliente sin perjuicio de otras acciones legales que correspondan». Es decir, si a Mel le daba por irse de la lengua más de lo debido, Abby podría demandarla brutalmente, lo cual la llevaría al desastre. Una suerte que no se le pasara por la cabeza hacer tal cosa.

La puerta se abrió y pasaron dos personas. Abby era una de ellas. Era más guapa en persona que en los vídeos. Tenía el pelo recogido en una coleta alta y sus pestañas eran negras y largas como patas de araña. Vestía un traje azul oscuro con rayas blancas y

unos zapatos púrpuras a juego con sus labios. Mel, en cambio, vestía un pantalón verde militar de pinzas, una blusa negra de Zara, que tenía volantes desde el cuello hasta las mangas, y el pelo, que le llegaba por los hombros, suelto y un tanto despeinado. Su flequillo esa mañana había decidido ir por libre, sin posibilidad de ser domado; así que se rindió al hecho de que ella no era una figura pública, y lo mismo daba si llevaba el flequillo recto o apuntando en direcciones diversas. Cuando se sentaron una frente a la otra, Abby le ofreció una escueta sonrisa y se centró en el hombre que la acompañaba, de traje impoluto y corbata sosa pero elegante.

—¿Has incluido el punto que te dije ayer? —preguntó.

—Sí, está todo —contestó él.

—Bien, pues firmemos, entonces.

Abby cogió el papel que le tendía Vicky y firmó cada una de las páginas. Lo mismo hizo Mel con el que le correspondía, luego se los intercambiaron para volver a firmar en los papeles de la otra. En cuanto todo estaba legalizado, el hombre le tendió a Mel un papel lleno de datos. Tardó en advertir que se trataba de la mitad de la suma que habían estipulado, directa a su cuenta bancaria. Cuando terminara la novela, le abonarían la otra mitad restante.

—Gracias —dijo Mel con la vista fija en el número de cinco cifras.

Ya podía no pifiarla, ni cagarla, ni meter la pata. Ese pensamiento buscó un hueco en su mente para ser persistente y martirizarla cada vez que pensaba en ese dinero y en su significado; esa cantidad no solo era un acicate económico, sino también una clara amenaza para que cumpliera con su trabajo. Pifiarla, cagarla o meter la pata no eran una opción.

—Maravilloso. Pues todo arreglado, entonces. Mel, cariño, si a Abby le parece bien, podríais quedaros aquí para hablar de la novela. No hay lugar más privado que este. Pediré que os traigan algo de beber; poneos cómodas y hablad mucho. Estoy segura de que Mel estará deseando escuchar tus ideas para empezar a trabajar cuanto antes —dijo Vicky mirando a Abby—. El tiempo es oro, chicas, y no hay que malgastarlo en tonterías.

—Por mí estupendo —contestó Abby haciéndole un gesto al hombre para que se marchara.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó Mel.

Ella sabía por experiencia que a Vicky no le entusiasmaba que esa sala se utilizara para reuniones privadas.

—¿Por qué me iba a importar? Venga, venga, nosotros nos vamos —dijo empujando al abogado fuera de la salita—. Y vosotras poneos a trabajar, tenéis una novela que inventar.

Les guiñó un ojo antes de cerrar la puerta.

Ambas chicas se quedaron solas. Mel se giró hacia la *influencer*.

—Bueno, pues… ¿qué tienes en mente?

Abby sonrió y su cara, por un breve instante, pareció iluminarse: un pequeño recordatorio de la pasión que transmitía cuando hablaba de libros en sus redes sociales. Mel se fijó en ella; era joven. Según su documento de identidad, el cual acababa de ver fotocopiado en el contrato, tan solo tenía veinte años. Era una niña aparentando ser adulta. Una niña que ya tenía millones de seguidores y tantos dígitos en su cuenta bancaria que no le importaba gastarse una suma escandalosa en una novela que, muy probablemente, no pasaría de las diez más vendidas durante unos meses.

Estuvieron hablando durante horas.

Abby lo tenía claro; quería un *romantasy* lleno de clichés: proximidad forzada, *enemies to lovers*, *slow burn*, él se enamora primero, parejas destinadas a amarse incondicionalmente, mucho *spicy*, ella una humana normalita y él un fae musculoso e imposiblemente guapo, enfrentamiento con monstruos, dragones o seres extraños. Y tenía que ser autoconclusivo, por supuesto, no fuera a ser que tuviera que contratarla de nuevo para un segundo o tercer libro.

Le habló de novelas parecidas a la idea que tenía. Mel ya había leído o visto en las redes de Abby muchas de ellas. La mayoría habían tenido una enorme campaña de *marketing* detrás, habían salido en todos lados y las librerías los anunciaban como si fuera la última película protagonizada por Will Smith. Ninguno de esos libros

que le dijo Abby era desconocido o había pasado desapercibido entre los muchos que salen cada mes del mismo género. Eso le dio más pistas de lo que quería que cualquier otra cosa.

—¿Y qué idea tienes para la trama?

—¿La trama no la inventas tú? —Abby abrió mucho los ojos, sorprendida.

Mel se aclaró la garganta.

—Hasta cierto punto. Los clientes suelen darme una idea general de lo que quieren que pase en el libro, ya sabes, algo de lo que poder partir.

Abby pareció meditar algo, luego resopló.

—No se me ha ocurrido nada que pueda ser original o distinto —sopesó—, todas las ideas que se me ocurren están basadas en otros libros que ya he leído.

Mel se echó hacia atrás en la silla.

—Eso es normal. No pienses que vas a ser original, ni siquiera que voy a serlo yo. —Mel sonrió apretando los labios y negando con la cabeza—. ¿Sabes cuántas adaptaciones de *La Cenicienta* se han escrito? Existen miles de variaciones sobre ella, en cada cultura y cada lengua. Y ninguna de ellas es original, porque todas parten de una misma raíz. En cambio, la forma de contarlo sí puede llegar a serlo. Es ahí donde los autores consiguen su originalidad, en la forma de contar una historia que ya ha sido contada miles de veces antes. Así que tú dime qué quieres contar, y yo buscaré la manera de hacerlo diferente.

Abby se mordía la cara interna de las mejillas. Luego se removió en su asiento, irguió la espalda y asintió con decisión.

—Había pensado en algo…

—Cuéntamelo —la alentó ella.

Abby dio un sorbito a su vaso de agua y luego se metió un chicle en la boca. Mientras mascaba, le contó su idea:

—El libro podría comenzar aquí, en nuestro mundo, y luego pasar al de los faes o inmortales. Quizá una humana encuentra un portal secreto, entra y termina atrapada en aquel mundo tan distinto. Lo malo es que ese portal es de un solo sentido y, para

volver a la Tierra, necesitará la ayuda de alguien, seguramente del fae cachondo del que luego se enamora perdidamente y blablablá.

Mel apretó los dientes. ¿Tenía que suponer el significado de «blablablá»? Porque ese batiburrillo de bes y aes y eles abarcaba infinitas posibilidades, y Mel necesitaba más información de la que Abby parecía estar dispuesta a darle. Cerró los ojos y se presionó los párpados con los dedos, pensando.

—En primer lugar, ¿cómo y por qué encuentra el portal la humana? —preguntó.

—Ni idea.

—Vale… —Siguió pensando—. ¿Y qué mueve al fae a ayudar a la humana? Necesita un motivo de peso para hacerlo.

—No lo sé —dijo mascando con la boca abierta.

Mel se escurría por la silla a medida que su optimismo inicial se esfumaba. Porque, si Abby no le daba la idea, tendría que buscarla ella. Y todos sabían lo mal que había terminado eso antes. De todas formas, se aferró a un hilillo de esperanza.

—¿Y qué habías pensado para el final?

—¡Ah! El final… —Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su cara—. Había pensado en hacer algo distinto. Normalmente, en los libros a la humana siempre le pasa algo para que se vuelva inmortal: se mete dentro de un caldero mágico, la muerde un vampiro, le pasan magia… Yo qué sé, esas cosas. Yo quiero que sea el fae quien deje de ser inmortal por ella. O algo así. El caso es que los dos vivan una vida corta, pero muy romántica.

—Como Arwen —soltó sin pensar.

—¿Quién?

—Arwen, la elfa de *El señor de los anillos* que renuncia a su inmortalidad por pasar una vida junto a Aragorn.

—Me quiere sonar.

Mel soltó una carcajada. Una que era más de incredulidad que de gracia. «¿Me quiere sonar?». Estaba hablando con una mujer que supuestamente había leído cientos de libros de fantasía y decía que le quería sonar la elfa más famosa de la historia de una de las historias más famosas de toda la historia escrita por el autor más famoso de fantasía de toda la historia.

—¿Alguna idea más que quieras compartir conmigo? ¿Nombres de los protagonistas, forma de ser, de actuar, de hablar, de vestir…?

—Ninguna. Tienes absoluta y total libertad. Si luego no me gusta, lo cambiamos. —«Total libertad». Abby debió notar cierta inquietud en la expresión de la escritora fantasma, porque después añadió—: Escucha, vamos a dejar ciertas cosas claras. A mí me encanta leer, pero no tengo ni idea de cómo escribir bien. Y, créeme, lo intenté antes de llegar a esto. —Señaló los papeles recién firmados a un lado de la mesa y luego hizo un globito con el chicle, que explotó con un ruido sordo en la sala casi vacía—. Así que tú limítate a crear una historia que venda; ya solo con mi nombre en la portada habrá decenas de editoriales dispuestas a publicarla. Tú solo escribe y yo me encargaré de que el mundo se crea que la he escrito yo.

La reunión terminó.

Mel llegó a su casa, se tumbó en el sofá y comenzó a darle vueltas a una trama carente de sustancia que debía condimentar de manera original y acertada. Echó un vistazo al reloj de muñeca que había decidido ponerse esa mañana. Eran las tres de la tarde, estaba famélica y muerta de sueño.

Hoy no vería al hombre del chaleco acolchado.

Se acomodó bajo los cojines abultados, de esos repletos de plumas de pájaro muerto que se amoldan perfectamente a la posición de un cuerpo, y se dijo que mañana; que lo vería mañana.

UN COMIENZO ANTINATURAL

Llevaba toda la semana trabajando y seguía sin tener una trama. Solo tenía dos ideas claras, las que le había propuesto Abby: la primera, la protagonista era una humana que encontraba un portal hacia otro mundo; la segunda, en ese otro mundo debía encontrar a alguien que le ayudara a volver al suyo.

Había llenado hojas y hojas de anotaciones absurdas sin encontrar un gancho que le gustara lo suficiente. Y es que lo suyo no eran las buenas ideas, precisamente. Cada tarde volvía a casa derrotada, se ceñía la ropa de deporte y se dirigía al gimnasio con la esperanza de que el ejercicio físico le despertara los sentidos. Pero entre la máquina de remo, las planchas en la esterilla y los cambios de ritmo en la cinta, sus pensamientos lidiaban con todo a excepción de lo verdaderamente importante. Que si sus zapatillas de correr eran demasiado viejas, que si tenía que pasar por el supermercado a comprar leche, que si llevaba más de tres días sin hablar con sus padres, que si Blanca habría ido al médico, que si este verano podría escaparse a la playa, que si el hombre del chaleco podría llamarse John o Jake, o quizá Jason… El sonido de la jota le gustaba y, como había dado por hecho que era extranjero, podría también imaginar que su nombre empezaba por esa letra. El caso es que ella pensaba y pensaba, pero no se centraba. Sus pensamientos viajaban de un lado a otro sin descanso; hacían que a cada segundo se imaginara cosas que no estaban pasando en realidad y, en cambio, no era capaz de crear una trama coherente para la novela. Necesitaba encontrar la Razón, esa que motiva al protagonista para hacer tal o cual cosa; en este caso, entrar en un portal desconocido. Pero con buscar una sola razón no es suficiente, porque había otra razón que era clave; la razón de por qué un fae cualquiera decide ayudar a una humana cualquiera a volver a su mundo. Y como ella sabía que nadie, ni siquiera las criaturas de otro mundo, hacen algo sin recibir

nada a cambio, ¿qué podría ofrecerle una humana a alguien inmortal para obtener su ayuda? Mel resopló y su flequillo bailó con esa exhalación.

Recogió sus cosas y salió de la biblioteca como cada día. Era viernes y tocaba ver a sus amigas. Esperó en la parada, sacó su libro y aguardó a que Él apareciera. Pero ese día Él no pasó por allí. El autobús llegó y Mel se arrebujó en el único asiento libre que encontró, en primera fila, justo detrás del conductor. ¿Es que ese día iba a salir todo mal? Un vacío se le instaló bajo las costillas; le hubiera gustado ver a John, Jake o Jason. Era decepcionante no haberlo visto. Tres días sin verle era demasiado. Esperar al lunes era demasiado. Y, sin embargo, ¿qué otra posibilidad tenía que no fuera esperar?

Cuando bajó del autobús y se dirigió hacia el bar de siempre y la mesa de siempre, sus amigas ya estaban esperándola.

—Llegas tarde, Carmela.

Blanca la saludó con una sonrisa. Un hoyuelo se le formó en el moflete derecho que, en conjunción con una sonrisa preciosa, hacían que su amiga pareciese un faro en la noche más oscura.

—Díselo a mi chófer. Hoy ha decidido demorarse más de lo habitual en cada parada —se excusó.

—Podrías ir en coche, ¿sabes? —dijo Ana.

Eso era habitual en ellas. Jamás se saludaban de manera normal. Ni siquiera se abrazaban o se daban un beso, simplemente comenzaban a hablar como si nunca hubiesen dejado de hacerlo.

—No es mi estilo.

—Tienes más dinero que cualquiera de nosotras, no creo que la gasolina sea un problema para ti, amiga.

—La polución es un problema por el que vale la pena luchar, amiga —contestó ella guiñándole un ojo. Luego tomó asiento entre las dos, dejando todos sus bártulos entre el suelo y el regazo.

—Las tres sabemos que te importa una mierda la polución —replicó Ana de nuevo.

Mel soltó una carcajada.

—Ana, le estoy haciendo un favor al cambio climático, relájate.

Pasaron un rato debatiendo entre bromas. Mel pidió un refresco y una tostada con tomate y devoró la merienda mientras escuchaban a Ana quejarse de que le habían vendido un bolso defectuoso en una tienda muy cara y muy de marca. A su vez, echaba ojeadas indiscretas a Blanca, que no paraba de juguetear con un papelito entre los dedos y movía las piernas con nerviosismo por debajo de la mesa.

Mel estiró el brazo y le cogió la mano.

—¿Estás bien?

Su amiga abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Sí, sí. Bueno, no lo sé. Tengo algo que contaros.

Ana y Mel se quedaron en silencio, expectantes y a la vez confusas. La vida de Blanca era monótona, tranquila. Normalmente no había novedades. Llevaba casada con Nico unos dos años, trabajaba en la misma papelería desde que salió de la universidad y su plan de los fines de semana era dar paseos por la montaña o ir al cine con su marido.

—¿Es por el hombro? ¿Fuiste al médico?

Blanca asintió. Llevaba sufriendo unos dolores en el hombro izquierdo desde hacía unos meses; sería una contractura, o una mala posición al dormir, o coger demasiado peso, quizá un golpe… Pero ese dolor parecía hacerse cada día más intenso y, la semana pasada, casi no podía mover el brazo. Mel llevaba preocupada desde entonces. Vio cómo su amiga se tocaba el antebrazo con la mano derecha, masajeándolo de manera inconsciente y ejerciendo tanta presión que la piel se le estaba tiñendo de rosa fucsia. El miedo comenzó a aflorar y, cuando Blanca abrió la boca y les contó que le habían detectado un osteosarcoma en estado cuatro que se había extendido al pulmón, la vida de Mel entró en pausa. Como si hubieran apretado un botón con el que el corazón deja de latir; la mente, de pensar, y los sentidos, de funcionar.

El faro dejó de iluminar y el mundo se volvió negro de repente.

Ese fin de semana casi no comió, casi no durmió y casi no se limpió. Su vida se centró en meterse en la cama y beberse cada letra de la

información que encontró sobre la enfermedad de Blanca. Sobre el cáncer.

Solo decir esa palabra le provocaba arcadas. No podía estar pasando. Blanca tenía veintinueve años. ¡Veintinueve putos años! Pero tenían que mantenerse positivas; ella saldría de esa. Lo conseguiría. No podía haber otra opción posible. Ese hoyuelo en su mejilla al sonreír y ese pelazo ondulado del color de la nuez moscada debían seguir iluminando el mundo. Por desgracia, todo lo que encontraba era deprimente, desalentador. Era todo aquello que no quería encontrar, a lo que no quería enfrentarse.

El domingo por la tarde Mel llamó a sus padres, que fueron a casa a llevarle comida caliente. Su madre se metió con ella en la cama mientras su padre se quedó sentado en el sillón que tenía al lado, el cual servía exclusivamente para apilar ropa sucia. Ahora esa ropa sucia estaba dando vueltas en la lavadora por cortesía de su madre. Vueltas. La vida seguía. Ella tenía que seguir lavando su ropa. Tenía que seguir respirando.

Respirar. Nada algo tan mecánico le había resultado nunca tan imprescindible. Ella seguiría respirando muchos años más. No tenía que pagar por hacerlo, no tenía que luchar por obtener bocanadas de aire. En cambio, su amiga sí.

El lunes decidió moverse. Intentar volver a la vida. Seguir respirando. Esta vez se enfundó un chándal cualquiera y no se peinó, ni siquiera se maquilló. No estaba de humor para eso. Cuando llegó a la biblioteca esa mañana, en contra de lo que hubiese pensado, el papel en blanco comenzó a llenarse de palabras, y una historia comenzó a tomar forma.

1

Estaban en el restaurante favorito de Blaine; lo había sido desde que lo conoció, hacía ya diez años. Ambos eran muy jóvenes entonces, estaban recién salidos del instituto y preparados para comenzar su vida adulta como estudiantes de la universidad.

Historia del Arte había resultado ser una carrera increíblemente apasionante, especialmente para su amigo, que parecía tener un particular y peculiar interés por el arte más antiguo de todos: el arte rupestre. Esos inusuales gustos hicieron que Amelia se riera a carcajadas en mitad de una clase de Sociología, lo que provocó que él se le acercara exigiendo explicaciones sobre tan descarada reacción. Ambos se hicieron amigos a raíz de eso; Amelia entendió que Blaine era un ser entusiasta y adorablemente raro, y Blaine encontró en Amelia a una mujer divertida y absolutamente natural. Sin embargo, se estaría engañando a sí misma si dijera que sus intenciones al conocerlo eran inocentes: lo cierto es que su principal intención era meterlo en su cama, invitarle a cenar a casa de sus padres y terminar juntos sobre un altar prometiéndose amor eterno.

Blaine, a primera vista, era sorprendente. Su cuerpo era una mole de piedra; su pelo, ligeramente anaranjado, le llegaba hasta el hombro, y sus ojos, uno verde esmeralda y otro azul pálido, eran una casualidad improbable e inconcebible. Blaine no era solamente sorprendente; era extraordinario. En todos los sentidos posibles. Pero él no parecía interesado en ella de esa forma.

Una noche, después de una fiesta en la que ambos bebieron más de la cuenta, se besaron. En realidad, fue Amelia quien lo besó a él; se apretujó contra su cuerpo caliente y le comió la boca mientras el otro se quedaba inmóvil esperando a que su amiga se diera cuenta del tremendo error que estaba cometiendo. No duró más de cinco segundos. Por suerte, Blaine tenía la cabeza bien amueblada, como la de un adulto viejo, y eso hizo que no se sintiera

incómodo ante aquella acción poco acertada y desatada de Amelia. Más bien al contrario; se rio de ella al igual que ella lo había hecho con sus gustos sobre arte, dejando atrás un episodio que ambos decidieron olvidar. Porque ellos eran más que amantes: no compartían placer sexual, pero sí compartían todo lo demás. Al final sí que lo metió en su cama y lo llevó a casa de sus padres a cenar. Pero no de esa forma.

Eran los mejores amigos, parte de un todo. Para Amelia, Blaine era todo lo que le rodeaba, y lo que le rodeaba se convertía en algo sustancial solo porque él formaba parte de ese todo. Era su hermano, su confidente, su amigo del alma. Su todo. Por eso hoy le había llevado allí, a su hamburguesería favorita, justo en el centro de la ciudad de Columbus, en el estado de Ohio.

Blaine llevaba semanas comportándose diferente; se olvidaba de cosas, se despistaba con otras y la abrazaba más de la cuenta. Y no es que eso fuese extraño; los dos eran personas irremediablemente afectuosas, pero sus abrazos y su contacto físico se habían incrementado en esas últimas semanas, y eso era algo que debía tomarse en consideración.

Cuando salieron del restaurante, Blaine tenía los ojos vidriosos y los hombros tensos.

—¿Me vas a decir qué te ocurre? Llevas raro un tiempo. ¿Estás bien?

Él sonrió y le ofreció una mano a su amiga.

—Estoy bien.

—Ya, bueno, pues no lo parece. Le has dado veinte dólares de propina a la camarera.

—Nos ha atendido muy bien —se excusó.

—Se le ha caído una bandeja de queso fundido a dos centímetros de nuestros pies. Podría habernos abrasado, y tú la has recompensado con veinte putos dólares. Para eso dámelos a mí, capullo.

Amelia le dio un golpetazo en todo el abdomen, pero este ni se inmutó. Blaine llevaba entrenándola en kickboxing diez años y, en todo ese tiempo, Amelia no había sido capaz de moverlo ni un milímetro. ¿De qué clase de piedra maciza estaba hecho?

—Tú no los necesitas, Eli.

—¡Claro que los necesito! —replicó ella.

Blaine sonrió y Amelia se ablandó.

—Anda ya… Ven y dame un abrazo.

No le dio tiempo a protestar. Blaine se inclinó hacia ella y la envolvió en sus brazos. Fue un abrazo que duró lo que Amelia consideró como interminable. ¿Qué carajo le pasaba? Amelia, o Eli, como la llamaba Blaine, notaba un malestar que crecía en su interior, como si ese abrazo fuese el final de algo, o el comienzo de otra cosa. De todas formas, si era lo que él necesitaba, se lo daría. Le abrazaría hasta que él estuviera satisfecho, porque sentirse querida por Blaine Parker era, sin duda, la mejor parte de ser su amiga.

—¿Me prometes una cosa? —susurró Blaine contra la coronilla de Amelia.

—¿El qué?

—Que vas a dejar de decir palabrotas, no quedan bien en esa boca. Y que me vas a perdonar.

—Joder, ¿y ahora qué tengo que perdonarte?

—No digas palabrotas, Eli… —Blaine se sacó el móvil del bolsillo del vaquero y miró la hora—. Tengo que irme ya, es tarde.

Amelia se indignó ante tal evasiva.

—¡Oye! ¿Qué se supone que tengo que perdonarte? ¿Has vuelto a dejar kéfir abierto en mi nevera?

Él se rio, le acarició las puntas del pelo y le dio un beso en la mejilla. Luego Blaine volvió a abrazarla, y esta vez pareció dudar ante la idea de deshacer aquel contacto. Poco a poco fueron separándose. Amelia se mantuvo quieta, erguida como un palillo. Esa especie de ritual de despedida era muy confuso.

—Te quiero, amiga —dijo, y de su boca afloró una sonrisa que parecía salida de un cementerio.

Amelia se quedó de pie, boquiabierta, contemplando cómo su amigo se daba la vuelta y se marchaba calle abajo. Le daba la sensación de haber sido partícipe de algo de lo que no era plenamente consciente. Y eso no le gustaba. Algo iba mal. Blaine llevaba extraño un tiempo, y lo que acababa de presenciar, a su amigo abrazándola y besándola con ternura, con demasiada ternura,

no tenía sentido. No estaba a la orden del día en su dinámica habitual.

No lo pensó cuando decidió seguir a Blaine a través del gentío. Fue un impulso involuntario. Mientras caminaba unos metros por detrás para que no la descubriera, le envió un mensaje al móvil: «Eres un capullo. Yo también te quiero, amigo». Observó cómo él cogía el móvil, leía el mensaje y luego dudaba antes de tirar el maldito iPhone a la basura. Amelia por poco se atraganta. Blaine empezó a aligerar el paso y ella tuvo que correr durante varios tramos para no perderle de vista. Él tenía las piernas más largas y era más rápido, pero ella era ágil y se movía entre la gente como un pez en un río lleno de algas.

Caminó detrás de Blaine durante al menos media hora. La gente se dispersaba a medida que llegaban a los lindes del centro, y ambos se adentraron en una zona de la ciudad que Amelia no conocía. Eso le complicaba las cosas; debía seguir manteniendo una distancia prudente para que su amigo no la viese espiándole. ¿A dónde iba ese cretino? Su casa no estaba en esa dirección; de hecho… no había nada por allí a excepción de naves industriales, aparcamientos públicos y calles desangeladas. ¿Se habría metido en algo turbio? ¿Era esa la razón de que tuviera que perdonarle?

Amelia empezó a asustarse de verdad. Vio girar a su amigo en la oscuridad. Se plantó delante de una verja metálica y la abrió sin miramientos, adentrándose en lo que debía ser una propiedad privada. O al menos parecía privada, teniendo en cuenta que estaba cercada. Ella no le quitaba el ojo, creyéndose invisible.

Blaine siguió caminando hasta un edificio blanco que tenía pinta de fábrica. Cuando advirtió el nombre «MILLCRAFT» sobre la pared lisa, entendió que se trataba de la famosa empresa del sector de la celulosa. ¿Qué hacía allí Blaine? A esas horas aquel lugar no estaba abierto al público; si lo que quería era comprar hojas de tamaño industrial, ese no era buen momento. Le vio rodear el edificio y adentrarse en un pequeño callejón, recoveco, más bien, que pertenecía al propio edificio.

Amelia se asomó inquieta. Todo estaba en silencio; allí no debía haber nada más que ratas hambrientas del tamaño de gatos.

Una puerta andrajosa de color verde lima era la única posible salida, o entrada, según el lado en el que se hallara uno. Blaine debía haber entrado por allí, puesto que no se le veía por ninguna parte. Esperó unos segundos sin saber qué hacer. Un ruidito como el de un roedor correteando por la tierra la hizo estremecerse. La sacudió un escalofrío y decidió seguir a su mejor amigo donde quiera que se hubiera metido. Blaine era su todo y, si tenía que salvarle el culo, eso sería justo lo que haría.

Se acercó a la puerta y, con cierto miedo, empujó el manillar hacia abajo. Las bisagras chirriaron mientras esta se abría. Aguzó la vista, pero allí no se veía nada. Era como si la luz hubiese sido engullida por un agujero negro o una tela completamente opaca. Estiró un brazo hacia delante y dio un paso hacia la negrura. Sintió entonces un leve airecillo que le revolvió el pelo. Dio otro paso más. Ya era tarde para arrepentirse.

Después, todo ocurrió muy rápido.

Una especie de fuerza sobrenatural la agarró con fuerza de las pantorrillas, tirando con firmeza hacia el otro lado de la puerta y absorbiéndola como si ella fuera agua que se desliza por un desagüe. No tenía escapatoria.

—¡Eli!

Cuando giró la cabeza, vio a su amigo delante de ella, plantado frente a la puerta. Llevaba puesta una indumentaria de lo más fantasiosa, como si hubiese salido directo de una Comic-Con o de una convención de recreación histórica de la Edad Media. Amelia creyó ver miedo en su expresión, pero enseguida esta se suavizó. No le dio tiempo a pensar en nada más; la espesura se la tragó, haciéndola volar, flotar y fluir rodeada de sombras, luces y constelaciones.

El mundo se volvió incomprensible.

La línea de tiempo se rompió en millones de fragmentos.

Ella dejó de existir y de pensar. Dejó de ser un yo. Dejó de ser.

La nada absoluta fue dando paso a una luz cegadora, como la visión de un vehículo que se precipita hacia la salida de un túnel a gran velocidad.

Y, entonces, luz.

Demasiada luz. Ya no había oscuridad, el tiempo volvía a ser una línea recta y su ser comenzaba a pensar como un yo de nuevo.

El mundo, en cambio, o aquello que la rodeaba ahora, seguía siendo igual de incomprensible. Y las siete personas que la observaban desde arriba lo eran aún más.

UN ENCUENTRO POCO HABITUAL

Se había olvidado de comer. Otra vez. Y no solo eso; se había sumergido de tal forma en la historia que había perdido el autobús de las cinco y diez. Ya eran casi las seis de la tarde.

Mel estaba agotada y hambrienta. Al salir de la biblioteca, pasó por la cafetería que había cerca y engulló un plato de ensaladilla rusa. Después, con el estómago lleno y una repentina modorra sumada al cansancio que ya arrastraba, se dirigió a paso lento hacia la parada del autobús. No sabía cuándo pasaba el siguiente; podía ser en cinco minutos o en una hora. Lo mismo daba.

Esa vez no sacó su libro, ni siquiera lo había metido en la mochila aquella mañana. La parada estaba desierta, al igual que la calle. Los niños hacía rato que se habían ido a casa y allí no había nada más que una biblioteca silenciosa, un colegio abandonado y el bullicio lejano de la calle comercial un poco más allá. Pero allí, en ese lugar, no había nadie. Nada.

Se dejó caer en los asientos fríos, metálicos, duros. Se quedó tumbada, con una mano sobre los ojos para tapar la luz anaranjada del atardecer. Esa dichosa luz…

Creyó escuchar un carraspeo. Alguien aclarándose la garganta, tal vez.

—Ehhh, ¿estás bien?

Se levantó de golpe, lo que provocó que su mochila cayera al suelo. Un hombre se agachó, la cogió y la colocó en uno de los asientos vacíos. Ella estaba demasiado absorta observando un chaleco negro y acolchado que reconocería entre otros mil más. No se atrevía a mirarle a la cara. Estaba demasiado cerca, era demasiado real. Y ella no estaba preparada para eso ahora.

Cogió su mochila y se abrazó a ella, como si se tratara de un escudo protector.

—No creo que a nadie le importe que tu mochila ocupe un asiento —se rio—. A estas horas nunca hay nadie.

Quería mirarlo… Por Dios, esa risa, esa voz con un ligero acento. Tan ligero que se diría que había pasado aquí toda la vida y estaba a punto de perderlo. Pero ella sabía que él no era de aquí; ese ingrávido acento era precisamente lo que le delataba.

Apretó los labios en una sonrisa y volvió a colocar la mochila donde la había dejado Él, quien se sentó en el que quedaba libre a continuación. Tan solo los separaba un saco de tela lleno de bolsillos inservibles. Entonces, Él hizo algo extraordinario. Abrió el libro que tenía en las manos, uno en el que Mel no había reparado hasta ese instante, y comenzó a leer. Un libro que Mel conocía demasiado bien.

En la portada, el nombre de Miguel Hidalgo destacaba encima de la imagen emborronada de una figura encapuchada. Y no sabía si aquel simple acto era extraordinario porque ver a una persona con un libro en la calle era de lo más inusual desde la invención de los móviles con acceso a internet, porque ese libro lo había escrito ella o porque era John, Jake o Jason quien se había sentado a su lado.

—¿Te está gustando? —Mel hizo un gesto con la mano hacia el libro.

No pudo evitar preguntarlo. Fue como un impulso.

Él levantó la vista de las páginas y la miró a los ojos. Eran de un azul muy claro. Le recordó al cielo de verano en casa de su abuela. Cuando era pequeña, se pasaba las vacaciones enteras en el pueblo, tumbada sobre la hierba, con la vista fija en el color del cielo, imaginando historias según la forma de las nubes. ¿Por qué esos ojos se parecían tanto al cielo sobre la casa del pueblo de su abuela?

—¿Lo has leído? —Ella asintió, aún con esa pregunta en la cabeza, y Él prosiguió—: Me está gustando bastante, la verdad. La idea es buena y la escritura es fantástica. Jamás hubiera imaginado que esta persona pudiera escribir así.

Mel soltó una carcajada. Una de la que se arrepintió al instante al ver que Él la observaba con una ceja levantada.

—Sí, yo tampoco lo hubiese imaginado.

Ambos se quedaron mirándose en silencio. Luego Él desvió la vista hacia las manos de Mel.

—¿Hoy no lees?

Ella negó con la cabeza, disimulando una sonrisa. Él se había fijado en ella lo suficiente como para saber que siempre tenía la cara pegada a un libro. Le costó un poquito respirar al pensarlo.

—Me temo que hoy me he dejado la lectura en casa.

Cerró la novela y giró su cuerpo en el asiento, de manera que sus rodillas apuntaban hacia ella.

—Entonces tendré que entretenerte yo —dijo, y su sonrisa hizo que a Mel se le secara la boca—. Me llamo Lars.

¿Lars? Nunca lo hubiera imaginado.

Él, que ahora era Lars, le tendió una mano, y ella se preparó para el contacto.

—Mel.

El contacto llegó.

—¿Mel?

—Carmela, en realidad. Pero todos me llaman Mel.

—Y dime, Mel, aparte del libro, ¿tienes en casa a alguien que te espere o algún asunto urgente que atender? ¿O puedo permitirme invitarte a un café?

Mel le soltó la mano, que llevaba en la de Él más tiempo de lo que es prudente.

—¿Y tú, Lars? ¿Tienes a alguien que te espere en casa? ¿O puedo permitirme aceptar tu café?

Lars no perdió su sonrisa canalla.

—No, no tengo a nadie que me espere en casa. —Pero Mel no se lo tragaba y sus cejas arqueadas debieron darle a Lars una pista —. Si lo preguntas por los niños con los que has podido verme, son mis sobrinos. Todos los días los recojo del cole. Tengo una tienda de informática que está aquí al lado, en esa calle de allí —explicó haciendo un gesto de cabeza hacia la calle bulliciosa y comercial por donde llegaba cada tarde. Su mirada, en cambio, se mantuvo fija en ella—. Como mi hermano y mi cuñada no suelen llegar a casa hasta más tarde de las seis, me suelo quedar yo con ellos hasta entonces. ¿Despeja eso tus dudas, Mel?

Ella sonrió. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Un café estaría bien.

Entraron en el mismo bar en el que Mel había comido (o merendado, más bien) un rato antes. El camarero pareció sorprendido al volver a verla entrar, pero no hizo ningún comentario al respecto; simplemente les hizo un gesto para que se sentaran donde quisieran.

Una vez sentados uno frente al otro, Mel pudo observar al hombre con el que secretamente había soñado tantas veces.

Lars parecía algo mayor que ella, pero no mucho más. Se quitó el gorro y aparecieron unas canas esparcidas aquí y allá, pero eran pocas, pues quedaban escondidas entre la melena oscura. Su nariz era del tamaño preciso, ni muy redonda ni muy puntiaguda; su boca, una tentación. Sus labios eran rectos, aunque el inferior era ligeramente más abultado que el superior. Tenía un pequeño lunar en la sien izquierda, alineado con la oreja, y su barbilla, hundida en el centro, creaba el hueco perfecto para un beso. Tenía barba, que seguramente raspara un poco al tocarla porque no sobresalía más de unos milímetros de su piel. También constató que era alto, aunque no tanto como había supuesto mirándole desde el otro lado de la calle.

El camarero se acercó para tomarles nota y, cuando este se alejó para preparar sus cafés, se encontraron con la mirada.

Lars sonrió y unas ligeras arruguitas adornaron las comisuras de sus ojos.

—¿Qué ha sucedido hoy para que estuvieras en la parada de autobús a una hora distinta a la de siempre, tumbada en los asientos y sin un libro?

Mel lo contempló, divertida. ¿Sería posible que, al igual que hacía ella con él, Lars se fijara en ella todos los días? Esa posibilidad remota despertó un hormiguero en su estómago.

—¿Debería preocuparme porque me tengas tan vigilada?

—No te vigilo —se rio—. Pero es difícil no verte. Siempre estás ahí de pie, leyendo un libro como si el mundo a tu alrededor no existiera. Me intriga, la verdad.

—¿Qué te intriga exactamente?

—Tú —dijo—. Me intrigas tú.

—¿Por qué?

Él soltó una carcajada y ladeó la cabeza.

—¿Siempre sueles hacer tantas preguntas?

Estuvo tentada a contestarle «¿Y tú?», pero eso ya respondería a su pregunta, así que optó por asentir. Sí, ella siempre hacía preguntas; era un mecanismo de defensa para no lidiar con su propio drama interno. Era más fácil lidiar con el de los demás.

—Depende de si me fio de la persona que tengo delante o no —tanteó.

Y es que tenía que ser realista. Por mucho que aquel hombre la atrajera físicamente, no lo conocía. No sabía nada de él. Era un hecho que la había estado observando… Y, sí, ella había hecho lo mismo con él, pero al menos tenía la certeza de que no era peligrosa ni tenía intenciones ocultas importantes.

Ser escritora era una virtud y una desventaja a la hora de conocer personas. Era una virtud porque se fijaba mucho en los detalles, como que él había esperado a que ella se sentara primero o su forma de quitarse el chaleco y colocarlo cuidadosamente en el respaldo de la silla. Pero también era una desventaja, porque le permitía imaginarse cosas inquietantemente específicas. Como ahora, que empezaba a pensar que podría haberle mentido, ¿y si era padre y marido y ahora Mel estaba siendo cómplice de una traición conyugal? O que quizás en esa tienda de informática que decía tener se encargaba de hacer cosas tan ilegales como hackear cuentas bancarias o cámaras de seguridad.

—¿Eso significa que no te fías de mí?

—Aún estoy decidiéndolo.

Una sonrisa llena de dientes, todos alineados a excepción de un incisivo ligeramente torcido, asomó a la boca de Lars.

—Está bien, me parece justo. Quizá soy yo el que no debería fiarse de ti…

—Puede.

Los cafés llegaron. Él lo tomaba solo, al igual que Mel. La diferencia es que ella tenía la manía de darle vueltas con la cuchara

antes de probarlo y Lars se lo llevó directo a los labios.

—Hagamos una cosa: te voy a decir lo más relevante que hay que saber de mí, de manera rápida y sin complicaciones. Luego tú puedes hacer lo mismo, y entonces decidiremos si somos de fiar o no, ¿qué me dices?

—Vale —soltó ella, divertida—. Dispara.

Lars dio otro sorbo a su café, cogió aire y comenzó a hablar:

—Hasta los diez años, viví en Rostock, una ciudad pequeña en el norte de Alemania. En esa época había cierta inestabilidad política y económica, y mis padres, que son profesores, vieron la oportunidad de largarse cuando les ofrecieron dar clase en un nuevo colegio alemán aquí en Madrid. Así que desde entonces estamos aquí; mis padres, mi hermano pequeño y yo. Conservo los mismos tres amigos que hice en el primer año de colegio, y tampoco tengo interés en hacer más, la verdad. No soy una persona particularmente sociable.

» Me casé a los veintinueve años con la mujer con la que llevaba más de diez años de relación; once meses después, nos divorciamos. Decidió que ya no quería estar casada y me engañó con un compañero de trabajo. —De manera inconsciente, Mel desvió la mirada a las manos de Lars; una jugaba con el libro de Miguel Hidalgo sobre la mesa y la otra mantenía cogida la taza de café. Efectivamente, no había anillo a la vista—. Después de aquello estuve mal un tiempo, me dediqué casi por entero al trabajo y me aventuré a abrir mi propia empresa. Cuando buscaba el local, mi hermano encontró uno pequeñito que se había quedado vacío aquí al lado, cerca de su casa, y, en cuanto vi el lugar, supe que tenía que ser mío.

»Ya llevo casi dos años aquí, acabo de cumplir treinta y seis y no tengo intención de jugar contigo ni de cometer los mismos errores que ya he cometido. Pero llevo mucho tiempo fijándome en ti, siempre a la misma hora y siempre con un libro en la mano y un ordenador al hombro. Una chica increíble con un libro y un ordenador… Digamos que hoy se me ha presentado la oportunidad que había esperado para hablar contigo. Cuando te veo, siempre

estoy con mis sobrinos y, cuando salgo, ya te has ido, así que… —Le hizo un gesto con la mano—. Te toca.

—Vale, eso ha sido un buen resumen —admitió aún con la mente en la palabra «increíble». ¿Qué significaba eso? ¿En qué era ella increíble?—. No creo que pueda superarlo.

Lars se rio.

Los músculos de Mel estaban entumecidos tras el largo día sentada frente al ordenador, y se preguntó si él sentiría lo mismo; al fin y al cabo, su trabajo tampoco era especialmente físico.

—¿Te apetece dar una vuelta? Creo que necesito caminar.

Lars se levantó en cuanto lo escuchó. Le pagó al camarero en la barra alegando que había sido su invitación y ambos salieron al fresco de los comienzos de la primavera. Lars se puso el chaleco y el gorro; Mel, su cazadora, la mochila sobre la espalda y el maletín del portátil de bandolera sobre el hombro izquierdo.

—¿Me permites llevarte algo?

—Vaya, ¿todavía existen hombres así?

—¿Así cómo? —preguntó él.

—Tan caballerosos…

—Qué va, estoy siendo egoísta. Intento que te relajes para que me cuentes todos tus secretos. Es una estrategia para confundirte, no te creas que suelo ser así de amable con todo el mundo…

Claramente bromeaba. Y a Mel le gustaba. Le ofreció su mochila sin pensar. El ordenador era algo que no pensaba dejar en manos de nadie, y menos aún de alguien que acababa de conocer.

—Muchas gracias.

Le sonrió. Si era sincera, Lars parecía de fiar. No tenía pinta de ser un ladrón de mochilas u ordenadores ajenos. Además, si por alguna razón decidía escabullirse con su mochila, no encontraría nada más que una cartera sin efectivo, unas llaves de una casa que no sabía dónde estaba, varios tampones y compresas de repuesto, un paquete de toallitas húmedas y una cantidad ridícula de barritas energéticas.

Mientras caminaba junto a él, un extraño sentimiento de seguridad comenzó a invadirla. Estaba a su alrededor, como una

burbuja que los rodeaba, acogedora y espumosa. Le gustó esa sensación.

—Yo no conservo amistades del colegio, solo una y apenas hablamos. Pero sí tengo dos amigas que veo cada viernes sin excepción, y las quiero como si fueran mis propias hermanas. —La garganta se le contrajo al pensar en Blanca—. Las conocí en una fiesta de la facultad, cuando las tres terminamos encerradas en un baño durante horas. Y desde entonces no nos hemos separado.

»Estudié literatura; mi pasión es escribir, así que me parecía lo más acertado. Intenté publicar varias novelas, pero no tuve suerte, de modo que encontré un trabajo que me permitía hacerlo y ser leída al mismo tiempo. Y eso es lo que hago, escribo novelas o biografías para otras personas. A veces siento que es algo horrible, como si vendiera parte de mi alma solo por dinero. —Mel tragó saliva. ¿Por qué había dicho eso? Ni siquiera era algo que soliera decir o pensar, era más bien como una espinita clavada y olvidada que de vez en cuando decidía escocer un poquito—. Hace ocho años vine aquí a una reunión con un cliente y me enamoré de este sitio. La biblioteca me parecía preciosa y mi piso, con ventanas que daban a un patio interior de ladrillos, no me inspiraba tanto como el paisaje que se ve desde aquí. Convertí la biblioteca en mi santuario de escritura —sonrió—. Puede parecer raro, pero es donde mejor escribo. Siempre me siento en la misma mesa frente a la misma ventana y, simplemente, las palabras aparecen.

Se dirigieron hacia la calle comercial, donde los niños corrían y los bares comenzaban a llenarse. A Mel le sentaba bien moverse; se pasaba tanto tiempo sentada que no perdonaba una pequeña sesión de ejercicio al día. Daba lo mismo si era matarse con el levantamiento de pesas, sudar a mares en clases de *spinning* o disfrutar de una lenta caminata como aquella.

—Tengo treinta y un años y he tenido dos relaciones largas que siempre han terminado igual: conmigo rota. —Mel se mordió el labio, un poco avergonzada—. Y llevo fijándome en ti desde el primer día; cosa que me atormentaba bastante teniendo en cuenta que pensaba que tenías hijos y estabas casado. —Lars caminaba a su lado, sus brazos se tocaban, y, cuando dijo eso, Mel percibió cierta tensión en

sus hombros—. ¡Ah! Y por alguna extraña razón has conseguido que deje de aborrecer los chalecos. El hecho de que a ti te siente bien esa cosa me ha roto todos los esquemas.

Lars la miró, expulsando todo el aire por la nariz en una risa.

—¿Qué tienes en contra de los chalecos? —tonteó. Porque, al parecer, esa conversación había derivado de analítica y descriptiva a coqueteo bien disimulado.

—¿Qué no tengo en contra, quieres decir? —Ella giró el cuello para mirarlo a la cara y bajar por su cuerpo hasta repasarle de arriba a abajo—. Ahora no mucho, en realidad.

Quizás el coqueteo no fuese tan disimulado. Y es que se lo estaba pasando bien. Lars parecía un buen hombre y ella necesitaba olvidar. Olvidar a su amiga y esa maldita enfermedad. Olvidar que no podía contarle lo buena que era escribiendo sin violar el contrato de confidencialidad. Y olvidar que todos esos pensamientos abominables con un hombre no disponible habían pasado de ser altamente condenables a peligrosamente posibles. Un poco como su conversación. Aquella tarde estaba llena de curvas agradables. Así que se centraría en el encanto de esos giros argumentales y desvíos de conversación.

Era hora de olvidar.

UN PUNTO DE I DISFRAZADO DE PUNTO DE I

Caminaron durante horas. Mel no conocía aquella zona a excepción de la biblioteca y le sorprendió lo mucho que le gustaba. Era apacible; con restaurantes bonitos por todas partes, rodeada de verde y repleta de familias con niños pequeños. Cuando se acercó la hora de cenar, ambos decidieron entrar en uno a calmar sus estómagos, lo que les supuso otras dos horas sentados uno frente al otro.

Cuando llegó a casa, exhausta, Mel parecía haber recuperado algo de color. Había recordado a su amiga Blanca; de hecho, fue algo de lo que habló bastante con Lars, quien se mantuvo en silencio escuchándola como un auténtico caballero. Aunque como llamarlo «caballero» era un tanto antiguo, diría «un hombre respetable y prudente», puesto que añadir además «auténtico» podría dar lugar a confusión. ¿Puede ser una persona auténtica solo por su sexo? ¿Qué importaba eso ahora? Lars había sido lo que necesitaba. Había sido sus oídos para su boca, que se ahogaba. Mel había estado días hundida bajo una capa de niebla que le impedía respirar; haber expulsado las palabras que la oprimían había supuesto una ligera mejora en aquellas brumas que flotaban sobre su cabeza, de esas que estrujaban los pulmones y los huesos sin piedad alguna.

Ahora el aire entraba mejor. Lars había resultado ser mejor de lo que había imaginado. Era divertido y sexi, y no parecía ser peligroso ni dedicarse a cosas ilegales. Le había contado que tenía una tienda de algo relacionado con la tecnología, pero no sabía con exactitud lo que hacía en ella. Cuando aparecían palabras como «*software*» o «base de datos», su mente desconectaba. No era raro en ella. De hecho, era lo habitual.

Cuando terminaron de cenar, Mel se dio cuenta de que no quería que la noche terminara. Si por ella fuera, le hubiera propuesto ir a tomar algo, seguir conociéndole, pero, haciendo buen uso de su madurez, decidió que ya por ese día había sido suficiente. Además, el último autobús pasaba a las once y no quería perderlo.

Ambos aguardaron en la parada. El autobús de Mel llegó, y ellos se miraron sin saber cómo despedirse y Mel decidió adelantarse; con los pies de puntillas, le dio un beso en la mejilla. Él se llevó una mano al lugar donde ese beso le había rozado la piel y, con una dulce curva en los labios, le dijo adiós con la mano.

Los dos sonrieron cuando se miraron a través del cristal.

En cuanto Mel despertó a la mañana siguiente, llamó a su amiga por teléfono. Blanca trabajaba como administradora en una empresa de productos de papelería y comenzaba su jornada a las seis de la mañana, así que, cuando Mel se despertaba, Blanca ya llevaba trabajando un par de horas. Lo que para muchos sería una pausa a primera hora de la mañana para Blanca era una pausa de media mañana. Y eso era lo que hacía cuando Mel la llamaba.

—¿Qué tal estás? —su voz aún sonaba rasposa.

—No lo sé —admitió ella.

—¿Quieres que vaya esta tarde a tu casa? Podemos ver una peli, hincharnos a patatas fritas o marujear sobre el vestuario de Ana.

Blanca se rio, y esa risa fue un chute de energía. Mel podía ver su precioso hoyuelo incluso desde el otro lado de la línea.

—No puedo, tengo cita con el oncólogo. Nico y mi madre vienen conmigo.

Mel sintió el miedo en esas palabras. El oncólogo, ese que le diría exactamente cómo sería el proceso. Esa figura de bata blanca a la que nadie quiere enfrentarse.

—Está bien. Te llamo esta noche, entonces. Te quiero, amiga.

—Yo también te quiero, amiga.

Y colgaron.

Esa mañana Mel se puso una falda larga, unas zapatillas blancas y un jersey ajustado negro. Era cómodo, práctico y resaltaba

sus curvas. No sabía si esa tarde vería a Lars de nuevo, pero, en tal caso, no la pillaría desprevenida como ayer, que iba en chándal y sin un mísero gramo de colorete en las mejillas.

Cuando llegó a la biblioteca, procuró centrarse en su trabajo, aunque su mente divagaba y se iba más allá. Al otro lado de la calle, a una tienda de ordenadores, o tecnología, o informática, o lo que fuera que Lars hacía o vendía allí. Se sintió culpable por no haberle preguntado más a fondo ayer, pero se dijo que lo haría más adelante. Ni siquiera se habían intercambiado los teléfonos, cosa extraña pero a la vez emocionante. Era como volver a los 90 o los 2000, cuando no quedaba otra que esperar al día siguiente para ver, tocar u oír a esa persona que te gustaba. Eso haría: esperar. Y, mientras tanto, se concentraría en terminar ese capítulo. Quizás tendría la oportunidad de caminar junto a Lars aquella tarde y, en ese caso, mostrarle lo bien que se ceñía esa falda a su trasero. Mel se sobresaltó ante esos pensamientos intrusivos, pero lo cierto es que no ayudaba la sequía de unión corporal y conexión emocional con otro ser humano que iba arrastrando desde hacía tiempo.

Durante el fin de semana, Abby le había mandado una serie de libros que quería que ella utilizara como inspiración, además de una lista de cosas que tenían que suceder sí o sí en la novela: varias escenas de sexo y el grado de *spicy* en ellas; la forma física del protagonista, que debía ser «un pelinegro de ojos claros y muy atractivo»; al menos un dragón y que este tuviera algún vínculo especial con la protagonista; mujeres con más poder; palabras clave para el título, entre las que se encontraban «sombra, oscuridad, corte, príncipe, rey, luz, sangre, magia o fuego»…, y una sarta de cosas que Mel ya había leído cientos de veces antes. Y no solo eso, también le había mandado un texto específico de un libro en el que el hombre expresa con devoción lo que siente por la mujer que ama y muestra cómo se desvive por ella, cómo es capaz de encontrarla en cualquier parte del universo y cómo, ante cualquier situación que los ponga al límite, él seguirá amándola, protegiéndola y poniéndose de rodillas ante ella.

«Eso es lo que quiero para mis protas», decía en el email. Pero Mel estaba harta. Por Dios, se estaba poniendo mala solo de leerlo.

Ella era una enamorada de las novelas de fantasía romántica; adoraba la construcción del mundo y la complejidad y evolución de los personajes. También era fan irremediable de la tensión sexual y disfrutaba de una buena escena de sexo tanto como cualquiera. Ella prefería las descripciones sutiles más que las explícitas y, a veces, se sentía incómoda cuando estas escenas se repetían una y otra vez, como si el sexo fuese realmente algo importante en la trama. Cosa que no solía ser así. Cuando Mel se sumergía en una novela de este calibre, le daba la sensación de que se celebraba un concurso silencioso entre todas las novelas del mismo género. En él se dirimía qué personaje amaba más, quién sentía más en el acto sexual o quién era capaz de hacer la mayor locura por el otro. Era enfermizo, cada vez iba a más. No había ni pizca de mesura, solo iban a más. Cuanto más, más y más, mejor. ¿Es que no había un tope? Ella no quería participar en ese concurso. No quería que su novela, o la de Abby, se titulara como todas las demás. No quería escribir una novela que ya se había escrito miles de veces. Una que todos terminarían olvidando porque no tendría nada lo suficientemente diferente como para que mereciera ser recordada.

Pero ¿qué otra opción tenía? A ella la pagaban por escribir lo que su cliente quisiera. Tenía que hacerlo. Tendría que escribir la novela que Abby quería, pero, aun así, procuraría que fuera algo distinta. Sería como todas las demás, vale, lo aceptaba; pero al menos el punto sobre la i no sería un punto cualquiera, sino algo más difuso, con un significado oculto, quizá. Sería la sombra de aquel punto. Y a ese otro punto disfrazado de punto de i lo dotaría de algo especial: de vida y de belleza.

Le daría a Abby lo que quería, pero lo haría bajo sus propios términos. Disfrazaría la novela para que Abby la entendiera, como cuando solo se ve la sábana, pero no al fantasma. Y debajo de aquel disfraz, de aquella sábana blanca, Mel dejaría su alma sangrar.

2

Había siete figuras mirándola desde arriba. Amelia se levantó de un salto, preparada para pelear. Su mente tardó un poco más de la cuenta en atisbar que no estaba en ningún lugar que conociera. Allí hacía sol, era de día. Ella, sin embargo, había entrado por aquella puerta verde lima cuando la luna ya se veía enmarcada en un cielo negro. Sus ojos, inevitablemente, se centraron en las personas que la escudriñaban. Eran distintas, pero no acertaba a entender la razón. La miraban con una mezcla de horror, disgusto, asco y decepción. Y todos eran… absurdamente atractivos. ¿Se habría dado un golpe en la cabeza? ¿Estaba soñando? ¿Era eso lo que su mente inconsciente pensaba que le gustaba? ¿Era eso un sueño erótico? Por Dios…

—¿Quién eres tú? ¡¿Dónde está Blainar?!

Un tipo de pelo rojizo y ojos inyectados en odio se abalanzó sobre ella. Mel se agachó antes de que el hombre pudiera tocarla. Las sesiones de kickboxing con su amigo le habían ayudado a tener una rapidez y fuerza física que jamás hubiera podido soñar. Ahora sabía pelear, era más veloz que la mayoría y adoraba un buen encontronazo. Le había cogido el gusto a eso de pegar patadas y puñetazos.

Consiguió separarse de aquel pelirrojo lo suficiente y puso las manos en alto.

—¿Dónde coño estoy?

Tendría que dejar de decir palabrotas, se lo había prometido a Blaine. ¿O no lo había hecho? La línea entre la realidad y la ensoñación se estaba volviendo muy difusa.

Los siete que la rodeaban ignoraron la pregunta.

—¿Dónde está nuestro hermano? ¿Por qué has entrado tú y no él? ¡Tenía que ser él! —La cara del chico del pelo rojo comenzaba a ponerse del mismo color que su melena.

Ella dio otro paso atrás.

—¿Quién cojones es vuestro hermano?

—Blainar de Olia.

—¿Blainar? —Amelia los miró atónita—. No conozco a ningún Blai… Blaine. ¿Es Blaine vuestro puto hermano? —Reparó entonces en sus ropas; eran iguales a las que llevaba su amigo antes de ser engullida por lo que sea que se la hubiese tragado. Estaba perdida, desconcertada. Miró al cielo y no pudo evitarlo, cayó de rodillas. Un sol, el más grande que hubiera visto jamás, de un color entre naranja y rosa, la saludaba desde arriba—. ¿Dónde estoy? —repitió más para sí que para los demás.

—Humana ridícula… ¡Lo has estropeado todo!

El chico pelirrojo, que ahora tenía las mejillas granates, volvió a abalanzarse sobre ella. Esta vez Amelia no estaba preparada, cerró los ojos dispuesta a recibir el ataque. Pero este no llegó.

—Hansell.

Una voz, áspera y profunda, hizo que el pelirrojo parara en seco. Puso cara de desesperación, apretó los puños y dio varios pasos atrás hasta volver al círculo de personas que la rodeaban. Amelia giró el cuello y vio al dueño de esa voz.

Lo primero en lo que se fijó fue en sus ojos, y su corazón, como respuesta, bombeó más fuerte de lo habitual. Aquellos ojos… eran iguales a los de su amigo Blaine: uno verde y otro azul; esmeralda y pálido. Había visto esos ojos todos los días de su vida desde hacía más de diez años. Su garganta se contrajo y sintió la lengua agrandarse, ocupando más espacio en su boca.

—Estás en Olphillia —dijo, amenazador—. Y, ahora, ¿vas a decirnos de una vez dónde está nuestro hermano?

Amelia se fijó en él de arriba abajo. Primero fue su pelo, de un negro carbón, ligeramente ondulado, largo hasta los hombros y recogido hacia atrás. Después, fue su nariz, que le recordó a las facciones típicas de la antigua Roma. Sus hombros ocupaban un espacio que debía resultarle complicado de manejar; entrar por una puerta sin colocarse de lado debía ser toda una hazaña. Su figura era, en general, grandiosa. Sin embargo, lo más temible en él no eran sus músculos o su postura despreocupada, sino la mirada que

mantenía a Amelia clavada en el suelo. Sin poder moverse. Sin respirar.

A Amelia le entraron ganas de llorar, pero se tragó el llanto. Intentó mojarse los labios antes de hablar, pero tenía la boca seca. Le faltaba saliva. La lengua le pesaba. Necesitaba agua.

—Si os referís a Blaine, estaba detrás de mí. —Amelia retiró la mirada de aquel hombre como quien aparta la vista ante un desastre inminente—. Cuando quise darme cuenta ya era tarde; intentó sacarme de lo que sea que me ha traído, creo. No lo recuerdo bien… Y él… él me dijo que por favor le perdonara, pero no me dijo por qué. Y luego se marchó y tiró su móvil a la basura. ¿Quién cojones tira un iPhone a la basura? Tuve que seguirle. Por Dios… —Su mirada, masoquista, volvió al hombre—. Tus ojos. Son como los de él. ¿Qué está pasando?

Las palabras se acumulaban. Seguramente esa gente no entendía nada. Ella tampoco entendía nada.

El pelirrojo se inclinó hacia Amelia y, cuando habló, unas pequeñas partículas de saliva salieron de su boca a toda velocidad.

—Acabas de arruinar la única oportunidad que tenía Blainar de volver a nuestro mundo, con su familia. Enhorabuena, humana, has encerrado a nuestro hermano otros cien años hasta que esa maldita puerta vuelva a abrirse de nuevo.

Se quedó pasmada.

—¿Qué cojones acabas de decir?

¿Otro mundo? ¡¿Otros cien años?!

Amelia se incorporó con dificultad, le temblaba todo el cuerpo. Y sus piernas, normalmente fuertes, ahora parecían espaguetis temblorosos. Ella no podía esperar cien años para salir de allí. ¿Qué iba a hacer? ¿Se había dado un golpe en la cabeza? Se pellizcó el brazo de manera inconsciente. Su mente se daba cabezazos contra una pared imaginaria rogando despertarse; sin embargo, no parecía que estuviera dormida en absoluto.

El hombre de pelo negro y ojos ambicolor no dejaba de observarla. Y Amelia notaba su odio rezumando por cada poro de su piel tatuada. Incluso el ambiente se había caldeado de repente. La tensión se podía masticar. Miró a cada una de las figuras y creyó

encontrar apoyo en la única mujer del grupo. Era una chica aparentemente más joven que la propia Amelia. Llevaba un vestido vaporoso que se ajustaba a su cintura. Tenía las caderas más anchas que Amelia había visto nunca y, a pesar de su apariencia jovial, había algo en ella que la convertía en un refugio. La veía como una persona protectora y compasiva.

Los instintos de Amelia la hicieron aferrarse a aquella mujer. Fue ella la siguiente en hablar:

—Nuestro hermano viajó hace cien años por esa puerta, y hoy iba a ser el día en que se reuniera con nosotros, al fin, después de un siglo. —Amelia echó un vistazo hacia la puerta a la que se referían, pero allí no había nada. La mujer se hizo cargo de su confusión—. Una vez que alguien pasa el umbral, la puerta vuelve a cerrarse hasta la próxima vez. Ya no hay manera de cruzarla.

—Pero… ¿cuántos años tenéis? ¡Yo no tengo cien putos años para quedarme aquí esperando! ¡Tengo que volver!

—Debiste haberte quedado allí, humana —dijo el hombre de pelo negro.

Aunque aquello parecía un reproche, ¿por qué sonaba a otra cosa?

—Humana…, ¿por qué me llamáis así? ¿Qué sois vosotros?

Amelia no solía sentirse intimidada por nadie. Pero esta vez se sentía como una hormiga frente a siete pares de pies que podían acabar con ella de un solo pisotón.

—Somos seres inmortales: immoriths —explicó la mujer—. Tampoco somos mujeres ni hombres, más bien hembras y machos. Aquí las cosas son distintas.

—Pero Blaine… Él no era…

Una risa irónica estalló al lado de la immorith hembra. Esta vez era un ser de pelo también negro y nariz extremadamente puntiaguda, que le daba una expresión de hastío continuo a su rostro.

—Siempre se le dio bien mentir —dijo con amargura.

—Nunca me lo dijo… Él es mi mejor amigo. Le conozco desde hace años y nunca me habló de vosotros ni de este lugar. Me lo hubiera dicho, estoy segura. Blaine es mi…

—Si no te lo contó es porque no puede hacerlo —la interrumpió la immorith de florecillas en el pelo—. Tenemos prohibido hablar de este mundo en cualquier otro a no ser que el receptor ya sepa de su existencia. Y tú, humana, no deberías estar aquí. Este mundo es peligroso para los de vuestra raza. Sois seres frágiles, débiles, y aquí habitan monstruos capaces de desintegraros con solo un chasquido.

Amelia tragó saliva. Miró a cada uno de los hermanos de Blaine. Cada uno tenía un rasgo de él: el mentón abultado, el pelo medio anaranjado, el porte musculoso, la mirada, incluso los labios gruesos y la boca grande. Pero el que más se le parecía…

Amelia ladeó la cabeza para mirarlo de frente. El immorith seguía observándola. Dudaba que hubiera dejado de hacerlo en algún momento desde que llegó allí.

—Tiene que haber otra forma de volver. Otra puerta. Otra manera… Por favor, tenéis que ayudarme. No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué íbamos a ayudarte nosotros a ti? —escupió Hansell —. Tu trastada va a provocar una guerra. Lo que deberíamos hacer es matarte y ahorrarnos problemas.

—Si esta chica es importante para Blainar, el que empezará una guerra será él si a ella le sucede algo. Todos sabemos de lo que es capaz nuestro hermano —replicó el de los ojos que fascinaban a Amelia.

—Para cuando él regrese ya llevará muerta mucho tiempo, Larion, dudo que le importe entonces.

—Sí le importaría —replicó Amelia metiéndose en la discusión.

Todos se giraron hacia ella.

—Lo dudo, humana.

—Me llamo Amelia, no humana, y sé que para vosotros no soy nadie. Seguramente no valgo más que esa puta piedra de ahí. Pero sí era alguien para vuestro hermano. Joder, le quiero tanto que entré por esa jodida puerta por él, para salvarle de cualquier gilipollez en la que se hubiera metido. ¿En serio creéis que él no hubiera hecho lo mismo por mí?

Las risas estallaron entre todos los immoriths. Todos rieron excepto él. Larion. Incluso a la immorith se le escapó una leve sonrisilla que a Amelia la puso mala.

—No conoces al mismo Blainar, entonces. Él es avaricioso e inmaduro y fue a tu mundo por un arrebato egoísta. No le importó nadie más que él mismo y su…

—¡No es verdad! —gritó ella, interrumpiéndole.

Amelia empezaba a marearse. Se sentía igual que Alicia en el País de las Maravillas. Había cruzado una puerta mágica y ahora estaba en un mundo absurdo rodeada de gente absurda. Aún le costaba procesar que eso no fuese un sueño, pero si algo tenía Amelia era su capacidad resolutiva. Y si eso era un sueño, soñaría, y volvería a casa. Volvería. Tenía que hacerlo.

No se quedaría atrapada allí.

Observó a los siete seres que la rodeaban. Tres de ellos todavía no habían pronunciado palabra: dos de ellos estaban muy juntos y se parecían mucho, a excepción del pelo, que uno lo tenía negro y el otro, anaranjado. Al parecer, en esa familia solo había dos tonos posibles de melena. Vestían igual y se movían a la vez, como si uno fuera el reflejo del otro. El tercero daba miedo. Era larguirucho y no tan musculoso como el resto, pero su mirada era implacable. Amelia estaba convencida de que la mataría sin pensárselo dos veces.

—Matémosla —escupió este immorith más alto. Amelia se fijó en su boca. Una cicatriz se la partía en dos—. Le estaríamos haciendo un favor; si no lo hacemos nosotros, lo harán otros. Yo al menos puedo prometerle rapidez.

Sintió pánico. Ese ser albergaba odio y, claramente, le iba a causar más de un problema. Su sonrisa era de todo menos auténtica. Si eso no era una pesadilla, se acababa de convertir en una.

Un viento gélido comenzó a soplar. A la immorith hembra el pelo le arañaba la cara, se enredaba sin control sobre sus hombros, y el frío comenzaba a resultar insoportable.

—Aytial, para ya, me estás despeinando —se quejó la immorith.

El tipo hizo un movimiento con la mano y el viento cesó, al igual que la temperatura, que subió repentinamente.

—Esa humana nos traerá problemas. No digáis que no os lo advertí —se quejó.

Y se marchó.

Desapareció.

Así sin más.

En serio, ¡¿qué cojones?!

Otros tres se esfumaron justo después y, frente a ella, quedaron la immorith, el ser de la nariz puntiaguda y el tal Larion.

—Gracias —le dijo a la hermana de Blaine.

Acababan de intentar matarla. Amelia estaba a un susto más de caer desmayada.

—Hansell y Aytial tienen muy mal genio. Son como unos niños malcriados. Se les pasará —explicó restándole importancia.

—¿Blainar… —murmuró el de la nariz afilada— nunca te habló de nosotros?

Amelia giró el cuello hacia él; su rostro parecía ensombrecido. Ella negó con cautela.

—Lo único que me dijo es que se peleó con su padre y tuvo que marcharse de casa. Me dijo que tenía hermanos, pero que no podían hacer nada por remediar el mal que ya estaba hecho. Yo insistí en alguna ocasión, pero, cada vez que lo hacía, él se cerraba en banda y pasaban días sin que me dirigiera la palabra. No volví a cometer el error de preguntarle más.

Una leve sonrisa apareció en su boca.

—Supongo que entonces sí conocemos al mismo Blainar. —Hizo un asentimiento de cabeza y desapareció igual que el resto.

Amelia dio un respingo.

—No me jodas. ¿Me vais a abandonar todos aquí?

—¿Nadie te ha dicho nunca lo irritante que es tu forma de hablar?

Larion la observaba aburrido, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Blaine. Todos los días —admitió.

—Al menos nuestro hermano parece haber madurado.

—¿Madurado? Era como un anciano malhumorado en el cuerpo de un chico de veinte años. Sigo sin comprender…

Sus cejas ascendieron de golpe y su expresión pareció pasar del aburrimiento a la diversión. Ella calló al darse cuenta: si tenía

más de cien años y no envejecía, tenía sentido que fuese inmortal. Desde luego que el hecho de que no hubiera cambiado un ápice desde que le conoció, diez años atrás, era algo que la irritaba más de lo que hubiese querido admitir.

—No podemos dejarla aquí.

La immorith cambió de postura y se giró hacia el único hermano que le quedaba allí.

—No —coincidió él—. Llévala a tu casa, allí tienes espacio de sobra.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ella, Larion? ¿Ponerle un cojín en el suelo a los pies de mi cama y rascarle detrás de las orejas como si fuera mi mascota?

—Haz lo que quieras con ella. Si eso es lo que quieres hacer, por mí perfecto. Simplemente, mantenla viva. Dale de comer y esas cosas.

—No soy un puto perro, joder —espetó Amelia.

—Pues hablas como uno —respondió él.

—¿En este mundo los putos perros hablan?

Larion entrecerró los ojos.

—Como digas otra vez puto, coño, joder o cojones, te convertiré en uno. Entonces sabremos si hablan o no —dijo, sonriendo con malicia el muy capullo.

—No puedes hacer eso.

—Ponme a prueba —respondió, inmutable.

Amelia soltó un grito de frustración.

—Necesito volver a casa —suplicó—. Tiene que haber otra forma. Es imposible que solo haya una puerta.

—Claro que no es la única, los dioses jamás se hubiesen arriesgado solo con una.

—¡Perfecto! Entonces, ¿cuál es el problema?

La immorith sonrió, y fue una sonrisa afable y pesarosa.

—No se puede ir hasta allí. Nadie lo ha hecho jamás y nadie lo hará. Y mucho menos tú.

Amelia se quedó pensando.

—Esa puerta que decís…, ¿va a parar al mismo lugar? —Hizo un gesto de cabeza hacia el espacio vacío que la había llevado hasta

allí.

—Creemos que no.

—Pero hay una posibilidad —dijo Amelia aferrándose a ese pequeño hilo de esperanza.

—En realidad, lo normal es que no. Si hay que viajar medio reino hasta llegar a la otra puerta, lo más probable es que también se recorra esa distancia en tu mundo.

¿Y qué? Como si terminaba en el mismísimo centro del Pacífico. Estaría en casa, en su mundo.

—¿Blaine sabía dónde estaba la otra puerta?

—Ni siquiera sabía dónde acabaría al cruzar esta. Supongo que podría hacer un cálculo de distancias y crear un radio aproximado. No obstante, sería improbable que adivinara el punto exacto.

Amelia los miró.

—¿Cuándo se abre la otra puerta?

—Se abrirá dentro de tres lunas llenas.

—¿Y eso cuánto es?

Estaba en otro mundo. Quizá ahí la rotación de la luna era distinta, ¿cómo iba a saberlo?

—Más o menos cien días.

Un poco más de tres meses. Ese mundo no era tan distinto al suyo, entonces.

—¿Y cuánto se tarda en llegar hasta allí? —Ambos se quedaron callados. La immorith apretó los labios—. ¡¿Cuánto se tarda en llegar hasta allí?! —gritó esta vez.

No podía maldecir, vale, pero podía gritar. Su frustración crecía como la llama que consume una mecha.

—Estará a una distancia de ochenta días a pie, con descansos cortos. Eso sin contar los cambios de rasantes, de climas, los peligros que rodean el camino, los seres que los custodian… Es prácticamente imposible que uno de nosotros consiga llegar hasta allí con vida y, si hablamos de ti, digamos que no es ni siquiera una opción posible.

Por Dios, ¿dónde se había metido?

—Queréis a Blaine de vuelta, ¿verdad?

—Más que lo queramos, es una necesidad.

Las pupilas de Larion se dilataron, mientras que las de la immorith de las flores en el pelo se contrajeron, sorprendida.

—Podremos sobrevivir sin él otros cien años, Larion.

—En realidad no, Evellyn. Tú y yo sabemos que no, en cuanto los immoriths de esta tierra se enteren…

—No tienen por qué saberlo.

Larion puso los ojos en blanco.

—Escucha, hermana, no tengo ninguna intención de que luchemos entre nosotros por el trono. Ambos sabemos que, si Blainar no vuelve, estamos jodidos. Nosotros y todo el maldito reino.

—¿Tú sí puedes decir palabrotas?

Larion la fulminó con la mirada y ella cambió de postura a una más defensiva. Solo llevaba allí unos minutos y ya estaba harta.

—Cuando tengas mi posición, mi edad y mi poder, podrás decir lo que te dé la gana. Hasta entonces, humana, deja hablar a los mayores.

Amelia soltó una carcajada ahogada.

Estaba muy harta y ese imbécil no iba a doblegarla por nada.

—Mira, capullo, me da igual tu posición, tu edad o tu maldito poder. No sé quién eres y, francamente, me da igual. Pero podemos trabajar juntos. Alguno de vosotros me lleva hasta la puerta, y yo prometo traer a vuestro hermano de vuelta.

Los ojos de Larion estallaban en fuego. ¿Se habría pasado al llamarle capullo? Daba lo mismo. No aguantaba a los tipos como él. Pero, si era su única salida hacia casa, haría lo que hiciera falta, incluso insultar a un gilipollas immorith, o como sea que se llamasen.

—Larion… —dijo Evellyn posando una mano sobre el hombro de su hermano. Después se centró en ella—. ¿Cómo estás tan segura de que eres capaz de encontrarle en tu mundo? Puede estar en cualquier parte y tienes poco tiempo. No podemos arriesgarnos a perder a otro hermano. Si hacemos esto, debemos estar seguros de que eres capaz de encontrar a Blainar.

Amelia sonrió, metió la mano en su bolso y sacó su teléfono móvil, uno que por supuesto no funcionaba allí. Pero al menos lo seguía teniendo. Se calló el hecho de que, si Blaine no recuperaba

su teléfono o se compraba otro, localizarle sería un problema. Un problema de la futura Amelia.

Iría paso a paso.

—Esto, amigos, es lo que me ayudará a traer a vuestro hermano de vuelta. Tan fácil como hacer una llamada. Llevadme hasta allí, y yo lo encontraré.

UN AMOR CAPAZ DE ROMPER MALDICIONES

Esa tarde no vio a Lars. Fue una decepción que a veces sucedía. Era una pena haber usado esa falda para que él no la viera. En cuanto llegó a casa se la quitó, se puso ropa de deporte y se dirigió al gimnasio.

Cuando volvió a casa, sudorosa pero renovada, llamó a Blanca. Su decepción fue a más entonces, cuando ella le dijo que todo estaba bien; que no podía hablar en ese momento, pero que lo harían el viernes. Que no se preocupara. Y eso era exactamente lo que hacía: preocuparse. ¿Cómo no iba a hacerlo? Llamó a Ana y charlaron durante horas; también lloraron, adelantándose a algo que ninguna aún entendía del todo. Se ponían en lo peor, como dos marujas preparadas para un cataclismo, para que el mundo terminara con ellas en él, sentadas en un banco viendo las bombas caer.

Mientras las bombas caían, una a una, Mel se tumbó en el sofá, cogió un libro y decidió centrarse en cualquier cosa que no fuera real. Se quedó dormida leyendo sobre casas malditas y un amor capaz de romper maldiciones.

—Vale…

Abby dejó los papeles sobre la mesa de la cafetería. Mel no había querido enviárselos por correo electrónico, le gustaba ver la reacción de sus clientes cuando leían los primeros capítulos de su trabajo. Era más fácil para ella captar así las primeras impresiones.

—¿Qué tal?

—Está bien. —Abby hacía movimientos con la cabeza: lentos, pequeños, deliberados…—. Está muy bien, sí…

Mel contenía el aire.

—¿En serio? —preguntó, reacia.

Su cliente levantó la cabeza y sonrió.

—Sí, de verdad, creo que esta podría ser mi novela. Sí, sin duda. Además, has incluido todo lo que yo te dije al principio —dijo con un fuerte suspiro.

—Claro, ese es mi trabajo.

Abby acarició la portada de los papeles que tenía sobre la mesa. Pasó los dedos sobre las palabras mecanografiadas en las que se leía «Proyecto Mundos», como quien se aferra a algo que aún no está escrito.

—Los nombres, los personajes, el giro… Ya me tiene enganchada. Parece que el tal Larion y Amelia van a terminar follando como locos. Se les nota en esa rabia contenida que tienen los dos.

—¿Y eso es bueno?

—¡Buenísimo! Quizás habría que meter algo más sobre esa guerra política que se están trayendo entre manos, eso parece interesante. Y concretar un poco más el funcionamiento de las puertas y de por qué están allí en primer lugar. ¿Quién las creó? ¿Por qué? Hablas de dioses, ¿qué dioses? ¿Y por qué llegar hasta la otra puerta es tan complicado? ¿Hay alguna explicación para eso? —Sus ojos brillaban, lo que provocó que, irremediablemente, Mel sonriera —. Espera… ¡No me lo digas! ¿Y lo de los ojos? ¿Por qué son iguales a los de Blaine? ¡Ah! Y adoro que estén en Estados Unidos. Nunca he estado en Ohio, pero me parece un buen lugar, distinto al típico Nueva York de siempre. Créeme que se venden mejor los libros que están ambientados en el extranjero, es una locura.

Abby parecía realmente cautivada, y Mel creyó estar viéndola a través de la pantalla de su móvil, en esos vídeos que grababa tan emocionada. Verla así fue para ella un pequeño subidón que le permitió pasar la mañana sin pensar en su amiga Blanca o en la posibilidad de que aquel día tampoco viera a Lars.

La *influencer* le había pedido una escaleta que definiera cada capítulo, cada personaje y cada giro de la trama. Ella nunca había hecho una. No era una escritora de mapa, era más bien de brújula; eso significaba que no se le daba bien hacer esquemas o previsiones de capítulos. Simplemente escribía y, a medida que surgían problemas, los solventaba como podía. A veces tenía que dar

marcha atrás, reescribir cierta cosa para que cuadrara mejor y después seguir por donde lo había dejado. Reconocía que esa historia era más complicada que otras, le llevaría más trabajo elaborarla del que estaba acostumbrada. Así que accedió a crear un plan para los personajes y tener claro lo que pasaría al principio y al final. Todo lo que sucediera entre medias sería una sorpresa incluso para ella misma. Tampoco engañaría a Abby, porque decirle que cada renglón de su novela ya estaba perfectamente pensado sería jugar con demasiadas variables y factores que podrían jugar en su contra más adelante. En esa novela, la clienta le estaba ofreciendo algo que no habían hecho los demás: poder de decisión. Y utilizaría ese poder para dejarse llevar y hacer aquello que realmente adoraba, que era inventarse historias. Solo esperaba que, esta vez, saliera bien.

Cuando terminó la reunión, volvió a la biblioteca, pero esa mañana no se sentía demasiado inspirada. Había garabateado varios párrafos que, tras muchas relecturas, finalmente decidió borrar. Llevaba los cascos con la música a todo volumen; seguramente eso le acarrearía algún que otro problema de audición en el futuro, pero aislarse del mundo era su manera de conectar con su historia, y eso solo lo conseguía con música.

Sonaba *Shame* de The Dear Hunter cuando sintió una caricia silenciosa detrás de la nuca. Una sensación extraña y al mismo tiempo conocida: ese sexto sentido que despertaba cada tarde cuando él pasaba frente a ella. Se giró incrédula y vio a Lars apoyado en el marco de la puerta de la sala de estudio donde se encontraba, mirándola con una media sonrisa. No llevaba chaleco, solo una sudadera azul que hacía juego con sus ojos, unos vaqueros negros desgastados, unas zapatillas con tres líneas en los laterales y su habitual gorro de lana oscura. La expresión de sorpresa de ella contrastaba con el gesto divertido de él.

Lars dio varios pasos y se deslizó en la silla al otro lado de la mesa mientras se quitaba el gorro.

—Hola.

Mel se bajó los cascos y los dejó reposando en su cuello.

—Hola. —Sonó más bien como una interrogación. ¿Qué hacía él allí?

—¿Qué le ha pasado a eso?

Mel siguió su mirada hacia la cinta aislante de color blanco que rodeaba el portátil con el que trabajaba. Esa pequeña cinta conseguía que pudiera abrir y cerrar el ordenador sin miedo a que se partiera en dos.

—Se rompió. Y lo arreglé.

Él sonrió ante aquella chapuza.

—Yo puedo arreglártelo bien, si quieres.

—No puedo permitirme estar sin él, es el único que tengo y aquí guardo todo mi trabajo…

—No hace falta —la interrumpió—. Puedo pedirte una carcasa nueva y tardaré poco en cambiarla. Y tú puedes estar conmigo todo el rato mientras lo hago, para verificar que no le pasa nada, ya sabes.

—¿Lo tuyo no era el *software*?

—También se me da bien el *hardware*.

Mel sintió un cosquilleo en el vientre. Ay, ese hombre conseguía cosas realmente milagrosas, como que «*hardware*» sonara irracionalmente sexi mientras salía de su boca. La sonrisa atractiva y la barba de tres días posiblemente ayudaban a provocar tales fenómenos en su cuerpo.

—Está bien…, ¿y qué quieres a cambio?

—Tu tiempo. —Si Lars supiera la de tiempo que se había pasado ella fantaseando con él, seguramente pagaría por eso y por otras doscientas carcasas más. Ella lo miró, pensativa—. Déjame llevarte a cenar.

—¿Cómo en una cita?

—Como en una cita —afirmó. Mel sonrió, experimentando una de esas sensaciones que se anudaba en su estómago y tiraba hacia su columna vertebral—. Si puedes, pásate mañana sobre las seis por mi tienda. Te arreglaré eso.

Lars se levantó, se puso el gorro y pasó junto a ella. Su mano le rozó el hombro y sintió una quemazón a través de la tela del jersey.

—¿No necesitas el modelo o algo parecido? —dijo ella girándose en su dirección.

—Veo ordenadores todos los días, Mel. Ya sé cuál es el tuyo.

Lars se fue, ella volvió a ponerse los cascos y sonrió, satisfecha. Sus dedos bailaron por el teclado hasta que el reloj marcó las cinco. Ese día volvió a ver a Lars, esta vez con sus sobrinos de la mano. Él le lanzó una sonrisa cautivadora desde el otro lado de la calle y ella, esa vez, no apartó la mirada.

Ya no tenía por qué hacerlo.

UNA PISTA UN TANTO CONTRADICTORIA

A las seis menos diez del día siguiente, Mel recogió sus cosas y salió de la biblioteca. Ese día había decidido ponerse un cárdigan lila sobre una camiseta blanca; sus pantalones favoritos, que eran unos vaqueros de dos colores distintos, la mitad negros y la otra mitad azul oscuro, y sus habituales zapatillas blancas. Llevaba el pelo suelto y con leves ondas naturales, y el flequillo, medio bien. Esa mañana se había despertado con la suerte de su lado.

Tenía una ligera idea de dónde estaba la tienda de Lars. Conocía la calle y la dirección, así que, en cuanto se asomó a la esquina, fue fijándose en las tiendas por las que pasaba, hasta que se topó con la que buscaba. Cuando entró, sonó una pequeña campanilla que indicaba que había llegado un cliente, pero allí no había nadie para atender a uno. Mientras esperaba, se fijó en los detalles. Era un local pequeño, luminoso y muy ordenado. No sabía por qué, pero, cuando Lars le comentó que tenía una tienda de informática, se había imaginado algo completamente distinto: paredes de color azul eléctrico, repletas de cachivaches como cargadores y fundas para el móvil; algo más hortera y desarreglado. En cambio, aquel lugar era todo lo contrario. El suelo era de madera oscura, de esa que cruje al pisarla, y la luz entraba a raudales por la cristalera que daba a la calle. Las paredes eran blancas y había dos vitrinas de un tamaño considerable iluminadas, una a cada lado de la salita, las cuales contenían ordenadores y dispositivos móviles de distintas marcas. Todo estaba cuidadosamente ordenado, impecablemente limpio y rezumaba profesionalidad. A Mel le gustó ver aquello, y por alguna extraña razón también la alivió. No tenía ni idea de lo que se iba a encontrar, pero eso era mejor de lo que había esperado.

Escuchó unos pasos acercarse y el cuerpo de Lars apareció al otro lado del mostrador, con una sonrisa que la dejó pasmada.

—Hola.

—Hola —sonrió ella con los labios pegados.

—Ven, pasa.

Le hizo un gesto de cabeza y ella lo siguió.

La trastienda no era muy diferente a la parte delantera. Había más cajas, más trastos y dos mesas; una de ellas repleta de herramientas que no había visto en su vida, y la otra con varios ordenadores encendidos que mostraban una cantidad inmanejable de ventanillas abiertas. No obstante, la esencia de la limpieza y el orden se respiraba en el ambiente. Incluso el aire olía bien; a vainilla y canela.

Él se sentó en la silla frente a la mesa llena de herramientas y le hizo un gesto para que ella se sentara en la otra. Así lo hizo Mel, que sacó su preciado ordenador de la funda y se lo tendió a Lars.

—Tranquila, lo cuidaré bien.

—Eres tú el que se está jugando una cita.

Él soltó una carcajada.

—Más me vale hacer un buen trabajo, entonces.

Lars comenzó a trabajar. Mel, al contrario de lo que habría esperado, se sintió tranquila al dejar en sus manos su bien más preciado. De todas formas, había sido precavida; se había enviado el archivo de la novela al correo electrónico por si acaso Lars la pifiaba, aunque esperaba que no le hiciera falta ese archivo. Aquel ordenador era viejo y tenía borradas las letras A, S, D y C por el uso, pero con él había escrito todos sus libros y no deseaba comprarse otro, aunque fuera mejor o más veloz. Quería ese, el suyo.

Lars trabajaba; desatornillaba, quitaba, ponía y ajustaba. Mientras tanto, ella observaba. Tenía unas manos hábiles, que manejaban los tornillos minúsculos con maestría, y Mel tuvo que morderse la lengua cuando comenzó a pensar cosas indecentes sobre tornillitos diminutos y dedos habilidosos. Giró la cabeza y vio a un lado el libro de Miguel Hidalgo, un llavero con forma de solecito sonriente, al que estaban enganchadas unas cuantas llaves, entre las que destacaba la de un coche, y una billetera con cinco o seis tarjetas.

—¿Ya lo terminaste?

Lars levantó la cabeza y siguió la mirada de Mel.

—¿El libro? —Ella asintió—. No, pero casi. Me tiene bastante enganchado.

Mel sintió entonces la satisfacción que solo entiende un fantasma. Una emoción que se queda presa entre las costillas, luchando por salir, pero que nunca llega a desbordarse. Ese hilo de pensamiento le hizo volver la cabeza hacia el juego de llaves con el llavero del sol sonriente.

—¿Tienes coche?

—Sí.

Mel entrecerró los ojos.

—Pero vienes en autobús…

—¿Esto es un interrogatorio?

—Algo parecido.

—Pensé que habíamos decidido fiarnos el uno del otro, Mel… —Se sostuvieron la mirada y él sonreía mientras seguía atornillando. O desatornillando. Lo mismo daba.

—Eso depende de ti y de tus respuestas, Lars…

—No me lo vas a poner fácil, es eso, ¿no?

—¿Qué gracia tendría entonces?

Él dejó la herramienta en la mesa, giró la silla y se plantó frente a ella.

—Yo nunca voy en autobús.

—¿Y por qué me mentiste?

—Bueno, en realidad nunca te dije que lo cogiese.

Ella se quedó pensando. Era cierto, eso solo fueron conjeturas suyas. Aun así…

—Que te sentaras a leer a mi lado en una parada de autobús fue una pista un tanto contradictoria.

—Vale, sí, es verdad. Pero llevaba meses queriendo una oportunidad como aquella y eso fue lo único que se me ocurrió sin quedar como un gilipollas. No se me da bien eso de… empezar una conversación.

Mel se quedó clavada en el azul de esos iris y, tras un gran esfuerzo, desvió la mirada. Lars volvió a su faena: desatornillar, atornillar, poner y quitar.

—¿Por qué fuiste ayer a la biblioteca? —preguntó.

—Quería verte. Poner otra excusa sería mentirte —dijo sin apartar la mirada del ordenador destripado.

—¿Quieres saber por qué hago siempre tantas preguntas?

Lars debió presentir la inquietud en sus palabras, porque paró de arreglar el ordenador y volvió a girar su silla. Posó los antebrazos en sus muslos y se inclinó hacia delante, con las manos unidas, una de ellas rodeando a la otra. «Tienes toda mi atención», parecía decir. Desde esa distancia, Mel podía ver la piel de su rostro, un tanto sonrosada, quizá por el calor o por sus genes alemanes, de piel clara y con propensión a la rojez.

—Porque tengo tendencia a siempre ponerme en lo peor. No es que sea una persona pesimista, pero vivir entre historias siempre me hace anticiparme a los hechos. Si esto —dijo haciendo un gesto entre ellos dos— fuera un libro, tú no serías tan perfecto como pareces y yo terminaría o bien llorando durante un mes entero porque me has roto el corazón, o bien muerta en un callejón oscuro y lleno de basura.

—No tengo intención de romperte el corazón, Mel, y tampoco de que termines muerta en un callejón oscuro y lleno de basura.

Los hombros de Lars se tensaron y apretó los puños; sus nudillos se pusieron blancos como la leche.

—Eso mismo diría una persona dispuesta a hacer tales cosas.

—Y también lo diría una persona que no tiene intención de hacerlas. Además, no soy perfecto —sonrió mientras se erguía y volvía a girarse para seguir trabajando—. Aunque debo reconocer que me ha gustado escuchar que lo decías.

El muy cretino estaba disfrutando con todo eso. Mel se lo notaba; él se divertía a costa de su preocupación.

Media hora después, su ordenador parecía nuevo. Lars lo había incluso limpiado con algún producto y había borrado la suciedad y el polvo acumulados, además de eliminar los restos de pegamento que había dejado la cinta aislante. La tecla con la letra L por fin dejaba de quedarse trabada, y la tapa se bajaba y se levantaba como el primer día. Quizá no llegaba a confiar del todo en Lars, pero reconocía que el trabajo había sido impecable.

—Gracias, ha quedado genial —reconoció.

—Entonces…

—Sí, acepto tu cita.

Él sonrió, se pasó una mano por el pelo y cogió sus cosas. Se puso el chaleco, el gorro y se metió en los bolsillos del pantalón su móvil, que estaba en un cajón, su pequeña billetera y el juego de llaves.

—Te acompaño a la parada.

Ella asintió y, después de que Lars cerrara la puerta de la tienda y le diese a un botón para que bajase una persiana metálica de seguridad, ambos se encaminaron hacia la marquesina.

Cuando llegaron, se sentaron en los asientos vacíos; a esas horas nunca había nadie. No les había dado tiempo a decir nada cuando el autobús llegó. Ella lo miró. No sabía muy bien cómo tenía que despedirse de él. La otra vez le dio un beso en la mejilla, pero ese día no le salía hacerlo. Él se levantó primero, le ofreció una mano para ayudarla a levantarse y ella aceptó. Sus dedos se tocaron. Su pulgar acarició brevemente su piel, dejando a su paso una sensación de calor reconfortante. Luego, la soltó.

—Hasta la próxima, Mel.

—Adiós, y… gracias —dijo levantando ligeramente la funda de su ordenador.

Él hizo un gesto con la cabeza y sonrió. Cuando Mel se sentó en su sitio de siempre, él seguía allí plantado en la acera, sonriendo. Se dijeron adiós con la mano.

Esa noche Mel abrió su ordenador y un pósit amarillo la saludó en mitad de la pantalla. Un número de teléfono y un mensaje:

Por si decides confiar en mí
L.

No tardó en coger su móvil, guardar su número y abrir la aplicación de mensajería instantánea. En su imagen de perfil aparecía él en primer plano, mirando a la cámara, riéndose y sexi a rabiar. Llevaba puesto su habitual vestuario, y dos pequeños

humanos le subían por la espalda: sus sobrinos. Y luego decía que no era perfecto. ¿Quién si no podía tener una foto tan estúpidamente adorable de perfil? Era un grito que decía: «Confía en mí».

Mel suspiró. Cuando se trataba de Lars, se sentía como un ovillo de lana desmadejado.

Mel: ¿Sueles dejar tu número pegado en pantallas ajenas?
Lars: Solo en la tuya
Mel: Muy poco sutil.
Lars: Pero al parecer eficaz

Se mensajearon durante horas, hasta que el sueño hizo mella y una sensación ligera de ilusión empezó a recorrer el cuerpo de Mel. Había decidido confiar. Solo esperaba no haber elegido mal.

UNA INJUSTICIA MUY INJUSTA

Pasaron los días. Mel seguía trabajando en la biblioteca, luego se cruzaba con Lars en la parada de autobús, se sonreían y hablaban por mensaje. A medida que pasaban los días, en sus conversaciones habían adoptado un tono menos comedido y más salvaje.

Lars: Bonita falda. Te la pondrás mañana?
Mel: ¿Quieres que me la ponga?
Lars: Preferiría que no
Mel: ¿¿??
Lars: Confiarías en un tío que no para de mirarte las piernas o el culo en su primera cita?
Mel: Hummm… Pues tienes razón. Me la pondré mañana y así veremos si eres digno de confianza o no.
Lars: Mujer cruel

También hablaban de cosas serias, claro. Pero no eran tan divertidas. Ese tipo de mensajes juguetones hacían que Mel sonriera como una tonta. Incluso cuando iba por la calle, el mundo a su alrededor dejaba de existir y se concentraba en una pantalla detrás de la cual estaba él. Eso mismo pasó aquel viernes. Mel hablaba sobre si ponerse o no aquella falda que le hacía un trasero tremendo cuando se dirigía al bar de siempre, a esa mesa de siempre, con las mismas dos amigas de siempre.

—¿Y esa cara de imbécil?

Levantó la cabeza de golpe y se sonrojó ante la mirada divertida de sus amigas. Carraspeó un poquito para dejar a un lado la imagen de Lars mirándole las piernas. Se guardó el móvil en el bolso y se centró en ellas. Un sentimiento de culpabilidad la arrojó al abismo. Blanca estaba pálida, parecía un poco más delgada y unas ojeras acusadas le descansaban bajo los ojos.

—No es nada, lo siento.

No quiso contarles nada. Los remordimientos que sentía por que a ella le pasaran cosas buenas mientras que a su mejor amiga se la tragaba la tierra le parecían aborrecibles.

—¿Tú has echado un polvo o algo? —La sutileza en Ana no era un motivo de envidia.

—¡No!

—Pues tienes cara de haber follado.

—Pues no he follado, Ana.

—¿Estás segura?

—Creo que, si hubiera follado, me habría dado cuenta de ello, ¿no crees?

—Vale, vale… —Ana levantó las manos en alto.

Mel clavó sus ojos en ella, reprendiéndola, y luego se centró en Blanca.

—¿Cómo estás?

—Bien, supongo.

—¿Qué te han dicho?

Blanca tragó saliva. Miró a sus amigas e intentó sonreír.

—Tengo que empezar con la quimio cuanto antes. Pero no puedo hacerlo todavía.

—Pero… ¿por qué? —Ana estaba igual de confusa que Mel.

Blanca se derrumbó. Unas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas descoloridas y a Mel se le resquebrajó el corazón.

—Ya sabéis que siempre he querido ser madre. Nico y yo llevábamos intentándolo un par de meses. Estábamos tan ilusionados… Por Dios, si hasta me compré los test de ovulación para saber cuándo era el mejor momento para concebir. Tengo incluso una aplicación que me dice si estoy ovulando según el flujo vaginal. Es raro, lo sé, pero me obsesiona esa idea, como si ya fuera una madre, pero que no tiene a su bebé. Y ahora… —rompió a llorar—. Tengo que congelar mis óvulos antes de la quimio. Ya he empezado con los pinchazos y la semana que viene será la intervención.

Mel sabía muy dentro de su alma que era poco probable que su amiga pudiera llegar a ser madre algún día. Un cáncer así no termina bien. Pero la necesidad en sus palabras era tan evidente…

Ella tenía que asegurarse de que, si salía adelante, podría llegar a ser madre algún día. Mel nunca había tenido ese instinto maternal del que algunas mujeres hablan, aunque, a medida que se hacía mayor, se convirtió en un tema al que a veces le daba vueltas: formar una familia no le parecía la peor idea de todas. Sin embargo, ese había sido el objetivo de Blanca desde hacía mucho tiempo. Era una madre sin bebé; qué idea tan terrible.

Las tres se dieron la mano.

Después, vino la charla sobre la quimioterapia y sobre lo que pasaría si eso no resultaba. Fue una clase magistral tan confusa como abrumadora. Ella tendría que pasar por todo aquel infierno mientras Mel seguía su vida sin apenas alterarla. No era justo. La vida no era justa. Y, por desgracia, esa injusticia había recaído en su mejor amiga.

3

Resulta que no la dejaron en medio de la nada. Evellyn la cogió del codo y, en un abrir y cerrar de ojos, se habían transportado a otro lugar. Amelia vomitó en el suelo de mármol blanco en cuanto posó un pie en él.

Larion llegó una milésima de segundo después. Olisqueó las tripas caídas de la chica, que se retorcía del mareo en el suelo, y puso cara de asco.

—¿Ves? Un perro —dijo con desdén.

—Capullo hijo de puta. —Amelia ahogó otra arcada.

Evellyn le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, te debería haber avisado. Al principio es duro, pero terminas acostumbrándote.

Amelia se incorporó, se puso las manos en las lumbares y respiró hondo varias veces. Al abrir los ojos, fulminó a Larion con la mirada, que ya se marchaba hacia algún lugar fuera de su vista. Si las miradas apuñalaran, él ya estaría muerto.

—¿Podéis transportaros a cualquier parte? —preguntó recobrando el aliento.

Evellyn negó con pesadumbre.

—Solo a los lugares donde ya hemos estado, y solo si es necesario. Transportarnos nos afecta irremediablemente. Somos inmortales, pero nuestra magia mengua cada vez que la usamos de esta manera. Si la agotáramos por completo, moriríamos.

—Entonces…, si Blaine pasa el umbral de la otra puerta, ¿podrá volver aquí directamente? —Ella asintió—. ¿Y no conocéis a nadie que haya estado allí? ¿Alguien que me pueda llevar así de rápido?

—No que sepamos. Hace siglos que nadie cruza al otro lado del continente —explicó Evellyn. Amelia resopló, desganada—. Vamos,

te encontraré un lugar donde descansar y algo de ropa para cambiarte. Si sigues con eso, llamarás demasiado la atención.

Amelia se miró la ropa, que estaba llena de tierra, y los botines, manchados de restos de vómito. Ahogó una mueca y se centró en lo que había a su alrededor.

Estaban dentro de una sala descomunal. El suelo era de piedra veteada y brillante y había columnas que sostenían un techo tan alto como un edificio de tres plantas. Era lo más majestuoso que Amelia había visto nunca. Uno de los extremos daba paso a unos escalones que descendían a unos jardines perfectamente cuidados, con flores que Amelia no reconocía. Pero no fue aquello lo que la sorprendió, sino el paisaje que se extendía más allá de esos jardines.

Era una ciudad que parecía estar aislada por un río anchísimo. Cada cierta distancia, un puente cruzaba desde la orilla del lado de la ciudad a la extensión de naturaleza que comenzaba más allá del río. A lo lejos se alzaban montañas, con unas sombras violetas y naranjas que descendían por sus cumbres. Y más cerca, en la urbe, unas pequeñas edificaciones, todas del mismo material que el suelo que pisaba, salpicaban la tierra. O al menos eso parecía desde aquella distancia. Ese castillo o templo o donde quiera que estuvieran debía estar en el punto más alto de la ciudad, porque desde allí se podía ver absolutamente todo. Incluso el laberinto de calles que la conformaban.

Divisó barcos en aquel río y se preguntó si ese mundo sería igual de extenso que el suyo. ¿Cuántos más podría haber así? Las arcadas volvieron, pero esta vez no por el viaje inesperado, sino por el vértigo de estar en un lugar al que nadie de su mundo podía llegar. Nadie la sacaría de allí. Eso era algo que tendría que hacer sola.

Y ella no había estado sola nunca. Siempre había tenido a sus padres, y luego a Blaine.

Siguió a Evellyn a través de la estancia hasta salir de ella. Los techos pasaron a ser más bajos, y la luz, cada vez más escasa. Pasaron por la puerta de salas grandes, abiertas de par en par, que posiblemente estaban destinadas a fiestas o reuniones, y por otras

puertas cerradas, decoradas con piedras preciosas o grabados incomprensibles.

Se quedó plantada frente a una de ellas; majestuosa y fascinante. Los dibujos estaban compuestos por imágenes y formas que le recordaban a los jeroglíficos egipcios. Se paró a intentar descifrarlos y, sin entender por qué, supo al instante lo que ponía: «Cinco son las manos que crearon, cinco los pilares que sostienen y cinco las virtudes que compensan».

—Nuestro idioma.

Amelia miró a Evellyn, incrédula. Una pregunta que no se había planteado hasta ese momento la abofeteó de golpe.

—¿Vuestro idioma? ¿Y cómo es que todos habláis el mío?

Evellyn soltó una pequeña carcajada.

—No, Amelia, tú estás hablando el nuestro. —Ella frunció el entrecejo, sin comprender—. Uno de los dioses, Lungua, abogaba por la comunicación para solventar los problemas, no como algunos de sus hermanos, que preferían la guerra. Cuando crearon el umbral, puso su granito de magia en él, de manera que cada ser viviente con conciencia que entrase por la puerta sabría reconocer nuestro idioma y lo hablaría con la misma soltura que nosotros. Lo mismo ocurre en sentido contrario. Cuando Blainar fue a parar a tu mundo, la magia de Lungua le hizo tener la capacidad de hablar tu idioma como si hubiera nacido en ese mismo lugar. Fue un regalo.

—¿No estoy hablando inglés?

—No, estás hablando olphilliano. Como todos aquí. Dale las gracias a Lungua.

Entonces abrió la puerta y cinco figuras cinceladas en piedra se elevaron frente a ella. Esta sala era incluso más alta que la anterior. El techo estaba compuesto por vidrieras de colores que bañaban las esculturas de un arcoíris extraordinario. Tres eran mujeres y dos, hombres. Todos vestían túnicas que volaban sobre sus cuerpos macizos, con una delicadeza tan espeluznante que Amelia tuvo la sensación de que se moverían en cualquier momento.

—Nuestros dioses —explicó, orgullosa.

Amelia entonces escuchó la historia de cómo se había creado Olphillia, aquel mundo, y cómo cada uno de ellos había donado

parte de su magia para ello. Lungua, el lenguaje; Natur, la geografía y el paisaje; Fisca, los habitantes y sus criaturas; Lumino, el día, la luz y la bondad, y Sombia, la noche, la oscuridad y la maldad.

—Si de verdad quieres recuperar a Blainar, será a Sombia a quien te enfrentes. —Le señaló la figura de una mujer imponente y una belleza incomparable—. Al menos a la parte de este mundo que ella creó.

Amelia intentó tragar saliva. Ahora tenía la boca seca y encima le sabía fatal a causa del desafortunado espectáculo de antes. Necesitaba agua urgentemente.

Evellyn la empujó fuera de la sala y la llevó a lo que serían sus aposentos: una habitación en lo alto de aquel castillo o palacio o lo que fuera, más grande que su propia casa, que ya de por sí tenía un tamaño considerable para tratarse de un piso a las afueras de la ciudad de Columbus.

Se le revolvieron las tripas de nuevo al recordar su hogar. Sus plantas se morirían, nadie estaría allí para regarlas. Por suerte, no había adoptado a ese cachorro de gato que le puso ojitos en aquella protectora hacía ya meses. Estuvo a punto de hacerlo, incluso se arrepintió durante días de no haberlo acogido. Ahora daba gracias por ello.

Evellyn se marchó con la promesa de volver después. Al parecer, tenían que debatir entre los supuestos hermanos de Blaine qué harían con ella. ¿La ayudarían a volver a su mundo? ¿La usarían de mascota? O, peor aún, ¿de bufón? ¿Se acababa de convertir en la versión olphilliana de un payaso de circo? ¿Se pudriría allí el resto de sus días?

Estaba en otro mundo.

Y estaba sola.

Ahora no le quedaba otra opción que luchar. Y si por lo que fuera esa gente decidía que no la ayudaría, entonces huiría. Buscaría la forma de regresar ella misma. Era mejor morir buscando una salida que no buscarla en absoluto. Y ella no era de las que se conformaban. Ni siquiera era de las que se rendían fácilmente.

Si esos immoriths pensaban que se quedaría allí sentada esperando a que le llegara la muerte de forma natural, se

equivocaban. Había elegido vivir y volver a casa. Volver con su familia y a la vez traer a su amigo Blaine de vuelta con la suya, aunque eso significara no verlo nunca más. Porque eso era exactamente lo que pasaría si ella conseguía volver a su mundo. Había prometido que le traería de vuelta. Blaine volvería y ella se quedaría en casa. En casa sin él. ¿Hasta qué punto seguiría siendo su casa entonces? Pero no podía hacer otra cosa. Su casa era él, sí, pero ya no podría estar con él de ninguna de las maneras. No había forma alguna de que Blaine encontrara por su cuenta la otra puerta, así que solo le quedaba esperar a que la misma puerta lima se abriera, dentro de cien años. Cuando ella no sería más que polvo. Y si ella lograba volver y encontrarle, sus caminos se separarían al instante. Otra vez. Estaban condenados a separarse.

Era un adiós. Algo que se rompía. Un final.

Ojalá lo hubiera sabido antes; le hubiera abrazado más fuerte.

Le echaba de menos. A él, en ese momento. Y a él, en el futuro que no tendrían juntos.

Ella le había fastidiado su única forma de volver a su casa después de tanto tiempo; le debía ayudarle a encontrar el camino de vuelta. Porque eso era lo que hacían los amigos, ¿no?

Una immorith menuda entró en su cuarto y dejó sobre la inmensa cama con dosel una pila de ropa limpia y planchada. Amelia levantó el brazo y se olió disimuladamente la axila. Olía fatal y estaba hecha un desastre. No podía volver a ponerse su ropa, al menos no sin antes lavarla. Además, una blusa escotada, unos vaqueros ajustados y unos botines con tacón no parecían la mejor vestimenta para recorrer un mundo extraño. Necesitaba unas botas de montaña, unos pantalones cómodos y un jersey caliente para combatir el frío que seguramente pasaría a la intemperie. La immorith, que no hablaba, se adentró en la habitación y fue hacia lo que debía ser el cuarto de baño. Levantó la mano y un agua con un olor delicioso y relajante comenzó a llenar la bañera. Amelia se quedó embobada mirando el líquido transparente, que aparecía de la nada. Allí no había ni grifo ni ningún orificio de donde pudiese manar. Cuando el agua rebosaba, la immorith, que tenía ojos negros

y la piel pálida como un día nublado, le hizo señas en dirección a la bañera.

—¿Quieres que me meta?

La immorith asintió y esperó. No parecía que fuera a marcharse. Pues vale.

Amelia nunca había sido una mujer pudorosa. Su cuerpo era puro músculo y curvas marcadas; fruto de mucho trabajo y entrenamiento con su amigo. No se avergonzaba de él, más bien al contrario. Se desvistió, dejando su ropa tirada en el suelo. Luego se sumergió en el agua tibia y espumosa y disfrutó al sentir su tensionado cuerpo relajarse de nuevo. Se lavó a conciencia.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, la immorith pálida le entregó una toalla, le acercó la ropa limpia y después se marchó. Amelia entonces escuchó la puerta cerrarse y maldijo no haberle pedido un vasito de agua. Observó la ropa que debía ponerse: un vestido de seda turquesa y zapatos planos de terciopelo azul oscuro. No era la mejor vestimenta para pegar patadas y defenderse, pero, si hacía falta, se las apañaría.

Mientras esperaba a que fueran a buscarla, se tumbó en la cama. El pelo mojado empapó la almohada. Eso no le preocupó demasiado, pero sí lo hizo su estómago vacío; necesitaba agua y comida. Y como si ese pensamiento hubiera invocado a un fantasma, la immorith pálida volvió a aparecer con un plato de carne en lonchas seca y una jarra de agua.

Se incorporó de un salto, se acercó a la mesita junto a la cama y lo devoró todo. Después, volvió a tumbarse y esperó.

Se quedó dormida esperando.

UNAS MESAS MUY DISPUESTAS

Mel se despertó con un mal sabor de boca. Había soñado con Blanca y su enfermedad y, cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que unas espesas lágrimas habían mojado la almohada. Se levantó a duras penas, con los músculos y el alma doloridos, y fue hacia la cocina para preparase un café y unas tostadas.

Mientras untaba de aguacate machacado la rebanada de pan, pensó en Olphillia. Las posibles escenas entre los personajes y conversaciones imaginarias rompían contra ella como las olas en un acantilado. Una detrás de otra, o incluso todas a la vez. A veces tenía que pedirle a su propia mente que le mandara ideas de una en una, despacito, con tiempo para procesar la primera antes de que llegara la segunda; porque a veces, como esa mañana, se aturullaba con tanta información de repente. Cuando eso pasaba, la mitad de las ideas se perdían por el camino, depositándose en el fondo del gran océano que era su mente. Por eso, a falta de su cuaderno, abrió la aplicación de notas del móvil y escribió aquello que no quería olvidar. Cuando se involucraba en una historia, las imágenes, las conversaciones y las escenas evocadoras la perseguían. No pensaba en otra cosa. Los personajes pasaban a formar parte de ella hasta convertirse en parte de su día a día y no desaparecían ni un instante.

Mientras daba vueltas a su café solo sin azúcar, Mel visualizó a Amelia desayunando junto a ella, masticando esa carne seca que la immorith pálida de ojos negros le había llevado sin ella pedirlo. ¿Tenía acaso algún tipo de poder telepático? ¿Sabía anticiparse a las necesidades de los demás y por eso llenó la bañera de agua después de que Amelia se olfateara a disgusto? En realidad, Mel había pretendido darle el poder de manipular el agua, por eso llenó la bañera sin grifo a la vista, pero podía cambiarlo. ¿Por qué no? Mel era la diosa de aquella historia. Era ella la que tenía la magia y el

poder para hacer lo que le diera la gana. Hasta cierto punto, claro. Lo que sí estaba en su mano era darle a cada uno de los habitantes de Olphillia un poder distinto, y esa immorith, si tuviera uno, sin duda sería el de la anticipación. Eso le haría ser la mejor sirvienta. Perfecto. Solventado.

Era curioso cómo los personajes se hacían ellos a sí mismos. Mel podía darles un físico y quizá una forma de hablar y de ser, pero el resto era cosa de ellos. Se movían a su antojo, a veces incluso actuaban sin su consentimiento. Ella quería que sucediera algo, pero, si ellos no estaban de acuerdo, aquello no se escribiría jamás. La gente no entendía esto.

Una vez había intentado explicarle a sus amigas, también a sus padres, eso de que los personajes tenían vida propia y que a veces hacían cosas sin su permiso. Como si fueran personas reales que tienen pensamientos propios. Sus amigas se quedaron boquiabiertas, posiblemente pensando que estaba tarada. Y quizá lo estaba un poco. Aun así, ellos no comprendían que ella dotaba a los personajes de vida, que podía fastidiarlos y ponerlos en situaciones complicadas, pero que eran ellos mismos, con sus anhelos, personalidades, virtudes y carencias, los que tomaban las decisiones importantes. Los que decidían luchar en lugar de mantenerse al margen o los que decidían contestar con bravuconería en lugar de con respeto. Y eso muchas veces marcaba lo que pasaba luego en la historia. Ella los empujaba, pero ellos decidían si saltar o quedarse en el sitio.

¿Tenía eso sentido? Mel no sabía si lo tenía o no, pero así era.

Pasó gran parte de la mañana enfrascada en tareas aburridas pero necesarias mientras conversaba consigo misma. Sobre mediodía, fue a casa de sus padres a comer. Les contó lo de su nuevo trabajo, pero no mucho más; ellos ya sabían que el resto era confidencial. Les habló de cómo estaba Blanca y les contó que aquella noche tendría su primera cita con Lars. Les contaba todo a sus padres, al igual que ellos se lo contaban todo a ella. La confianza era mutua, se daba en ambas direcciones, así había sido toda su vida.

Sobre las cuatro y media de la tarde, cuando estaba tirada en el sofá de sus padres medio adormilada, le llegó un mensaje al móvil.

Lars: Quiero llevarte a un sitio, pero está un poco lejos. Puedo ir a buscarte si te parece bien

Mel: Hummm… ¿Dónde quieres llevarme?

Lars: Si te lo digo, no sería una sorpresa. Confías en mí?

Mel: Aún está por ver.

Lars: Si lo prefieres puedes ir en tu coche. O en autobús, pero está un poco lejos

Mel: Podría. Pero prefiero que me lleven.

Lars: Y a mí me encantará llevarte. Dónde te recojo?

Mel: Si me pasa algo, te desvalijo el local.

Lars: No será necesario. Mi local y tú estaréis a salvo

Mel: Mi padre ya sabe quién eres, te lo advierto.

Calle Rodrigo, 20. Junto al estanco.

Lars: Tu padre tiene suerte de que sea yo quien lleve esta noche a su hija a cenar. Estaré allí a las 20:30

Era un creído. Y posiblemente estaba en lo cierto. Era un creído en lo cierto. Pero eso ella aún no tenía forma de saberlo, aunque sí lo intuía muy dentro, debajo de la piel. Allí donde los huesos se le calentaban en lugar de enfriarse cuando él estaba cerca, y por la inevitable sensación de seguridad que él le transmitía, rodeándola como una tela suave y acogedora. Solo esperaba no equivocarse.

Volvió caminando a su casa y a las siete comenzó a prepararse. Se metió en la ducha y se enjabonó cada rincón del cuerpo. Se peinó; ese día el flequillo había decidido portarse bien y mantenerse recto sobre la frente. Se maquilló; no mucho pero sí lo suficiente. Puso especial atención en sus ojos, eran de un marrón claro parecido a la miel y cubiertos de delineador, rímel y sombra de ojos de color bronce, resplandecían como si tuvieran una luz dorada. Un poco de colorete y pintalabios *nude*.

Se vistió con un vestido digno de tortura. Era de un verde muy oscuro, de cuello alto y manga larga, fabricado con un tejido

ligeramente elástico que se amoldaba a su figura. La falda de tubo bajaba por debajo de la rodilla, hasta la espinilla, pero tenía una abertura por el muslo izquierdo que subía hasta quedarse a unos centímetros de su ropa interior. Era discreto y, al mismo tiempo, no lo era para nada. Era una cuestión de perspectiva; si decidía asomar su pierna, la tortura sería deliciosa.

Se calzó unas zapatillas del mismo tono neutro de sus labios, porque llevar tacones o sandalias abiertas estaba descartado. Mel solo usaba zapatos planos y cerrados, es decir, calzado cómodo que le permitiría salir corriendo ante cualquier situación de emergencia. Su imaginación y predisposición a adelantarse a situaciones incómodas le afectaba hasta en la manera de vestirse. Pero era optimista y creía fielmente en que llevar suelas de goma no era incompatible con estar sexi. Solo se necesitaba un poco de creatividad para que funcionara. Y a ella eso le sobraba.

Faltaban cinco minutos para que Lars la recogiera. Cogió su bolso, una *blazer* para el frío y se miró por última vez al espejo. Luego, bajó los tres pisos de su bloque dando saltos. Al salir a la calle, el corazón le dio un vuelco. Visualizó a Lars apoyado en su coche, unos treinta metros más allá, frente al estanco que le había indicado. Iba guapo, se había arreglado y no había rastro del gorro ni del chaleco.

Él la miró, desde abajo hasta arriba, deslizándose por el camino de sus piernas y deteniéndose más de la cuenta en la abertura de su muslo que, desde aquella perspectiva, dejaba su pierna desnuda a cada paso que daba. Le vio tragar saliva. Su mirada siguió ascendiendo, despacio, más arriba, y se detuvo en su rostro. Para entonces, Lars parecía haber visto un fantasma. No se equivocaba.

Cuando ella se plantó delante de él, sonreía de oreja a oreja. Le había impresionado. Perfecto. Lars se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Mel no se movió, solo giró ligeramente la cara para sentir el roce de sus labios en la piel.

—Tú quieres matarme. Es eso, ¿verdad? —dijo él.

—Hola a ti también —contestó ella conteniendo la sonrisa.

Lars sí sonrió, se apartó del coche y le abrió la puerta del copiloto para que entrara. Cuando ambos estuvieron sentados, Mel se percató del error. Esa perspectiva no era buena, demasiados centímetros de su piel quedaban expuestos. Colocó la cazadora sobre el regazo, tapando la abertura del vestido de manera estratégica, aunque no lo hizo del todo. ¿Qué gracia tendría darles un portazo a las perspectivas divertidas?

Lars arrancó y se pusieron en marcha. En el primer semáforo, se giró para mirarla.

—Estás impresionante.

—¿Y eso te distrae?

—¿Quieres saber la verdad o la versión comedida?

—Ambas.

—La versión comedida es que ese vestido es mejor que la falda de ayer. La verdad es que voy a rezar para tener fuerzas suficientes y no mirarte las piernas mientras conduzco, o tendremos un accidente.

—Amo mi vida, Lars, no te des un piñazo con un SEAT Panda y todo irá bien.

Se rio.

—¿Te gusta Estopa? —preguntó mirándola a la cara.

—¿A quién no?

Otra carcajada.

Estuvieron media hora en el coche, charlando y riendo, y Lars, como real caballero —no, hombre respetable y prudente, y no real, puesto que también crea confusión; leal, digamos leal—, no desvió la mirada al muslo de Mel ni una sola vez. Y, si lo hizo, ella no se percató de ello. Cuando se estaban acercando al lugar, él puso el sistema de navegación y ella decidió mantenerse en silencio, evitando distraerle. Miró por la ventana y observó la noche sin luna, la escasa vegetación a su alrededor y las casas que pasaban de largo, muchas de ellas con luces cálidas encendidas. No tuvo miedo. Estaba a gusto con Lars a su lado y, con cierta sorpresa, se dio cuenta de que confiaba en él. Confiaba del todo. Y daba igual dónde fuesen, ella se dejaría llevar.

Pensó en Amelia y en lo sola y aterrorizada que debía sentirse al llegar a Olphillia, a un mundo desconocido sin nadie en quien confiar. Acababa de llegar y ya habían intentado matarla, había vomitado en el suelo de un palacio y la habían llamado perro. Ay, Larion… Al principio debían odiarse. Eso era lo que quería Abby; un odio inicial que se convierte en deseo y, después, en amor. Poco a poco. Aquel es un proceso lento, que se cuece con palabras y actos.

«Tongoy opina que en general las historias de amor no son historias sexuales, sino historias de ternura. Dice Tongoy que la gente no entiende eso o, aunque sea solo durante diez minutos, la gente no quiere entenderlo», recordó de pronto aquel fragmento del libro *El mal de Montano*, de Enrique Vila-Matas. Y cuánta razón tenía Tongoy. Ahora, los escritores, o como se hagan llamar, buscan la inmediatez a toda costa, el deseo satisfecho. ¿Dónde quedó la ternura? Abby quiere que pasen de odiarse a amarse incondicionalmente en cien páginas. ¿Dónde caben ahí los gestos, las caricias, las palabras susurradas?

Larion y Amelia tenían tres meses para enamorarse, y Mel no dejaba de darle vueltas a cómo lograrlo de manera que la trama no diera saltos de rana. Pensó también en Blaine. Y en Blanca. Ambos perdidos de distinta manera. Dos personajes que necesitan luchar por encontrar el camino correcto. Uno por volver a casa, la otra por mantenerse en ella. Y ambos con amigos y familia que lucharían por y con ellos. No era casualidad que los nombres se parecieran. Todos eran el reflejo de su propia vida.

Una especie de regusto amargo comenzó a instalarse en su lengua al pensar que aquella no era su novela, su historia. Era la de otra persona. Y no se llamaba Carmela ni Mel, sino Abby o Beatriz. Nunca había sentido un apego así hacia una historia. Pero es que esta era diferente. Esta historia se había convertido en su propia vida. ¿Cómo iba a dejarla? ¿Cómo conseguiría soltarla?

—Mel…, ¿estás bien?

La voz de Lars la sacó de su trance. Se dio cuenta de que el coche ya estaba aparcado. Giró la cabeza y le vio contemplándola, intrigado.

—Estaba pensando en la novela que estoy escribiendo. Me pasa mucho, te acostumbrarás —dijo guiñándole un ojo.

Lars sonrió, entendiendo las implicaciones de ese «te acostumbrarás».

Salieron del coche y él la guio por un camino de piedra hasta un pequeño edificio rodeado de guirnaldas y lucecitas coloridas que adornaban el ambiente de una manera encantadora. Era agradable y bonito. Cuando entraron y Mel vio el interior del restaurante, respiró tan fuerte que la saliva se le fue hacia la tráquea. Tosió.

Había libros. Había libros por todas partes. Cada rincón estaba repleto de libros, y cada mesa estaba tematizada con un atrezo diferente. Eran mesas de dos, cuatro y seis comensales, cada una decorada para recrear escenas o lugares que a Mel le recordaban libros que se había leído en algún momento de su vida. Encima de una alargada, con bancos en lugar de sillas, colgaban al menos cincuenta velas aglomeradas justo sobre el espacio que ocupaba la mesa, y la lechuza blanca posada sobre la mesa era inconfundible. Tenía un rincón sacado de Hogwarts a escasos metros de ella. Había otra que claramente pertenecía a *Drácula*. La mesa era un ataúd y había un halo de luz que lo iluminaba desde una ventana falsa. Había otra que le pareció que pertenecía a *1984*, con una cantidad indecente de cámaras que apuntaban a una mesa fría y gris. Otra mesa, redonda, simulaba la superficie de un planeta blanco y empedrado, y había una rosa acristalada en el centro que le recordó a *El principito*. Mel reparó en otra que claramente recreaba el escenario de *Las crónicas de Narnia*, cubierta de nieve falsa y con un armario abierto a un lado. Se sorprendió al ver otra que pertenecía a *Rebeca*. La mesa estaba al borde de un acantilado, en el suelo había dibujado un barco encallado en el fondo del mar y, en la pared, una mansión que bien podía ser Menderley. Al menos así era como ella se la había imaginado cuando leyó el libro hacía ya años.

Todo aquello la dejó sin habla durante un buen rato. Ni siquiera se dio cuenta de que un camarero les hacía gestos para que lo siguieran. Miró con la boca abierta a Lars, que la observaba. Sonriendo, le puso una mano en la espalda y la empujó levemente

para que fuera detrás del amable camarero, que debía estar más que acostumbrado a reacciones como la suya.

Cuando llegó a su sitio, se quedó pasmada: *Alicia en el País de las Maravillas*. Si Amelia no hubiera pasado por algo parecido hace apenas un capítulo, pensaría que aquello era imposible. Por unas horas, ella sería Alicia, o Amelia, y se dejaría arrastrar hacia cualquier parte como en un sueño del que no quería despertar.

UNA DICHA Y OTRA DESDICHA

Terminaron de cenar y decidieron dar un paseo por los alrededores. La temperatura había caído en picado ahora que se acercaba la madrugada y Mel comenzaba a tener mucho frío. Ese vestido no ayudaba. Volvieron al coche y Lars condujo de vuelta.

El camino se le pasó a Mel demasiado rápido. No pensaba invitarle a su casa, pero tampoco quería separarse de él, el dilema entre querer y no querer. No quería alejarse de la tensión sexual que ambos irradiaban, pero tampoco estaba dispuesta a renunciar tan pronto a esa tirantez electrizante que le recorría la piel. Esa tensión era vida. Era un campo de fuerza gravitacional que los empujaba el uno al otro. Quería mantenerse lejos, pero no quería estar alejada. Quería tenerle cerca, pero no quería acercarse demasiado. Quería conocer el sabor de su boca, pero no quería acostumbrarse a él. Quería que la tocara, sentir la electricidad viajando desde su roce, fuera donde fuese, yendo directo al vientre. Quería mantener encendido el interruptor, lo ansiaba, pero también quería apagarlo de un manotazo. El dilema.

Lars aparcó frente a su portal y salieron del coche. La calle estaba desierta. Eran casi las dos de la mañana y ella vivía en un barrio silencioso y poco ajetreado.

Mel se relajó apoyada en la puerta del copiloto; flexionó la rodilla izquierda y apoyó la suela de la zapatilla en la parte inferior de la puerta, de manera que esa raja en la ropa, esa abertura, dejara a la vista todo lo visible. Lars la miró. Esta vez sí lo hizo. Y no se cortó un pelo. Se acercó despacio. Su mirada entonces se posó en la de ella.

Quería besarlo. Quería que la tocara. SÍ. No. Sí. «El dilema», se dijo. Sí, finalmente. Le hizo un leve asentimiento con la cabeza; un ligero gesto que decía sí, sí, sí. Él cambió sus pies de posición y se situó más cerca. Con la mano que tenía libre, comenzó a recorrer su

rodilla desvestida. Su piel era rasposa en contraste con la suavidad de la de ella y su respiración se agitaba con cada segundo que mantenía el contacto. Sus dedos, seguros y lacerantes, recorrieron cautelosos esa porción de pierna desprotegida. Hacia arriba. Arriba. Arriba. Ella miraba la mano de Lars con una mezcla perturbadora de deseo y desesperación. La otra mano le levantó el mentón para besarla, luego se deslizó por su cuello, por debajo del pelo.

Los labios de Lars sabían a gloria. Su beso fue irritantemente lento; su lengua, una maldita tentación. Mel gimió. No pudo evitarlo. La mano de Lars seguía ciñéndosele a la piel, la otra le hacía tener escalofríos en la nuca. Ella levantó los brazos y enredó los dedos en su pelo corto. Una de sus manos encontró un hueco entre el algodón de la camisa de franela y la piel del hombro de Lars. No dudó en curiosear. En cuanto la yema de sus dedos tocaron debajo de la ropa, él exhaló con fuerza, provocando unas cosquillas en las zonas más húmedas de Mel. Sus labios entonces cambiaron de dirección y fueron dando saltos hacia su cuello. Mel para entonces jadeaba, maldiciendo ese vestido y la poca piel que dejaba al descubierto para que Lars saboreara más. Una sola pierna no era suficiente. Quería besos de esos por todo el cuerpo. No quería dejar de sentirlos.

—No voy a subir a tu casa —dijo él.

—Bien, porque no pensaba invitarte a que subieras.

—¿Estás segura?

Sus dientes mordieron. Un poquito. Y ella gimió.

—Segurísima.

Entonces abrió los ojos. Al parecer los había cerrado. Él la contemplaba con una mirada vidriosa y una media sonrisa hambrienta. Luego, sus manos se apartaron de ella, como si le hubiera dado calambre. Su sonrisa no se desvanecía.

—Será mejor que me vaya.

Ella asintió, decepcionada y aliviada a la vez. Sí. No. El dilema.

—¿Por qué no quieres subir tú? —preguntó, curiosa.

—Por la misma razón que tú no quieres que suba yo.

Lars entonces acortó distancias, unió su nariz a la suya y le dio un beso dulce y delicioso. Estaba segura de que nadie la había

besado así jamás. Ese beso eclipsó cualquier otro que le hubieran dado antes. Fue extrañamente revelador, emocionante y absolutamente insuperable. Quería beber de ese beso el resto de su vida.

Él se separó y el frío amenazó con hacerla tiritar. Lars dio la vuelta a su vehículo y abrió la puerta del conductor, pero, antes de subirse, se paró a contemplarla.

—Gracias por venir conmigo.

—Gracias por llevarme.

Se miraron durante unos segundos. Los dos sonreían. Mel se despidió con la mano y se dirigió hacia su portal. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, fue cuando escuchó el leve rugido de un motor arrancando.

Llegó a su casa, acalorada. Y no por los tres tramos de escalera que acababa de subir. Se puso el pijama y fue al baño. No quería lavarse la cara, no quería desprenderse de la saliva y el aliento de Lars, pero no tuvo otra opción: iba demasiado maquillada como para meterse así en la cama. Una vez dentro, bajo las sábanas, Mel pensó en él, en ese beso y en lo excitada que estaba. Hubiera estado bien que subiera, que ambos aliviaran sus deseos. «El dilema», volvió a decirse. Pero ganó el no. No estaba preparada. Necesitaba estar segura. Porque no pasaría por la decepción una vez más, por aquello que conllevaba que te rompieran el corazón. Había tenido dos relaciones en las que pensó que había encontrado el amor verdadero; aquel que dura toda la vida. Pero ambas resultaron ser un fraude. Qué equivocada estaba.

Sí, el amor no tiene por qué ser compatible con el sexo. Eso ella ya lo sabía. Había tenido una sola vez sexo sin aprecio y no volvería a tenerlo. Ella no era así. Y por lo que le había contado Lars el primer día, él tampoco quería eso. Si esto iba en serio, ambos tenían que estar seguros antes de ir más allá. Al parecer, ninguno podría soportar tener otra vez el corazón hecho pedazos. Mel no tenía intención de rompérselo, más bien de enmendarlo con tiritas y ayudarlo a cicatrizar. Porque ella tenía mucho amor dentro; hacia su familia, hacia sus amigas. Hacia la escritura. Hacia la vida. Ella amaba. Y estaba dispuesta a entregarle ese amor a Lars. ¿Haría él lo

mismo con ella? ¿Sería él capaz de entregarle su corazón, cachito a cachito?

El tiempo lo diría, tal vez. Mientras tanto, se conformaba con su propio tacto y el recuerdo de los labios de Lars en su cuello.

UN VIRUS Y LLAMADAS LARGAS

Esa semana fue larga y tediosa. Lars había cogido un virus que le mantuvo en cama casi toda la semana. Uno de sus sobrinos se lo había contagiado y, mientras los críos seguían yendo al colegio, su tío sufría unas fiebres que lo incapacitaban para salir de casa. Mel quiso ir a visitarle. Se lo pidió una vergonzosa cantidad de veces, pero él se negó en rotundo: «Cuando vengas a mi casa, Mel, no pienso dejar que te vayas pronto, y no será porque un virus te mantenga retenida en mi cama».

No tenía nada que objetar a ese argumento. Y lo cierto es que la idea de adentrarse en un nido lleno de virus que le impedirían trabajar durante varios días no la encantaba. Así que se rindió. Pero siguió llamando. Desde ese beso, su relación se había estrechado, como una goma estirada que poco a poco se va destensando. Así que se conformó con escuchar su voz convaleciente a través de la línea telefónica todas las tardes.

Ese viernes, Mel le llamó después de salir de la biblioteca. Él lo cogió al segundo tono.

—Hola, mujer cruel.

Mel sonrió. Lo cierto es que un poco cruel sí era; la complacía saber que su interlocutor sufría enormemente al saber ciertas cosas de ella. Era una cuestión de perspectiva, de diversión y de dilemas morales. Sí, no… Sí.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mejor —suspiró, aburrido.

A Mel no le extrañaba. Ella se tiraría de los pelos si tuviera que estar más de tres días sin salir de casa. Al principio, le preocupó que necesitara cosas y no pudiera conseguirlas, como medicina o comida caliente; pero luego supo que su cuñada y su padre le llevaban tápers de guisos deliciosos y que su madre le abastecía de

ibuprofenos y paracetamoles como si fueran chucherías. Estaba bien cuidado. No la necesitaba, y ese detalle era un magnífico consuelo.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas el capítulo?

Le había contado cosas sobre la novela. No debería y ella lo sabía. Intentaba mantener las distancias, pero, cuando hablaba con él, las palabras y las ideas salían volando sin nada que las frenase. Solo esperaba que eso no le acarreara problemas. Nunca había hablado de sus historias con nadie, pero Lars, de alguna manera, era capaz de quitarle la sábana de la cabeza.

—Terminado —dijo, orgullosa—. El lunes tengo una reunión con el cliente, ya te contaré si le gusta o no.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Cómo lo sabes?

Lars soltó una risa.

—En realidad no lo sé, tienes razón. No he tenido el placer de leerlo, ni de leer algo tuyo. Lo haría si tú me dejaras.

Mel se dijo que Lars no podía estar más equivocado. El libro de Miguel Hidalgo era prueba de ello.

—No puedo hacer eso, ya lo sabes —se excusó.

—Lo sé. Pero… ¿no escribiste dos novelas propias? Podrías dejarme una de ellas. Si te digo la verdad, me muero por leerlas. Quiero saber quién eres, Mel. Quiero saber todo de ti.

—No sé… —dudó. Esas novelas no las había leído nadie a excepción de sus padres y la agente literaria que intentó que se publicaran. Nunca se había planteado sacarlas a la luz de nuevo—. Quizás algún día.

Escuchó la sonrisa de Lars ensancharse.

—Con eso me vale.

Esa tarde la parada de autobús estaba abarrotada, el cielo estaba peligrosamente nublado y amenazaba con empaparlos en cualquier momento. Se fijó en los sobrinos de Lars, que justo en ese instante salían del colegio de la mano de un hombre con una calva abrillantada y una barba vikinga. Si tuviera la cabeza boca abajo, se le consideraría un hombre con un pelazo.

—¿Cómo es tu hermano? —preguntó Mel.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque estoy viendo a tus sobrinos con un hombre.

—Es calvo, tiene barba y seguramente vista de traje.

—Sí, es él —afirmó.

—Podrías ir a saludar.

Mel soltó una carcajada incrédula.

—Sí, por supuesto —dijo con sarcasmo.

—En serio, él sabe quién eres.

Se dio cuenta entonces de que el hermano vikingo, calvo y trajeado giraba el cuello y miraba en su dirección, hacia esa parada de autobús situada delante del colegio de sus hijos. Recorrió con la mirada a las personas que esperaban en la parada, hasta que sus ojos se detuvieron en Mel unos segundos de más, reconociéndola.

Ella giró en redondo.

—¿Lo sabe? —preguntó.

—Claro. ¿Acaso pensabas que iba a mantenerte en secreto?

—No es eso, pero… tú y yo no… —se trabó.

Lars volvió a suspirar.

—¿Te asusta que mi familia sepa que existes, Mel?

Miro al suelo con el teléfono pegadito a la oreja. ¿Le asustaba que él le hubiera hablado abiertamente a su familia de ella? Sí. No. ¿Un poco?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Por si tú… Luego resulta que no…

Madre mía, pero ¿qué le pasaba? Ella nunca se quedaba sin palabras. Ella era la que hacía las preguntas y ahora se sentía acorralada.

Lars pareció darse cuenta.

—A ver… esto no es algo que querría decirte por teléfono, pero ahí va. ¿Recuerdas lo que te dije el día que nos conocimos? —Ella asintió en silencio, lo que era ridículo porque él no podía verla. Aun así, prosiguió—: No tengo ganas, ni edad, ni tiempo para jugar con nadie, Mel. Me gustas. Joder, me encantas en realidad. No dejo de pensar en ti y en esa maldita raja de tu vestido. Para mí esto no es un juego. Quiero que esto funcione, y por eso no quería subir a tu casa el otro día. Quiero que esto dure, sea lo que sea. Por eso no

pude resistirme a hablarle de ti a mi familia, quería compartir con ellos la única cosa buena que me ha pasado en años. Ahora saben que existes y que eres la mujer más inteligente, fascinante y preciosa que he conocido en mi vida. —Mel no respiraba—. Por eso te lo voy a repetir una vez más: ¿eso te asusta? Porque, si es así, tienes que decírmelo ahora. Si tú no quieres lo mismo, dímelo ahora, Mel.

El aire se distendió, el miedo se esfumó, la excitación creció. Y las palabras volvieron a surgir.

Él había sido sincero con ella, así que Mel decidió recompensarle con una verdad a cambio de la suya.

—¿Sabes que antes mi rutina era distinta? —dijo—. Llegaba a las ocho de la mañana y luego volvía a casa para comer. A esa hora la gente aún sigue trabajando o sentada a la mesa, y me gustaba no cruzarme con nadie. Ir por libre. —Respiró hondo. Definitivamente, eso habría sido mejor no hablarlo por teléfono—. Un día me entretuve escribiendo y se me hizo tarde. Cuando salí de la biblioteca, me encontré con un montón de coches en doble fila y padres que recogían a sus hijos del colegio. La verdad es que me agobié con tanta gente a mi alrededor. Pero entonces apareciste tú, con ese gorro y ese chaleco.

»Ibas con las manos en los bolsillos del pantalón y a tu lado iban unos niños, saltando y charlando muy animados. No sé por qué lo hice, pero a partir de ese día cambié mi rutina para salir a las cinco, por si aparecías otra vez. Y al día siguiente, sí, ahí volvías a estar, con los mismos niños al lado. Me valía solo con verte caminar unos metros hasta que desaparecías al girar por una esquina. —Le escuchó soltar el aire de golpe—. Al conocerte y enterarme de que esos no eran tus hijos y de que no tenías una mujer que podría destriparme por acosar con miradas a su marido, dejé de estar asustada por eso. Lo que me asusta ahora es que seas real, no una fantasía. Porque lo real se rompe. Y no quiero que esto acabe hecho añicos.

—No lo hará —respondió él—. No se romperá.

Mel sonrió y juró que había vuelto a sentir la sonrisa de Lars al otro lado de la línea.

Cuando el autobús la dejó frente al bar de siempre, Mel sentía algo en el pecho: una duda disipada, una esperanza reforzada. Pero a medida que caminaba hacia allí, hacia esa mesa de siempre donde sus amigas la esperaban impacientes, algo en ella se rompió de verdad. Quizás no era lo que sentía por Lars, era otra cosa. Eran ellas. Su amiga Blanca sí se rompía, como un cristal quebradizo. Cada día había una grieta más en la superficie. Se agrietaba cada día, más y más, hasta que un día quedasen solo los fragmentos desperdigados por el suelo. Ese día llegaría. Quizás en tres meses, en un año o en diez. Blanca se resquebrajaba. Y cuando eso sucediera, cuando se rompiera del todo, ella también quedaría rota.

Les dio un abrazo antes de sentarse en su silla de siempre. Blanca sonreía. Era su sonrisa habitual, hermosa y llena de vida. Las miró a las dos, emocionada.

—¿Nos vamos de viaje?

Ana y Mel se miraron, un poco sorprendidas. Cuando volvieron a mirar a Blanca, supieron que por alguna razón que ahora desconocían eso era lo que ella necesitaba: salir de Madrid. Escapar de su vida. Olvidarlo todo por unos días. Mel conocía bien esa sensación, la de querer olvidar.

Ni siquiera pidieron las bebidas. Se levantaron y cada una se fue por un lado distinto. Una hora más tarde, las tres iban de camino a la playa en el coche de Mel. A ella no le gustaba demasiado conducir, pero era la única con coche y el carnet aprobado, así que no le quedó otra que ser la chófer. Y por Blanca haría cualquier cosa; estar seis horas con las pupilas clavadas en una carretera oscura no era nada.

Llegaron de madrugada a la casa de la playa de los padres de Blanca. Se quedaron dormidas en el gran sofá que daba a un ventanal con vistas al Atlántico.

Por la mañana, el cantar de las gaviotas les dio la bienvenida.

4

La despertó una mano sobre el hombro. Amelia se incorporó de un salto, asustada. Tardó en acordarse de dónde estaba y de quién era la mujer que la miraba desde arriba.

—Se te requiere —dijo la misma sirvienta que la atendió antes.

Ella asintió, rindiéndose. Se enfrentaría a cualquiera que fuera la decisión de los hermanos de Blaine. Estaba preparada para luchar y afrontar lo que hiciera falta por volver a casa con su familia.

Salieron de su habitación y caminaron por los pasillos majestuosos con paredes y suelos acabados en piedra de un color lila con ribetes dorados. Llegaron a una sala de reuniones, donde la esperaba toda la comitiva. Cuando vio a los siete immoriths mirándola, todo su aplomo se diluyó entre la vergüenza y la inseguridad. Se sentía expuesta con ese vestido y esos zapatos excesivamente cómodos.

Maldito terciopelo y maldita suela plana. El vestido se le cernía demasiado a la carne, no le gustaba. Debería haberse quedado en vaqueros.

La sirvienta la condujo hacia la mesa y le indicó que se sentara frente al chico del pelo negro y ojos ambicolor, Larion. Se sentó a regañadientes y observó el lugar. Era imponente. Unos ventanales inmensos hacían que la luz entrara a raudales, inundando todo con un aura anaranjada y realmente hermosa.

—Gracias, Hilyda. Puedes irte —indicó Evellyn a la sirvienta.

La immorith estaba sentada a la cabeza de la mesa, en el lado más alejado al de Amelia. No necesitaba que le dijeran que ella era la que tomaba las decisiones. Toda persona que se sienta en la cabecera de una mesa es quien manda. Eso era así en su mundo y en cualquier otro.

Amelia mantuvo el silencio. Las miradas seguían clavadas en ella. Cruzó los brazos y se echó hacia atrás. Su rodilla entonces rozó otra, la del immorith que estaba sentado frente a ella, y ambos dieron un leve respingo. Larion se enderezó y ella hizo lo mismo, sacudiéndose esa sensación.

—Hemos valorado tu propuesta.

Silencio.

—¿Y bien?

—Primero, deja que te cuente algo. —Evellyn se levantó y se dirigió hacia el cristal que mostraba un atardecer encantador—. Hace cien años, nuestro padre, el rey de Olia, gobernaba este continente, Olphillia. Era un rey severo; ejercía la regencia mediante el manejo del poder absoluto y la crueldad con los que no compartían sus ideas. Todos lo sabíamos. De alguna manera, entendíamos que aquella no era la forma correcta de reinar: sometió al pueblo a través del odio y el miedo en lugar de ayudarlos a través de la cooperación y la paz.

No obstante, no hubo paz en aquel tiempo, solo guerras, porque nuestro rey quería más poder y ansiaba expandir sus fronteras y aumentar sus tesoros. —Todos se revolvieron a su lado. Amelia desvió la mirada desde Evellyn hacia los immoriths sentados a la mesa; todos tenían la vista fija sobre su propio regazo o en la hermana que hablaba. Todos menos Larion. Él la miraba directamente a ella—. Nosotros empezamos a reunirnos para intentar solventar los problemas que él causaba, incluso fuimos capaces de frenar guerras solo con la palabra. Pero ir por detrás de nuestro padre no era una tarea fácil, y, si se hubiese enterado, podría habernos acusado de traición.

»Él no veía lo que sucedía en su reino, que estaba sumido en la decadencia y en la que se cocinaba una rebelión. Tampoco se percató de que estaba a punto de iniciarse una nueva guerra, puesto que los reyes de los otros tres reinos no estaban contentos con sus intentos de ganar territorio. Todos odiaban al rey. Muchos comenzaron a despreciarle en público, a pesar de saber que eso conllevaba una muerte segura. Antes de que las primeras revueltas prosperasen, nuestro padre invocó casi toda la magia que tenía, a

excepción de la suficiente para mantenerse con vida, para castigar a todo el reino por atreverse a alzarse contra él.

»Su don era el de controlar la salud y la enfermedad; era tan capaz de curar el cuerpo y la mente como de descomponerlos de mil maneras. Y el mal comenzó a expandirse por todo nuestro territorio, como una sombra que acechaba indistintamente a quienes le defendían y a quienes le rechazaban. Aquellos afectados por el mal perdían su inmortalidad; su pelo se volvía blanco y su piel se arrugaba como el cuero seco. Envejecían como lo haríais vosotros, los humanos.

»Blainar, el último hermano que nació, el más compulsivo y malcriado, estaba por ese entonces emparejado. —Amelia se encogió en su asiento—. Era un immorith que provenía de buena cuna, tenía gracia en la apariencia y encima era inteligente, pero se vio afectado por la enfermedad. De un día para otro, su piel comenzó a agrietarse y su pelo a tornarse blanquecino en las raíces. Blainar, que hasta ese momento se había mantenido al margen de lo que pasaba en el reino, decidió enfrentarse a nuestro padre. Le pidió que, por favor, deshiciera aquella magia inmunda y perversa. Pero al rey no podía importarle menos la pareja de su hijo. Le escupió entre carcajadas que la única forma de parar aquella epidemia era con su muerte, pero que ni eso detendría la enfermedad en aquellos que ya habían sido contagiados. Nuestra madre también enfermó, y ni eso parecía importarle. Darse cuenta de aquello perturbó enormemente a nuestro hermano; le afectó tanto que decidió buscar una solución para curar a su pareja y, con suerte, a nuestra madre. Engañó al rey y lo llevó al claro donde apareciste tú —le dijo Evellyn a Amelia mirándola a los ojos—. Cuando nos enteramos de lo que pretendía hacer, todos acudimos allí de inmediato. Pero llegamos tarde. Nuestro padre tenía una espada de hielo clavada en el corazón y la puerta a tu mundo estaba abierta. Ya no podíamos hacer nada; ni podíamos revivir a nuestro padre ni podíamos ir en busca de Blainar.

»Los pasajes de ida son innumerables, pero, como ya sabes, no son tantos los de vuelta. De estos últimos, solo existe uno, y, si decidíamos seguir sus pasos hasta otro mundo, correríamos el riesgo de quedar todos atrapados y sin posibilidad de volver, solo cada cien

años. —Evellyn suspiró—. Estuvimos esperándole, con el cuerpo de nuestro padre pudriéndose al lado, hasta que la puerta se cerró. Y, cuando volvimos a palacio, a nuestros aposentos, todos teníamos una nota de Blainar esperándonos allí.

Evellyn hizo un gesto con la mano y, frente a ella, apareció una especie de pergamino amarillento y muy desgastado. Era la letra de Blaine; la reconocería en cualquier parte. Se asomó para leerla:

Me marcho, hermana. Necesito una cura para esta enfermedad y en Olphillia jamás la encontraré. De todos mis hermanos, tú eres la única capaz de entenderme. Pero no me iré sin dejaros nada: antes, erradicaré la plaga matando al rey. Después, mi pareja y yo nos iremos de aquí. Si estás leyendo esta carta es porque ya no formamos parte del mismo mundo. Te seré sincero, espero no volver nunca. Porque, si consigo parar esta enfermedad, nos quedaremos en ese otro mundo para siempre. No podremos volver los dos, y la separación no es una opción. Lo siento, lo siento, lo siento.
Si la muerte me encuentra antes, y yo sigo vivo para saludarla, prometo volver aquí en cien años y reclamar lo que es mío.
Mientras tanto, lo siento.

Amelia sintió una punzada en el pecho. Blaine había amado a alguien tanto como para hacer lo que hizo: matar a su padre, abandonar a su familia y viajar a otro mundo para buscar una cura.

—No lo consiguió —dijo Amelia.

Evellyn volvió a asentir.

—Eso lo supimos cuando entraste tú y nos dijiste que nuestro hermano tenía intención de regresar. Si su pareja se hubiese curado, él jamás habría vuelto: se hubieran quedado allí, juntos y atrapados por y para siempre.

—Joder, joder…

Un montón de cosas comenzaban a tener sentido, como que Blaine nunca se comprometiera con nadie, que rechazara la medicina y tuviera pensamientos tan peligrosos, que más de una vez le causaron problemas. Que nunca le hablara de su familia. Ni de esa immorith de la que estuvo enamorado… Ni siquiera sabía cómo

se llamaba. Joder. ¿Qué clase de amiga era? Nunca le había preguntado por sus relaciones pasadas, dio por hecho que no había tenido ninguna muy seria. Cuánto se equivocaba…

Un carraspeo frente a ella la obligó a girarse. Larion la miraba, un tanto turbado o indignado o molesto. Ella se irguió y miró a la immorith que seguía plantada frente a la ventana. Llevaba el pelo rojizo cubierto de florecillas que brillaban como si fueran perlas iridiscentes.

—Antes dijisteis que, si Blaine no volvía, eso acabaría desatando una guerra. ¿Por qué? Él consiguió que la enfermedad desapareciera y mató al rey que todo el mundo odiaba. ¿Cuál es el problema?

—Según nuestras leyes, si alguien causa la muerte del rey, esa persona heredará el trono, siempre y cuando pertenezca a la misma familia real. Sombia así lo quiso; le gustaba jugar con el honor, la lealtad y el ansia de poder. El rey o la reina estarían a salvo de que cualquiera que no fuera de su propia familia quisiera usurparle el trono; sin embargo, siempre deberían estar atentos a los de su propia sangre. Su palacio, su casa, se convertiría en el lugar más peligroso de todos.

Además, dejando las maldades de Sombia a un lado, nuestro pueblo quiere a Blainar. Todo el continente lo espera. Lo llevan venerando cien años. Ya hay altares con su rostro por todo Olia. Como bien has dicho, gracias a él nuestro pueblo fue liberado de la enfermedad y la opresión. Y además mató al rey anterior, que era un tirano. Tiene que ser él. Si no lo hace, el pueblo se levantará y querrá a alguien más. Llevamos cien años rigiendo el país como un consejo. Pero los immoriths no quieren eso. Necesitan a alguien a quien adorar. Quieren a Blainar. Y quien porte esa corona solo quedará legitimado si accede al trono con las leyes en la mano. Sin Blainar, hay un vacío de poder que cualquiera puede ocupar.

»Nosotros sabemos que no hay que subestimar al pueblo, que son quienes hacen que el continente funcione. Como todos esperaban a Blainar hoy, ahora el reino se sumirá en el caos. Esperarán que uno de nosotros tome el control, pero ninguno quiere

esa corona y, menos aún, lo que está obligado a hacer para conseguirla.

Amelia los observó, uno por uno.

—¿Por qué no la queréis? ¿No quiere eso todo el mundo? ¿El poder?

Los immoriths se quedaron observándola. Unos mostraron apatía; otros, frustración y odio. Solo uno reaccionó riéndose ante su pregunta, que al parecer era absurda.

—Aquí no somos seres codiciosos. Sabemos lo que es la avaricia y el afán de poder porque lo vimos en nuestro padre. Algunos de nosotros tenemos una familia y no queremos terminar igual que él o que nuestra madre, muerta por la codicia incontrolable de su propia pareja.

—Entonces no queréis a Blaine de vuelta porque echéis de menos a vuestro hermano, le queréis para que reine. Para que haga lo que ninguno de vosotros queréis hacer —entendió con un nudo en el estómago.

—Cuando él mató a nuestro padre, sabía las consecuencias que tendría que asumir, y por lo que escribió en las cartas estaba dispuesto a asumirlas. Cometió una insensatez al marcharse. Nada puede revertir una maldición así, y mucho menos la medicina en tu mundo. Aquello era magia, es irrevocable. Él lo sabía y, aun así, se dejó llevar por la desesperación en lugar de atender a razones.

Un silencio sepulcral cubrió la estancia.

—¿Qué pasa si no vuelve? —consiguió preguntar Amelia.

—Si no vuelve, alguien en esta sala tendrá que reinar. Y eso solo se conseguirá cuando solo uno de nosotros siga vivo. Si el responsable de la muerte del anterior rey no aparece, el derecho a la corona pasará al único descendiente directo que permanezca con vida en el reino.

—¡Por Dios! ¿Por qué lo hacéis todo tan complicado? Que reine el mayor, así se ha hecho siempre, ¿no? El primogénito, el heredero…

Todos la miraban con extrañeza.

—Quizás así es en tu mundo. Pero, aquí, Sombia sembró más maldad de la que nos hubiera gustado a todos; ella decidió así las

cosas. La muerte es el precio a pagar por llevar la corona.

—Pero ninguno la queréis.

Todos negaron.

—No queremos luchar entre nosotros por algo que no deseamos —dijo Hansell, el idiota que propuso matarla—. Nunca lo quisimos. Lo que hizo Blainar fue estúpido, pero también nos hizo un favor. Al matar a nuestro padre, nos liberó al resto de esa carga. Ya no teníamos que luchar entre nosotros y matarnos mutuamente, porque nuestro hermano se sacrificó para que eso no sucediera. Solo que lo hizo con las motivaciones erróneas y luego, el muy imbécil, huyó con el rabo entre las piernas. Pero por fin iba a volver…

—Hasta que yo la cagué entrando en su lugar.

Todos asintieron al unísono.

Amelia se llevó las manos a la cabeza. Por fin había comprendido el alcance de su impulso, las consecuencias de sus actos.

—Por eso hemos aceptado tu propuesta. Porque, a pesar de que pondrá en peligro a uno de nosotros, tenemos que intentarlo.

Ella asintió, conforme.

—¿Y quién es el afortunado que me acompañará a recuperar a Blaine? —preguntó paseando la mirada por cada uno de ellos.

—Me temo que seré yo.

Larion fue el que habló. Su voz parecía salida de un lugar oscuro, oculto bajo su piel dorada por el sol.

—Ah, qué suerte la mía —ironizó Amelia.

—Larion es el más fuerte de nosotros —expuso Evellyn—; si alguien puede llevarte hasta allí es él. Además, es el único de todos los hermanos que no está emparejado, lo que hace que tenga el arrojo suficiente para enfrentarse a la muerte y no echarse atrás.

Amelia se quedó observándolo.

—No sé por qué no me extraña que no tenga pareja —dijo, y le guiñó un ojo desvergonzado.

Larion apretó los puños. Ese guiño no había sido de su agrado.

Amelia odiaba que tuviera que ser él quien la acompañara. Casi prefería que lo hiciera Hansell. O los dos que eran idénticos excepto por el pelo. Parecían Zipi y Zape; como no sabía sus nombres, a

partir de ahora los llamaría así. Esa reunión le había permitido humanizar a esos immoriths. Los veía como príncipes, pues al fin y al cabo es lo que eran; príncipes desesperados por que su hermano ocupase el trono y escurrir el bulto con las responsabilidades. Y para eso la necesitaban a ella, tanto o más que lo que Amelia los necesitaba a ellos. Y eso hizo que les perdiera el miedo.

No la matarían. Estaba a salvo. Por el momento.

—Perro insolente —la insultó Larion.

Se levantó, tirando la silla hacia atrás y dando un golpe en la mesa con la palma de las manos. Se inclinó hacia el imbécil que tenía en frente.

—Si quieres que traiga a tu hermano de vuelta, capullo, no vuelvas a llamarme perro. ¿Queda claro?

—¿O qué? —amenazó.

—Atrévete a descubrirlo. —Luego miró a Evellyn, como si Larion no existiera—. ¿Cuándo partimos?

—Mañana. Esta noche cenaremos todos en una fiesta para despedir a nuestro hermano Larion. Y a ti, supongo. Ofreceremos a los dioses una gota de nuestra magia para que os protejan. Todos los invitados lo harán. Te esperamos allí.

Amelia asintió y, tras dedicarle a Larion una mirada capaz de derretir hielo, se marchó por la puerta. No sabía si lo había hecho bien, pero no quería estar más tiempo bajo aquellas miradas, juzgándola y odiándola por lo que había hecho. Hilyda puso cara de horror al verla salir de la sala. Seguramente había cometido una insensatez al no esperar que la invitaran a marcharse. Lo mismo le daba.

Volvieron a sus aposentos y Amelia se tumbó en la cama y durmió. Un buen rato después, la sirvienta la despertó, le preparó el baño y la vistió y peinó como si fuera una muñeca.

Cuando se miró al espejo, incluso ella se quedó sin habla.

—Joder, estoy guapísima.

Hilyda rio, orgullosa.

—Sí que lo estás. Y ahora, vamos, no queremos que llegues tarde.

Cuando estaban caminando hacia la sala de fiestas, Amelia no desaprovechó la ocasión para hacer preguntas. Y quién mejor para contestarlas que la sirvienta. Todos saben que suelen ser chismosas, y eso era justo lo que ella necesitaba.

—Hylida, me temo que no han llegado a hacerme una presentación formal de todos los príncipes. Quizá tú podrías ayudarme… Conozco bien a Evellyn, y también sé quiénes son Hansell y Aytial, los cuales no destacan precisamente por su hospitalidad. —Eran esos que estaban muy dispuestos a matarla—. También Larion, claro…, pero ¿quiénes son los otros tres?

—Oh, claro. Veamos, falta Dellas, que es al que más le afectó la ausencia de Blainar. —Amelia supuso que era el de la nariz puntiaguda y afilada—. Los otros dos, Carlton y Lobys, son uña y carne desde bien pequeños. De hecho, se parecen mucho. Lobys es un poco mayor, pero desde que Carlton comenzó a caminar, ninguno se separó del otro.

Zipi y Zape.

—Gracias, Hilyda, has sido de mucha ayuda.

—A su servicio —contestó.

Amelia nunca había tenido a nadie a su servicio y se sintió un poco importante. Cualquier pensamiento quedó atrás en cuanto entró en aquella sala destinada a los festejos reales, y tuvo que hacer un esfuerzo para no hacer un agujero en el suelo y esconderse dentro.

UNA PLAYA HECHA DE LÁGRIMAS

Hacía un tiempo estupendo de principios de abril. Ese día lo pasaron en la playa, con una botella de albariño siempre abierta y una bolsa repleta de chocolates, golosinas, algo de fruta, quesos de todos los tipos y una variedad absurda de frutos secos. Cortesía de Ana, que, además de estar siempre a la última en ropa, no concebía ir a ningún sitio sin comida ni bebida. Y, si encima se trataba de la playa o el campo, abastecía a todos los asistentes con víveres para tres días.

Mel bebió un sorbo de vino de su vasito de plástico mientras se perdía en el vaivén de las olas del mar. En esa época había pocas personas en la playa, solo paseaban aquellos que vivían allí durante todo el año, ya que la época de turistas aún no había comenzado. Se estaba muy a gusto.

—Gracias por hacer esto conmigo, amigas.

El vino, los dulces y la brisa contribuían a que Mel se sintiera dichosa, en calma y muy querida junto a sus dos mejores amigas. Sus hermanas.

—No nos tienes que dar las gracias. Siempre estaremos juntas en todo. Pase lo que pase y sea donde sea.

—Lo sé. —Blanca, que estaba en medio de las tres, las cogió de las manos—. Tengo miedo, chicas. Estoy cagada de miedo.

Y rompió a llorar. Y Mel y Ana con ella.

Las tres lloraron, dejando que Blanca se desahogara, o que se ahogara en lágrimas. Lo mismo daba mientras aquello la aliviase. Les habló hasta quedar ronca, entre sollozos e hipos, del horror que era pensar que no viviría para siempre. Que su tiempo tenía fecha de caducidad, que no llegaría a vieja con Nico, que no llegaría a concebir un bebé. Que no viviría lo suficiente para que le salieran arrugas en la piel o se quejara de que tenía el pelo demasiado blanco. Lloró porque, a pesar de tener esperanza, una parte de ella

se ponía en lo peor. Y Nico… Su Nico. ¿Cómo iba a dejarle tan pronto? Él era el amor de su vida. Era su pilar, su columna vertebral. No podía dejarle. Y su madre, ¿cómo lo soportaría? Su hermano pequeño, su abuela…

Fue horrible, para qué mentir. Una desgracia de conversación que Mel hubiera deseado ahorrarse. Pero fue fuerte. Aguantó llorando en silencio mientras su amiga se descomponía. Mientras aullaba y se quitaba de encima todo el dolor acumulado hasta ese momento.

Como una niña que llora en los brazos de sus padres, el llanto fue menguando poco a poco hasta convertirse en un hilillo, en un gemido. Hasta que, así como vino, desapareció. Blanca se irguió, se secó las últimas lágrimas y después sonrió a sus amigas.

—Estoy mejor —suspiró largamente cerrando los ojos. Luego, volvió a abrirlos, y el brillo había vuelto. Ese brillo tan impaciente y tan visceral—. Estoy mejor, sí, mejor…

Joder. Qué fuerte era. Y qué valiente. En Mel creció un orgullo y una admiración incalculables por su amiga.

—Brindemos por cada segundo de vida que nos queda, amigas —dijo Ana.

Y las tres, con los ojos hinchados y enrojecidos, bebieron de su vaso de plástico.

Tras un rato en el que las tres se quedaron mirando el horizonte, fue Ana quien volvió a romper el silencio.

—Yo quiero saber a quién se está follando Mel. A mí no me engañas, amiga…

—¡Ana! —gritó, espantada.

—Ana tiene razón, Mel —admitió Blanca—. Algo pasa contigo, y que yo haya tenido una mala noticia no significa que no puedas hablar con nosotras de una buena que hayas tenido tú.

Al cabo de unos segundos, asintió avergonzada por no haberles hablado antes de Lars. Así que les habló de él. Y fue tremendamente precisa, objetiva y subjetivamente. De todas las formas posibles.

—Vamos, que no habéis…

—No, Ana. No.

Blanca volvió a reírse. Hacerla reír se había convertido en su adicción.

—Estás muy salida, Ana, relájate.

—Pues claro que sí, la diferencia es que yo no lo oculto.

Y siguieron hablando, riendo y cotilleando como solo las mejores amigas lo hacen. Como hermanas que se conocen desde el primer día. Sin celos, sin sentirse juzgadas, solo con amor hacia las demás. Con un amor capaz de viajar entre mundos si hiciera falta. A Mel se le encogió el pecho. Ella viajaría por un mundo desconocido y repleto de monstruos mortíferos con tal de salvar a sus amigas. Y sabía que Ana y Blanca lo harían por ella también.

El fin de semana pasó rápido. El sábado por la noche cantaron en un karaoke y después decidieron ir a bailar. Ana ligó con una chica pelirroja con quien se besó en la pista de baile y, mientras las otras dos daban vueltas a su alrededor como dos luciérnagas achispadas, Mel entendió que se podía estar triste y ser feliz al mismo tiempo.

El domingo se levantaron tarde. Comieron calamares en un chiringuito al lado de una playa nudista y se pasaron el resto del día sentadas sobre la arena, analizando las mareas y contando olas. Por la noche, se despidieron de las estrellas. Se tumbaron en la azotea de la casa de los padres de Blanca y hablaron hasta quedarse dormidas bajo unas mantas de pelo grueso y un cielo pintado de puntitos luminosos. La luna llena vigilaba mientras tanto.

A las seis de la mañana del lunes, ya estaban en la carretera. Llegaron a mediodía y, cuando se despidieron, las tres sabían que pasaría un tiempo hasta que pudieran volver a estar juntas de aquella manera. El martes otro viaje más largo, arduo y difícil comenzaba para Blanca, y ellas le darían la mano en cada curva del laberinto. Encontrarían la salida. Juntas.

5

La cena fue exquisita, lo que mejoró su ánimo y la hizo olvidar que todos los immoriths en aquella sala la miraban con resignación. Amelia nunca había probado platos como aquellos. Preguntó qué llevaba uno a un invitado, que comía con la misma avidez que ella, pero no conocía ninguno de los ingredientes. No le importó. Se lo comió igual, seducida por aquellos aromas y sabores tan distintos a todo lo que había conocido. Debió soltar varios «Joder, esto está increíble», que provocaron más de una mirada de desaprobación entre los asistentes a la fiesta. Eso tampoco le importó.

Todos los hermanos estaban por allí, incluso vio a los hijos de algunos de ellos, o parientes que parecían muy cercanos. Como eran inmortales, no sabía si los niños eran niños durante mucho tiempo, pero había un par de críos muy pegados a Hansell. También se fijó en la immorith imponente que se aferraba a su brazo, de piel nívea y espeluznante, quien le clavó miradas de odio durante toda la velada. Lo entendía. Amelia había puesto en peligro a su familia; su mera presencia era una amenaza, una promesa llena de muerte que nadie de los allí presentes deseaba.

Aytial, el larguirucho que casi la asesina invocando algún tipo de viento helado, estaba muy cerca de otro hombre. Era más bajo que él, pero su postura era altiva y elegante. Se acariciaban las manos el uno al otro.

Un poquito más allá estaba Dellas, también acompañado de una immorith. Esta era menuda y regordeta. Su piel era negra, su pelo azabache y parecía fuerte como un roble. En medio de ambos había una chica de curvas redondeadas y piel morena que jugaba a explotar pompas con un chiquillo.

Evellyn se encontraba entre varios immoriths adultos. Tres se parecían indudablemente a ella, y un niñito, casi un bebé, reía en

sus brazos. Parecía contenta, aunque en su semblante se apreciaba un deje de cansancio. A Amelia le recordó a su propia madre, no sabía por qué. No se parecían en nada, pero Evellyn tenía un efecto tranquilizador, amable y maternal que le hacía sentir bien al instante.

Por un momento quiso ser ese bebé en brazos de su madre.

Carlton y Lobys —alias Zipi y Zape— se mantenían muy juntos, al margen del resto, y la observaban tanto que Amelia comenzó a sentirse realmente incómoda. Iban peinados igual, con una trenza que les llegaba hasta la cintura. Un par de chicas muy parecidas también entre ellas les hacían de sombra. Amelia sacudió la cabeza ante aquella estampa. Si eso era un cuadrado amoroso de algún tipo, no quería saberlo.

Se sentó en una silla y observó a los demás invitados. Muchos ya habían dejado de prestarle atención y no reparaban en la humana intrusa. Otros, sin embargo, la estudiaban con descaro. Larion se encontraba en este último grupo. Se había vestido con un traje de color negro con tachuelas azules y doradas, que, debía reconocer, le hacía más apuesto de lo que ya era. Llevaba el pelo suelto y un pendiente colgando de su oreja izquierda.

A Amelia la fastidiaba que fuera tan guapo. Además, ¿por qué no paraba de mirarla? Esa fiesta era suya, para él. Todos le alababan y le adulaban, le regalaban amuletos y le besaban las manos. Y, mientras tanto, sus ojos ambicolor estaban puestos en Amelia, quien intentaba ignorarlo a toda costa. Pero, aunque lo intentara, en realidad era perfectamente consciente de dónde estaba él, del espacio que ocupaba y del color de sus ojos, que no perdían detalle de cada uno de sus movimientos.

Pocos de ellos se atrevieron a hablar con ella, y quienes lo hicieron fue para formular preguntas absurdas: ¿los humanos duermen?, ¿de verdad que no tenéis magia?, ¿te morirías si ahora te clavo este cuchillo?, ¿os reproducís igual que nosotros? Preguntas muy interesantes, desde luego. Y Amelia, entre pregunta y pregunta, los observaba. Y la realidad era que se asemejaban mucho a los humanos; de hecho, no había un rasgo físico en ellos que difiriese de los suyos. Pero sí tenían algo que Amelia no sabía describir, como

un aura extraña, mágica y atractivamente peligrosa. ¿Habría sido esa atracción lo que la acercó a Blaine?

—Estas fiestas son realmente aburridas, aunque por fin hay algo interesante en ellas —dijo alguien rozándole el hombro.

Amelia se sobresaltó al ver a un hombre que la miraba como si ella fuera un trozo de pan humeante. Tenía el pelo de un color castaño que no destacaba en absoluto, su rostro era increíblemente anodino y su vestimenta, ni muy ostentosa ni demasiado vulgar. Sin embargo, había algo en él que la activaba y la atraía, como si fuera la persona más hermosa de la sala.

—Me alegra ser el objeto interesante —contestó.

Amelia se giró en la silla, pasó un brazo por encima del respaldo y cruzó las piernas. Él la miraba sin disimulo y le tendió una copa de un color azulado que quiso beberse de un trago. Ella la aceptó con una sonrisa pícara.

—Amelia.

Dio un respingo y por poco tira la bebida azul.

Una mano grande, con los dedos cubiertos de anillos, le quitó la copa de las manos. Otra que era igual de fuerte la obligó a levantarse de la silla agarrándola del brazo.

—Muy pronto para volverte posesivo, ¿no? —increpó el hombre junto a ella.

—Vete, Omaru —gruñó Larion.

—No estoy tan seguro de que ella quiera que me vaya, primo —Omaru sonrió y unos dientes un tanto ordinarios asomaron a su boca, de labios finos.

Larion tiró de ella ligeramente, sin dejarle más remedio que caminar hacia otra parte.

—Por los cinco dioses, Larion, eres un aguafiestas. —Amelia se giró para verle; la mano enjoyada de Larion aún la aprisionaba. La postura de Omaru era erguida y desinteresada, y su sonrisa, de absoluta suficiencia—. Si te aburre mi primo —dijo mirándola—, búscame. Sé cómo hacer que te lo pases bien.

Larion resopló, arrastrando a Amelia a través de la sala. Ella intentó zafarse, retroceder y volver para hablar con Omaru.

Pasárselo bien era justo lo que quería. Sin embargo, el immorith que la guiaba en dirección contraria no parecía pensar lo mismo.

—No harás tal cosa —murmuró él acercándose al oído de Omaru.

Ella lo fulminó con la mirada. No tuvo que levantar mucho la cabeza; Amelia era alta y la cara de Larion le quedaba solo unos centímetros por encima.

—¿Qué estás haciendo? Suéltame. Ya.

Como si esas palabras hubieran convertido su piel en lava, Larion la soltó, pero siguió empujándola hasta el balcón. El enfado de Amelia quedó apaciguado por la imagen que apareció frente a ella. Si el sol que había visto aquel día le pareció grande y hermoso, la luna que iluminaba los jardines parecía salida de una película de fantasía. Era de una belleza insultante, de un tamaño descomunal. Larion pareció darse cuenta de su estupefacción, porque se mantuvo en silencio hasta que ella se giró para encararle.

—No deberías haber hecho eso. ¿Qué más te da con quién hable?

—¿Cuánto tiempo llevas en Olphillia, mujer? Porque yo llevo mucho tiempo, y sé con quién debe y no debe hablar alguien como tú. Aléjate de él, solo te digo eso. Y, por favor, no bebas de ese brebaje o harás algo de lo que posiblemente te arrepientas mañana.

—¿Por qué te importa lo que haga o lo que me pase?

—Porque todos necesitamos que entres por esa puerta. Mi cometido es llevarte sana y salva a tu mundo. Luego, cumplirás tu promesa y traerás a Blainar de vuelta. Y para que eso ocurra te necesito viva.

El pendiente que le colgaba del lóbulo de la oreja bailaba mientras pronunciaba aquellas palabras. Era del mismo estilo que los anillos que llevaba en las manos, todos azul oscuro y dorado, a juego con las tachuelas de su traje.

—Y eso ocurrirá mañana —contestó Amelia—. Esta noche me gustaría divertirme y no pensar en lo que me espera fuera de este palacio. Él tiene razón, eres un aguafiestas.

Larion adoptó una postura desenfadada, apoyándose en el muro de piedra al mismo tiempo que cruzaba los brazos.

—Dime algo que no sepa.

Amelia suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo sabes… —dijo.

Se giró hacia el paisaje, apoyó las manos en la barandilla del balcón, y observó la luna, rendida.

—Mantente alejada —sentenció él.

Amelia le escuchó alejarse y, cuando echó la vista atrás, le vio rodeado de tres immoriths increíblemente preciosas y desinhibidas, que le tocaban por todas partes. ¿Él sí podía divertirse y ella no? Arrugó la nariz, asqueada por la idea de sentirse atraída por un mujeriego como ese, como si fuera el único pene del mundo. Vale que ese immorith en concreto era arrebatador. Pero Omaru tampoco estaba mal. Suspiró para sí misma. ¿A quién quería engañar? Ni siquiera recordaba ya su cara. Su figura y su rostro eran corrientes e insustanciales, cosa extraña, puesto que los immoriths desprendían color y luz. Todos menos él. Intentó recordar la tonalidad de su pelo, pero fue imposible. En su lugar, decidió centrarse en la hermosa estampa que se erguía frente a ella.

Menuda luna. Aquello sí era digno de ser recordado por toda la eternidad.

Sintió una presencia tras ella y se giró en redondo. La immorith que no se había separado de Hansell durante la velada la observaba desde el umbral. A la luz de la luna, su piel era aún más blanca. Parecía una leona acechando a su presa; sus ojos eran de un azul tan claro que parecían transparentes y su mirada, una daga que apuñalaba.

—¿Hola? —dijo Amelia, asustada.

Esa immorith le ponía los pelos de punta. Cuando se movía, su vestido plateado resplandecía; con movimientos de cazadora se acercaba peligrosamente a ella. Amelia dio un paso atrás por instinto, pero se topó con la barandilla, que la separaba de una caída de muchos metros de altura y una muerte más que asegurada. La immorith la miró de arriba abajo y la nariz se le arrugó ligeramente, como si Amelia oliera a pocilga y tuviera que intentar disimular su asco. Levantó un dedo, como un palillo fino y puntiagudo, y le tocó la frente. Amelia se estremeció; un escalofrío recorrió su cuerpo

desde el punto donde ella la había tocado hasta los dedos de los pies. Se apartó de un salto.

—¿Qué coño haces? No me toques.

La immorith soltó una carcajada que sonó como el hielo resquebrajándose.

—He visto tu futuro —dijo con una voz tan blanca y limpia como su piel—. Ahora tengo ventaja sobre ti y sobre tu porvenir.

—¿Qué quiere decir eso?

Amelia siguió retrocediendo, alejándose de los dedos afilados que amenazaban con volver a tocarla. La immorith seguía presionándola, atosigándola.

—Significa que ya sé.

—¿Qué sabes?

La immorith sonrió.

—Que mi familia vencerá y los cinco dioses nos bendecirán con su gracia.

Amelia la miró, confusa. No entendía nada.

—¿Eso qué coño significa?

La immorith se plantó frente a ella en un abrir y cerrar de ojos, la cogió de la trenza y la encaró hasta que apenas las separaba un palmo, ejerciendo una fuerza que la dominaba por completo. Amelia por poco suelta un grito. Entonces sintió el aliento de aquella mujer rozándole la oreja y por poco cae al suelo, a punto de vomitar la excelente cena que acababa de engullir. Odiaba que su cuerpo reaccionara siempre expulsando comida por su boca cada vez que sentía estrés, ansiedad, miedo, vértigo o mareos. Y en este caso, sentía miedo. Mucho miedo.

—Mira bien, humana —susurró—, el peligro acecha hasta en los lugares más seguros. No dejes de mirar.

Entonces volvió a reírse, y aquel sonido revolvió cada fibra de Amelia. Cerró los ojos, aterrada, hasta que otra voz, una que le provocaba el efecto contrario, calma y seguridad, habló:

—Es la hora. Vamos al santuario a ofrecer nuestra magia a los dioses para que os protejan —escuchó decir a Evellyn a su espalda —. Si quieres venir, serás bienvenida.

Amelia no necesitaba más invitación que esa. Quería salir de allí cuanto antes.

Los siguió un tanto rezagada y, cuando entró, la luz de la noche bañaba aquellos cuerpos hechos de roca. La luz creaba ondulaciones sobre las figuras, como si se reflectara sobre el agua.

Se situó al final de la sala mientras todos se posicionaban alrededor de las esculturas. Cientos de immoriths cerraron los ojos y levantaron la mano. Una pequeña lucecita, como la llama de una vela, brotó de cada una de esas manos alzadas. Le recordó a un concierto: los dioses eran los músicos y los immoriths, el público. Los músicos tocan una canción lenta y el público levanta el móvil con la linterna encendida. Se mecen suavemente y escuchan la magia vibrar en los altavoces. Solo que, allí, no había luces artificiales ni melodías: la magia vibraba en el aire, pura y silenciosa.

Cuando quiso darse cuenta, todos comenzaron a salir en fila, no sin antes susurrar una plegaria a sus dioses. Se sintió extrañamente afortunada. Todas aquellas personas rezaban para que ella llegara a salvo hasta la otra puerta, para que ella encontrara a Blaine y consiguiera traerle de vuelta. Todo dentro de un tiempo límite, porque, si llegaba tarde y esa puerta se cerraba antes de que ella pudiese entrar, se quedaría allí atrapada de por vida.

Iba a necesitar esas plegarias.

Iba a necesitar toda la suerte que pudieran darle.

Miró a aquellos dioses a la cara y ella también rezó. A su Dios , ese que ahora estaba tan lejos. A lo mejor era uno de ellos. En cualquier caso, imploró volver a salvo a su casa.

Y que Blaine pudiera volver a la suya.

Le daba igual qué dios le ayudara a conseguirlo.

UN BESO QUE SABE A MUCHAS COSAS

El lunes por la tarde, Mel estaba esperando a que la videollamada comenzara. Esta vez le había enviado a Abby los capítulos el viernes, así que tuvo todo el fin de semana para valorarlos. Cuando el tono de llamada empezó a sonar, pulsó el botón de aceptar y vio la bonita cara de la *bookstagrammer* frente a ella. Reconoció que estaba nerviosa.

—Hola, Carmela.

—Hola, Abby. Puedes llamarme Mel —contestó.

—Sí, claro. Lo había olvidado —dijo forzando una sonrisa.

—No pasa nada. Bueno…, dime, ¿qué te parece?

Mel apretaba los puños bajo las mangas de su jersey.

—A ver, me gusta, pero no sé si esperaba algo más sobre el problema político que tienen. Me esperaba algo más sangriento y violento. Pero saber que ninguno de los hermanos quiere luchar me decepciona un poco. Quizá uno de ellos podría tener una motivación distinta y querer ser rey, ¿no crees?

Valoró esa propuesta, pero no le agradaba. La idea de reconducir esa parte de la historia significaba cambiar parte de la que ya estaba escrita. Pero, si Abby se lo pedía, ella no podía oponerse. Además, tampoco podía negar que la trama se tensaría si uno de los hermanos tuviera alguna intención oculta.

—Quizá puedes dejarlo así y plantar un *plot twist* al final —sugirió—. Algo que los lectores no se esperen.

—Sí, eso puedo hacerlo —admitió Mel.

—Genial, pues dale una vuelta. De lo demás todo me parece bien. Larion es el típico malote y me encanta. Y Amelia es fuerte, valiente y una malhablada. Es perfecta, la adoro.

«Fuerte y valiente». A Mel se le encogió el estómago pensando en Blanca.

—Estamos en contacto, Mel. Tengo que irme.

—Vale, sí, vamos hablando…

—¡*Ciao*! —la cortó Abby.

Colgó antes de que pudiera despedirse. Después, Mel llamó a Vicky y la puso al corriente. Tras una escueta llamada de treinta y siete segundos, se puso las mallas de hacer ejercicio y se fue al gimnasio. Ese día hizo doble sesión, alternando cardio con levantamiento de pesas. Terminó exhausta.

Se quedó dormida en el sofá en cuanto llegó a su casa. Ni siquiera escuchó el mensaje que le llegó al móvil segundos después de tumbarse entre los cojines.

«Me muero por verte mañana», leyó Mel al despertarse.

Hoy. Ya era hoy. Hoy, por fin, vería de nuevo a Lars.

Mel se desperezó. Tenía unas agujetas horribles y estaba hambrienta. No había cenado y sus tripas gruñían pidiendo alimento. Se duchó, engulló el desayuno y, a la misma hora de siempre, ya estaba sentada a la mesa de la biblioteca, con el portátil abierto y una impaciencia en el pecho que no podía controlar.

No consiguió escribir nada. A las dos menos cuarto, recogió sus cosas y se fue directa al bar de la esquina. Pilló algo de comida para llevar y fue a ver a Lars. Sentía un hormigueo en el estómago, y decir que eran mariposas revoloteando sería un tópico demasiado manido para su gusto. Lo que sentía era un puño agarrando su intestino y tirando hacia abajo. Eso se parecía más que el estereotipo trillado de las mariposas.

Había pasado más de una semana desde aquel beso, y Mel solo quería saborearlo otra vez. Quería sentir su barba en la piel, sus mordiscos en los labios.

Entró en la tienda. Lars estaba de pie, de espaldas a la puerta y atendiendo a una mujer de mediana edad. Otra vez una frase hecha e inconclusa, «de mediana edad», ¿qué significaba eso de todas formas? Aquella descripción podía significar cualquier edad comprendida entre los treinta y los sesenta. Normal que no hubiera podido escribir nada aquella mañana, tenía el cerebro cortocircuitado.

En cuanto puso un pie en la tienda, Lars se dio la vuelta. Sus pupilas se dilataron al verla y una sonrisa estúpida y preciosa se le

dibujó en la cara. Una muy parecida se pintó en la de Mel.

—Entonces, ¿este es mejor para el *gaming* ese?

Lars recordó entonces a su verdadera clienta. Le hizo un gesto a Mel para que entrara en su despacho-taller-almacén en la parte de atrás. Así lo hizo, ignorando palabras como «procesador» y «efectos gráficos» y centrándose en el sonido de ese acento tan bien disimulado.

Una eternidad después, la puerta de la tienda se cerró y Lars apareció en el umbral de la trastienda. Mel estaba sentada en su cómoda silla giratoria.

—Hola, mujer cruel.

—Hola —se sonrojó—. ¿Tienes hambre?

Lars se acercó hasta situarse de pie frente a ella.

—¿Hambre de ti o de comida?

—¿Ambas?

—Sí y sí, pero podría olvidarme de la segunda si con ello consigo más de la primera.

Ella se rio, se levantó de un salto y él la agarró de la cintura hasta colocarla sobre sus caderas. Instantes después, sus labios se empujaban y chocaban, descubriendo lugares que aún no habían conocido del todo en la boca del otro. La de Lars le sabía a casa, y a menta, y a placer, y a diversión. Sabía a todo lo que ella quería.

Les costó horrores separarse, pero, cuando lo hicieron, se comieron la tortilla fría que Mel había comprado; mientras, le hablaba sobre la reunión con Abby y su fin de semana en la playa. Lars, por su parte, no tenía nada que contar más allá de las horas de trabajo acumulado que aún tenía que recuperar. Una semana en la cama era un suicidio para el autónomo, y ahora le tocaba destensar la soga que lo estaba ahogando.

—¿Este sábado estás libre? ¿O vas a morirte del aburrimiento recuperando horas de trabajo?

—Eso depende de si tú me propones hacer algo o no.

Mel sonrió.

—Quiero ir al cine. Contigo, claro. Si tú quieres acompañarme. No tiene sentido compartir palomitas cuando vas sola. Y las palomitas es mejor compartirlas.

Lars se rio, mirándola sorprendido.

—¿Sueles ir sola al cine?

—¿Con quién voy a ir si no? Blanca tiene a Nico, y Ana solo me acompaña a ver romances. Y mis padres prefieren ir al teatro. Estoy sola —exageró haciendo un puchero.

—No. Ya no. Yo te acompañaré a ver todas las películas que quieras.

Lars la besó justo después. Se inclinó hacia ella y fue un beso lento, corto, que se desmenuzó en otros pequeños por su cuello, provocándole escalofríos que le recorrían la espalda. Cuando giró hacia su garganta, Lars amagó con darle un par de bocados con los dientes, y eso la estremeció. Después mordió ligeramente su barbilla y volvió a los labios, que para entonces ya temblaban.

Las campanillas de la puerta sonaron. Lars soltó un improperio y se levantó a regañadientes.

—Ahora vengo —dijo.

Mel se incorporó a su vez y advirtió a un hombre mayor intentando subir el escalón de entrada a la tienda sin mucho éxito. Se apoyaba en un bastón al mismo tiempo que abría la puerta y sostenía un ordenador con la otra mano. Estaba haciendo verdaderos malabares, sin duda.

Lars se apresuró a ayudarle.

—Buenas tardes, joven Luis.

—Buenas tardes, Alfredo. ¿Qué le trae hoy por aquí?

—Bueno, resulta que he borrado todas las fotos de mi familia sin querer. Pensaba que eran archivos basura de esos. Dime que las puedes recuperar, joven.

—Pues espero que sí, no quiero ser yo quien le deje sin las fotos de sus dieciocho nietos.

—Ay, no digas eso. Menuda desgracia. Como mis hijos se enteren, me llevan al asilo. Y eso no puede ser, Luis. Antes me muero que ir a un sitio de esos.

Lars rio, comedido.

—No se preocupe, Alfredo, estoy seguro de que podremos ahorrarle el viaje a la residencia. Ahora mismo vuelvo con usted…

Cuando Lars volvió a entrar, Mel se sostenía la barriga por la risa.

—¿Luis?

Él soltó una pequeña carcajada.

—Se lo corregí una vez. Ya no vuelvo a hacerlo —susurró.

—Espero que sus hijos no lo lleven a un centro de mayores. Parece realmente funcional.

—Mujer cruel.

Mel levantó el mentón ante aquel apodo. Le encantaba.

—¿Te veré esta tarde? —preguntó.

Él asintió. Después la besó otra vez, dejando tras de sí un corazón saltarín retumbando en las costillas.

Cuando salió de la trastienda, el señor Alfredo la evaluó sin disimularlo mucho, después miró a Lars y, mientras la puerta se cerraba a su paso, el viejo soltó un silbido descarado. Pudo ver a Lars sonreír mientras su boca pronunciaba palabras que ella ya no escuchaba desde el otro lado del cristal.

UN VIAJE CON COMIENZO DIFÍCIL

Habían comido juntos durante toda la semana. Era rápido porque ninguno de los dos tenía demasiado tiempo para comer, pero esa media hora que Mel pasaba con Lars se convirtió en el mejor momento del día. Pero ese viernes Mel estaba con la cabeza en otro lugar, y Lars debió notarlo. Se inclinó hacia ella y le cogió la mano.

—¿Estás bien?

Mel negó con la cabeza.

—Hoy vemos a Blanca.

Lars lo entendió.

—¿Cómo lo está llevando?

—Mal. Tiene muchas náuseas y está muy cansada. Por poco cancela lo de hoy, quizá habría sido lo mejor. Pero, no sé, pienso que mantener algunas cosas igual que siempre podría ayudarla. Nico también lo piensa y hoy viene con ella. No quiere dejarla sola.

Lars no dijo nada, simplemente la abrazó, apretándola contra su pecho. Ella se dejó envolver en su sudadera color mostaza. Cada día el contacto físico entre ellos era más natural y cómodo.

—Tengo miedo de mirarla a la cara y que descubra la lástima en la mía. No quiero que sienta que me da pena. Sí que la siento, pero no es solo tristeza; también decepción, enfado, frustración… Y una impotencia tremenda.

—¿Quieres… que te acompañe? —le ofreció.

Ella se separó y lo miró con las cejas arqueadas.

—¿En serio?

Él asintió, divertido.

—Bueno, solo pregunto. Si te resulta difícil y necesitas…, yo qué sé, a alguien que te dé la mano por debajo de la mesa y esas cosas, creo que eso se me da bien —entrelazó los dedos con los de ella—. Se me da realmente bien.

Mel soltó una carcajada seca.

—Ya lo veo —dijo mirando sus manos unidas—. Pero creo que no. Es todo muy nuevo y quiero que esté cómoda. Y tú, Lars, impones un poco. Así que mejor otro día.

—¿Que yo impongo? —Una risa brotó de su boca preciosa.

—A ver, teniendo en cuenta tus años de más, tus ojos azules y esa seguridad que desprendes… Y no nos olvidemos del gorro y el chaleco, esa cosa es realmente aterradora.

—¿Voy a tener que dejar de usar el chaleco?

—¡No! No lo hagas, por favor. —Lars sonreía—. Es tuyo. Eres tú. Me gustas así.

Un beso se posó en los labios de Mel, haciendo desaparecer todo a su alrededor.

—Pero mañana sí te veo, ¿verdad?

—Claro, tenemos unas palomitas que compartir.

Blanca estaba más pálida. Pero no era una palidez natural, sino más bien cetrina, enferma. Sus labios parecían más secos, a pesar de haber usado un labial hidratante, y sus manos estaban tan frías como si las hubiera metido en hielo. Bajo sus ojos había marcas oscuras, y su postura, en lugar de mantenerse erguida, era lánguida y cansada.

Sin embargo, parecía igual de animada que siempre. Nico también sonreía y, por suerte para todos, la conversación derivó en cosas ajenas a su medicación o su enfermedad. Fue agradable, a pesar de los ligeros despistes que delataron que algo no iba bien. Blanca estaba más distraída de lo normal y a veces preguntaba algo que ya se había dicho dos conversaciones atrás.

Recordando las palabras de Lars, Mel atrapó varias veces la mano de Ana bajo la mesa, insuflándose fuerza la una a la otra. Porque, dejando a un lado las confusiones, Blanca y Nico estaban felices y sonrientes. Pero, bajo la apariencia de normalidad, se apreciaba una oscuridad en el fondo de sus ojos, un dolor imposible de maquillar para aquellos que los conocían bien, como era el caso de Mel. Y es que ambos eran igual de alegres, igual de divertidos y luminosos. Eran perfectos el uno para el otro hasta el punto de que,

posiblemente, no existía una unión más acertada en todo el mundo. Su amor era sincero, bonito y natural. Pero esa alegría que solían desprender comenzaba a flaquear, a verse distinta. Quizá incluso un poco forzada.

No obstante, rieron, comieron y bebieron. Al menos los tres que se encontraban bien, porque Blanca estaba visiblemente asqueada por la comida que aparecía en la mesa. Pero no dijo nada, sino que mantuvo los ojos lejos de los platos fríos y se centró en su refresco, del cual bebía a sorbos pequeños.

De camino a su casa, Mel tuvo ganas de escribir. Y eso nunca sucedía. Normalmente lo hacía como un trabajo de ocho horas de lunes a viernes. Hacía mucho que en su tiempo libre no deseaba hacer otra cosa que no fuera ponerse frente al ordenador y seguir escribiendo. Muchos años. Desde que dejó de escribir sus propias historias. Desde aquellas dos novelas fallidas que ninguna editorial quiso publicar.

Pero algo había cambiado. Esa historia se estaba volviendo personal, los personajes se le clavaban como si fueran parte de ella, como si fueran reales. Necesitaba saber qué les sucedería en aquel viaje hacia aquella puerta lejana, hacia ese otro portal. Esa necesidad se le metía bajo la piel, se instalaba en su estómago, encogiéndolo de excitación, y se adueñaba de cada uno de sus pensamientos.

Al llegar a casa ni siquiera se quitó la ropa para ponerse algo más cómodo. Tampoco se molestó en recoger su mochila del suelo ni colgar su cazadora en el perchero. Se fue directa hacia la mesa del comedor con la funda de ordenador al hombro. Segundos después, la pantalla se iluminó, la música sonó y ella sonrió.

Esa noche no dejó de escribir hasta que ya era tan tarde que sus ojos veían borroso, incapaces de enfocar las palabras que llenaban las páginas.

6

Hilyda la despertó temprano.

Lo primero que Amelia notó fue un olor delicioso en el ambiente. En una mesita había dispuestas pastas, algo parecido a unos huevos revueltos y un líquido blanquecino que olía a miel y a algo cítrico. Mientras ella comía y bebía, la sirvienta le preparó un baño. Toda la estancia comenzó a llenarse de vapor de agua y el entumecimiento comenzó a avasallarla de nuevo. Pensó en volverse a meter en la cama, pero no era posible. Esa mañana la esperaban lista y preparada para devolver al rey a su tierra. Y ella era clave para que eso sucediera.

Cuando terminó de desayunar, se sumergió en el agua caliente y luego se vistió con las ropas que le había dejado Hilyda preparadas: unos pantalones de cuero negro elásticos y ajustados, un chaleco del mismo material y una camisa de algodón reforzado de color verde musgo. Para los pies, unas botas altas con cordones. Había también una capa de un tono marrón moka que se ajustaba al cuello con un broche en forma de sol que le resultaba extrañamente familiar. Daba la impresión de estar hecho de la misma piedra que cubría el suelo y los muros de aquel palacio. Encontró también una especie de petate con un arnés. Supuso que aquella cosa era lo que utilizaban de bolso o mochila los immoriths. Metió allí la pila de ropas de repuesto, su teléfono móvil, su tarjeta de identificación y las llaves de su casa. Dejó a un lado todo lo demás. Sus cosas estaban tan fuera de lugar en aquel sitio que le resultó hasta cómico; ella paseándose por aquel mundo con su móvil y su llavero con forma de sol siempre encima. Soltó entonces un gritito.

Un sol. Con la misma forma que el del broche.

Blaine le había regalado ese llavero hacía años. Dijo que le recordaba a su hogar y que quería que ella lo tuviera. Él se había

comprado el mismo y ambos lo tenían igual. En ese momento ella no entendió por qué un sol le recordaba a su casa; era extraño, desde luego. Pero ahora sabía que tenía algo que ver con aquel palacio, con esa ciudad, quizás con ese reino o con aquel continente. Blaine sí que le había mostrado cosas sobre su mundo, sobre su casa, solo que ella no lo había entendido en ese momento. ¿Qué otras cosas le habría querido decir sin poder hacerlo?

Ya preparada, siguió a Hilyda a través de los pasillos hasta que un sol demasiado naranja la saludó al llegar al exterior de palacio. Allí estaban ya esperándola todos los hermanos de su amigo, además de dos caballos ensillados con varias alforjas a los lados, que parecían ansiosos por salir ya de allí y comenzar a cabalgar.

Caballos… ¿Allí tenían magia y no eran capaces de hacer unas malditas máquinas que movieran a los inmortales olphillianos de un lugar a otro?

Cuando llegó junto a la pequeña comitiva, no pudo contener su lengua.

—Mucha magia y mucha mierda, pero ¿luego no sois capaces de crear vehículos que os lleven de un lugar a otro? No es que esté en contra de los caballos, pero… Espera, ¿qué cojones?

No. No eran caballos. Lo parecían desde lejos, pero no eran iguales. Estos tenían el cuello más largo y las patas más cortas y musculadas. Su piel era peluda y el hocico ancho y abultado, más parecido al de un burro. Las colas parecían plumeros; eran largas y estaban rematadas por un penacho sedoso con plumas similares a las de un gallo. Por Dios bendito, pero ¿qué era aquello?

—Son selmores, no existen criaturas más resistentes que estas. Serán vuestros más fieles compañeros de viaje.

El tono y la dulzura de Evellyn le hicieron arrepentirse de su estúpida intervención. Esa gente le estaba ofreciendo ayuda y ella se estaba quejando.

—Gracias —dijo con las mejillas rojas de la vergüenza—. Son realmente maravillosos.

Y en realidad lo eran. También parecían salidos de una batidora genética, pero eso se lo guardó para ella misma.

Algún día aprendería a callarse. Y a decir menos tacos.

—Suerte en vuestro viaje. Ha sido… interesante conocerte, Amelia. Espero de corazón que llegues a casa y tengas éxito para traer de vuelta a nuestro rey. —Qué bonita manera de decirle que ojalá no la hubiera conocido nunca y que la quería de vuelta en su mundo más pronto que tarde—. Y tú, Larion, vuelve sano y salvo a casa. Os estaremos esperando a los dos.

A él y a Blaine, claro.

Él asintió y miró a cada uno de ellos, a su familia, a modo de despedida. Luego se subió a su corcel con una soltura envidiable. No había ni rastro de las joyas que exhibía la noche anterior. Entonces, Amelia se fijó en sus armas. Tenía dos espadas cruzadas a la espalda y dagas adosadas al lateral de los muslos, en el cinturón y a saber en qué sitios más. Vestía diferente a ella, como preparado para la guerra, lo que hizo que Amelia se estremeciera. ¿En serio todo eso era necesario? ¿Y por qué no llevaba ningún arma?

—Amelia.

La voz aterciopelada de Evellyn la obligó a girarse. Las florecillas violetas y amarillas relucían en su pelo; sin embargo, en su rostro había un deje de preocupación que la hizo mantener los sentidos en alerta total.

—¿Estás preparada? —dijo apartándola de su selmore.

Los demás hermanos mantenían una conversación en voz baja en la que Larion, subido a su selmore, también participaba.

—Todo lo preparada que puedo estar —confesó.

—Bien, porque debes estarlo. Aunque decidimos que aceptaríamos tu oferta de traer a Blainar de vuelta, dos de nosotros no estuvieron de acuerdo. Es curioso cómo la verdadera personalidad de cada uno sale en los momentos críticos.

Amelia vio cómo se masajeaba las manos, nerviosa. Entonces la immorith miró por encima de su hombro y la mirada se le ensombreció. Ella se giró y vio a Ayrtal observándolas. Su cara era puro odio. Cuando volvió a girarse, Evellyn la contemplaba.

—¿Qué has querido decir? —preguntó, cautelosa.

La immorith cerró los ojos y sacudió ligeramente la cabeza. Una de esas lindas florecillas se movió de su sitio.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —sonrió—, simplemente no te separes de Larion. Él cuidará de ti y es más que capaz de cuidarse de sí mismo. Es el más fuerte de todos nosotros.

Amelia no sabía qué había querido decir Evellyn con todo aquello. Desvió la mirada hacia el príncipe, que seguía sobre el selmore. Aunque aborrecía a aquel tipo, entendió que era su única vía para sobrevivir en aquel mundo desconocido. Y, contra todo pronóstico, se sentía segura junto a él.

Evellyn le dio un pequeño apretón en el hombro y se unió al grupo junto a sus hermanos. Verlos la hizo sentirse como una polilla en un mundo donde solo existían mariposas.

Desvió entonces la atención hacia su montura y descubrió con cierto temor que no tenía ni idea de por dónde empezar a subirse a esa cosa. El animal pareció entender el dilema y se agachó ligeramente para que ella pudiera subirse sin complicaciones. Se lo agradeció con una caricia en el hocico, lo que provocó un resoplido que le impregnó la mano de saliva. Qué puto asco. Consiguió subirse al primer intento, por suerte era ágil y estaba bien entrenada, así que no le resultó tan complicado subirse a lomos del selmore. Podría con ello.

Las criaturas comenzaron a moverse en dirección al vasto río que rodeaba la ciudad. Y Amelia no sabía hacia dónde mirar. Pasaron por el centro de un mercado y por barrios residenciales donde los niños jugaban. Allá por donde pasaban, la gente saludaba o hacía una reverencia al príncipe que iba delante de ella. Él los reconocía moviendo la cabeza imperceptiblemente, en un gesto elegante y comedido. No le hacía falta hacer más. Algunas hembras con las que se cruzaban rompían a llorar, y descubrió algún que otro insulto dirigido a ella. Estaba claro que el hecho de haber entrado por esa puerta había provocado una ola de dolor y desesperanza en aquel reino. Y de verdad esperó poder traer de vuelta a su rey, aunque eso conllevara quedarse sin su mejor amigo para siempre.

Cuando llegaron al río, miró atrás y se quedó con la boca abierta. El palacio donde había dormido esa noche resplandecía a la luz del sol, que se reflejaba en él como un faro prendido en la oscuridad. Desde fuera daba la sensación de ser mucho más grande

de lo que había imaginado desde dentro, y su arquitectura era diferente a todo lo que hubiera visto. Parecía una combinación perfecta entre los distintos estilos que reconocía de su mundo: gótico, bizantino, persa… Cada torreón terminaba en una cúpula rematada por una punta dorada, las columnas y cristaleras coloridas eran infinitas y refulgían formando arcoíris que flotaban en el aire.

—¿Has terminado ya?

La voz grave y rugosa de Larion se coló en sus pensamientos.

—En mi mundo no existe nada parecido a esto. Es…

—Inigualable —prosiguió él. Amelia asintió—. Lo construyeron los dioses. Hicieron cuatro iguales, o muy parecidos al menos. Uno en cada continente.

—¿Los has visitado?

—No he viajado tan lejos. Pero hay imágenes de ellos.

A Amelia le costó apartar la mirada de aquella belleza arquitectónica. Intentó grabar aquel edificio en su memoria, quería estar segura de que nunca lo olvidaría. Cuando terminó, se dio la vuelta ofreciéndole una sonrisa fanfarrona a su compañero de viaje.

—Ya está. Podemos seguir.

Larion puso los ojos en blanco.

Iba a ser un viaje muy, muy largo.

7

Cruzaron el río por uno de los grandes puentes que vio desde lo alto en los primeros momentos en el palacio. Según Larion, no les servía de nada coger una barcaza, ya que tenían que ir en dirección opuesta al caudal. Estos puentes estaban custodiados por soldados, que lo patrullaban de principio a fin. Todos ellos le hicieron un gesto de asentimiento al príncipe a su paso, que se mantuvo altivo y un poco arrogante todo el recorrido. Dejaron atrás la ciudad y se encaminaron hacia el centro de Olia, el reino que su amigo Blaine debía reinar.

Por mucho que intentara asimilarlo, a Amelia le costaba entender todo lo que estaba pasando. Ese nuevo mundo, ese hombre que era el hermano de Blaine, que tenía sus mismos ojos…

—¿Vas a estar mirándome todo el rato? —preguntó Larion sin apartar la mirada del paisaje que se dibujaba en el horizonte.

Iban uno al lado del otro, y ella se había quedado mirándole sin darse cuenta. Apartó la mirada enseguida.

—No. Es solo que… Tus ojos. ¿Por qué son iguales a los de él?

Larion entonces la miró entrecerrando los párpados. Tardó más de la cuenta en contestar. Cuando lo hizo, su voz parecía incluso más grave.

—Compartimos el vientre de nuestra madre al mismo tiempo. Supongo que eso tuvo algo que ver.

—¡¿Sois mellizos?! —gritó.

Larion frunció el ceño.

—Si eso significa que compartimos el vientre de nuestra madre al mismo tiempo, entonces sí —repitió.

—¿Por qué nunca me lo dijo? No lo entiendo… Pensaba que nos lo contábamos todo.

Amelia miró al suelo, que se movía de un lado a otro bajo el paso continuo de su montura.

—Hay cosas que no podía contarte.

—¿Y que tenía un hermano mellizo era una de ellas?

Larion gruñó.

—Supongo que no. Eso sí podía contártelo.

Un silencio incómodo se interpuso entre ellos.

El camino de tierra se convirtió gradualmente en uno de gravilla y el repiqueteo de los cascos de los selmores se acentuaba con cada paso. A los lados del sendero se alzaban árboles cada vez más altos y frondosos. El paisaje cambiaba. El palacio, a su espalda, ya no era más que una mota brillante en la lejanía. Se giró para observarlo hasta que su cuello comenzó a resentirse.

Realmente parecía un sol en medio de un cielo verde y terroso.

—¿Cómo se llama la ciudad?

—Lúminis, la capital de la región Oeste y también capital del continente. Es aquí donde reside el rey —se aclaró la garganta—. Residía —corrigió—. Y residirá. Espero…

—¿Lúminis?

—Fue creada por Lúmino —contestó, escueto y casi molesto.

Amelia lo ignoró. Tenía sentido.

—Entonces…, ¿cuál es el plan?

Larion se giró para mirarla con una ceja levantada y los labios apretados. Tenía cara de querer estar en cualquier otro lugar en vez de allí.

—El plan ya sabes cuál es.

—Sí, pero… ¿qué nos vamos a encontrar? ¿Dónde vamos a dormir? ¿Qué vamos a comer? Discúlpame si parezco un poco ansiosa, pero, como comprenderás, no suelo viajar así en mi mundo.

—No. Allí usáis…, ¿qué dijiste? ¿Vehículos?

—Sí, y puedo asegurarte que son más cómodos y rápidos que esto. —La criatura que la portaba bramó, y Amelia no pudo menos que sorprenderse. Miró inquisitiva a Larion.

—Ten cuidado con lo que dices, pueden entenderte. No hablan, pero tienen una conciencia igual de capaz que la nuestra. —Su selmore giró la cabeza para mirarla a la cara, apoyando las palabras

de su jinete. Larion tenía razón—. Y saben morder, así que yo que tú dejaría de hablar mal de ellos.

—¿Cómo se llaman?

—Él es Ume —dijo señalando al de ella—. Y esta es Nia.

Larion se inclinó hacia su selmore, que era de un color gris plateado, y le hizo cosquillas en el cuello. La criatura soltó un relincho y se agitó contra su mano, pidiendo más caricias. Él sonrió.

Cuando Amelia vio esa sonrisa, por poco se cae de la silla. Ese hombre era capaz de sonreír. Menuda sorpresa.

—Bueno, pues encantada, Ume. Espero que seamos amigos. Tú igual, Nia —les habló a los dos y ambos bajaron ligeramente el cuello en señal de asentimiento.

—En la primera mitad del camino encontraremos posadas —siguió diciendo Larion—, también casas que pueden prestarnos alojamiento y comida durante una noche; dos si el temporal nos impide seguir. Aunque en esta época es raro que el tiempo cambie. Suele mantenerse cálido toda la estación. La segunda mitad será más complicada. Ahí no hay nada ni nadie, así que cazaremos y nos ocultaremos en cuevas o en lugares apartados para pasar las noches.

Amelia se estremeció. En Ohio no había montañas. Sí había campos, bosques y ríos, pero ella nunca había ido de acampada. No le gustaba la idea de dormir al aire libre, prefería las comodidades que ofrecen las camas y los muros que protegen de las inclemencias del tiempo. ¿Y cazar? Se le revolvía el estómago solo con pensar en matar a algún animalillo para comérselo. No es que fuera vegetariana, pero comerse un trozo de carne era más sencillo si se ignoraba su procedencia y la forma en la que había sido sacrificado el animal. Menos perturbador. Supongo que ese chollo se le había terminado. Al menos hasta que consiguiera salir de allí.

—Ocultarnos, ¿de qué? —miró a Larion con los dientes apretados.

Él le respondió con la mirada.

—¿Qué sabes de nuestro mundo?

—Solo lo que me ha contado Evellyn. Que fue creado por vuestros cinco dioses y lo que hizo cada uno de ellos. Me contó que

nos tocará cruzar por el terreno de Sombia, la diosa de la oscuridad y la maldad.

Él asintió despacio, cogió las riendas de Nia y se agarró fuertemente a ellas.

—A Sombia le encantaba sembrar el caos entre sus hermanos y decidió ponerles las cosas difíciles. Era manipuladora y de una belleza indecible, capaz de embelesar a cualquiera, incluso a su propia familia, que, sabiendo de antemano de lo que era capaz, caían rendidos a sus pies. Utilizó a Natur y a Fisca, los engañó para que la ayudaran a crear su propio espacio. Su montaña.

»Al fin y al cabo, todos tenían algo menos ella: una tenía la lengua común; otro, prados y mareas; otra, sus criaturas…, incluso Lúmino tenía la simpatía y el amor de todo ser viviente en Olphillia. Además, cada uno tenía un palacio en uno de los cuatro reinos; tú has visto el que fue creado por Lúmino. Ella, en cambio, solo albergaba el odio y la oscuridad. —Larion mantenía la mirada fija en el camino, imperturbable, mientras hablaba—. En definitiva, todos tenían algo que amar menos ella. Así que, por pena o cariño hacia su hermana, Natur y Fisca se unieron para darle lo que deseaba; solo que las cosas no salieron como ellos esperaban.

»Sombia les robó parte de su magia y creó criaturas terroríficas, monstruosas, que asesinaban solo por el placer de probar la sangre y nutrirse del terror. Y con la magia de Natur, ella creó su montaña, peligrosa y letal. La llamó la Bella Dama y la convirtió en el mismo infierno. Sus hermanos se enfadaron, sabiendo que los había utilizado para sembrar la muerte allá donde sus criaturas posaban sus garras. Con la última pizca de magia que les quedaba, consiguieron retenerla a ella y a sus criaturas en aquel lugar. En su propio infierno. Mediante guardas mágicas, evitaron que los monstruos salieran de la Bella Dama y martirizaran al resto de la población, pero algunas sí consiguieron burlar las fronteras mucho antes de que estas se cerraran. Las pocas que quedan vagan sin descanso buscando volver a su casa, al amor de su ama. Otras, sin embargo, se asentaron en lugares que ahora consideramos malditos.

Amelia se quedó petrificada. Un puñado de imágenes de películas, de dibujos animados y de su propia imaginación

comenzaron a martillear su mente. Podía imaginarse cómo era un infierno.

No quería enfrentarse a él, pero tenía que hacerlo.

Solo esperaba que Larion fuera tan fuerte como se esperaba que fuera, porque necesitarían esa fuerza.

—Déjame adivinar… La otra puerta está en esa montaña. —Amelia temblaba solo de decirlo en voz alta.

—No exactamente. Está al otro lado. Por desgracia, no hay otra forma de acceder allí sin cruzarla.

—Joder. ¿Y por qué la adoráis a ella también? Ella estaba en el santuario, igual que sus hermanos, pero si era tan mala…

—Porque sin ella nuestro mundo no existiría. Ella tiene su montaña y nadie necesita perturbarla. Nadie osa hacerlo. Y todo está bien así. Aquellos monstruos que consiguieron escapar no molestan si nadie los molesta a ellos primero. Pero sin oscuridad la luz no iluminaría. Y, sin maldad, tampoco habría bien que alabar. No existe el uno sin el otro. Nacieron a la vez, se crearon juntos. Y por eso ambos son igual de necesarios. También por eso su montaña está aquí, cerca de Lúmino y de su palacio. No pueden estar separados.

El sol se había escondido sin que se diesen cuenta y la oscuridad los envolvió. La luna aún brillaba tiernamente. A medida que se adentraran en la noche, resplandecería más fuerte. Amelia entendió que, sin luna, el sol no tendría nada donde proyectar su luz. La oscuridad sería solo eso, un manto negro y nada más.

Decidió cambiar de tema.

—¿Y todos tenéis magia?

—Sí.

—¿Y cuál es la tuya?

Larion exhaló con fuerza.

Amelia ya debía haber agotado su paciencia con tantas preguntas. Ni siquiera se molestó en contestar cuando unas lucecitas se avistaron a lo lejos. A medida que se acercó a las luces, también comprendió por qué allí no necesitaban electricidad. Unos orbes de cristal con pequeños solecitos suspendidos dentro delimitaban un camino que llevaba a una diminuta aldea. Era sobrecogedor.

Se pararon en la única posada con habitaciones disponibles en toda la aldea. Dejaron a Ume y Nia en un establo repleto de comida y agua, acompañados de otros animales extraños que no se paró a contemplar demasiado rato. En la posada les ofrecieron un guiso caliente y una habitación con dos camas. Larion tenía claro que no se separaría de ella ni para dormir, pues aún no tenía demasiado claro que no fuese a salir corriendo después de relevarle lo que le esperaba en la montaña. Una auténtica suerte.

Antes de acostarse, Amelia se aseó como pudo con el cubo de agua que le ofrecieron y, cuando entró en su cuarto, el príncipe ya estaba acostado. Sus armas se encontraban pulcramente dispuestas al lado de la cama, al igual que su armadura. Ella no dudaba de que tuviera más de una daga escondida entre las sábanas.

Se tapó con la manta y se quedó dormida casi al instante.

Horas más tarde, la despertó una mano que la zarandeaba de un lado a otro, lo que le provocó que casi se cayera al suelo. Una frágil luz se filtraba a través de las cortinas.

—Arriba. Nos vamos.

—Buenos días a ti también, capullo.

Larion resopló.

—Si yo no puedo llamarte perro, el capullo queda descartado, ¿entendido?

—Entendidísimo.

—Levanta —gruñó—. Desayunamos y nos vamos.

Amelia se restregó los párpados, aún pegados por el sueño y las legañas. Todavía veía borroso, le pasaba cada mañana. Hasta que sus ojos no se acostumbraran a la luz, su entorno se convertía en niebla espumosa. Los abrió y cerró varias veces, hasta que poco a poco se fueron definiendo los objetos de la habitación y esa tierna luz se volvió más áspera que antes. Luego se masajeó el cuello y bostezó mientras se incorporaba.

Observó la cara hastiada de Larion, que ya tenía todas sus armas encima, preparado para marcharse de allí cuanto antes.

—¿Siempre eres tan lenta? —la increpó con impaciencia.

—¿Siempre eres tan gilipollas? —Larion se separó de la pared donde estaba apoyado, hinchando el pecho. Amelia levantó un dedo

en su dirección—. Has dicho capullo, no gilipollas. Sé más específico la próxima vez.

Se puso las botas, perezosa, sin molestarse en disimular otro bostezo. Luego se levantó, estiró la espalda y los brazos, y miró a Larion a los ojos lanzándole una sonrisa forzada y jovial.

—Lista.

Amelia pasó por su lado rozándole el hombro, abrió la puerta y bajó las escaleras sin mirar atrás.

Después de desayunar, recogieron a los selmores, que parecían frescos y descansados. Larion le dio una moneda que podría ser de plata al posadero, que la aceptó encantado. Luego se marcharon de allí igual que habían llegado.

Día a día.

Minuto a minuto.

Al final, saldría de allí.

UNOS TRES PISOS DE LA MANO

Esta vez Mel se puso unos vaqueros, una camisa ancha con escote en pico, unos pendientes que compró en un mercadillo de abalorios hechos a mano y unas zapatillas azul marino que iban perfectas con sus pendientes artesanales. Quedó con Lars en un bar cerca de los cines. Le había visto cada día de esa semana, pero eso no le evitó sentir un encogimiento en el estómago a medida que se acercaba la hora y se aproximaba al destino. Ese puño que tiraba hacia debajo de su intestino no la dejaba ni un segundo.

Su sexto sentido le permitió localizarle sin esfuerzo. Él estaba allí, sentado en una mesa alta con una cerveza a medio beber. Miraba el móvil, y Mel se quedó absorta mirándolo a él. Llevaba puesto un jersey liso de color crema y, en el respaldo de su silla, perfectamente colocada, había una cazadora de cuero negro.

La gente pasaba por delante de ella, caminando de un lado a otro, despreocupada o con prisa, pero Mel mantenía la vista fija en él. En su postura, en sus manos, en su expresión de concentración… Había algo emocionante en observar a alguien que no sabe que está siendo observado. En esos momentos, esa persona es libre, es natural del todo. Lars se rascó detrás de la oreja y dejó el móvil encima de la mesa. Le dio un sorbo a su cerveza y después jugó con el vaso y con las gotas de agua que se condensaban sobre el frío cristal. Mel se preguntó si él tenía algo parecido a ese sentido extra que ella había desarrollado por y para él. La respuesta llegó un instante después, cuando Lars levantó la cabeza. Podría haber mirado en cualquier otra dirección, a cualquier otra persona, a cualquier otra parte. Podría haber levantado la vista al frente, que era lo sencillo, y luego girar la cabeza hacia un lado hasta encontrarla. Pero Lars hizo lo que habría hecho ella; levantó la cabeza al mismo tiempo que determinaba el sentido de su cuello,

posando así los ojos directamente sobre los suyos. Y sonrió. Y Mel, como un espejo, le copió la sonrisa.

Lars le gustaba. Le gustaba muchísimo. ¿Dónde estaba la parte negativa? Porque tenía que haber una. Siempre había una.

Mel se acercó hasta la mesa y se sentó a su lado. Él no despegaba los ojos de ella. Era raro saludarse con un abrazo o con un beso en la mejilla o con un gesto afectuoso, porque no eran amigos y tampoco pareja. Eran solo dos personas conociéndose, gustándose, sintiendo cosas que ambos estaban emocionados por sentir otra vez. Así que no hizo nada de eso… Solo se sentó a su lado y volvió a sonreír.

—Mujer cruel —la saludó él.

Ella sonrió como si la estuviera tentando.

—¿Qué tengo de mujer cruel, Lars?

Esa forma de saludarse, de comenzar a hablar como si no hubiesen dejado de hacerlo, le resultó familiar. Eso mismo hacía ella con sus amigas. Y, por lo que parecía, ahora también con Lars.

El hombre respetable y prudente que era lo abandonó solo por un instante, dejando su mirada libre de ataduras para viajar directa al escote en pico de Mel.

—Cruel es lo que consigues hacer conmigo —puntualizó.

Mel se rio.

—¿Y qué consigo hacer contigo exactamente?

—No quieras saberlo —dijo escondiéndose tras otro sorbo de cerveza.

—Oh, claro que quiero.

La sonrisa de Mel estaba llena de malicia y diversión.

—Quizás algún día te lo muestro.

Sintió entonces la calidez, la excitación, y otra vez el puño tirando hacia abajo. Mel se pidió otra cerveza y ambos bebieron, se regalaron anécdotas y comieron una cena fría y ligera. Después caminaron hasta los cines, compraron las entradas y compartieron palomitas. Lars le dio la mano en la oscuridad de la sala, y Mel la aceptó, envolviéndola entre sus dedos. A mitad de la película, se quedó embobada mirándole, olvidándose de la trama y de los actores que aparecían y desaparecían en la pantalla.

Él la miró con una ceja arqueada. «¿En qué piensas?», parecía querer preguntarle.

—¿Dónde está la parte mala? —susurró ella.

Lars frunció el ceño, pestañeó varias veces y luego pareció entender que Mel no se refería a la película, sino a ellos. Relajó la expresión y extendió un brazo por encima de su hombro, estrechándola contra su pecho. Cuando habló, su aliento fue una brisilla bailando en su oreja.

—A veces ocurren cosas buenas, Mel. Yo he decidido tomar este regalo sin hacer preguntas, sin saber lo que el mundo me pedirá a cambio. ¿Lo aceptas tú?

La respuesta de Mel fue regalarle un beso en la barbilla. La respuesta de Lars fue dárselo en la punta de la nariz. Se abrazaron más fuerte.

La película terminó y ambos salieron al fresco de la noche.

—¿Has venido en coche? —preguntó. Él asintió—. ¿Me llevas?

Lars sonrió, le dio la mano y la guio hasta su coche, aparcado en un hueco diminuto a dos manzanas de distancia.

No dijeron mucho mientras conducía hacia la casa de Mel; escucharon música y se gastaron alguna que otra broma. Pero el silencio parecía adueñarse de la conversación entre pensamiento y pensamiento. Estaban bien así, no necesitaban decirse mucho más para saber que ambos estaban a gusto el uno con el otro. Y, cuando dos personas se sienten cómodas haya ruido o haya silencio, el equilibrio resulta reconfortante; como una hoja que sabe mantenerse a flote en el agua durante una tormenta y después de que pase.

Cuando aparcaron, Mel decidió aceptar aquel regalo del mundo. Había hecho falta mucho tiempo para que se diera cuenta de que sus relaciones anteriores habían fallado en parte por su propia culpa. Esperar lo peor todo el rato era agotador. Siempre tenía que haber algo malo. Siempre. Pero ¿y si no lo había? ¿Se había saboteado a sí misma pensando así? ¿Había provocado ella aquel desgaste en sus relaciones? Quizá. En realidad, eso ya no

importaba. Ahora Lars estaba allí, dándole otra oportunidad para ser mejor. Para confiar en otra persona.

Confiaba en él. Confiaba en él con los ojos cerrados.

Sentados en el coche, con el motor apagado y las luces encendidas, se miraron a la cara. Lars expectante y Mel preparada. Ella le pasó una mano por la nuca, masajeándole ligeramente la piel del cuello. Luego subió por su pelo, su oreja, sus labios… Se inclinó y le besó. Comenzó siendo leve, una llovizna que moja ligeramente, gota a gota, beso a beso.

Lars parecía conmocionado cuando ella se separó de él.

—¿Quieres subir?

Él asintió con un solo movimiento de cabeza.

Subieron a pie los tres tramos de escaleras, con ella tirando de su mano, guiándole. Mel abrió la puerta y empujó a Lars dentro. Tan solo los separaban unos metros. Ella dejó caer el bolso y se desprendió de la cazadora de sus hombros con una ligera sacudida, cayendo al suelo de cualquier manera. Lars observaba cada movimiento, ni se planteó mirar a otra parte. Solo existía ella. Sin interrumpir el contacto visual, él también se quitó la chaqueta de cuero, pero la dejó sobre el aparador que tenía detrás. Luego se acercó a ella, y ella a él. Y se hizo el choque.

Él le cubrió la cara con las manos mientras la besaba, pero esas manos inquietas comenzaron a recorrer su pelo, su columna… Ella se hundió en ese beso, se dejó envolver por él, aferrándose al calor, a la seguridad, a la intensidad y al deseo. Mel le ofreció su ser, su cuerpo, su boca y hasta el aire de sus pulmones. Le entregó todo lo que era y lo que fue para convertirse, lentamente y junto a él, en algo nuevo. Algo mejorado. Se deshizo de los miedos y aceptó el regalo que le entregaba el mundo. Quizás ese mundo le arrebataba más de lo que le daba y, aun así, aquello parecía ser suficiente. Lars podría llegar a ser suficiente. Quizá en algún momento. Por ahora, se dejaría besar, se dejaría morder y luego lamer. Porque Lars parecía querer comérsela para luego pasar la lengua allá por donde sus dientes habían causado estragos en la cordura de Mel. Mordía y lamía. Después besaba y ella gemía, jadeaba, maldecía su nombre. Él parecía encantado, como si disfrutara de cada segundo, como si

ella fuera lo único que necesitaba para seguir respirando. Sin embargo, Lars nunca parecía satisfecho del todo. Siempre quería morder y lamer más. Devorarla. Parecía necesitarla debajo de su piel, al igual que él se había instalado debajo de la suya.

Y así fue. Mel sintió que, de alguna manera, ahora compartían esa piel que los unía. Que con su saliva y sus caricias ambos sanarían, amarían y se regodearían en ese regalo de la vida. «Vida». Estaba viva. Y no siempre tenía que haber algo malo en las cosas buenas.

Mel deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

8

Larion estaba de mal humor, pero eso no era nada nuevo. Desde el momento en que Amelia le conoció diez días antes, siempre había un aura de desgracia y frustración que le rodeaba, como si esa atmósfera emanase del mismo aire que respiraba. Y eso a Amelia le hacía gracia. No podía evitar sentirse dichosa al advertir la miseria en su mirada cada vez que ella hablaba. Y eso la perturbaba un poco. Pero si ese ser inmortal pensaba que se mantendría callada durante el largo viaje, estaba muy equivocado.

—¿Cómo era ella? ¿O era un macho? La verdad es que Blaine nunca distinguió entre mujeres y hombres en sus encuentros… amorosos —dijo guiñándole un ojo a Larion—, así que cualquiera de los dos podría haber sido su pareja. ¿Cómo era?

El príncipe gruñó, irritado ante otra de sus preguntas. Llevaba muchos días haciéndoselas sin parar: ¿qué es esa flor de ahí? ¿Qué clase de comida es esta? ¿Para qué sirve eso? ¿Cómo es posible que seamos físicamente iguales si somos seres distintos? ¿Puede un immorith tener hijos con un humano? ¿Ha pasado alguna vez? Al parecer no había pasado nunca, al menos no que se supiera. Cosa que tampoco le sorprendía viendo lo desagradables que eran esos seres. Por lo menos el que tenía al lado. Eso sí, debía reconocer que contestaba a cada una de sus preguntas, no las ignoraba y la mandaba a paseo como seguramente hubiera hecho ella en caso contrario. Larion, en cambio, siempre respondía. Siempre. Incluso las preguntas más absurdas. A veces Amelia lo hacía aposta para irritarle más, le hacía preguntas o comentarios ridículos para forzarle a hablar. Quizá era una especie de conducta de cortesía o algún tipo de mandamiento que obedecían en ese lugar: «Contestarás a las preguntas del prójimo», o alguna chorrada similar. Más de una vez tuvo que morderse la lengua para que él no la viera reírse a

carcajadas. Prefería mantener la pantomima. Otras veces sí hacía preguntas más interesantes, como esta última que acababa de formular.

—Fue un macho, se llamaba Yuriel y era… como el sol antes de salir por las mañanas. O como esa brisa que te acaricia cuando hace un calor sofocante. Él fue un regalo que se desvaneció demasiado rápido.

Amelia se sorprendió al escuchar eso. Sus ojos marrones se abrieron tanto que parecían dos castañas recién puestas al fuego.

—Por cómo hablas de ese Yuriel, diría que tú también estabas enamorado.

Larion esbozó una tierna sonrisa que la dejó traspuesta.

—A mí no me atraen los machos, pero sé reconocer a uno bueno cuando lo encuentro. También sé lo que sentía mi hermano cuando estaba con él, y con eso me basta.

—Debió ser muy duro perderle. Sigo preguntándome por qué Blaine nunca me habló de él.

Larion la observó de reojo.

—No te lo tomes a lo personal.

—Pues esa es la única forma en la que me lo estoy tomando, la verdad.

Larion la ignoró y guio a su selmore hacia el final del camino. Este de pronto se abrió hacia una explanada repleta de colores extraordinarios; tanto es así que Amelia soltó una exclamación de lo más dramática al verlo. Habían entrado en un claro rodeado de árboles rojos, lilas, amarillos y azules, que se posaban espléndidos sobre un manto verde fresco de hierba que parecía recién cortada. Incluso olía un poco así. Y en el centro…, oh, Dios, había una especie de laguna impertérrita, de aguas rosas y brillantes. A Amelia le recordó a ese lago de algas rosadas que estaba en Cabo Verde. Pero aquello era cien veces mejor. El lago lucía brillante, como si hubiese purpurina dentro de él, o diamantes diminutos que reflejaban la luz. Era hermoso y alucinante y desafiaba toda lógica.

—No mires el lago —dijo Larion.

Tarde. Era de lo más fascinante que Amelia había visto nunca.

A lomos de su selmore, se acercó con calma hacia esa agua que no parecía agua, sino crema, con una consistencia más espesa y densa. Los destellos de luz la cegaban a medida que los pasos de Ume se acercaban más. Se bajó del selmore, embriagada y paralizada al mismo tiempo. Esa bella luz la llamaba. Se había convertido en una necesidad; quería zambullirse dentro y mezclarse con las minúsculas piedras preciosas que parecían flotar en la superficie. Oía una advertencia, pero estaba lejos, bajo el agua, en otra dimensión. No escuchaba, solo deseaba. Y lo que quería era meterse ahí dentro, volverse rosa y bella y tierna y espesa. Quería convertirse en agua rosa y centelleante.

Unos brazos le cogieron de la cintura. Eran fuertes, tanto que sintió que volaba hacia arriba, como si estuviera a punto de saltar de cabeza hacia esa piscina de chicle y brillantina. Lo intentó. Saltar. Pero algo se lo impedía. Esas manos aferradas a ella, cálidas, sólidas, enormes… Lo intentó de nuevo, saltar con los brazos extendidos, hundirse allí dentro. Oh, Dios, cómo lo deseaba.

—Amelia.

¿Aquel era su nombre? «Amelia». Ese nombre le sonaba, era suyo, pero la voz que lo había pronunciado no. Esa era voraz y desesperada. Como lo que sentía ella por ahogarse en esa hermosura. Su cuerpo se lo rogaba. «Ven, criatura preciosa. Ven. Salta. Te estoy esperando. Ven». Era el agua que la llamaba, que la reclamaba.

—Amelia, mírame —otra vez esa rudeza en una voz que sonaba angustiada.

Las manos cambiaron de posición. Igual que ella, que ahora estaba dándole la espalda a ese lago. Amelia luchaba por girar la cabeza, ahora anclada entre dos manos poderosas. Necesitaba llegar hasta allí. Allí. Allí quería estar. Sentía la tensión de una cuerda invisible que tiraba de ella hacia esas aguas, que gritaban y clamaban por su cuerpo y su alma.

Esas manos insensibles la obligaban a mirar hacia otro lado, hacia unos ojos extraños, de colores distintos. Pero ella no quería eso. Se sacudió entre sus manos, que cambiaron de posición hasta instalarse en sus caderas. Y entonces voló. Pero no en dirección a su

lago, no hacia sus diamantes preciosos. No. Parecía ir en volandas sobre un animal enorme, grande y robusto. No. Un animal no. Era ese immorith de ojos ambicolor.

Ese puto ser inmortal.

—¡NO! NO, NO, NO, ¡NO!

Amelia forcejeó e intentó soltarse. Por un segundo, creyó que lo conseguiría, pero él solo cambió la forma de agarrarla y sus pechos quedaron unidos. Él la sujetaba por la espalda y los muslos con tanta fuerza que resultaba imposible salir de allí, de esa cueva caliente y rocosa.

De repente, pareció que se relajaba; su cabeza quedó apoyada en el hombro del animal y el pelo suelto le hacía cosquillas en las mejillas. Entonces vio su cuello. Una oportunidad. Lo mordió al mismo tiempo que se impulsaba hacia atrás, cayendo de espaldas al suelo. Rodó con destreza sobre su cuerpo y corrió hacia su lago. Ese que ahora era suyo.

Amelia corrió lo más rápido que pudo, casi estaba. Ya muy cerca. Solo tenía que saltar una vez más. Una sola y… saltó. Pero no cayó en el agua cremosa y centelleante, cayó sobre la hierba, a apenas unos centímetros de aquella maravilla chiclosa. Otra vez esa bestia insensible se aferraba a ella. Estaba tan cerca. Era incluso capaz de saborear la libertad, que por alguna razón sabía a metal y a algo más delicioso, como a algodón de azúcar.

—¡DÉJAME EN PAZ! ¡Necesito ir al agua! ¡Suéltame! —chilló.

—No me lo puedo creer —gruñó con rabia aquel ser—. ¡Amelia! ¡Despierta de una maldita vez!

Ella se retorcía en el suelo, como una lombriz entre las manos y los brazos del animal grandioso. Era casi el doble que ella, pero Amelia era rápida y consiguió volver a zafarse de su agarre.

—Oh, por los cinco dioses —maldijo de nuevo aquella voz.

El ser inmortal pareció hartarse, soltó un gruñido que hizo retumbar la tierra, la atrapó del tobillo y Amelia cayó de rodillas al suelo. Él no perdió el tiempo, le dio la vuelta y se puso a horcajadas sobre ella. Le rodeó las muñecas con sus manos y las dirigió por encima de la cabeza hacia la hierba mullida.

—¡DÉJAME, PUTO ANIMAL! ¡SUÉLTAME!

—Me temo que no puedo hacer eso —bramó.

Amelia no entendía. No razonaba. No escuchaba nada más que al agua, que estaba tan cerca que podía olerla. Olía ese dulce y ese metal. Lo quería todo. Lo ansiaba todo.

Entonces, sintió calor. Un calor que comenzó siendo agradable y terminó por convertirse en agonía. Estaba en sus manos y bajaba por sus brazos. Miró con terror los ojos ambicolor que tenía delante, a escasos centímetros de los suyos, mientras se sacudía histérica. Calor. Tenía mucho calor. La abrasaba, pero sin quemarla. Dolía, dolía, dolía…

—¿Ya estás despierta?

La mirada de Larion suplicaba.

—¡Me estoy quemando, joder! —gritó ella.

En el instante en el que Larion deshizo el contacto, el fuego que le ardía desapareció. Unas esquirlas de hielo, casi parecían nieve, flotaron desde la yema de sus dedos hasta las axilas, aliviando de inmediato aquel sofoco y devolviéndola al presente. A la realidad.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —Le miró, confusa—. ¿Y por qué coño te tengo encima? —Le dio un empujón en el pecho, que era duro como un muro de piedra.

Larion se movió a un lado.

—Acabo de salvarte la vida, mujer desagradecida.

Amelia se incorporó, se tocó las manos y los brazos y se levantó las mangas para ver si tenía algo debajo, alguna marca que explicara por qué había sentido que se achicharraba y el hielo de después. Luego se giró y vio el lago, de un rosa tan espeluznante que volvió a sentir de nuevo esa necesidad desesperada de…

Una mano la cogió de la barbilla y la obligó a mirar hacia otro lado, hacia unos ojos que conocía muy bien.

—Te he dicho que no miraras el lago.

—Pero… —dijo intentando volver a mirar.

Las manos de Larion la cogieron por las mejillas, sin saber cómo tenía sus dedos enredándose de repente en su pelo… Fue una sensación increíblemente agradable que Amelia se esforzó en ignorar.

—No vuelvas a mirar. —Su voz era tajante, brusca—. Si lo haces, tendré que volver a quemarte. Y, créeme, no quiero hacerlo. —Ella tragó saliva, aterrada de verdad por primera vez ante los poderes de Larion. Asintió despacio—. Y, ahora, quietecita.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Larion se agachaba y metía una mano en el agua. Estaban tan cerca de la orilla que pudo percibir perfectamente el sonido de algo introduciéndose en aquel líquido. Y fue desagradable escuchar ese sonido pegajoso y blando en lugar del típico chapoteo acuoso. Amelia temblaba, aún sin entender qué había sucedido. Reunió todas sus fuerzas para no girarse y volver a contemplar la belleza del paisaje. Intentaba desentrañar esa necesidad imperiosa de zambullirse en ese lago, tan hermoso y brillante. ¿Qué le había pasado? Quería morirse en él. Por Dios, si Larion no hubiera estado a su lado para impedirlo, ella se hubiera metido dentro sin dudarlo. Y por la reacción de él, no parecía una buena idea ponerse a nadar en el moco rosa.

La figura del príncipe se irguió junto a ella. Llevaba una especie de bote o cantimplora repleta de ese líquido viscoso y maravilloso y terrible.

—¿Qué ha pasado? —Amelia sintió una mano cálida y enorme sobre su espalda, empujándola hacia los selmores, que pastaban como si ella no hubiera estado a punto de tirarse a una piscina preciosa y letal.

—Que debería haberte pedido que te quedaras alejada de aquí hasta que yo consiguiera esto —dijo levantando el recipiente con el líquido—. Una criatura de Sombia habita dentro del lago —explicó a continuación—. Convierte el agua en algo tan bello que crea una necesidad visceral al mirarla. Es una trampa. Todo aquel que entra en el agua se queda en ella, sirviéndole así de comida. Sin embargo, ese mismo líquido es capaz de curar las heridas más graves.

—Es decir…, si te metes dentro, mueres; pero, si te la bebes, vives.

—Más o menos. No hay que bebérsela, eso solo conseguiría que tuvieras unos retortijones terribles durante días. Hay que aplicarla sobre la herida, con unas gotas es suficiente. Y no cura los

males de la mente ni del alma, solo los físicos. Valía la pena arriesgarse.

—¿Y por qué a ti no te afecta?

—No he mirado el agua.

Amelia le dio un puñetazo en el bíceps y seguramente se hizo más daño ella que él. Larion la miró entre divertido y ofendido.

—Podrías haber avisado, capullo. ¡Por poco me meto dentro!

—Pero no lo has hecho y ahora tenemos algo que nos curará si otra de esas bestias intenta jugar a las comiditas con alguno de nosotros. Y para con lo de capullo, que acabo de salvarte el culo, mujer.

Amelia puso los ojos en blanco.

—La próxima vez recuerda que no sé nada de este lugar, *príncipe.* Yo no escuché las historias que os contaban de pequeños antes de dormir —luego resopló e inspiró hondo de nuevo—. Pero gracias por salvarme. Aunque no hubiese sido necesario si tú no hubieras sido tan…

—De nada —la interrumpió. Luego se llevó una mano al cuello y una sangre más púrpura que roja le tiñó los dedos.

—¿Eso te lo he hecho yo? —dijo preocupada y con los ojos muy abiertos.

Se situó frente a él y le obligó a pararse. Luego le inspeccionó el mordisco y se sintió un tanto avergonzada al comprobar que la herida incluso tenía la forma de sus dientes. Le había mordido pero bien. Cuando levantó la vista hacia el rostro de Larion, los ojos de este centelleaban, y a su boca volvió ese sabor tan extraño a metal y dulce de feria: era la sangre de Larion.

—¿Te gusta morder, Amelia?

Ella levantó una ceja. Él la observaba y una comisura de su boca se curvó hacia arriba, en un aire juguetón que le arrancó un espasmo del pecho.

—Lo siento… No quería, no… —Ella sintió la necesidad de justificarse.

Blaine le enseñó que los dientes eran un buen recurso de defensa cuando no se tenía otra cosa. Morder y arrancar. Ella había ido a hacerle daño y ahora se sentía culpable de que su dentadura

estuviese tatuada en el cuello de un príncipe inmortal. No parecía muy adecuado.

—Tranquila. Lo has hecho bien.

Amelia le arrebató la cantimplora, la puso boca abajo para que un poco de ese líquido viscoso cayera sobre sus dedos y así curar la herida de Larion, pero este se la quitó antes de que una sola gota se escapara del recipiente.

—No —gruñó él—. Me curo rápido… y no quiero desperdiciarlo.

—Tienes un lago repleto de esa cosa justo detrás. Ve a ponerte un poco, se te puede infectar.

—No se va a infectar —aseguró.

Ella arrugó la nariz.

—¿Por qué no quieres curártelo? —increpó.

—Me vendrá bien como recordatorio.

—Recordatorio, ¿de qué? —Amelia puso los brazos en jarras, disgustada.

—De devolverte el mordisco si alguna vez te pasas de la raya. Porque a mí, mujer, sí me gusta morder —dijo grave, lenta y mortalmente sexi.

Oh, no. Los brazos de Amelia cayeron como dos amasijos de plomo. ¿Cómo podía algo así excitarla? Apartó la vista hacia otro lado, evitando esa mirada que la estaba quemando viva. Luego se apartó, dejando que corriera el aire entre ellos. Un aire que era muy necesario de repente.

Caminó hacia su selmore y se subió a él. Seguía ignorando la mirada de Larion, además de su presencia y la creciente humedad que sentía en el bajo vientre. Cuando él se subió a Nia, ella decidió volver a las preguntas.

—¿Por qué he sentido calor y luego frío? Has dicho que me quemarías, así que tu poder es…

—Fuego. —Hizo una pausa—. Pero también hielo.

Amelia abrió la boca, sorprendida.

—¿Eso es normal? ¿Podéis canalizar magia de dos tipos o más? —Él la observaba, curioso—. No me mires así, solo estoy preguntando. Quizá los humanos no tenemos magia, pero sí miles de historias sobre ella. Algo puedo imaginarme.

—No. No se puede —explicó—. Normalmente, solo se tiene una.

—Pero tú tienes dos. —Larion asintió en silencio—. ¿Vas a decirme por qué?

Él se encogió de hombros.

—Por la misma razón que tengo cada ojo de un color. Blainar y yo compartimos algo más que eso.

Amelia por poco se cae de Ume al escuchar eso.

—¿Blaine podía usar la magia?

—Puede, no podía. Él maneja el hielo, pero es capaz de canalizar el fuego gracias a mí. Solo tenemos una pequeña gota en nuestra sangre de la magia del otro, pero es suficiente para poder manejarla en dosis pequeñas.

—Joder, ¿por eso hacía siempre tanto frío en su casa?

Larion relajó los músculos, más calmado.

—Siempre se ha sentido a gusto en él. Así que supongo que sí.

Amelia no podía creerlo. Su amigo, el hermano de Larion, era capaz de manipular el hielo. Y el fuego. Acto seguido se dio cuenta de algo.

Miró a Larion y sonrió con fanfarronería.

—No puedes convertirme en perro, entonces. —La expresión de incredulidad de él la hizo soltar una carcajada—. La próxima vez amenaza con algo que sí puedas cumplir, principito.

—Lo del mordisco puedes tomártelo como una amenaza si lo deseas. —Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba—. Y esa sí que puedo cumplirla.

—No voy a permitir que me muerdas. Nunca, ¿me oyes?

Larion sonrió, pero hizo como si no la hubiera escuchado.

«Capullo».

Siguieron a lomos de sus selmores hasta que llegaron a una cumbre que descendía hasta un valle no muy profundo. Un río partía el valle en dos; a ambos lados de este, un manto de casitas creaba un escenario digno de la mejor película de fantasía. Era un lugar encantador. Las luces volaban en todas direcciones, como globos de helio que flotaban por la aldea de un lugar para otro, preparados para iluminar la noche, que ya casi se les había echado encima.

Bajaron hasta el pueblo por un sendero de tierra flanqueado por densos árboles de colores, y un grupo de adultos con niños se acercaron a ellos, alabando al príncipe y a sus criaturas domesticadas. Se escuchaba música a lo lejos, y Amelia se permitió cerrar los ojos y disfrutar de lo poco que oía desde allí. Le encantaba la música y bailar y cantar, aunque lo hiciera fatal. Pero la sensación de dejarse llevar era un bálsamo para su cuerpo y su alma. Lo echaba de menos.

Cuando abrió los ojos y miró a Larion, él la estaba mirando. Ella se ruborizó y no entendió muy bien por qué.

Se bajaron de sus animalillos y se instalaron en una de las dos posadas del pueblo, la más lujosa según sus habitantes. El posadero les entregó la llave de la habitación doble, con los ojos clavados en el príncipe glorioso, capaz de manipular no solo uno, sino dos elementos naturales. Si pensaron que era de lo más indecoroso que un príncipe compartiera dormitorio con una humana cualquiera, no lo manifestaron.

—Alteza, nuestro pueblo está en fiestas. Nos honraría que participara en la cena y los bailes de esta noche. Su amiga también, por supuesto —dijo con una sonrisita.

—No creo que…

—¡Por supuesto que iremos! —se adelantó Amelia. Al ver la cara de sorpresa de Larion, se aclaró la garganta antes de hablar—: Muchas gracias por el ofrecimiento. Su alteza estará encantado de unirse a los festejos.

Larion la miraba con asombro y enfado. Y quizás también un poco de espanto. Amelia disfrutó cada segundo de esa mirada.

—No iremos —sentenció por lo bajo para que el posadero no le escuchara.

Amelia frunció los labios.

—Pues vale, no vayas, pero yo sí voy a ir.

—Amelia… —sonaba a advertencia.

—¿Quieres dejar de ser tan aburrido todo el rato? Allí hay música y comida. Y a mí me gustan las dos cosas. Yo voy a ir.

Se cruzó de brazos, como una niña pequeña enfurruñada.

—Una hora.

Amelia sonrió, y el rostro de Larion se ablandó al instante.

—Suficiente.

—Con una condición —dijo poniendo los brazos en jarras—. Mañana, antes de partir, entrenaremos. Necesito saber si eres capaz de defenderte sin morder.

El rostro de Amelia se iluminó y un golpecito en el pecho le hizo sentir burbujitas de excitación. Adoraba pelear, entrenar, liberar energía. Lo necesitaba como respirar.

—Tu hermano me enseñó a mucho más que defenderme con los dientes, príncipe.

La velada fue preciosa. Tanto que a Amelia se le quedó escasa y corta, pero Larion insistió en que se fueran tras la hora que le había prometido. Esta comió hasta reventar un pan que sabía a algún tipo de fruto seco y otras especias que no había probado jamás, pero que le supieron a gloria. También comió una carne blandita y jugosa, que no sabía de dónde provenía, con unos tubérculos parecidos a las patatas, pero de un color tan azul como el fondo del océano. También bailó al son de la música, entonada por instrumentos parecidos a las guitarras, a los tambores y a las arpas. Bailó bajo la atenta mirada de su guía y protector, bajo los ojos ambicolor, uno azul y otro verde, que no se perdían ni uno de sus movimientos. Ella sintió su mirada en todo momento, incluso cuando aldeanos se le acercaban y le hacían reverencias. Sus ojos eran de ella. Y ella, poseída de una alegría repentina que provenía del estómago lleno y la melodía que embriaga el aire, se dejó contemplar. Y se sintió segura siendo observada por él. Con sorpresa se dio cuenta de que adoraba que esos ojos se posaran en ella. Y por eso siguió bailando hasta que él se levantó y se acercó.

El príncipe la cogió de la muñeca, su pulgar acarició durante un breve segundo su piel y Amelia sintió la exaltación en su cuerpo, que caía en un abismo ante aquella nimia caricia. Luego tiró suavemente de ella hacia fuera de la plaza, lejos de la fiesta.

—Tenemos que irnos —susurró él.

Ella, con cierta pena, asintió. Y, aún con los dedos de Larion rodeándole la muñeca, se dejó guiar por él.

Amelia se dio cuenta entonces, con cierto temor y brutal sorpresa, que se dejaría guiar al mismo infierno si era él quien le daba la mano.

UNA REAL Y OTRA FICTICIA

Mel no paraba de leer esas dos líneas una y otra vez: «…se dio cuenta entonces, con cierto temor y brutal sorpresa, que se dejaría guiar al mismo infierno si era él quien le daba la mano».

Cerró los ojos y percibió la respiración de la fuente de calor al otro lado de la cama, que se unía a ella de una manera que encajaba perfectamente con su estructura y que hacía un sonido encantador cada vez que inhalaba y exhalaba en sueños. Abrió de nuevo los ojos y miró a Lars, tumbado boca abajo; su cabeza descansaba sobre la almohada y su brazo estaba colocado por debajo. El otro, reposaba sobre el muslo de Mel. No había dejado de tocarla ni cuando se quedó dormido hacía horas. Si él cambiaba de posición o su mano caía sobre el colchón, de alguna manera encontraba el camino de vuelta hacia el cuerpo de ella.

Mel cerró el portátil. Había sentido la necesidad de escribir y, cuando hubo escuchado la respiración acompasada de Lars, se había levantado con sigilo para coger su ordenador y llevárselo con ella a la cama. Así escribió junto a él.

Algo estaba pasando. Su ficción estaba empezando a convertirse en un eco de lo que vivía en la realidad. Sentía la exigencia de escribir y plasmar sus propios sentimientos en las palabras de aquella historia. Tenía que pararlo, de alguna manera tenía que deshacerse de ese influjo. Lars era una buena fuente de distracción, pero también de inspiración. Lo que él le hacía sentir la empujaba a luchar contra el teclado y reconocer sus emociones, validándolas. Lo mismo ocurría con Blanca. Ellos dos, por razones distintas, se habían convertido en su fuente de ideas. Y no creía que fuera capaz de dejar de beber del chorro de agua que la salpicaba violentamente. Necesitaba esa intensidad y ese líquido empapándola y, sin embargo, sabía que debía cerrar el grifo. Tenía que dejar de saciarse de esa fuente. Pero ya no sabía si eso era posible.

«Esta historia no es tuya. Vas a tener que desvincularte de ella. Vas a tener que devolverla. Tu nombre no estará en la portada, no estará ni en los putos agradecimientos. Tu nombre no es más que aire. Tú no eres más que un fantasma. Deja de usar tu vida para escribirla antes de que sea demasiado tarde. Tienes que soltarla, Mel. Tendrás que hacerlo, aunque no quieras».

Pero ya era demasiado tarde. Mel ya estaba en esa historia, al igual que Lars y Blanca. Su vida estaba plasmada en ella, entre las líneas y las letras. La pregunta ahora era otra: ¿sería capaz de dejarla ir? ¿Acaso tenía otra alternativa?

Dejó el ordenador en la mesilla de noche y se hundió entre las sábanas. Lars se giró y ella se amoldó a su postura, cobijándose entre sus brazos y escondiendo su cara bajo su barbilla. Esa sensación era… una auténtica maravilla. Se imaginó a Larion abrazando así a Amelia y se le humedecieron los ojos. Ambos se merecían ser amados, tener lo que ella estaba sintiendo en esos momentos. Sentir ese placer en el corazón y en los huesos. Esa paz, ese cariño, el respeto mutuo. La libertad de ser quien eres junto a otra persona. Compartir la vida, el camino y el final. Se le cerró la garganta al recordar un final que se acercaba a pasos agigantados; el de sus amigos Blanca y Nico. ¿Cuántas noches les quedaban? ¿Cómo era sentir que el fin se acercaba cuando apenas la vida acababa de comenzar? ¿Cómo era sentir que los días de la persona a la que amas están contados? ¿Saber que, quizá mañana, o dentro de unos meses, su cuerpo no estará al otro lado de la cama junto al tuyo? ¿Cuán grande debía ser ese dolor?

Recordó las lágrimas de sufrimiento que brotaban de los ojos de Blanca en aquella playa, y se preguntó cuántas eran por seguir viviendo y cuántas otras porque Nico no se desplomara cuando ella ya no estuviera. ¿Cuántas le pertenecían a él? Mel y Lars estaban lejos de lo que tenían sus amigos, pero podía imaginarse el dolor, la soledad y la tristeza. Y era una sensación de vacío terrible. Y también inevitable.

La despertó un mordisco en el hombro. Luego otro en el centro del pecho. Otro en la mandíbula. Otro en la nariz. Mel abrió los ojos y vio aquellos lagos de color azul. Sí, ella sí podía hundirse en ellos hasta ahogarse.

—Tienes restos de lágrimas en las mejillas, ¿debo preocuparme?

Ella negó con la cabeza, le pasó las manos por la espalda y lo invitó a ponerse encima de ella. Luego le sonrió y él besó su sonrisa. Abrió las piernas y dejó que él se acomodara entre ellas. La excitación creció entre ambos y los besos comedidos pasaron a ser brochas que pintaban sus cuerpos de lado a lado.

Hicieron el amor hasta quedarse dormidos de nuevo uno encima del otro.

9

El entrenamiento comenzó muy pronto. El sol aún no iluminaba las copas de los árboles, sino que se mantenía a ras de suelo y en el ambiente, como una bruma que a cada instante era más naranja y deslumbrante.

Larion era una mole oscura, pétrea, que caminaba haciendo arcos en torno a ella. Sus brazos estaban extendidos, preparados.

—Atácame —dijo.

Amelia sonrió. Los movimientos del immorith frente a ella eran iguales a los de su amigo Blaine; su estructura era distinta, pero su elegancia y postura claramente los delataba como hermanos. Observó sus ojos, que resplandecían y se dilataban en cuanto ella se movía. Blaine la había enseñado bien, y ella no dudó.

Corrió hacia él, con el puño encogido y un grito ahogado. Demasiado fácil, obviamente. En el instante en el que Larion fue a cogerle el puño, ella se agachó y giró, situándose detrás de él en lo que dura un parpadeo. Se le enganchó a la espalda con una rapidez salvaje y letal. Sus brazos rodeaban el grandísimo diámetro del cuello de Larion, y cuando Amelia ya sonreía por su victoria, él se inclinó hacia delante, tirándola al suelo con una facilidad vergonzosa, como si se desprendiera de un maldito bicho. Así de fácil había sido.

Cuando Larion le tendió un brazo para ayudarla a levantarse, ella tiró de él, se deslizó hacia abajo por su lado izquierdo y se levantó de un salto, propinándole un codazo en las costillas. Un codazo que ni siquiera perturbó el ritmo de su respiración. ¿De qué estaba hecho ese macho? Blaine era corpulento, pero lo de Larion era sobrenatural. Ese golpe seguro que hubiera estado a punto de desestabilizar a su amigo, pero a él no le había ni movido. Si quería tumbarlo, Amelia tendría que esforzarse más.

—Ayer me pusiste unas expectativas demasiado altas. Me estás decepcionando, mujer —dijo sin volverse hacia ella.

Amelia gruñó, corrió hacia él y trepó por su espalda hasta sentarse sobre sus hombros. Apretó los muslos con fuerza mientras las manos de él intentaban separar sus piernas del cuello, encajado entre ellas. Amelia tenía esa zona dolorida debido a la semana y media que llevaba a lomos de un selmore, pero reprimió el dolor y apretó más fuerte. Lo máximo que podía pasar era que Larion quedara inconsciente por falta de aire, y eso tenía solución. Pero él volvió a agacharse y ella por poco se cae hacia delante; sin embargo, consiguió volver a amarrarse a él, con la mala suerte de que terminó de nuevo sentada sobre sus hombros, pero mirando hacia la espalda del immorith. Ahora tenía su entrepierna en la cara de Larion, y esa posición no era muy digna para ninguno de los dos. A Amelia le quemaban los muslos del esfuerzo y sonrió al ver la cara de horror de él.

—¿Qué pasa, príncipe? ¿Acaso no sabes salir de esta?

Se estaba burlando de él. Por supuesto que Larion podría zafarse de ella; solo tenía que cogerla y apartarla sin ningún esfuerzo, pero, por alguna razón, le estaba dando ventaja. Y eso el orgullo de Amelia no lo permitiría. Nunca.

—Tendrás que hacer algo más si quieres vencerme, mujer. Así solo consigues darme unas vistas estupendas.

Amelia rugió, se giró sobre ese gran cuello y dio una voltereta hacia el suelo. En cuanto él se dio la vuelta, el puño de Amelia voló hacia su mandíbula. Le asestó otro puñetazo en el ojo esmeralda y otro en el pecho. Solo consiguió que le dolieran los nudillos a rabiar. Él esquivó el cuarto, envolvió su puño con rapidez en la palma de la mano y le torció el brazo. Ella gritó y él la soltó de inmediato.

Siguieron así hasta que el sol salió del todo y el cielo adquirió un color entre amarillo, rosa y naranja que le recordaba a los atardeceres de su mundo. El sudor perlaba cada milímetro del rostro de Larion; sin embargo, no mostraba signos de agotamiento. Era un auténtico capullo arrogante.

—¿Sabes luchar con armas?

—Solo con cuchillos o navajas —jadeó Amelia—. En mi mundo no es muy normal llevar espadas a la espalda.

Larion se llevó una mano al pelo y se lo revolvió. Normalmente lo llevaba recogido hacia atrás, pero esa mañana lo llevaba suelto. Ella había optado por trenzar el suyo, era más cómodo e higiénico, y como no todos los días podía lavárselo, era una forma de mantener su larga cabellera limpia durante más tiempo. Pero ahora estaba sudada de la raíz a las puntas.

—Practicaremos todas las mañanas. Ahora ve a lavarte y a comer algo —le ordenó—. Tenemos que irnos cuanto antes.

Amelia empezaba a odiar su forma de obligarla a hacer cosas: ve y haz esto, lávate, será mejor que no hagas aquello, deja de hacer preguntas, cómete eso y no rechistes, no hables más de la cuenta. Y más y más y más. Es verdad que en alguna ocasión su ignorancia les había causado algún que otro pequeño altercado, pero no era nada tan grave como para que Larion viviera con una preocupación extrema y constante. Una preocupación que se transformaba en órdenes y reglas para que no cometiera estupideces.

Amelia seguía resollando del cansancio cuando entró en la posada. Subió las escaleras hacia su dormitorio con la sensación de que llevaba un gran peso sobre los hombros, en un sentido literal y figurativo.

Un poco más tarde, ya estaban los dos subidos a su selmore, preparados para seguir su viaje hacia el infierno.

—¿Sigue habiendo gente a la que se le ponga el pelo canoso? ¿Alguien mortal? No me ha parecido ver ninguno en lo que llevamos de viaje…

Larion estaba concentrado observando el camino por el que los selmores ascendían. Nia se balanceaba con cada paso que daban, pero el cuerpo del príncipe se mantenía firme y estable. En lugar de responder, preguntó:

—¿Cuánto viven los humanos en tu mundo?

Amelia arrugó el entrecejo.

—¿Entre setenta y cinco y noventa años? Siendo optimistas, claro. Incluso algo más si tienen buena genética y se han cuidado a lo largo de su vida. Aunque la media baja considerablemente si nacieron en lugares pobres o insalubres…

Larion asintió y Amelia observó una tensión nueva en su mandíbula. Apretaba los dientes. Segundos después, pareció relajarse; entonces, habló:

—El último bebé enfermo murió hace siete años. Nació como immorith, contrajo la enfermedad a los días de nacer y murió de viejo, a los noventa y tres. Dejó atrás a su pareja y a sus cuatro hijos. Por eso esa enfermedad fue tan nefasta y dolorosa. Encontrar a tu compañero y perderlo así de rápido te deja una vida llena de amargura y soledad.

Ella lo miró, sorprendida. ¿Sería posible que debajo de esa armadura de piedra hubiera un corazón blandito?

—Pero sois inmortales, tenéis todo el tiempo del mundo para encontrar a otras parejas y quererlas igual o más que la anterior. La existencia no tiene por qué convertirse en un vacío solitario.

Ella se mordió el labio con demasiada fuerza. Notó el sabor de su propia sangre, roja y líquida, en la lengua. Él se giró hacia ella bruscamente, desvió los ojos a sus labios y luego volvió a mirar hacia delante.

—Aquí las parejas son para toda la vida, mujer. Una vez encuentras la tuya, no habrá nada ni nadie que desees más por el resto de tus días. Los humanos quizás podéis saltar de pareja en pareja, como un insecto salta de una planta a otra. Nosotros no estamos capacitados para ello.

—Pero… Blaine no ha tenido la polla quietecita, precisamente. Se ha acostado con un montón de personas desde que le conozco.

—Compartir cuerpo no es compartir el alma. Blaine nunca amará a nadie como ama a Yuriel. Podrá acostarse con quien quiera, pero el vacío que ha dejado su ausencia no podrá llenarlo nadie nunca más. Sigue amándolo con la misma fuerza.

—¿Cómo lo sabes?

Larion la miró. Sus ojos se clavaron en los de ella con una fuerza que a Amelia hasta le hizo daño.

—Lo sé.

Amelia entrecerró los ojos, confusa.

—Tú… Evellyn dijo que no estabas emparejado. ¿O es que…? —Se llevó una mano a la boca, abierta—. Oh, Dios mío, ¿murió? —La expresión de Amelia era de puro horror—. ¡¿Tu pareja murió?!

—Claro que no.

Amelia relajó los hombros y soltó ligeramente las riendas.

—Joder, vale, me alegro por ti, supongo…

—¿Por qué te alegras exactamente? ¿Porque no esté emparejado o porque mi supuesta pareja no haya muerto?

—Lo segundo —contestó rápidamente—. Oye, ¿y… puede una persona encontrar a su pareja y no ser correspondido?

—Immorith —corrigió—, no persona. Y sí, puede pasar.

—¿Es eso lo que te pasa a ti? Porque estás muy tenso, Larion, y eres un gruñón. Estás todo el rato enfadado. ¿Cuándo echaste un polvo por última vez? Quizá deberías buscarte a una hembra y revolcarte un rato entre sus sábanas. ¿Cuándo llegamos al próximo pueblo? ¿Crees que…

Larion la interrumpió soltando un gruñido que bien podría haber salido de la garganta de un oso enloquecido.

—¿Por qué sigues hablando? Mejor céntrate en cosas más útiles, como pensar cómo puedes derribarme la próxima vez. Espero algo más de ti mañana.

Amelia soltó una pequeña carcajada. Gozaba terriblemente de lo mucho que le gustaba chinchar a ese macho imponente.

—Oh, descuida, encontraré la forma —sonrió.

UNA REINA CON SOMBRERO

Hace dos viernes, Blanca apareció con sombrero. Unos mechones de pelo le caían por los hombros, secos y sin vida. En la cara, en cambio, seguía portando su habitual sonrisa. Una extrema delgadez comenzaba a marcar sus costillas, que se entreveían a través de la camiseta pegadita que llevaba puesta, y su rostro estaba demacrado, a pesar del colorete rosa que teñía sus mejillas. Nico no se separaba de su lado, siempre con una mano sobre la de ella, o sobre su pierna, o alrededor de sus hombros. Como si tuviera miedo a que desapareciera en un parpadeo.

El viernes siguiente, Blanca ya no tenía ningún débil mechón cayéndole a ambos lados del sombrero. Su pelo ya no estaba; en cambio, su hoyuelo seguía iluminando su rostro, como si lo que tenía delante fuese más importante que la melena que había perdido. Mel admiraba cada respiración que inhalaba su amiga, cada paso que daba y cada sonrisa que regalaba. Era una reina portando digna su corona. Un soldado en mitad de una guerra consigo mismo. Un pececillo nadando a contracorriente.

—Mel, ¿por qué no te traes a Lars la semana que viene? Tenemos ganas de conocerle, y Nico echa de menos hablar con otra persona con pene. —Blanca giró la cabeza hacia su marido, que asentía moviendo la suya de manera un tanto ansiosa.

—Por favor, que venga —imploró él.

—Se lo diré —se rio Mel.

—Y puedes estar tranquila, no le contaremos la vez que nos bañamos las tres desnudas en la fuente de aquel pueblo…, ¿cómo se llamaba?

—¡Fortuna! —añadió Ana con una carcajada.

—Fortuna la que tuvimos de que nadie pasara por allí a esas horas.

—Fortuna la que tuvisteis al no pillar cólera o hepatitis —apuntó Nico.

Las tres estallaron en risas, recordando y animándose con aquellos recuerdos abarrotados de luz y belleza. Por nada del mundo querría olvidar cada uno de ellos.

El hoyuelo de Blanca la acompañó durante toda la tarde, y Mel volvió a casa feliz de haberlo visto un día más.

10

Llevaban viajando durante veinticinco días y, en todo ese tiempo, durante todas esas mañanas, Amelia no había conseguido derrotar a Larion.

Había mejorado, eso era evidente. Ahora era capaz de anticiparse a sus movimientos, aunque en la mayoría de los casos no le servía más que para evitar un ataque que llegaría segundos después de una forma completamente inesperada. Debía reconocer que, por mucho que entrenara, aquel macho había vivido 229 años más que ella —porque el capullo, según decía, tenía 257 años—, había entrenado innumerables horas más y había luchado en batallas reales, no como ella, que luchaba de mentira. Ni siquiera había tenido que defenderse en su cuidad de posibles ladrones o violadores. Lo que era una suerte, claro. Aun así, debía admitir que le hubiese encantado meterse en una reyerta, aunque fuera solo para descubrir si sus sesiones con Blaine eran realmente útiles.

Su cuidad. Columbus. Ohio. Estados Unidos. La Tierra. No podía creer que su mundo estuviera tan lejos. ¿Estarían sus padres preocupados por ella? Siempre habían tenido una buena relación. No hablaban todos los días, pero sí al menos dos veces a la semana. Quizás había sido Blaine quien les había dicho que Amelia había desaparecido, o que había muerto. Oh, Dios, ¿y si la estaba buscando la policía? ¿Podría Blaine fingir y participar en alguna partida de rescate a sabiendas de que ni siquiera seguía en ese mundo? Amelia dudaba de que Blaine estuviera pensando siquiera que volverían a verse, y menos aún que ella estaba cruzando un reino entero, junto a su hermano mellizo, para traerlo de vuelta a su hogar. Lo que sí parecía más probable es que estuvieran celebrando un velatorio por ella, en el que él y toda su familia llorarían

desconsoladamente. Sus padres enterrarán un féretro vacío a la vista de que no había cuerpo que despedir.

Se le hizo un nudo tan grande en el estómago que se llevó las manos a la barriga y apretó para intentar desenredarlo. Tenía que volver a su mundo cuanto antes. No podía dejar a sus padres con el dolor de creer que habían perdido a su hija. Se le hacía añicos el corazón de solo imaginarlo.

—¿Todo bien?

Amelia giró el cuello y vio a Larion con la vista clavada en su tripa, donde ella seguía retorciéndose las manos y la ropa. Pero aquel nudo no se iba y la preocupación aumentaba.

—Sí.

Él la observó, pero no contestó. Se limitó a volver la vista al frente y centrarse en el bosque que los envolvía. Había comenzado siendo verde y frondoso y, sin que se hubiera dado cuenta, ahora seguían un sendero cubierto de gravilla y árboles desnudos.

El lugar era lúgubre y frío, y un escalofrío le recorrió la espalda a Amelia. Sentía una oleada de desasosiego que se le pegaba a la piel como si fuera una miel densa. Levantó la vista hacia los árboles y observó, colgados de las ramas esqueléticas, una cantidad fascinante de unos frutos del rojo más intenso que había visto. Tenían forma de lágrima y el tallo no era verde, sino dorado. Parecían gotas de sangre suspendidas bajo unos tallos de oro macizo. El frío traspasó sus huesos. La luz naranja del sol no entraba a través de la niebla que ahora los cubría, y un extraño silencio se adueñaba de todo a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —susurró Amelia. Por alguna razón no quería hacer más ruido del que ya hacían los pasos de Nia y Ume sobre el suelo seco.

—En el Bosque de la Verdad.

—¿Y qué son esas frutas?

—Esas frutas dan la capacidad de descubrir mentiras a quien las come.

—Pues no suena nada mal; poder saber si alguien te está mintiendo es de lo más útil.

—¿Útil? Quizá. ¿Agradable? No lo creo.

—¿Por qué no iba a serlo? Las mentiras solo hacen daño —puntualizó.

—Eso no es cierto —la contradijo—. Al igual que hay mentiras feas, también las hay bellas. Hay algunas mentiras que precisamente evitan el dolor y el sufrimiento a otras personas. Las mentiras a veces son necesarias, porque, si solo dijéramos verdades, si solo dijéramos lo que pensamos, sin filtros, el mundo se vendría abajo.

Amelia pensó que quizás Larion tenía razón, porque, pensándolo bien, ella esperaba que Blaine hubiera mentido a sus padres y les hubiera dicho algo como que estaba en un retiro espiritual para meditar en silencio o algo así. No le pegaba nada, pero esa mentira era mejor que contarles que había cruzado a otro mundo por una puerta mágica y que, casi con total probabilidad, no volverían a verla nunca más.

Otra vez había vuelto ese dolor en el estómago. Amelia se sacudió la desazón que amenazaba con hacerla vomitar.

—¿Y por qué está todo tan en silencio? —preguntó.

—Aquí vive una criatura de Sombia. Su nombre es Satya. Se adueñó de este lugar antes de que las fronteras de la Bella Dama se cerraran con las guardas mágicas; ahora, le pertenece a ella. No le gusta el ruido, ni siquiera los pájaros se atreven a cantar cuando vuelan por aquí.

—¿Y se puede saber por qué hemos entrado nosotros? ¿Es peligrosa esa Satya? —dijo bajando aún más la voz.

—No, no lo es —dijo—. Sigamos. No nos conviene encontrarnos con ella.

—Tarde.

Una voz de lo más exquisita atravesó a Amelia como una flecha. Miró hacia el frente y vio a la mujer más hermosa que había visto en su vida. Su pelo dorado le caía en cascada hasta los tobillos, y su vestido era escarlata, como las frutas que colgaban en las ramas de los árboles. La tela parecía seda y era prácticamente transparente, dejando entrever cada parte de su esbelto cuerpo. No parecía una criatura de Sombia; más bien parecía una sirena que acababa de salir del mar.

—No digas nada, ¿entendido? —espetó Larion.

Amelia asintió.

—¿Qué tenemos aquí? A uno de los príncipes del reino y a una humana, ni más ni menos. ¿Qué se os ha perdido tan lejos de casa?

—Mi hermano.

Satya sonrió, mostrando unos dientes afilados y volviendo su precioso rostro en uno terrorífico.

—¿Y a ti, humana?

Amelia tragó saliva, aterrada. Los ojos de Satya eran de un color tan rojo como su vestido.

—Habla conmigo —se interpuso él—, no con ella. Es una simple humana.

—Mentira. —Una risita escandalosa se hizo eco en el bosque—. No es una simple humana. Al menos para ti, ¿a que sí, Larion, príncipe de Olia?

Amelia miró a Larion, que sujetaba tenso las riendas. Nia parecía nerviosa también, como si el suelo empezara a quemarle las pezuñas. No paraba de mover sus patas de un lado a otro. Larion se dio cuenta y le acarició el cuello, tranquilizándola al instante con un leve «shhh» que a Amelia le hizo cosquillas en la espina dorsal.

—¿Qué quieres a cambio de dejarnos pasar?

—Lo que quiero siempre, ¿a que sí? Dos verdades, una de cada uno, que calmen las mentiras de este bosque. Decidme dos verdades que merezcan la pena y os dejaré pasar.

—¿Qué clase de verdades?

Otra risa, esta vez fúnebre y al mismo tiempo dulce, salió de su boca de cuchillas.

—Verdades por las que merezca la pena vivir. O morir, según como se mire.

Larion miró a Amelia y ella lo miró a él. ¿Tenía ella alguna verdad así? Su vida no era ningún secreto, y sus verdades eran sencillas. No tenía ninguna lo suficientemente poderosa como para cumplir los deseos de ese ser terrorífico y precioso.

Él abrió la boca sin emitir sonido alguno. La abría y la cerraba, debatiéndose entre decir algo o quedarse mudo. ¿A qué estaba esperando?

La criatura tenía sus ojos, sanguinolentos y famélicos, puestos en Larion. Amelia sintió un arrebato de ira un tanto desconcertante.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves? Tus verdades son jugosas, como esta fruta, ¿a que sí?

Satya chasqueó los dedos y una fruta de la rama más cercana voló directa hasta su mano; se la llevó a la boca con parsimonia. Sus dientes puntiagudos mordieron con fuerza y la fruta se quebró, expulsando un jugo rojizo que ahora le caía por las comisuras de sus carnosos labios. La imagen era grotesca. La carne de la fruta desprendía un hedor nauseabundo que llegaba hasta el immorith y la humana, y el líquido era tan espeso como la sangre. Amelia se estremeció y sus intestinos se revolvieron. Tuvo que aguantarse una arcada. Larion, sin embargo, ignoró a Satya y la miró a ella, consternado.

—¡Ah! Ya veo, no quieres que ella escuche, me temo. Pero eso no es posible, ¿a que no? Ella tiene oídos, igual que yo. Y los míos esperan impacientes, príncipe de Olia. ¿Qué será, pues?

Larion parecía a punto de desmoronarse. En serio, ¿qué verdad era tan horrible como para que Amelia no pudiera escucharla? Solo tenía que decir algo, lo que fuera. Mientras él se decidía, ella se devanaba los sesos, buscando una verdad que ofrecer a esa criatura. Su mente navegó entre los pensamientos más remotos hasta encontrar uno un tanto difuso. Era una verdad que aún no había reconocido ante sí misma, porque no se había atrevido a pensarla siquiera. Hasta ese momento. Hasta que la certeza le llegó como una ola que le rompe en la cara.

—Me alegra haber cruzado la puerta —soltó de golpe—. No por lo que he causado; eso procuro ignorarlo sabiendo que lo arreglaré cuando traiga a Blaine de vuelta. Pero, siendo egoísta, me alegra haber conocido este mundo y a la familia de mi mejor amigo.

Miró a Larion, que la contemplaba sin pestañear.

La criatura sonrió.

—Verdad, pero insuficiente. Dame más, humana.

Amelia se llenó de aire los pulmones a la vez que cerraba los ojos. ¿Qué sentía? ¿Qué deseaba que fuera tan innombrable?

Solamente se le venía un rostro a la cabeza. Solo uno. Abrió los ojos de golpe, y habló:

—Si no fuera porque debo traer a Blaine de vuelta, quizá, tal vez… —dudó—, me hubiese gustado quedarme.

—Sigues sin ser clara, humana. Todo eso es verdad, pero… —Soltó una carcajada—. Haremos una cosa; te la daré por buena, solo si la de él merece la pena —dijo con una sonrisa siniestra que apuntaba a Larion—. ¿A qué estás esperando, príncipe de Olia?

Amelia tembló, preocupada. ¿Qué pasaría si él no decía nada? Contempló con temor los dientes punzantes de Satya, cubiertos de la carne y el juego de la fruta.

Larion desvió la mirada hacia sus manos, lejos de ella y de aquella criatura diabólica, seguramente deliberando esa verdad tan horripilante que Amelia no podía escuchar. Tras unos instantes que parecieron eternos, volvió la vista hacia Satya, que se deleitaba con sus presas. Cuando habló con un tono más grave de lo normal, hasta el suelo bajo las patas de los selmores tembló.

—Tener que llevar a Amelia hacia la puerta al otro lado de la Bella Dama me desgarra el pecho, como si fueran tus repugnantes dientes afilados los que muerden mi corazón. Cada día, cada hora, cada segundo es peor que el anterior, y temo morir destrozado del todo una vez ella cruce esa dichosa puerta.

Los ojos de Satya se abrieron mucho. Luego sonrió.

—Eso es… verdad. Pero el macho listillo no lo ha dicho todo, ¿a que no? Se ha dejado la mejor parte. —La carcajada que soltó después parecía un gorgojeo—. No obstante, debo cumplir mi promesa. Ahora ya podéis traspasar los límites de mi bosque. —Miró a Amelia a los ojos, dejándola clavada en el sitio—. Cuidado, humana de la Tierra, no vaya a ser que el corazón de tu compañero se desangre antes de que hayáis llegado a vuestro destino.

La figura desapareció, pero la risita perturbadora los acompañó todo el camino hasta la salida del Bosque de la Verdad.

Ninguno dijo nada mientras cavilaban sobre sus propias verdades y las del otro.

11

—¿Por qué no has luchado contra ella? —preguntó Amelia.

—Porque no era necesario —contestó Larion, escueto.

—Oh, por Dios, podría habernos comido en tan solo dos putos mordiscos.

—Pero no lo ha hecho.

—¿Y para qué tienes espadas? ¿Por qué me entrenas si no hace falta luchar?

Amelia estaba confundida. No entendía que Larion no hiciera uso de su magia ni de sus armas cuando las tenía.

Larion giró la cabeza para contemplarla.

—Yo no he dicho que no haga falta luchar en ningún momento. —Volvió la cabeza al frente y siguió hablando con la vista fija en el paisaje—. Hay criaturas de Sombia que solo buscan una cosa, y en la mayoría de casos no tiene nada que ver con la violencia. A primera vista parece simple, como una sola verdad, pero muchos immoriths no son capaces de darles lo que quieren. Son incapaces de decir en voz alta lo que no se pueden decir a sí mismos. Es ahí cuando puedes luchar, rendirte o salir huyendo. O, como nosotros, enfrentarnos a ello.

Amelia se removió en su asiento, confusa y malhumorada.

—¿Y vas a explicarme esa verdad tuya?

No entendía nada de lo que había dicho Larion, y eso la ponía de muy mal humor.

—No.

—A ver —lo ignoró—, ¿qué es exactamente lo que te desgarra el corazón, Larion? ¿Tener que hacer de niñera conmigo? ¿Tener que aguantarme? ¿Haber desajustado todos vuestros planes? ¿Tanto me odias? Porque, si no recuerdo mal, has dicho, ¡has dicho!, príncipe, que temes morirte cuando yo cruce esa puerta. ¿Qué coño significa

eso? Porque, si estuviéramos en mi jodido mundo, diría que estabas exagerando, pero esa zorra monstruosa ha confirmado que es verdad. ¿Qué cojones significa eso?

Larion resopló. Amelia resollaba, histérica.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

Ella soltó un bufido y un grito de desesperación.

—Me estás cansando, que lo sepas —le dijo apuntándole con el dedo—. Odio ese misterio que te guardas dentro. ¡LO ODIO! Y te odio a ti, joder.

Él parecía tranquilo, y eso a Amelia la enloquecía.

—Bien —sonrió—. Guárdamelo, entonces. Todo ese odio, guárdalo y no lo olvides. Es mío.

Amelia le miró, sorprendida. Eso no ayudaba en nada a aminorar lo desquiciada que estaba. Apretó los puños y cerró los ojos. Le dio un golpecito en el cuello a Ume y este paró. Se bajó de un salto.

—Necesito un poco de aire. No me sigas —gruñó.

Y salió corriendo. No sabía a dónde, pero corrió igual.

Estaba cansada de Larion. Ella le hacía preguntas continuamente, para chincharle, sí, pero también porque realmente quería saber más de ese mundo. Y de él. Esa era otra de sus verdades ocultas: le había empezado a coger cariño a ese ser inmortal, testarudo y gruñón. Y no solo eso, sino que cada día, cuando esa sonrisa aparecía o su piel tocaba la suya en los entrenamientos o sus piernas se rozaban por ir demasiado cerca a lomos de sus selmores, sentía un deseo incontrolable. Con cada salida de ese sol anaranjado, su anhelo la quemaba más. Y él, sin embargo, hacía lo posible por mantenerse alejado de ella. Se limitaba a contestar y a entrenarla. Ya está. Cuando las preguntas tocaban aspectos algo más personales, él las desviaba. Y nunca se interesaba por ella. Nunca. Le daba igual, y eso comenzaba a atormentar a Amelia.

Ella era un fin. Solo eso. Una herramienta para conseguir a su querido hermano mellizo de vuelta. Si la protegía y se preocupaba por ella era solo porque la necesitaba. Pero no como ella quería que la necesitara. Joder, se estaba volviendo loca. Debía relajarse.

Olvidarse de eso. Volcaría todas sus emociones en ese odio e ignoraría lo que le demandaba su propio cuerpo, que la delataba y torturaba noche tras noche. ¡Ni siquiera podía tocarse sola a gusto porque ese imbécil estaba en la cama de al lado! Iba a volverse tarumba, si es que no lo estaba ya.

Una vez estuvo lo suficientemente alejada de él, respiró hondo para intentar recuperar la compostura. Aspiró de ese aire con aroma dulzón. A su alrededor, crecía un mar de flores azules con motas ambarinas.

Escuchó un sonido detrás de ella y se giró de golpe. Los árboles se mecían con la brisa y los pétalos volaban como plumas a su alrededor. No había nadie. Y entonces se fijó en algo que había aparecido a sus pies. O alguien, más bien.

El ser la observaba con unos ojillos diminutos. Sonreía. Amelia se sobresaltó y dio varios pasos hacia atrás.

—¿Quién eres? —preguntó, cauta.

—Gus. Soy Gus. Gusgusgus.

Amelia ladeó la cabeza.

—¿Y qué eres?

—Gus es un nanu. Nanunanunanu.

Amelia miró a ambos lados, buscando a más nanus de esos. La criatura que la miraba divertido era realmente pequeño, no más grande que un ratón. Sus ojos saltones y amarillos abarcaban la mitad de su rostro, y su nariz era como el botón de la ropita de un bebé recién nacido. En su boca había dientecitos que nada tenían que ver con los de Satya. Estos parecían perlitas minúsculas. Sus orejas eran puntiagudas, y la cabeza la tenía cubierta con una hoja verde que le hacía de sombrero y le daba una apariencia enternecedora. Su cuerpecillo era una bolita rechoncha y parduzca de la que salían cuatro extremidades largas. No llevaba ropa, lo que dejaba a la vista su piel verrugosa y viscosa, como la de una rana.

Amelia tuvo que pestañear varias veces para verificar que ese ser era real y no producto de su imaginación.

—Gus quiere saber quién eres tú. Tututú.

—Amelia.

—¡Oh! A Gus le encanta ese nombre, es tan bonito como una flor —dijo arrancando una de ellas—. Florflorflor.

—Gus, ¿qué haces aquí solo? —quiso saber.

—Gus se ha perdido. Perdidoperdidoperdido.

—¿Dónde está tu casa?

—Gus no lo sabe. Sabesabesabe.

Amelia no sabía qué hacer. ¿Irse sin más? ¿Dejarlo allí? ¿O debería llevárselo con ella?

—Vale… Una pregunta, Gus, ¿tú qué comes? ¿Qué te gusta comer?

Decidió ofrecerle la última opción. Era bastante irritante en su forma de hablar, pero no parecía malvado. No obstante, habiéndose encontrado de frente con aquella zorra, que resultó ser un monstruo a pesar de lo hermosa que era, ya no se fiaba de nadie.

—Gus come recuerdos de otros. Otrosotrosotros.

—¿Eso qué significa? Si te llevo conmigo, ¿me harás daño?

—¡Oh, no! Gus no hace daño. Gus hace el bien. A Gus le gusta comer recuerdos bonitos. Sí, eso. Bonitos. Bonitosbonitosbonitos.

—¿Nada de morderme o matarme con tus entrañables y diminutas patitas?

—¡Oh! Mis patas no matan. ¡Qué horror! Solo cosas bonitas para comer. Comercomercomer.

—¿Quieres venir conmigo? Quizá encontremos tu casa en el camino y puedas volver con tu familia. Yo estoy intentando hacer lo mismo… —confesó.

—A Gus le gustaría mucho. Muchomuchomucho.

Amelia se agachó frente a la criatura y puso su mano en el suelo, con la palma hacia arriba.

—¿Me acompañas?

Gus esta vez no contestó. Se subió a la mano de Amelia con una sonrisa tierna floreciéndole en su chiquitito rostro. Ahora al menos tenía a alguien que quería escuchar sus historias.

Más calmada y con su nuevo amigo en la palma de la mano, volvió sobre sus pasos. Cuando llegó al claro donde había abandonado a Larion, le vio sentado en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol y sus ojos azules cerrados. Su cabeza estaba

echada hacia atrás, dejando al descubierto ese cuello grandioso, una nuez pronunciada y la marca que le habían dejado los dientes de Amelia hacía ya días. Se le encogieron las puntas de los pies al recordar lo cerca que había estado su boca de esa piel. Tanto como para hacerle sangrar…

Los separaban muchos metros, pero Amelia veía bien de lejos y no pudo evitar deleitarse con esa imagen. Se le veía tan natural, ligero, libre; sin toda esa tensión rondándole como si estuviera cargando con algo pesado todo el rato. Así parecía, sin duda, el ser más hermoso y extraordinario que había visto en su vida.

Larion abrió los ojos de golpe en su dirección, sobresaltándola. Amelia se extrañó; hubiera jurado que no había hecho ruido al acercarse a aquella explanada. Además, aún estaba demasiado lejos como para que hubiera podido escuchar sus pasos sobre la hierba mullida. Él desvió entonces la mirada hacia su palma. Puso los ojos en blanco y se levantó con una facilidad inusitada para alguien que lleva tantas armas encima.

—Gus se viene con nosotros —dijo ella cuando se acercó lo suficiente.

—Como desees —contestó él—, simplemente no le cuentes nada que no quieras olvidar. Esos seres pueden ser adorables, pero son criaturas de Sombia, y eso hace que no se pueda confiar en ellas.

—¿Por qué?

—Porque come recuerdos, Amelia —lo dijo como si fuera algo obvio.

—Gus come recuerdos bonitos. Bonitosbonitosbonitos.

—Sigo sin entenderte, príncipe —inquirió ella, impaciente.

—Que todo recuerdo que le cuentes, se lo tragará. Pasará a ser suyo y tú no recordarás haberlo vivido. Muchos los usan para olvidar amores que salieron mal, o a amigos o familiares que perdieron en alguna batalla. Usan a los nanus con el fin de olvidar ese dolor, saciándolos con sus mejores recuerdos. Pero ese dolor siempre vuelve en forma de vacío. Uno que es peor que el sentimiento que intentan eliminar en sí mismo. —Larion la observó. Luego desvió la mirada al ser, que lo miraba indignado—. Ten cuidado, solo eso.

Amelia arrugó el entrecejo y frunció los labios.

—Por supuesto. Siempre hay algo malo. Siempre hay una trampa —dijo, resignada.

—Puedes dejarle aquí —contestó él encogiéndose de hombros.

Amelia negó con la cabeza.

—Pero le he dicho que podía acompañarnos. No sabe dónde está su casa…

—No lo sabe porque no tiene, Amelia. Vive de recuerdos ajenos, su casa es el bosque y las mentes de los demás.

Amelia levantó la palma y miró esos ojos saltones y amarillos.

—Gus no sabe dónde está su casa. Amelia lo ayudará, ¿a que sí? Sísísí.

Ese «¿a que sí?» le provocó un escalofrío. Lo soltó de golpe y este cayó de pie en el suelo. Si aquel era un ser de Sombia…

—Gus quiere ir con Amelia. Amelia le contará un recuerdo bonito. Y luego lo olvidará para no sentir más dolor. Dolordolordolor.

Gus sonrió. Pero no fue una sonrisa agradable.

Amelia se subió a su selmore sin dejar de mirarlo, horrorizada. ¿Es que allí todo lo bonito era malvado?

—Mujer lista —dijo Larion.

Y mientras huían de aquel lugar, ella no le quitó los ojos de encima al pequeño ser, que no dejaba de observarla con una sonrisa inquietante en su diminuto rostro.

—Estamos cerca, ¿verdad? De la Bella Dama…

Giró el cuello para mirarla.

—Sí. A medida que avancemos encontraremos a más criaturas, más desafíos. Como te he dicho antes, hay algunas, como Satya y el nanu, que son controlables. Les das lo que quieren o los ignoras y puedes seguir sin mayor problema. Pero hay otras que no son tan comprensivas, aquellas que aún descansan en la montaña. Esas no han tenido contacto con los immoriths, no saben hacer tratos ni piensan de forma muy racional. Solo desean hacer el mal y estarán ansiosos por jugar con nosotros. —Su mirada se volvió rígida y furiosa—. Debes estar preparada.

—¿Por eso me entrenas? ¿Piensas que podría luchar y ganar contra alguno de esos monstruos?

Larion miró al frente.

—Si no lo creyera, no estaríamos aquí ahora —dijo, impávido.

—¿Qué te hace tener esa confianza en mí? No me conoces…

—Sí te conozco. Quizá no como tú piensas, pero sé de lo que eres capaz.

Amelia arrugó la nariz.

—No lo sabes, Larion —objetó ella, enfadada—. Es imposible que lo sepas. Ni siquiera te interesa preguntarme nada de mi vida, de lo que me gusta o lo que hacía para ganarme la vida en mi mundo. No sabes nada y, por alguna razón que no entiendo, estás convencido de que sí. Eres un arrogante y no tienes ni puta idea de nada.

Larion apretó los dientes y cogió las riendas con fuerza.

—Tienes razón, mujer. No sé nada de ti. Y ahora será mejor que dejes de hablar, me estás dando dolor de cabeza.

—Eres un capullo de mierda.

—Esa boca —la recriminó igual que hacía Blaine.

El corazón de Amelia crepitó.

—Te odio.

Su ira era un fuego a punto de empezar a consumirla.

Larion sonrió. Pero fue una sonrisa forzada, un poco triste, quizá. Y, aunque le pesó enormemente, Amelia no pudo odiarle como deseaba. Ese macho guardaba algo en su interior, algo que no se veía a través de la superficie, a excepción de detalles como esos labios apretados que forzaban una sonrisa. Ella lo veía, simplemente… no sabía cómo interpretarlo.

Esa noche durmieron en casa de un aldeano que se encargaba de recolectar frutos de la Verdad. No vivía lejos de aquel bosque, pero sí lo suficiente como para no estar más cerca de Satya de lo recomendable. Salía una vez a la semana al pueblo más cercano a vender esos frutos, que al parecer eran deliciosos, a pesar de su olor vomitivo. Les contó que, en la gran mayoría de las ocasiones, lo compraban hembras y machos celosos, o guardias que los usaban en sus interrogatorios. Mientras el aldeano y Amelia charlaban, Larion se comía el potaje en silencio. Engullía como si no hubiera comido en tres días.

Para ser un príncipe, sus modales en la mesa dejaban mucho que desear.

UNOS PÁJAROS COMPARTIENDO RÁFAGA

Había pasado un mes y medio desde que comenzó a escribir la historia. Unas seis semanas que habían resultado ser las más intensas de toda su vida. Tenía una novela que escribir, una amiga enferma que atender y un nuevo amor que cuidar. En sus ratos libres, entre una cosa y otra, había cambiado el gimnasio por el sexo, que, en su opinión, era infinitamente mejor. Simplemente no tenía tiempo para abarcarlo todo, y el que se dedicaban Lars y ella se había convertido en medicina para su mente magullada y embutida después de las sesiones de escritura. Él la hacía expandirse, volar y olvidar. Y no había nada que Mel necesitara más que eso.

Llevaban dos semanas viéndose todos los días, a excepción de los domingos. Entre semana, comían juntos y a veces Mel se quedaba hasta más tarde en la biblioteca para estar con él por las tardes, después de que Lars recogiera a sus sobrinos del colegio. Muchas de esas tardes terminaban en la casa del uno o del otro, envueltos entre sábanas, enganchados a una serie, leyendo juntos o improvisando algo para cenar.

Cuando Mel había escrito sobre el amor, lo hizo siempre en base a su propia experiencia, o a la de otros. Había leído mucho, eso sí, y la teoría del significado de amar incondicionalmente a alguien se la sabía de memoria. Pero en la práctica… Eso era otra cosa. En sus anteriores relaciones, el amor que se profesaban no había sido incondicional, ni mucho menos. Ella siempre se esperaba lo peor porque estaba en relaciones en las que continuamente ocurrían cosas malas. Eso sabía verlo ahora. Durante esos años, Mel tuvo una venda puesta, pero su subconsciente sí se lo hacía saber, ya fuera a través de inseguridades o con pensamientos negativos e intrusivos.

Aún recuerda con pavor las veces que le decía a Pablo que se iría de fiesta con sus amigas por la noche, o cuando se mordía la

lengua para no decir algo que sabía que él no compartía. La respuesta de Pablo era ignorarla durante días, haciéndola sentir culpable e insegura. En ese momento, no comprendía que aquella era su forma de castigarla.

Con Jaime fue distinto, pero igual de terrible. Él era guapo, divertido y el protagonista de su vida y de la de los demás. Adoraba acompañarla los viernes con Ana y Blanca, y, para desgracia de las tres, él siempre era quien dominaba la conversación. Tenía la necesidad de destacar por encima de todos, incluida Mel, pero ella no se daba cuenta. Cuando estaban a solas, Jaime la colmaba de atenciones y de regalos, parecía desvivirse por ella. Pero frente al resto, Mel no era más que un complemento. Ni siquiera fue consciente de ello hasta que un virus gastrointestinal lo dejó en cama varios días y Mel acudió a su cita del viernes sin él. Blanca, tras varias copas de vino, le dijo: «Mel, amiga, ¿sabes lo que me gusta de ti? Que siempre sumas. Siempre iluminas. No sé qué tienes con Jaime, pero él resta y no te deja brillar como deberías hacerlo. No dejes que te quite el brillo». Estaban borrachas, pero jamás olvidaría esas palabras. El viernes siguiente, Mel les dijo que Jaime nunca más volvería. Y lo celebraron por todo lo alto.

Su decepción frente al amor no terminó ahí. Tiempo después, sintió una conexión inusual al ver a un hombre caminar. Un hombre con hijos, chaleco acolchado y gorro de lana. Mel nunca había sentido un pálpito similar. Fue eléctrico. Corporal y mental. Extraño y maravilloso. Cada vez que lo veía, se convencía más de que, en otra vida, en otro mundo paralelo al suyo, él y ella también habrían terminado juntos. Y que su amor sería de esos que merecen escribirse en un libro. Inmortal, incondicional, infinito… Sin embargo, algo en su cabeza le susurraba que ese amor no le correspondía a ella. Acumulaba decepciones, una tras otra. Y ver a ese hombre con hijos, que por algún motivo que desconocía la atraía como nadie la había atraído jamás, era la mayor decepción de todas. Mel a veces se decía, cuando sus miradas se cruzaban fugazmente antes de que ella apartara la mirada, que con él sí podría descubrir lo que era el amor, el deseo, la necesidad, el anhelo… Y entonces sí sabría expresarlo por escrito con total libertad. Porque ya lo habría vivido y

solo tendría que procurar usar las palabras correctas de la mejor manera. Como cuando tenía un orgasmo y a veces, en lugar de dejarse llevar, se encontraba pensando en adjetivos para describirlo de la forma más fiel a la realidad.

La decepción terminó el día que él se acercó, la invitó a un café y le dijo que esos niños no eran suyos, que estaba divorciado y que llevaba un año y medio observándola día tras día. Llevaban poco tiempo juntos, pero ya sabía que Lars no era como Pablo. Ni como Jaime. Él no apagaba la llama de su vela, sino que la cobijaba entre sus manos y la llevaba hasta la hoguera en la que ella podía crecer sin límites. Él nunca la castigaba ignorándola; el único castigo era soportar los mordiscos por los que luego pasaba la lengua. Lars curaba, Lars daba, y no le pedía nada a cambio.

Con él, Mel se había convertido en un pájaro. Volaba a su antojo, volaba como quería, volaba siendo ella misma. Volaba en libertad. Volaba sin miedo a descubrir qué se encontraría al volver a su jaula. Ahora no había jaula. Solo un lugar seguro, que se llamaba Lars.

Ambos eran pájaros que habían decidido compartir ráfagas de viento. Ahora volaban juntos. Y Mel creía conocer mejor qué significaba el amor sin exigencias, libre y real. Ahora, ese pájaro descansaba en su misma habitación, en su cama, con un libro que había cogido de su estantería: *Seda*, de Alessandro Baricco. Mientras él estaba absorto en esa historia de amor profunda y dolorosa; ella esperaba sentada a la mesa de su pequeño comedor la llamada de Abby.

Una ventana apareció en la pantalla y el sonido de unos tintineos la sobresaltó. Aceptó la llamada y vio a la chica al otro lado, muy guapa, como siempre. Tenía el pelo recogido en un moño desenfadado que la hacía parecer más joven y los labios pintados de un rosa pálido. En las orejas, dos aros dorados enmarcaban su rostro. Su oreja izquierda tenía una fila de aritos más pequeños que iban desde el lóbulo hasta el hélix.

—¡Hola, Mel! Antes de nada —levantó un puñado de hojas subrayadas y con anotaciones en los laterales—, necesito seguir leyendo.

—¿En serio?

—¡Sí! Lo de las criaturas de Sombia me tiene loca, necesito saber qué clase de horrores van a encontrarse en la Bella Dama. Y que todos esos monstruos digan «¿a que sí?». ¡Cuando lo dijo el nanu casi suelto un grito!

Mel se rio.

—Me alegro de que te esté gustando.

Abby sonrió.

—Oye, ¿le has dado una vuelta a lo que te dije de los hermanos? Estaría bien que de repente apareciera uno de ellos para impedirles seguir adelante. O que les tiendan una trampa… No sé, algo así.

—Aún estoy dándole vueltas a esa parte —confesó Mel.

—Vale, bueno, pues sigue pensando.

Mel apretó los labios. Como si no pensara en la historia cada segundo del día.

—Lo haré —dijo, escueta.

Abby asintió, luego dio un largo sorbo a su café para llevar de cafetería cara.

—También me gustaría que apareciera el tema de la menstruación. El otro día hice una encuesta en Instagram y la mayoría dijeron que nunca habían leído un libro de fantasía que mostrara a mujeres con la regla. Tienes que ponerlo.

Lo cierto es que Mel estaba de acuerdo. De hecho, ella participó en esa encuesta de Fantastic Abby y ahora sentía un fastidio irracional por no haber sido ella quien lo pensara primero.

—Me parece bien.

—Otra cosa…, ya sé que dije *slow burn*, pero el romance entre Larion y Amelia va demasiado despacio.

¿Tienes algo pensado?

Mel asintió. Lo cierto es que ya había escrito la escena en la que ambos se acostaban, pero aún necesitaba esperar un poco más para colocarla en el momento correcto. A veces le pasaba: sentía la necesidad de bosquejar una escena que tenía clavada, a pesar de no saber si luego la usaría o no. Pero el encuentro entre ellos dos… La avergonzaba revelar lo basada que estaba en sus experiencias

personales; aun así, era perfecta. Iba a usarla, pero tenía que esperar un poco más.

—Quiero llevar la tensión entre ellos un poco más al límite. En su última noche antes de adentrarse en la Bella Dama, ocurrirá —explicó Mel.

Abby entrecerró los ojos.

—Pero si es la última noche, entonces no habrá muchas escenas *spicy*. Dices que en la montaña dormirán al aire libre, rodeados de monstruos y sin camas a su disposición… Dudo que tengan mucho espacio para hacer guarradas, si es que tienen ganas. No sería muy creíble, ¿no?

«¿No es creíble que follen dentro de una cueva, pero sí forzar una situación y meter una escena sexual con garrote solo porque sí?», quiso rebatir ella. Pero en lugar de eso, respiró hondo, tragó saliva y preguntó.

—¿Es que necesitas más de una escena sexual?

Abby se removió en su asiento y sonrió con suficiencia. Una sonrisa que Mel habría deseado borrar de su cara con una bofetada.

—Mel, ya te lo dije en la primera reunión. Mis lectores esperan escenas de sexo explícito, así que con solo una no me vale. Todos saben cómo me gustan ese tipo de libros; si ven que solo escribo una escena *spicy*, quizás descubren la verdad. Y eso no puedo permitirlo. Tienes que escribir como si lo hiciera yo. Y yo ya habría puesto unas cuantas escenas subidas de tono.

«Entonces no quieres un maldito *slow burn*», pensó Mel. Procuró relajarse, apretó los puños y habló con una serenidad fingida.

—¿Quieres que cambie algo?

—No, no. Puedes dejarlo así, pero a partir de ahora me gustaría algo más de… Ya sabes. Tú eres la escritora. Tú sabrás cómo hacerlo. Pero necesito más.

—Más sexo —quiso confirmar.

—Sí, claro.

El cabreo fluía, como la marea que sube con las olas.

—Verás, Abby —dijo Mel con un sudor frío acumulándose en su espalda—. Si no es una novela erótica, la mayoría de las veces con

hacer intuir algo ya es suficiente, incluso se agradece. A muchos lectores les hace sentir incómodos leer demasiadas escenas así, y meter a la fuerza más de las debidas puede perjudicar al libro y su historia. Déjame escribirlo como yo crea necesario. Si luego hay algo que quieras cambiar, quitar o añadir, lo vemos juntas. ¿Te parece bien?

Su interlocutora frunció el entrecejo.

—No me convences, Mel. Quiero más —exigió.

Oh, por favor, menuda cría de mierda. Su desesperación bullía. Mel necesitaba escribir esa historia a su manera. No podía forzar nada; sencillamente, no se veía capaz. Ella no sabía si los protagonistas tendrían sexo una sola vez o cinco. Aún no podía saberlo. Y esa exigencia insistente ya la condicionaba a la hora de escribirla, de moldearla. Mel no quería eso. No podía tolerarlo. No con esa historia. No con *su* historia.

—Por favor… —Odió su tono de súplica—. Si luego no te gusta, repetiré lo que haga falta.

Abby se quedó un rato pensativa. Se llevó la mano a uno de los aritos de su oreja derecha y comenzó a darle vueltas.

—Si haces eso, necesito que vayas más rápido, por si acaso decido que reescribas algo.

—Lo intentaré —respondió.

Abby bajó la mano y clavó la mirada en la de ella a través de la pantalla. Se dio cuenta de que no miraba a la imagen en la pantalla, sino directamente a la cámara, lo que hacía que su respuesta fuera aún más amenazadora de lo que Mel se esperaba.

—No, Carmela. Lo harás. Te he pagado mucho dinero para que este libro sea exactamente como yo quiero. Confío en ti porque me han asegurado que estás detrás de muchos éxitos, pero, si luego no me gusta cómo lo has desarrollado, lo cambiarás hasta que yo esté de acuerdo. Ese es el contrato.

El ojo izquierdo de Mel comenzó a temblar.

—Sí, está bien. Gracias, Abby.

—Vamos hablando, Mel. Y vete pensando el *plot twist* del que hablamos, necesitamos un clímax que deje a los lectores con la boca abierta.

Y colgó.

Mel puso los codos sobre la mesa y se cubrió los ojos con la palma de las manos, presionándolos hasta que vio lucecitas blancas parpadeando en la oscuridad. Cuando los abrió, aún las veía bailar allá donde posaba la mirada. Lo que quería era coger el contrato y romperlo. Tirarlo por el váter, lanzarlo al mar. Triturarlo, quemarlo, dárselo de comer a los monos del zoo. Odiaba tener que hacer caso a esa niñata que iba a obtener más fama con mentiras. Y que encima tenía la potestad para decidir cómo avanzaría su historia.

—¿Vas a matarme si me acerco?

Mel desvió su mirada llena de luces hacia la figura apoyada en el marco de la puerta de su comedor.

—Quizá —sonrió.

—¿No ha ido bien? —quiso saber Lars.

Mel sacudió la cabeza.

—No lo sé. —Él se acercó y se sentó junto a ella. No dijo nada, solo esperó a que ella, si quería, siguiera hablando. Lo hizo—: Normalmente habría terminado contenta tras una reunión como esta. Pero esta historia… se ha vuelto más personal de lo que debería. Y eso es un problema.

Lars pareció pensar durante varios segundos antes de hablar.

—¿Tus novelas no tienen nada de personal?

Ella negó, luego alargó la mano para coger la de él. Lars le hacía caricias con el pulgar.

—Las que escribo para otros no. Consigo apartarme lo suficiente como para que no me afecte.

Él bajó la mirada hacia sus dedos entrelazados.

—Pero esta no —entendió.

Ella asintió.

—Nunca me había pasado algo parecido. Pero la enfermedad de Blanca, tú… Han sido demasiadas emociones juntas, todas muy intensas. Y no he sabido que las estaba plasmando en la historia hasta que ha sido demasiado tarde. Ya no puedo cambiarlo. Pero tampoco puedo quedármela, no es mía.

—Pero en realidad sí que lo es.

Mel sonrió con pena.

—Sí.

Lars se quedó callado y, en ese instante, Mel quiso darle algo que no le había dado a nadie. Se levantó de la silla y le hizo un gesto para que la siguiera.

—¿Te has terminado ya *Seda*? —preguntó caminando delante de él.

Lars suspiró.

—Ahora mismo —confirmó.

—¿Y qué piensas?

Mel se paró frente a su estantería, se giró y lo miró.

—Que entiendo al protagonista. —Ella enarcó una ceja, sonriendo—. Entiendo esa afinidad cuando ves a alguien con quien conectas al instante. Incluso entiendo el sentimiento de añorar algo que nunca has tenido. —Lars le pasó el pelo suelto detrás de las orejas, deteniéndose para acariciarle los pómulos—. Si hubiera seguido con mi exmujer, Mel, yo hubiera sido ese hombre atormentado. Lo habría sido desde el primer día que te vi en esa parada de autobús. Por suerte no estaba casado entonces, pero ese tormento y esa añoranza aumentaban día a día.

Mel asintió, luego levantó la mano y le acarició la mejilla. Se giró y cogió un cuadernillo bastante grueso escondido junto a otros del mismo estilo; eran un montón de hojas tamaño folio encuadernadas con un par de anillas en el lateral izquierdo. La primera página estaba protegida con un plástico transparente y, en una tipografía limpia y grande, se leía: «*Desde la ventana*, escrito por Carmela Rivas».

—Puedes leerlo si quieres.

Lars cogió el manuscrito inédito como si se tratara de un bebé recién nacido; con suma cautela. Luego la miró, sonriendo.

—Gracias.

Ella lo besó. Le quitó de las manos aquel manuscrito rechazado por tantas editoriales, lo devolvió a la estantería y le guio hasta la cama.

Mel se abrió ante él en cuerpo y en corazón.

UN GRITO AHOGADO

Al día siguiente llamó a Vicky a primera hora. Necesitaba saber algo que solo ella podría contestar.

—Hola, Vicky, ¿puedes hablar unos minutos?

—Claro que sí, cariño, dime, ¿qué te pasa? ¿Va bien el libro? ¿Te entiendes bien con Abby? Parece un cielo, la verdad. He comenzado a seguirla en Instagram y la chica tiene como un magnetismo, ¿verdad? Es difícil dejar de mirar sus vídeos, ahora entiendo cómo tiene tantos seguidores. Bueno, Mel, cariño, cuéntame.

—Quería preguntarte algo, pero no te asustes, ¿vale? Es solo una pregunta, nada más.

—Ay, Mel, no me asustes —dijo soltando una risita histriónica —. Claro que sí, cariño, puedes preguntarme lo que quieras. Suéltalo ya, anda.

—Quiero saber si hay alguna forma de anular el contrato que firmé con Abby.

Mel se quedó sin respiración solo con decirlo en voz alta. Y, por lo que parecía, había conseguido por primera vez en la vida que su agente se quedara sin decir nada. El silencio comenzó a ahogarla.

—¿Vicky?

Escuchó un suspiro al otro lado.

—¿Qué ha pasado? ¿No va bien el libro? Estás escribiendo, ¿verdad? Ese contrato no se puede anular, cariño. A no ser que sea por una causa de fuerza mayor, como que haya algo que te impida escribir, una enfermedad grave, o que sea el cliente quien lo anule. O, en todo caso, se podría posponer para más adelante, pero en ningún caso anular. ¿Por qué me estás preguntando algo así?

—Porque… —«Me he involucrado demasiado en esta historia y no quiero cederla. Es mía y solo mía y debe tener mi nombre en la

portada, no la de una *instagrammer* mentirosa», quiso decir—. Da igual, es solo que…

—Se está volviendo un proyecto personal, ¿es eso? Ay, cariño, ¿qué ha pasado?

No pudo evitar la sorpresa ante la intuición de la agente. ¿Le habría pasado eso a más escritores fantasma? ¿Sería este uno de los muchos casos en los que algún escritor ha tenido que parir una obra y luego regalarla como si nada? Porque esto no se trataba de dinero. Era cierto que Abby la había pagado una suma grande y que aún quedaba la otra restante, pero preferiría devolverlo y quedarse con la historia. ¿Era eso posible? ¿Podía hacerlo?

—Digamos que puede ser algo así, sí —se lamentó—. Le devolvería el dinero, no he faltado a ninguna de las cláusulas del contrato, así que nadie sabe que estoy escribiendo un libro para ella. Sería solo retroceder una casilla. Puedes mandarle a otro fantasma, qué sé yo… Pero esta historia es mía, Vicky. Es mi vida.

«Mía». Ya lo había dicho. Ya había cometido el error. A Mel le escocían los ojos y ya veía borroso por las lágrimas que estaba intentando aguantarse. Escuchó un largo suspiro al otro lado.

—Lo siento, cariño, pero desde que aceptas el dinero y firmas el contrato esa historia deja de ser tuya, aunque aún no estuviera escrita. Solo Abby puede romper el contrato y aceptar la devolución del dinero. Pero no te sorprendas si no lo hace. Y menos si la novela le está gustando.

—Ya, vale, lo imaginaba.

—Mira, cariño, intenta desatarte. Míralo desde otra perspectiva que no sea la tuya. Sal de ahí como alma que lleva el diablo. Hazme caso, Mel, cariño, desapégate de la historia. Solo tú puedes hacerlo. Limítate a darle al cliente lo que quiere, sin más, adórnalo con palabras bonitas, escenas cochinas y alguna que otra frase de esas trascendentales. No tienes que escribir para un premio nobel, cariño. Eso ya lo sabes, así que deshazte de ese pensamiento, guárdate las ideas para tu próxima novela, una que sea tuya de verdad, y ahora haz el trabajo como mejor sabes hacerlo.

Mel se quedó en silencio, ahogada en unos sollozos que no quería soltar, que no podía soltar. No en ese momento.

Aguantó.

—Vale, Vicky, gracias. Vamos hablando, un abrazo.

Normalmente era Vicky la que le colgaba de manera repentina. Esta vez fue ella. En cuanto colgó, un grito ahogado salió de su garganta y dio gracias por estar sola en casa, sin nadie que la escuchara sufrir así. Nadie podría entenderlo, para todos era solo una historia y nada más. Pero para ella era una radiografía de su propia vida, tan importante como una extremidad más; era un bálsamo. No, era más que eso: esa historia era una forma de curarse. Era su forma de honrar a su amiga y a ella misma. Era su amor dormido despertándose, aliviando las magulladuras de las relaciones pasadas.

No era una historia sin más. Para ella esa historia lo era todo.

Ese viernes, Blanca dijo que no vendría en el último momento. Era el día que Mel les presentaría a Lars, pero finalmente solo conoció a Ana.

La velada consistió en Ana hablándoles de su último ligue, una rubia amante de las ardillas, y destapando historias ridículas y vergonzosas sobre Mel. Poseía una memoria envidiable, como bien pudo constatar Lars al averiguar cosas sobre Mel que ni ella misma recordaba. Lo pasaron bien, pero eso no impidió que una vaga desesperanza se abalanzara sobre los tres. Había dos sillas vacías, donde Blanca y Nico debían estar sentados. Blanca, en los ocho años que llevaban quedando cada viernes, nunca había dicho que no iría ni una sola vez. Era ella quien las obligaba si no querían o no estaban con el ánimo para salir. Ella era quien las empujaba, con su sonrisa enmarcada bajo un hoyuelo brillante en la mejilla izquierda. ¿Dónde estaba ese hoyuelo ahora? Mel se sintió la peor amiga del mundo. Ana debía sentir algo parecido, porque, a pesar de calmar el ambiente con bromas y anécdotas desternillantes, de vez en cuando la miraba con ojos vidriosos.

Habían estado semanas fingiendo que todo era normal. O al menos que podía seguir siéndolo. Cuánto se equivocan. Había hecho

falta un simple acto como no aparecer a su quedada semanal de los viernes para que ambas se dieran cuenta.

Todo estaba cambiando. Todo había cambiado ya. Y nada en absoluto volvería a ser normal.

12

Según Larion, llegarían a la Bella Dama en diez días. Solo diez días hasta que se enfrentaran con a saber qué criaturas horribles.

Hacía ya dos que dejaron atrás la casa del aldeano recolector de frutos de la Verdad. Antes de que partieran, les dio una bolsa con un buen puñado, ya que se mantenían maduros varias semanas sin perder sus propiedades nutricionales y energéticas, que eran envidiables. Amelia no había querido comprobarlo, se había negado a probarlos por su olor tan desagradable.

Lo cierto es que viajar con el príncipe de aquel reino tenía sus ventajas. Allá donde iban, los agasajaban con comida y regalos, además de ofrecerles siempre el mejor alojamiento. Era un interesante beneficio que en diez días terminaría, porque, una vez dentro de la montaña, no habría nadie ni nada que pudiera darles cobijo. En aquel lugar no vivía nadie, y por tanto no tenían idea alguna de lo que se iban a encontrar.

Amelia reconocía que su inquietud crecía a cada día que pasaba. También la sentía en Larion, que parecía de peor humor y visiblemente más amargado que de costumbre. Como aquella mañana, en la que se había despertado con ganas de ser un cretino y se estaba ensañando con ella en el entrenamiento, dejándola en ridículo cada dos movimientos.

—Tienes que agacharte más rápido, Amelia. Tienes que ser más rápida.

—Lo estoy intentando —jadeó ella.

—Pues inténtalo con más ahínco —ordenó—. Nunca le des la espalda a un adversario, deberías saberlo…

—Estoy cansada, príncipe. ¿Qué tal un descanso? —pidió.

Larion reaccionó blandiendo su espada y alzándola sobre su cabeza. Luego la impulsó hacia ella en un golpe certero. Amelia, que

estaba de rodillas en el suelo, reaccionó tirándose a la tierra y rodando. Se levantó de un salto, cogió la espada que le había prestado Larion y se defendió ante el siguiente ataque. Larion iba en serio, muy en serio. No se andaba con rodeos y obligaba a Amelia a sacar lo mejor de sí misma ante los continuos ataques.

—¿Qué coño haces? —le espetó ella, resollando del cansancio.

—Un adversario no tiene piedad —dijo él dándole vueltas a su espada como un idiota— ni se toma un descanso. Ataca cuando menos fuerzas tienes.

Amelia dio un salto hacia atrás en cuanto él se inclinó hacia ella con la espada apuntando a su pecho. Evitó la hoja afilada por muy poco.

—Ya, pero ahora mi único adversario eres tú, y por lo que espero no tienes pensado matarme. Me necesitas para que cruce esa puerta, ¿verdad? Así que, como no pares ahora mismo, te retorceré los huevos mientras duermes, principito.

Él ni se inmutó ante su amenaza.

—No eres tan sigilosa. Roncas como un demonio y, en cuanto dejaras de hacerlo, me daría cuenta. Respiras demasiado fuerte; puedo escucharte, aunque creas que no haces ningún ruido. Y, si todo eso falla —sonrió con una curvatura socarrona en los labios—, el olfato no lo haría. Soy capaz de olerte a cientos de metros, mujer. Antes de que fueras capaz de tocarme un testículo ya te habría pillado.

El párpado de Amelia comenzó a temblar de rabia. Se abalanzó sobre él con la espada apuntando a su abdomen. Larion interceptó el ataque con la suya, pero ella reaccionó agachándose; dejó caer su arma y se movió con rapidez. Antes de que la espada cayera al suelo, rodó a un lado, sacó de su bota un cuchillo que mantenía oculto y se escurrió entre las grandes articulaciones del príncipe. Luego se levantó de un salto, le pasó un brazo por el cuello, y lo utilizó de apoyo para impulsarse y darle una patada a la espada que aún empuñaba. Esta cayó junto a la otra y ella aprovechó el desconcierto. Con una mano sujeta a su cuello, utilizó la otra para colocar el cuchillo justo en su entrepierna. Sus labios estaban peligrosamente cerca.

—He dicho que necesito descansar, ¿o es que tienes tan poca estima a tu aparato que no te importa que apriete un poquito más?

Amelia empujó ligeramente la hoja del cuchillo. Sentía la punta sobre el pantalón de Larion. Y sobre lo que había debajo. Buscó su mirada, pero los ojos ambicolor estaban fijos en otra parte: en los labios entreabiertos de Amelia, de los que salían jadeos por el esfuerzo. Estaba realmente agotada aquella mañana. Y, además, estaba de muy mal humor.

—Puedes hacer con mi aparato lo que quieras, mujer —sonrió.

Amelia notó un agradable cosquilleo en el vientre, que pronto se convirtió en una punzada dolorosa. Se apartó de golpe, soltando un bufido. Ese idiota era un capullo. Un capullo que la derretía.

—Te odio, ¿lo sabías?

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el río que había unos metros por detrás de ellos. Se agachó para echarse agua por la cara y limpiarse el sudor. Y en cuanto se levantó, lo notó. La caída. La sangre empapando su ropa interior. Inconfundible. Familiar.

Ahora todo tenía sentido: el mal humor, el cansancio, la libido por las nubes y esa punzada agonizante en la zona de sus ovarios. Y pronto empezarían las migrañas…

Mierda. Ni siquiera en otro mundo se iba a librar de la regla. Por supuesto. Se le había retrasado varias semanas y ya empezaba a preguntarse si cruzar aquella puerta había podido afectarle al ciclo menstrual, que por lo general era milimétrico. La otra opción que podía explicar su retraso, más engorrosa y vital, no era posible. Así que, por ese lado, estaba tranquila. Pero… ¿y ahora qué? ¿Había allí tampones? ¿Compresas? ¿Copas menstruales? ¿Bragas pañal?

—¿Te he cortado sin darme cuenta?

Larion apareció detrás de ella, la agarró de la mano, aún empapada, y la recorrió con la vista por todas partes, con las fosas nasales dilatadas. A lo mejor sí era verdad que podía olerla, pero ese dato era demasiado inquietante como para que quisiera analizarlo a fondo. Larion le palpó los brazos, le dio la vuelta para ver su espalda, verificó que sus ropas estuviesen intactas…

Ella, de la sorpresa, ni siquiera preguntó qué carajo estaba haciendo.

—¿Estás herida? —volvió a preguntar, visiblemente consternado. Preocupado, quizá.

Ella le miró a los ojos.

—¿Qué utilizan aquí las hembras cuando les llega el periodo? —preguntó.

—¿El periodo?

Amelia puso los ojos en blanco y los brazos en jarras.

—La regla, la menstruación, el ciclo… Como quieras llamarlo.

Él asintió, confuso.

—El ciclo, sí. Pero… —dijo mirando a su entrepierna descaradamente. Cuando se dio cuenta, volvió la vista enseguida, avergonzado—. Tú estás sangrando, ¿verdad? Aquí las hembras no sangran, es distinto… Por los cinco dioses, no sangran. ¿Seguro que estás bien?

Amelia sonrió, alzando una ceja.

—Voy a intentar ignorar el hecho de que sepas que estoy sangrando para que me expliques qué les pasa a vuestras hembras en estos casos.

—Duermen.

—Duermen —repitió ella, incrédula. Él volvió a asentir—. ¿Cómo que duermen, Larion? ¿Qué cojones significa que duermen?

Su asombro iba en aumento, al igual que su desconcierto.

—Significa que, físicamente, no les sucede ningún cambio, simplemente están mucho más cansadas; agotadas, en realidad. No se tienen en pie y se pasan días en la cama, descansando.

—No me lo puede creer. Y… ¿cada cuánto les pasa? —preguntó, intrigada.

—Cada tres o cuatro lunas, no lo tengo muy claro.

Amelia abrió los ojos sin molestarse en ocultar un ápice de su sorpresa.

—¿Y no les duele?

—Que yo sepa no. —Larion entrecerró los ojos, escudriñándola —. ¿A ti te duele?

Asintió.

—Y me dolerá más.

El rostro de Larion mudó a una mueca de preocupación.

—¿Qué necesitas?

Ella sopesó su pregunta.

—Telas limpias, algún material absorbente. Con eso y agua para limpiarme será suficiente. Y, si tenéis alguna planta o infusión que mitigue el dolor, también lo agradecería.

Larion asintió.

—Ahora mismo vuelvo.

No estaba incómodo, simplemente confundido. Como si se estuviera enfrentando a algo desconocido y quisiera complacer a Amelia de cualquier forma que le fuera posible.

Algo cálido se instaló en el pecho de ella cuando lo vio alejarse en dirección al pueblo. Sin embargo, antes de desaparecer por el sendero que llevaba al centro de comercio de la aldea, Larion se giró para mirarla. Amelia le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y él asintió levemente antes de partir.

Amelia, mientras tanto, regresó a la posada en la que se habían hospedado esa noche, una que estaba apartada del resto del pueblo y rodeada de un paisaje increíblemente bello, donde el agua del río corría libre y los árboles verduzcos y afrutados enmarcaban el cielo. Llegó hasta su habitación y cogió la toalla doblada que les había prestado el dueño de la posada la noche anterior. Se fue hacia el baño y llenó de agua la bañera, o la tina, o lo que fuera aquello. Bañera, ¿qué si no? El agua estaba fría, helada más bien; parecía mucho pedir que allí hubiera agua corriente y que encima hubiera un sistema que la calentase. El agua provenía del río, que se alejaba solo varias decenas de metros. El posadero había elaborado una serie de conductos o tuberías que conducía el agua hasta los baños del edificio, impulsándolos con la magia de viento que él mismo dominaba. Era el primer lugar que se encontraban así. Y era maravilloso, aunque el agua estuviera fría como el hielo.

Su piel estaba enrojecida por el frío, pero recordó a los deportistas que se sumergían en aguas heladas para calmar sus músculos y pensó que tampoco le vendría mal desentumecerse un poco. Se quedó allí, sin pensar en nada a excepción de la incipiente migraña, hasta que se quedó ligeramente amodorrada. Su menstruación siempre había sido un problema, aunque en su mundo

intentaran quitarle importancia. No era agradable y le costaba concentrarse, además de que se estaba obligada a llevar a cabo las tareas con total funcionalidad mientras por dentro sentía que le clavaban alfileres. Suponía que no a todas las mujeres les pasaba, pero ella era una de las afortunadas que tenían que vivir durante al menos los tres primeros días esa tortura y, al mismo tiempo, fingir que todo iba de maravilla.

Se despertó cuando sintió una calidez envolverle el cuerpo. El agua se había calentado poco a poco, y ahora era agradable y acogedora bajo la espuma, que la tapaba entera. Escuchó un ruido y miró hacia la puerta del baño, que estaba entreabierta. Vio a Larion a través de la rendija, que dejó una bolsa de rafia sobre su cama y se encaminó hacia la puerta del dormitorio. Salió sin hacer ruido.

Había sido él quien había calentado el agua.

Esperó hasta que esta se enfrió de nuevo para salir de la bañera. Se anudó la toalla al cuerpo y limpió las bragas sucias con el agua de la bañera y el jabón aromático que les había regalado la posadera de aquel lugar. No olía exactamente a vainilla, pero olía parecido, y a Amelia la reconfortaba tener cerca una fragancia que le recordaba tanto a su casa. Después se vistió e hizo uso de las telas que le había dejado Larion en la bolsa. Eran demasiado grandes, así que se encargó de cortarlas en tiras más pequeñas que dobló de manera que quedaran varias capas cubriendo su piel. Ese grosor le resultaba un poco incómodo, pero al menos eran suaves y esperaba que también absorbentes. Cuando terminó, aún con el pelo húmedo, bajó al encuentro del príncipe.

Se lo encontró sentado a la mesa del comedor, con dos tazas humeantes de algo que olía delicioso. Se sentó frente a él, cogió una de las tazas y, cuando se la acercó a los labios, bebió un gran sorbo. Oh, por Dios, qué asco. Tuvo que esforzarse para no escupirlo. ¿Cómo algo que olía tan bien podía saber tan mal?

—Gracias —dijo levantando la taza y ocultando su aversión.

Larion la miraba, deseoso de información. Pero como era de esperar, no preguntó nada.

Nunca lo hacía.

Excepto unos minutos antes, cuándo le preguntó varias veces si estaba herida. Suponía que lo de mantenerla a salvo no era igual que interesarse por ella. Aun así, Amelia le contó todo lo relevante a la menstruación. Él escuchó cada palabra atentamente.

—Pero tú llevas más de veintiocho días aquí y no te había pasado antes —puntualizó.

Ella sonrió.

—Supongo que saltar de un mundo a otro me ha afectado un poquito.

Sus miradas se unieron, acompañadas de un silencio agradable. Amelia intuyó que podría dejarse naufragar en esa mirada y que posiblemente agradecería aquel ahogamiento como si fuera agua en el desierto. Él fue el primero en apartar la mirada, y para Amelia ese simple acto resultó devastador.

Se aclaró la garganta.

—Deberíamos partir, se está haciendo tarde —dijo ella.

Larion arrugó la frente y negó sacudiendo la cabeza.

—No vamos a irnos a ninguna parte.

—¿Por qué no?

—Por tu situación.

—¿Qué le pasa a mi situación, Larion? Quizá en este mundo las hembras duermen cuando tienen el… *ciclo*. Pero en el mío no nos permiten parar. Así que estoy lista, puedo seguir.

—Vamos bien de tiempo, Amelia. Creo que podemos permitirnos unos días de descanso.

—¿Ahora no tienes tanta prisa?

—Ahora tienes que descansar —recalcó.

—Puedo seguir —replicó ella—. Estoy bien, de verdad.

—Lo sé, pero te lo repito, vamos bien de tiempo. Y la importancia de las cosas claramente difiere entre ambos. —Se cruzó de brazos sobre la mesa con un aire imponente—. Esta mañana ha sido el peor de tus entrenamientos; estabas distraída y lenta, y eso puede costarnos la vida. Así que perder unos días para que te recuperes me parece importante. Tú puedes descansar y yo me encargaré de recolectar unas cosas que nos vendrán bien en la Bella Dama.

Amelia dudó, pero las palabras de Larion le parecieron razonables. Además, el dolor de cabeza comenzaba a resultar insoportable, y las punzadas en su vientre empezaban a pasar de intermitentes a fijas. Se llevó los dedos a los parpados y apretó. Sentía la sangre empapando la tela. Tendría que cambiarla pronto. Si Larion olió algo, no hizo comentarios al respecto. Amelia se resignó y aceptó.

—Está bien. —Apuró su infusión aguantando la respiración y se levantó de la silla torpemente—. Subiré a dormir un rato, entonces.

—Yo iré al pueblo. Volveré a mediodía.

Ella asintió, pero antes de darse la vuelta y marcharse, apretó los labios y sonrió.

—Gracias por calentarme el agua de la bañera. Y por todo lo demás.

Él le hizo un gesto de cabeza en respuesta. Ella sintió que la estudiaba con la mirada, hasta que su figura desapareció de la vista de Larion mientras ascendía al piso de arriba.

Se tumbó en su cama, se puso la almohada encima de la cara y se quedó dormida casi de inmediato.

UN LÍQUIDO QUE MATA PARA SALVAR

Mel acompañó esa tarde a Blanca. Vio cómo le ponían la vía y colocaban las bolsas con los líquidos sobre los portasueros. Su amiga estaba tranquila, ya había tenido muchas sesiones como esa. Sabía lo que hacían las enfermeras; a una la llamó incluso por su nombre. Era uno de señora mayor, al menos a juicio de Mel, lo que resultó gracioso, puesto que debía tener su misma edad. Parecía que en su cuerpo cabía toda la energía que le faltaba a su amiga. Era una escena dantesca. Dos mujeres rondando los treinta; una débil y enferma, la otra sana y radiante.

La sana inyecta a la enferma un líquido que posee la capacidad de matar células. Células sanas y células enfermas. Un líquido acuoso, desagradable, que pervierte su cuerpo, lo altera y lo consume.

Un líquido capaz de salvarle la vida. Quizá.

13

Amelia no sabía si era común en Olphillia que los machos atendieran a las hembras con tanta devoción durante esos días, pero Larion se mostró realmente servicial con ella. La migraña le duró hasta el día siguiente, por lo que se permitió pasar el día durmiendo o leyendo, puesto que Larion le había conseguido un libro de historia olphilliana que le resultó muy interesante.

A la hora de comer, él siempre aparecía con dos bandejas de guisos calientes, y a la hora de la cena, con dos platos de pan, quesos y carne fría. Habían cogido por costumbre comer cerca del río, donde el paisaje era esplendoroso; el rumor del agua, relajante, y la tranquilidad, tentadora.

El segundo día de regla, los dolores persistían y el flujo se hizo más abundante. Tuvo muchas telas que cambiar, lavar y secar. El tercer día, comenzó a mejorar y el sangrado fue a menos. El cuarto día ya no necesitó esas tiras de tela y recuperó tanto la energía como su buen humor. Incluso Larion parecía más contento. Durante su menstruación se había permitido ser un poco menos imbécil, y ella se lo agradecía. No tenía ganas de aguantar sus cretinadas más de la cuenta.

Él seguía sin hacerle preguntas, pero eso ella lo solventaba hablando por los dos. Le encantaba charlar y, al parecer, a él escuchar. Amelia vivió tres días entre punzadas de dolor y charlas que duraban hasta que ella se quedaba dormida, porque seguían compartiendo cuarto pese a todo, absorta en las continuas atenciones de un príncipe inmortal. Incluso llegó a pensar, durante una de esas oleadas de dolor sanguinolentas, que ella le importaba más a Larion de lo que implicaba como herramienta. Que quizá ella era algo más que un medio para lograr un fin. O al menos se engañó a sí misma pensando de esa manera. Sea como fuere, resultó agradable.

Hablar con él, sentir su mirada sobre la suya y verle sonrojado cuando le daba unas bragas y unas telas limpias y empapadas para que las colgara al sol a secar hicieron que el calor que Amelia sentía en la entrepierna cada vez que se rozaban ahora lo sintiera también en el corazón. De hecho, esos días no había sentido deseo, cosa rara, porque por lo general la menstruación aumentaba su excitación de forma considerable. Pero no fue así aquella vez. Esos días había sentido cómo su pecho se expandía, cómo los colores se volvían más intensos y cómo una expectativa se abría paso desde su estómago.

Sintió algo familiar, cálido y suave que la envolvía. Como si fuera seda abrazando su piel.

Y ella solo había sentido algo parecido con otra persona. Con Blaine. Pero cuando recordaba a su amigo no pensaba en seda, sino en lana. Blaine era una manta calentita en la que refugiarse; Larion, un pañuelo que se deslizaba por su piel, quemándola al tacto, acariciándola de forma placentera y moldeándose a ella con cada movimiento. Larion era seda. Puede que fuera arrogante, que comiese como un animal salvaje y que su voz pareciese salida de un abismo en la tierra. Pero para Amelia él era seda.

Hubo momentos en los que ambos se quedaban absortos el uno en el otro. Los segundos pasaban y ellos solo se observaban. Hasta que Larion apartaba la mirada y comía o jugaba con una planta o se levantaba y se iba, haciendo gala de su necedad habitual. Pero en esos instantes en los que sus ojos se unían, ella lo sentía. Esa seda en su mirada, que se deslizaba y la abrazaba.

El cuarto día del ciclo dejaron atrás de golpe esa nube de miradas y atenciones. Larion volvió a ponerse la máscara de arrogante insufrible, y Amelia se vio inmersa en un pozo de desesperanza que crecía a cada hora. Lo que hubiese dado por quedarse en aquella posada otros miles de años más… Recordarlo no le ofrecía ningún consuelo. Esos tres días, a pesar de las inconveniencias físicas, había reconocido una serenidad que no había sentido jamás. No solo paz; también felicidad, libertad y seguridad, además de ese sentirse única e importante. Ni siquiera Blaine había sido capaz de hacerla sentir así. Ese macho, en cambio, la miraba como si ella fuera la respuesta a todas sus preguntas. Pero

eso no era posible, porque, como Amelia ya sabía, él nunca formulaba ninguna.

El vaivén de Ume la mantuvo enredada en los pensamientos sobre Larion, sobre su propósito con el reino y sobre que, aunque habían pasado tres días y ya no sangraba abundantemente, aún manchaba su ropa interior, así que tendría que pararse en algún momento próximo a cambiarse.

Encontraron el caudal de un riachuelo, era solo un hilillo, pero suficiente para que Amelia pudiera limpiar la tela con abundante agua. Una vez aseada y con el trozo de algodón secándose sobre el trasero de Ume, se dispusieron a seguir su camino.

No habían avanzado ni dos pasos sobre sus selmores cuando lo escucharon.

Un chapoteo.

Ambos se giraron al mismo tiempo. Una figura humanoide se elevaba en las aguas del río, acuosa y chorreante. Era un ser hecho de agua, que caía sobre la silueta de forma continua, como si una cascada brotase de su cabeza, inagotable. No tenía ojos ni boca, y las olas que la formaban se balanceaban como si se tratara de la misma marea.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Amelia con horror.

Larion no le contestó, pero habló con esa voz salida de los confines de la tierra.

—Este no es tu lugar, Rivis.

Una risa, burbujeante y ahogada, resonó en todo el bosque a su alrededor.

—Yo soy agua; estoy aquí y allí, y en todas partes, ¿a que sí? Estoy incluso en ti. —El cuerpo líquido miraba a Larion—. Y en ti. —Y luego se giró hacia Amelia.

Cuando habló, el agua hervía allí donde debía estar la boca, expulsando gotas de líquido que caían en la orilla.

—¿Qué quieres?

Larion sostenía las riendas en tensión. Los músculos de sus brazos estaban inflamados y sus venas moradas comenzaban a hinchársele bajo la piel. Movió a Nia de manera que su cuerpo se interpuso entre Amelia y Rivis.

—Quiero lo que habéis osado quitarme.

La figura se inclinó hacia Amelia, que estaba encogida de miedo. Aquel ser estiró un brazo, y un arco hecho de agua pasó por encima de Larion directamente hacia ella. El agua se esfumó en un soplo, convertida en vapor. Amelia miró a Larion con los ojos muy abiertos. La figura soltó un chillido que sonó como una ola rompiéndose con furia en la orilla.

—No la toques —gruñó Larion.

—Ella ha mancillado mi arroyo con su sangre —bramó la criatura—. Ha contaminado mi agua, usándola para limpiar, ensuciándola y perturbando su límpida pureza. Ella me debe agua pura, y la chuparé de su cuerpo si hace falta.

Otro brazo líquido se extendió hacia ella. Por suerte, Amelia reaccionó rápido; se tiró al suelo y rodó hasta esconderse detrás de un árbol grueso y robusto. Cuando se asomó tras el tronco, no encontró rastro de suelo mojado, y un humillo blanquecino impregnaba el aire. Esta vez contempló una de las manos de Larion. Sus dedos bailaban en el aire, preparados en caso de otro ataque. «Está hirviendo el agua hasta evaporarla», comprendió.

—Estás lejos de la Bella Dama, Rivis. No deberías estar aquí.

—Ah, pero es que yo soy incontenible, ¿a que sí? Llevo filtrándome, gota a gota, siglos y siglos. Ni siquiera las guardas mágicas de los otros cuatro que llamáis dioses han impedido que fluya por los montes. Y, ahora, ¡devolvedme mi agua!

Larion se bajó de un salto de su selmore y le susurró algo que Amelia no alcanzó a escuchar. Nia y Ume huyeron entonces, manteniéndose alejados del peligro. Mientras tanto, ella seguía escondida detrás del árbol, sintiéndose inútil. ¿Tenía que luchar contra agua? ¿Cómo podía hacer eso? Llevaba diez años entrenando para enfrentarse a algo de carne y hueso, a alguien que sangrara si le hería con algo afilado y punzante. Pero ¿agua? ¿Cómo diantres iban a vencer a un ser que no sangraba, que no se rompía ni sentía dolor? Solo Larion y su fuego eran útiles frente a esa cosa, y tampoco creía que pudiera hacer mucho teniendo en cuenta que el agua suele vencer siempre a las llamas.

Amelia se mordió el labio, nerviosa y sintiéndose una carga.

Un remolino de agua chocó entonces contra el tronco, y unos hilillos líquidos se arrastraban como serpientes por la corteza, con el único propósito de llegar hasta ella. Amelia se apartó y ahogó un grito. Aquellos restos de agua parecieron coger impulso desde el tronco y volaron hacia ella. Estaban muy cerca, pero entonces estas pararon en seco, congeladas. Miró a Larion y lo comprendió. En un movimiento veloz, Amelia les atizó una patada a aquellas culebras heladas, que cayeron sobre la mullida hierba como si fueran diminutos trocitos de cristal.

—Vuelve a tocarla, ser de Sombia, y te herviré hasta que no quede nada de ti.

Otra risa, que sonaba como alguien que se ahoga, resonó en el aire. Larion tenía la mano extendida hacia el ser y Amelia se mantenía expectante, a unos metros de distancia.

—No puedes matarme, immorith. Por mucho que intentes convertirme en vapor, ambos sabemos que no puedes hervir un río entero, ¿a que no?

El ser se retorcía. Sus brazos se movían en ondas, como si contuviesen un oleaje furioso, y su atención estaba depositada exclusivamente en Amelia. Si ella se movía, el ser se deformaba para inclinarse en su dirección.

—Yo que tú no intentaría averiguarlo —rugió Larion.

Pero el ser lo ignoró, y una lluvia de brazos hechos de agua se abalanzaron sobre ellos; eran muchísimos, demasiados como para que Larion pudiera hervirlos todos.

Amelia decidió correr, moverse en todas las direcciones, siempre aleatorias, evitando por todos los medios que el agua la tocara. Pero eran muchos los brazos líquidos que la perseguían, y Larion no daba abasto. Finalmente, uno de ellos la alcanzó y, como si se hubiera zambullido en una piscina, la cabeza de Amelia se cubrió de agua. Se llevó las manos a la cara, intentando desembarazarse del agua que comenzaba a ahogarla. Pero no servía de nada. Una burbuja líquida, como una bolsa, cubría su cabeza como si fuese el casco de un astronauta. Sintió con horror cómo los primeros hilillos de agua se le colaban por la nariz, asfixiándola.

Sentía el cosquilleo del agua viajar por las fosas nasales, luego descender por la garganta, hasta llegar a los pulmones. Oh, Dios.

Larion apareció a su lado. Gritaba su nombre, pero ella no podía escucharlo. Más brazos acuosos le atacaban ahora a él. Amelia sintió un extraño calor en su cuerpo, que amenazaba con abrasarla; luego hielo, luego calor otra vez… Este último fue demasiado intenso y gritó envuelta aún por el agua que la asfixiaba. Larion paró entonces de intentar lo que fuera que estaba intentando hacer con ella. Le quedaba poco aire ya, y entonces, como una epifanía que llega justo antes de morir, escuchó la voz de Rivis: «Ella ha mancillado mi arroyo con su sangre».

Rivis había despertado porque ella se había limpiado la sangre en el agua.

Y entonces supo lo que tenía que hacer.

Con los últimos resquicios de aire que le quedaban, se impulsó hacia el río, arrastrándose, a punto de ahogarse ya. Escuchó a Larion gritar, pero el agua se le metía en los oídos y no escuchaba más que un balbuceo lejano. Él intentaba llegar hasta ella, pero el ser se lo impedía. Era una fuente de poder inagotable, invencible.

Amelia llegó hasta el pequeño cauce del río, cogió el puñal oculto en su bota y se hizo un corte profundo en la palma de la mano.

La sangre fluyó sobre el agua del arroyo.

Rivis empezó a chillar. La bolsa acuosa que la ahogaba explotó y Amelia logró inhalar aire al fin, llenando de oxígeno sus pulmones. Rivis aullaba, berreaba y vociferaba en un llanto lastimero y espantoso mientras la sangre de Amelia seguía manando sobre el agua. Parece que la infectaba y la corrompía. Ella respiraba grandes bocanadas, aferrándose al aire del que había sido privada durante lo que le pareció una eternidad. La sangre le bombeaba en las sienes y el corazón le latía exasperado. Eso hacía que su sangre fluyera con más intensidad hacia el agua del río, ahora alterada y pervertida. Rivis se retorcía y barboteaba palabras ininteligibles; su figura se había retorcido sobre sí misma y se había convertido en unos remolinos desesperados. Aquellos alaridos acuosos se hicieron insoportables y Amelia se tapó los oídos con las manos.

El siguiente en actuar fue Larion. Congeló el remolino que era Rivis y después lo quemó hasta convertirlo en vapor. El chillido, de alguna manera, seguía estremeciendo el aire, estaba en cada partícula de vaho que los rodeaba. Larion la ayudó a levantarse. Le dio la mano y ambos corrieron sin detenerse. Solo cuando estaban tan alejados que ya no eran capaces de escuchar aquel aullido, decidieron parar.

Amelia creyó que se moriría de la extenuación. Estaba débil y había corrido por su vida como nunca había tenido que hacerlo. Se tiró sobre la tierra y cerró los ojos. Su pecho subía y bajaba con frenesí. Hasta que su respiración no se estabilizó, no abrió los ojos. Larion estaba tumbado junto a ella. Nunca le había visto tan cansado, tan débil. Había utilizado mucha magia, y eso debía pesarle. Él la miró, cerró los ojos y murmuró algo para sí que ella no entendió. Amelia extendió su mano hacia la de él. Larion abrió los ojos y la apretó con fuerza. El pecho de Amelia se aflojó de golpe.

—Nunca se me habría ocurrido hacer algo así —dijo, jadeante —. No sabía qué más hacer para quitarte eso de la cabeza.

Pensó que fue ella la que insistió en parar en aquel riachuelo para limpiarse, pero decidió deshacerse del sentimiento de culpa en cuanto vio a Nia y Ume aparecer de repente, sin hacer ningún ademán de sorpresa por ver a sus jinetes vivos. Se tumbaron junto a ellos, como si supieran que necesitaban algo de calor y comprensión.

Larion se incorporó y alargó el brazo para rebuscar entre las alforjas que Nia cargaba en su lomo. Sacó la cantimplora llena del líquido rosa que había extraído de aquel lago chicloso que por poco resulta ser la perdición de Amelia. Le cogió la mano con dulzura y vertió una sola gota sobre su herida. Amelia observó con estupor cómo los bordes de su carne abierta se unían, milímetro a milímetro, hasta convertirse en una fina línea blanquecina que le recorría la palma de lado a lado.

—Increíble —murmuró, asombrada.

Larion cogió un trapo, lo mojó con agua corriente de otra cantimplora y limpió los restos de sangre que quedaban sobre la piel de Amelia. Ella le observó curándola, maravillada. Larion la limpiaba

y ella contemplaba cómo se afanaba en asegurarse de que la herida no le diese problemas; una tarea que le obligaba a centrarse en ella. Cuando terminó, Larion se quedó observando la marca, que ya era casi imperceptible para quienes no supieran lo que acababa de ocurrir. Con suma delicadeza, acarició la cicatriz con el pulgar, recorriéndola con su dedo rasposo.

—Lo has hecho bien —dijo, y la miró a los ojos.

—Tú también.

La vista de Larion se desvió hacia su pelo, todavía empapado. Apretó los labios y tragó saliva. Puso de nuevo los ojos en los de ella durante varios segundos y luego se levantó.

—Será mejor que nos alejemos todo lo posible del cauce de Rivis. Daremos un rodeo hasta la siguiente aldea.

Ambos se auparon en sus selmores y siguieron el camino.

Amelia, durante todo el trayecto, sintió el roce del dedo de él transitando por su piel. La quemaba como si el mismo Larion hubiera soldado la herida con fuego.

UN MES DE MUCHA LLUVIA

Llevaba días lloviendo en Madrid y, según el dicho popular, hasta el cuarenta de mayo no había que quitarse el sayo. Era día seis, así que quedaba más de un mes para que el agua dejara de ahogar las calles y el ánimo de la gente. Porque si algo pasa cuando llueve es que el humor de las personas cambia considerablemente. O así lo veía Mel: se formaban atascos, los paraguas se chocaban unos con otros y el pelo se encrespaba. Y si encima no llevabas el calzado adecuado, llegabas a casa con los pies hechos una sopa. No era agradable, así que ella prefería el sol y el clima cálido.

Ese domingo se había encargado de hacer las tareas de casa, como era lo normal en un fin de semana. Había lavado la ropa, con su posterior tendido; fregado todos los suelos y superficies, y planchado las pocas prendas que lo necesitaban. Las que no iban directamente al armario. También pretendía cocinar. Se le había antojado lasaña de verduras, pero era domingo, así que casi todo estaba cerrado y no tenía en casa los ingredientes necesarios. También necesitaba acondicionador para el pelo y friegasuelos, que se había terminado tras pasar la fregona la última vez. Durante la semana no creía que pudiera acercarse al supermercado, así que decidió coger el coche, que muy pocas veces usaba, y conducir hasta el Lidl más cercano (que sí abría los domingos). Uno que estaba cerca de la casa de Blanca. Ella no vivía lejos, pero sí lo suficiente como para tener que ir en coche si pretendía traer con ella varias bolsas pesadas y abultadas. Antes de salir llamó a su amiga para saber si estaba en casa y si podría pasarse a verla, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó también con Nico y, al obtener el mismo resultado, decidió no insistir más. Al fin y al cabo, era una mañana de domingo; lo más probable es que estuvieran descansando.

Llegó al Lidl y llenó el carro de productos que necesitaba y otros que quería: una crema de manos, unos espárragos blancos más caros que los que solía comprar o unos moldes de silicona para repostería. Ella no solía comer dulce, pero a Lars le encantaba, así que era una magnífica excusa para prepararle un bizcocho de limón para desayunar o dónuts de avena para llevárselos a la tienda. A Mel no le importaba cocinar. De hecho, le gustaba. Cuando lo hacía, su mente se aclaraba, centrándose en aquello que tenía delante; que si unos pimientos que cortar en juliana, que si unas vainas de guisantes que desenvainar, que si una masa de pasta que aplanar, que si una carne que sazonar… En ese momento, su mente descansaba de su vida y de la de los demás, ya fuesen seres reales o ficticios.

En el mismo instante en el que ella salía del establecimiento para dirigirse al aparcamiento, una señora de pelo castaño y corte tipo *pixie* entraba con la vista clavada en el suelo de baldosas blancas. A pesar de mirar hacia abajo, Mel pudo advertir el hundimiento en sus ojos y el estado demacrado en que se encontraba. Era una mujer que antes miraba siempre al frente y no hacia sus zapatos, una que Mel conocía perfectamente.

—¿Mami B?

Sí, así llamaba Mel a la madre de Blanca, que se llamaba igual que su amiga. Siempre la había tratado como a una hija más, así que adoptó el nombre de mami adoptiva cuando su madre no estaba cerca; incluso cuando sí lo estaba, en realidad. Mel la admiraba. El padre de Blanca murió cuando ella no era más que una niña, y Mami B, a pesar de haber tenido alguna que otra relación corta, siempre ha estado sola desde entonces. Tenía a Blanca y a su otro hijo, Bruno, unos años más pequeño. Se ha desvivido siempre por ellos.

Mami B sonrió.

—Mel, hija, ¡qué alegría verte!

Por un instante, se le iluminó la cara.

—He intentado llamar a Blanca para verla, pero no me ha cogido el teléfono. ¿Has estado con ella? ¿Qué tal está? —se interesó Mel.

Mami B no respondió inmediatamente. Miró a su alrededor y atisbó varias personas que las sorteaban procurando salir o entrar. Ella cogió el carro y lo apartó ligeramente hacia un lado.

—Lo lleva, que no es poco.

—Ya… —Mel vio la pena en sus ojos—. ¿Tienes que hacer mucha compra?

—No, solo un par de cosas para subírselas a Blanca.

—¿Te invito a una tila? —Mami B volvió a sonreír y dijo que sí, pero que la invitaba ella, que faltaría más. Parecía alegrarse de verdad por su idea—. Dejo esto en el coche y te espero en esa cafetería de allí en frente.

Mel le hizo una seña con el dedo y Mami B dijo que no tardaría.

Nueve minutos después, ambas estaban sentadas esperando sus respectivas bebidas.

—Me ha dicho Blanca que tienes novio —soltó ella.

Mel rio.

—Supongo que sí. Aunque, ahora que lo dices, nunca lo hemos hecho oficial. Así que técnicamente sigo soltera —sonrió.

—Eso son simples formalidades. Lo importante es lo que sentís aquí. —Se llevó la mano al corazón—. Una vez encuentras al indicado, jamás se marchará, incluso cuando ya no esté.

La sonrisa de Mel se congeló durante un instante. De repente tenía la boca seca y el pecho apelmazado.

—¿Es él el indicado? —preguntó.

Mel no necesitaba pensar la respuesta.

—Estoy bastante segura de que lo es desde la primera vez que le vi. Es difícil de explicar, pero con él sentí una conexión especial. Incluso sin conocerle.

—Creo que te entiendo —respondió Mami B con una sonrisa triste.

Hablaron un poco más de sus padres y de Bruno, que seguía en su línea de cambiar de trabajo cada dos segundos y medio. Pero él estaba contento, ganaba su dinero y eso era lo que a su madre le importaba. Inevitablemente, pasaron al tema de la enfermedad de Blanca. Mami B mudó la expresión a otra más taciturna, sombría. Ella esperaba que estuviera más optimista, igual que Blanca, que

siempre estaba tan sonriente a pesar de todo. Sin embargo, Mami B era la viva imagen de la desesperanza.

El portal de su amiga se veía desde allí y Mel giró la cabeza en esa dirección por puro instinto. Mami B se dio cuenta. Había pasado más de una hora desde que la llamó y no había recibido respuesta aún de su amiga. Y eso ya era raro. Blanca era de esas personas que siempre tienen el móvil a mano y que no tardan más de cinco minutos en contestar a un mensaje.

—Ahora no quiere ver ni hablar con nadie. Necesita tiempo —dijo refiriéndose a su hija.

—Lo sé —contestó Mel, sincera—, pero cuesta no poder hacer nada.

Mami B asintió, de acuerdo.

—Las noticias del viernes fueron devastadoras. Ayer no salió de la cama en todo el día.

Aquel viernes Blanca había vuelto a decir que no aparecería en su quedada habitual. A Mel le extrañó, puesto que esa semana la había acompañado a una de sus sesiones de quimio y la había visto bien, mejor que otras veces. Cuando escuchó esas palabras de Mami B, procuró que su cara se mantuviera imperturbable, pero eso de «noticias devastadoras» la había noqueado. Porque… ¿qué narices podía ser más devastador que un cáncer en fase de metástasis? Los pulmones se le cerraron de repente y creyó que se mareaba por la falta de aire.

—¿Qué noticias…? —murmuró.

—Mi preciosa niña… —Mami B apoyó los codos en la mesa y se cubrió los ojos con las manos. Mel observó cómo la espalda de la madre de Blanca se estremecía con unos pequeños espasmos. Estaba llorando. Le puso una mano en la espalda. No sabía qué más hacer. Estaba incómoda y confusa. Mami B irradiaba una melancolía tan lúgubre que Mel se arrepentía profundamente de haberle ofrecido tomar algo, porque el asunto del cáncer saldría antes o después y hablar de lo que estaba pasando su hija le iba a resultar doloroso. Si la situación ya era horrible, ver a Mami B llorar por su hija le pesaba como una desgracia aún mayor—. Esa asquerosidad le ha llegado a su preciosa cabecita. Mi niña, mi preciosa niña…

Se hizo el silencio. ¿Había dicho cabeza? ¿Cómo que cabeza…? No. No.

Cuando Mami B levantó la mirada, debió advertir la cara pálida de Mel, que no era capaz de pestañear, ni siquiera de respirar.

—Oh, Mel, ¿no lo sabías? —moqueó. Ella solo pudo mover la cabeza de un lado a otro, con movimientos erráticos e inconscientes —. El cáncer se ha extendido. Es cuestión de tiempo…

Mel dejó de oír, mantuvo la vista clavada en las manos agrietadas de Mami B. De forma involuntaria, le dio por pensar que le vendría bien la crema de manos que se había comprado. Miró su pelo y advirtió su cabello seco y enmarañado. Quizá también el acondicionador le iba bien. El rímel se le había corrido y sintió la imperiosa necesidad de coger una servilleta y limpiárselo. La mente de Mel se alejó del dolor de la única forma que pudo, pensando en cualquier otra cosa. Imaginando otra situación. Más fácil. Dirigiendo su mente a otro problema que se pudiese corregir con una solución más simple. Mami B dijo algo parecido a que dejara que Blanca se lo contara a ellas. Mel supuso que se referiría a Ana con ese «ellas». Su mente estaba ausente, más centrada en los defectos en la piel y el pelo de Mami B que en la situación real que la estaba zarandeando.

Mel no se acuerda de cómo se despidió de ella, ni de cómo llegó a su casa y fue capaz de colocar toda la compra en su sitio. Tampoco recuerda cómo fue capaz de llamar a Ana y contárselo. Al parecer también llamó a Lars, y este se plantó en su casa a la media hora. Mel no entendía cómo había podido llegar a su casa tan rápido. Ni siquiera sabía qué estaría haciendo cuando ella lo llamó para contárselo. Ni siquiera recuerda la maldita conversación.

A media tarde, con la mirada en el televisor, que emitía imágenes y sonidos a los que no prestaba atención, y la cabeza hundida en el pecho grande y agradable de Lars, llegó un mensaje de Blanca al grupo de WhatsApp de las tres. «Amigas, ¿venís mañana a casa? Os invito a cenar». Ana y ella contestaron que allí estarían casi al instante.

Fuera seguía lloviendo. ¿Algún día dejaría de hacerlo?

La conversación no fue agradable. Blanca llevaba una semana con un dolor de cabeza persistente; encefalopatía, lo llamó ella. Les contó que, en una ocasión, se quedó en blanco a la hora de buscar una palabra: libro. Se le había olvidado cómo se decía libro. Libro. Libro. Si la repetía muchas veces esa palabra carecía de sentido. Eran simples letras unidas sin significado. Ahora le parecía una palabra que no existía. Inventada. Una mentira.

«Libro».

Si Blanca no la encontraba es que no estaba. No la había. Ojalá hubiera sido así, pero esa palabra existía. Y Mel la usaba cada día. La veía cada día. Su vida se basaba en lo que había escrito en los libros. Y su amiga había olvidado precisamente esa palabra. Ojalá Mel hubiera podido desecharla de su lenguaje a partir de ese instante. Si hubiese sido otra, como jersey, tal vez, no hubiera tenido problema. Esa siempre puede ser sustituida por otra: sudadera, rebeca, chaqueta, suéter… Lo que sea que signifique algo parecido. Pero libro no. Esa es insustituible. Qué puta pena.

Ahora era el turno de otro medicamento llamado ifosfamida. Adiós al antiguo tratamiento. Hola al nuevo. Todo era cuestión de qué líquido inyectar. De qué despedirse y a qué saludar.

El mundo era un vaivén de holas y adioses. De olas y dioses. Olas, como la marea que viene y va. Dioses, como si ella pudiera creer ahora en alguno de todos los que se han inventado. ¿O es que solo había uno al que llamaban de distintas formas? ¿Acaso alguno podría ayudarla?

Mel pasó la velada confusa. Su mente viajaba entre holas, olas, adioses y dioses. No se concentraba, perdida en su imaginación, en su mente traicionera.

Blanca les habló de algo que llamaban azul metileno, que servía para calmar la encefalopatía por ifosfamida. ¿Qué sentido tenía aquello? Debido al cáncer que se había extendido a su preciosa cabeza, que le provoca migraña y la deja desorientada, deciden tratarla con una cosa que le da más dolores de cabeza aún. Y luego un maldito líquido azul metileno que dicen que mitiga esos dolores.

Blanca estaba enfadada. En el tiempo que llevaba de tratamiento, por primera vez Mel la vio enfadada de verdad. No

entendía que llamaran azul metileno a ese líquido que era morado. Porque ella lo veía morado, o quería verlo así. Mel no podía juzgar algo que no había visto. Pero Blanca dirigió toda su frustración a ese pobre líquido azul que, en teoría, sería lo único que podían inyectarle para intentar aliviarla un poco. Y a pesar de acompañarla en ese enfado sin sentido que se había apoderado de ella ante un azul que parecía morado, Mel decidió ignorar si esos cambios de humor los provocaba también la enfermedad. Prefería pensar que su amiga se desahogaba como sabía, echándole la culpa a un pobre color azul.

Después de cenar, Nico se fue pronto a la cama y ellas tres se quedaron solas. El humor de Blanca mejoró y la conversación se desvió de forma natural a algo menos incómodo. Mel pensó en lo bonita que era la cabeza de Blanca. Era hermosa, redondita y lisa. Incluso advirtió alguna que otra peca. Parecía suave. Quiso tocarla, acariciarla, sentir su piel tersa y su redondez. Pero no lo hizo, aunque supo que algún día se arrepentiría de ello.

La lluvia repiqueteaba sobre el tejado del ático de Blanca. Se centró en el sonido. En ese toc, toc, toc continuo. A veces metálico. Otras, terroso. Ese toc, toc, toc mantuvo la mente de Mel en su sitio, y decidió que, cuando esta empezara a escapársele, se centraría en ese toc, toc, toc que la anclaba a aquel lugar, a aquel piso y a aquella cabeza preciosa.

A pesar del vaivén de azules y morados, de las divagaciones, de la pena adherida en la piel y la continua amenaza por la falta de tiempo que les quedaba, consiguieron que todo volviera a ser como era antes. Al menos durante unas horas.

UNAS TRES QUE IGNORAN

Mel no lo sabía entonces. No había forma de saberlo. Estaba demasiado centrada en el toc, toc, toc de la lluvia en el tejado del ático. Años más tarde, Mel seguía arrepintiéndose de no haberle pedido a Blanca que le dejara tocarle la cabeza aquella noche en su casa, que al menos le dejara sostenerla entre sus manos; intentar, por arte de magia, arrancarle las sombras que moraban dentro de ella. Quererla más. Curarla.

Volvieron a verse después, pero aquella fue la última noche que las tres amigas cenaron juntas. Y, por suerte, ninguna de ellas lo supo entonces.

14

Después del encuentro con Rivis, no aparecieron más obstáculos durante ese tramo del viaje. Durmieron a salvo bajo unas mantas gruesas que los mantenían calientes, comieron guisos deliciosos y se abastecieron de todo lo que necesitarían en la segunda parte del viaje, que ya era inminente. No obstante, esa proximidad mental o emocional o metafísica de la que habían gozado esos tres días parecía haber desaparecido. La distancia entre ellos se había hecho inmensa. Puede que la distancia sea la misma que antes, pero cuando descubrimos que ese espacio entre dos almas puede hacerse más pequeño, si luego vuelve a ampliarse, la sensación de lejanía se vuelve mucho mayor, aunque en realidad no lo sea.

Amelia ya sabía lo que era sentirse cerca de Larion, y volverle a encontrar lejos la hacía sentir tremendamente miserable. Esa era la cruda realidad. Una que intentaba por todos los medios olvidar o remediar o ignorar. Sin éxito, por supuesto. Ese macho idiota se le había metido hasta el tuétano de los huesos; ya estaba impreso en ese líquido capaz de contar las mayores intimidades de un ser humano. El suyo contaría que estaba enferma, y que la enfermedad tenía ojos ambicolor y se llamaba Larion.

Estaba enferma de Larion.

Enferma de y loca por él.

Así era.

A medida que Nia y Ume los acercaban a la Bella Dama, con su trote pausado y controlado, esta se hacía más visible. Y al contrario de lo que Amelia hubiese esperado, era una mole de verde, naranja, azul y violeta, incluso podía observarse dos riachuelos que serpenteaban ladera abajo hasta que confluían cerca del pie, como una joya en el cuello de una mujer hermosa. No era rocosa ni oscura como ella había imaginado cuando Larion le hablaba de los

terrores que allí aguardaban. Aunque, si hubiera sido un poco más perspicaz, hubiera entendido que las criaturas de Sombia, como el lago rosa o Satya, a primera vista eran de una belleza electrizante, puramente atractiva, o como el nanu, tiernos y aparentemente inofensivos. Esa montaña, siguiendo las peculiaridades de su creadora, parecía un lugar ideal donde asentarse, vivir y prosperar. Como una mantis religiosa, seductora y sigilosa, que, de pronto, decide obtener energía comiéndose al macho. O una planta carnívora, bella y paciente, que engaña a quienes deciden posarse sobre ella para admirarla y sentirla. Pero nada más lejos de la realidad; aunque Amelia agradeciese no tener que pelearse con una orografía montañosa, lúgubre y seca, sabía que esa belleza solo jugaría en su contra.

—¿Estás seguro de que no se puede rodear? —le preguntó a Larion con la vista clavada en los pies de la montaña.

Larion cogió las riendas de Ume y se acercó a ella; sus piernas se tocaban con ambos sentados en su selmore. Se inclinó hacia ella y apuntó con el dedo un punto concreto de la montaña. Ella siguió la dirección y se encontró observando algo oscuro que cubría aquella mole por ambos lados. Era fino, negro y siniestro. Por cada lateral de la Bella Dama, se extendía un vacío, como una grieta que atravesaba la montaña desde arriba hasta abajo. A excepción de la cara frontal, que parecía lisa, ese abismo se extendía por todo el contorno de la Bella Dama, al menos por la parte que quedaba visible ante ellos. Visto desde ahí, la única forma de cruzar era subiendo al pico y después descendiendo, suponiendo que no hubiese nada que se lo impidiese al otro lado. No podían rodearla por los pies, puesto que caerían en aquella grieta hacia un abismo incierto. Tampoco podían rodearla por la falda, puesto que había otras dos grietas, como pendientes colgando de las orejas, que iban desde la cabeza a los pies. Las grietas obligaban a tomar un único camino.

—A no ser que sepas volar, la única opción es atravesarla.

Amelia suspiró y siguió observando aquella abominación preciosa. La Bella Dama no tenía pico, sino que terminaba en una planicie. Cuánto se extendía esa llanura no podía saberlo, aunque suponía que pronto lo descubriría. Esa mesa estaba cubierta por un

extenso bosque de color violeta y lila, y, al pie de la montaña, al final de aquellos dos ríos de diamantes, había un pueblo, Solitia, el más grande de todos en los que pernoctarían antes de empezar la subida. Sus tejados se atisbaban bajo la terrible y hermosa mole de colores.

Aquella sería, pues, la última noche que pasarían bajo techo. O bajo un techo construido por manos immoriths, al menos.

Pasaron por delante de la primera casa del pueblo. Esta era de un color amarillo mostaza. La de al lado, rojo amapola, y la que estaba junto a esta, puro magenta. La siguiente era azul índigo y la otra de un verde que a Amelia le recordaba a las vallas que rodeaban los colegios y los parques infantiles. Cada una de las casitas era de un color y tono distinto, cada cual más llamativo que el anterior. Hacía juego con la Bella Dama, como si una parte de esta se hubiera desprendido para crear hogares multicolores. De las puertas colgaban campanas de viento, que chocaban con la brisa, creando un sonido agradable y placentero. En la entrada de algunas casas había un buen puñado de esos tubitos metálicos, mientras que en otras solo flotaban unos pocos. Ese tintineo le traía recuerdos agradables, transportándola directamente hacia el jardín de su abuelita Molly, que tenía miles de campanitas parecidas suspendidas entre las ramas de sus árboles frutales. Echó entonces de menos a su familia, como no la había echado en falta desde que había llegado a ese mundo tan distinto y tan lejano.

Amelia tenía la mirada clavada en las campanas y su mente estaba presa de aquel sonido envolvente cuando Larion habló.

—Son vigilantes —dijo. Ella enarcó una ceja—. Lo que provoca el sonido —explicó—. Cada tubo simboliza el alma de alguien que habitó en la casa y que, ya sea por muerte o destino, dejó de hacerlo. Se usan como protección.

Amelia volvió a mirarlas. ¿Por eso había casas con tantas y otras con tan pocas? ¬

—¿Cómo protección? —preguntó.

—Ante la Bella Dama.

—Pero están protegidos por las guardas mágicas, ¿no?

Pensó en Rivis y se mordió la lengua. Larion debió pensar lo mismo.

—Sí, pero vivir tan cerca del infierno creyéndote en el cielo es de necios. Los vigilantes se lo recuerdan cada día; si no es de vista, con el sonido.

Amelia se quedó atónita. Entendía que hubiese quien quisiera adentrarse en la Bella Dama; tenía algo que atraía, un magnetismo invisible. El paisaje cortaba el aliento, sin duda. Ella misma no se vería capaz de mantenerse quietecita en aquel pueblo toda su vida sin preguntarse lo que habría más allá, qué se escondía en el corazón de aquel gigante de piedra tan magnífico y esplendoroso. Por eso entendía qué motivaba a aquellos vigilantes; no solo vigilaban, también prevenían a sus habitantes para no olvidar, para mantenerse alerta y para no hacer tonterías. Una prevención que Larion y Amelia estaban a punto de saltarse.

A medida que se adentraban en el pueblo, las casitas se erguían más próximas las unas de las otras, hasta llegar a estar adosadas. Formaban una hilera a cada uno de los lados de una calle muy ancha y concurrida. Esta culminaba en una plaza redonda y delimitada por árboles de hojas puntiagudas y frondosas. Parecían pinos, pero al final de cada rama crecía una flor marroncilla, como si fuese el lazo al final de un mechón de pelo. De esta plaza partían otras tantas calles como rayos de sol, cada cual más llena y bulliciosa.

Amelia se fijó en la gente, que los miraban y cuchicheaban entre ellos. Las hembras, como en todos los lugares en los que habían estado, ponían ojos de gato hambriento cuando miraban a Larion, pero este por lo general las ignoraba. Algunos machos entraban dentro de ese club de ojillos famélicos, pero la gran mayoría simplemente agachaban la cabeza en una leve reverencia. Larion repetía el gesto a modo de reconocimiento. A ella, en cambio, la miraban con intriga y suspicacia. Ya se había acostumbrado a sentir la mirada constante de los immoriths a su espalda. A veces se sentía observada incluso cuando no había nadie cerca. Era un calambre perenne en la nuca que se le había vuelto hasta familiar, reconocible, como si siempre hubiera alguien ojo avizor, atento a

cada uno de sus movimientos. A veces, cuando sentía eso, luego miraba a Larion y lo descubría contemplándola. Pero esa sensación seguía ahí, latente, como un fantasma a punto de aparecer frente a ella.

Se centró en los niños que jugaban despreocupados, en los músicos que tocaban en el centro de la plaza, y se dejó embriagar por ese efecto agradable y jubiloso que la invadía. A Amelia le entraron ganas de bajar del selmore e investigar cada una de las tiendas bonitas que los rodeaban. Larion, al advertir su interés, se bajó de un salto, vio a un chiquillo que lo miraba boquiabierto y le ofreció una moneda de plata; por lo que había descubierto, era mucho dinero. Amelia también se bajó.

—¿Dónde está la mejor posada del pueblo? —le preguntó.

El niño se aclaró la garganta, luego se irguió y lo miró sin pestañar.

—La posada del Alba, mi señor, al final de la calle Solsticio —dijo señalando una de ellas—. Esa de allí. No está lejos.

Larion asintió, cogiendo las riendas de Nia y Ume y ofreciéndoselas al chavalín.

—Llévalos allí. Diles a los dueños que les den agua y un espacio donde puedan comer y dormir esta noche. También pídeles que tengan preparada la mejor habitación que tengan disponible para cuando nosotros lleguemos.

—Ahora mismo, mi señor.

Amelia tuvo que aguantarse la risa. A partir de ahora ya tenía otra cosa de la que burlarse de Larion: ese «mi señor» iba a darle mucho juego.

El niño cogió las riendas de ambos selmores con sus pequeñas manitas, pero estos no parecían reaccionar ante su voz infantil. Una niña un poco mayor se le acercó, con la mirada fija en la moneda que el niño aún sostenía en una de sus manos. Larion le ofreció otra moneda a ella.

—Ayúdale —demandó.

Ella asintió y se puso a cuchichear con el niñito. Según lo que le contó Larion en una ocasión, los niños allí crecían como lo hacían los humanos, y, a la edad adulta, más o menos pasado el cuarto de

siglo, su crecimiento se detenía. Así que, si tenía que basarse en la apariencia, el niño debería tener entre cinco y siete años, y la niña, entre diez y doce. No tenía muy claro ni en su propio mundo la edad de los críos.

La niña acarició el morro de las criaturillas, después cogió las riendas y a ella sí la siguieron sin protestar.

—Qué generoso, *mi señor* —se burló Amelia con la vista aún puesta en el niño, que ahora se iba dando saltitos de alegría.

Él hizo como que la ignoraba, pero Amelia vio cómo apretaba los labios evitando una sonrisa. Ese pequeño gesto le revolvió un poco el estómago, aunque enseguida se le pasó al oler el rico aroma que salía de una de las tiendas.

—Y, bien, ¿qué quieres hacer? —Él la miró, inquisitivo.

—Quiero comer lo que sea que huela tan bien —contestó ella con la boca hecha agua mientras caminaba hacia la tienda de dulces y pasteles. El olorcillo que salía de allí la atraía como si aquel aroma fuera el polen más polinizador de todos y ella una abeja tonta.

—Como desees.

Tras entrar, Larion pagó una bolsa llena de pasteles de algo parecido a crema tostada, con un montón de cosas crocantes por encima. Podían ser frutos secos o frutas desecadas. O una mezcla. Amelia ya había dejado de preguntar. Sus tripas debían ser de piedra, porque comiera lo que comiese nunca le había sentado mal un solo bocado de la comida de aquel mundo.

Devoró los pasteles mientras caminaban por la calle. Era agradable. Se sintió como si estuviera paseando por el centro de un mercadillo medieval, solo que aquello no era un mercadillo y tampoco medieval. Pero la sensación era la misma. Agradable, divertida y liberadora.

El cuerpo caliente de Larion, a su lado, caminando junto a ella; paso a paso, bocado a bocado.

Pasaron por delante de innumerables puestos de comida y otros de muebles, ropa o artilugios extraños. A Amelia ya se le habían terminado los pastelitos y decidió entrar en un obrador donde vendían otro tipo de dulces. Allí no parecían conocer el chocolate, pero había un ingrediente muy parecido, de un color más azulado y

amargo, que estaba igual o más delicioso aún que el cacao de su mundo. Imitó los ojillos de gato hambriento de algunos de los immoriths con los que se cruzaban y le pidió a Larion que le comprara una bolsa llena de bolitas azules. No es que le gustase depender de él para comprar comida, pero, como esa gente no intercambiara víveres por pelo humano, ella no tenía nada con lo que comprar cosas. Así que hacía semanas que ya se había tragado su orgullo y, cada vez que pasaban por un pueblo donde vendían algo que le apetecía probar, se lo pedía a él. Al fin y al cabo, si algo le sobraba al príncipe era dinero.

—¿Cómo puedes comer tanto, mujer?

—Siempre hay hueco para el dulce, mi señor.

—Para ya —gruñó.

—Claro, mi señor —dijo guiñándole un ojo mientras hincaba el diente en uno de esos deliciosos dulces azulados con sabor a chocolate negro. Se lo tragó y se metió otro en la boca.

—Tienes la boca azul.

—¿Y qué hacemos al respecto?

Larion se detuvo y le observó la boca. Amelia saboreó el amargor del chocolate y tragó. Se pasó la lengua por los dientes para limpiárselos y sonrió. Vio cómo los músculos de él se tensaban y cómo su mirada quedaba imantada a los labios de ella, que se apresuró a cerrar la boca.

—Algo de beber estaría bien —dijo con un nudo en la garganta.

Larion pareció recobrar el sentido. La miró a los ojos y asintió.

Se metieron en una cantina y pidieron dos jarras del equivalente a la cerveza en el mundo de Larion. Sabía parecido, solo que aquella estaba fabricada con otro tipo de cereal, mucho más dulce que la cebada. Aprovecharon también para comer algo que no estuviera cubierto de colores sospechosos y, por tanto, fuese poco recomendable desde el punto de vista nutricional. Saciados, llenos de aquel néctar cervecero y en un entorno tan maravilloso, Amelia se sentía mejor que nunca.

Ella disfrutaba hablando con la gente, descubriendo sus costumbres, su arte, su historia. Al fin y al cabo, su pasión era la historia del arte. En su mundo, Amelia había hecho un alto en el

trabajo para volver a estudiar. Quería ser profesora y enseñar. Y para eso tenía que hincar los codos. Le quedaban un par de meses para los exámenes que le hubieran permitido entrar en un centro donde impartir clase en los últimos cursos. Suponía que al volver tendría que esperar otro año más, hasta poder presentarse en la próxima convocatoria. Pero en ese momento le importó bien poco; no cambiaría esa experiencia por nada del mundo. Haber estado a punto de morir varias veces no era nada en comparación con conocer Olphillia. Y ese pueblo en concreto, Solitia, era el mejor y más bonito de todos los que había visto.

Mientras caminaba, notaba los ojos de Larion siempre pendientes de ella; también cuando hablaba con los lugareños, cuando se metía una de esas bolitas dulces en la boca o cuando movía los hombros al ritmo de la música callejera. Pero él permanecía callado y, cuando Amelia le preguntaba algo, respondía lo justo y necesario. Eso la entristecía; le hubiese encantado ver a Larion desinhibido, libre y natural.

A ella le encantaba bailar. Y lo hubiera dado todo por hacerlo con él. Amelia deseaba saber qué pensaba de la música que sonaba o de esos dulces que le teñían de azul la lengua y los labios, pero, cuando se lo preguntaba, las respuestas de Larion eran ambiguas, o simplemente, una ristra de gañidos, gruñidos o carraspeos. Tal vez lo aborrecía. O tal vez le gustaba. No lo sabía, porque él se mantenía lejos.

Muy lejos.

Cada día más lejos.

Si es que eso era posible.

Pasaron por delante de un puesto de abalorios: pulseras, collares y anillos. También cinturones, cintas para el cabello y lo que allí utilizaban como bolsos.

Amelia no pudo evitar deleitarse con la belleza de aquel material con el que estaban fabricados. Es curioso, porque en Olphillia todo era distinto. La comida, la tela, incluso el material de las cosas. Aquellas joyas estaban hechas con algo parecido al marfil. Eran de un color blancuzco y brillante, y los adornos resplandecían cuando les daba la sombra. En cambio, cuando la luz del sol las

iluminaba, se oscurecían de manera que parecían repeler toda la luz que se proyectaba en ellas. Eran fascinantes. Estuvo a punto de pedirle a Larion más dinero para comprarse algo de recuerdo, pero ella no era así. Ella no pedía, a menos que fuera comida. Y pedía comida solo porque era un bien necesario que sabía que él no podría negarle. Se dio la vuelta y no volvió a mirar aquellos colgantes.

Para cuando llegaron a la posada, Amelia estaba agotada. Habían estado todo el día recorriendo el pueblo de un lado a otro y los pies le dolían de tanto caminar. Pero más que en el cansancio, pensaba en lo contenta que estaba. Si ese era su último día en aquel mundo civilizado, rodeada de aquellos machos y hembras immoriths, había sido un buen día. Ya mañana se preocuparía de la Bella Dama. Esa noche disfrutaría con la agradable sensación de haber pertenecido al reino de Olia y haber disfrutado de él y sus habitantes.

La posadera, una mujer rechoncha y de mejillas amoratadas, les ofreció su mejor dormitorio. Este albergaba dos camas, como en todos los que habían estado antes. Esa habitación tenía además un baño, pero sin agua corriente. No les hacía falta, puesto que entre los lugareños de ese pueblo la magia más común era la de dominar el agua.

Con un movimiento de mano de la posadera, la bañera se llenó hasta arriba. Larion la calentó. Amelia lo supo cuando el baño comenzó a llenarse de vaho y un suculento olor lo invadió todo.

—Su Alteza, tienen disponible el baño de la habitación de al lado. Esa habitación es también suya si así lo desean.

—No hace falta. Solo utilizaré el baño, para asearme —dijo tajante, con una voz seca.

Cuando estuvo por fin sola, Amelia se sumergió en el agua, se frotó con la enorme cantidad de trapos y jabones a su disposición y, cuando hubo terminado, se quedó plenamente traspuesta. En su mundo nunca se bañaba, ni siquiera tenía bañera; solo se daba duchas. Ahora la consideraba imprescindible. Había algo mágico en sentir que el cuerpo flotaba sobre líquido. Le gustaba.

Cuando el agua se enfrió, decidió salir. Se secó el pelo con una de las toallas que le había ofrecido la afable posadera. Olían a

algodón secado al sol. Se secó también el cuerpo y escuchó unos golpes en la puerta del dormitorio.

Se puso rápidamente una bata que colgaba de una de las perchas, salió del baño, caminó con los pies mojados, dejando huellas sobre la alfombra que tapizaba el suelo y, frente a la entrada de la habitación, bajó la manilla…

Y abrió la puerta.

UNA PARTE DELICADA

Ya estaba. Había llegado el momento. Mel leía y releía aquel escrito que ya había comenzado hacía tiempo. ¿Era aquello correcto? ¿Esa era la mejor forma de escribirlo? Necesitaba hacerles sentir. Necesitaba mostrar la adoración, el cariño, el amor silencioso. La ternura. Qué fácil era escribir una escena de sexo, pero qué complicado era darle sentimiento, sentido y conexión. ¿Cómo es alguien en la cama? ¿Qué le gusta? ¿Qué desea? Todo es tan ambiguo, tan distinto dependiendo de quién sea el que está en esa cama… Porque la personalidad hace las formas; Amelia es decidida, irónica, malhablada. Larion es arrogante, servicial y comedido. Pero ¿lo será también cuando se libere de aquello que lo oprime?

Es precisamente el acto sexual lo que cuenta más de uno, esas reacciones fisiológicas ausentes de pensamiento racional. Pero ¿cómo narrarlo sin ser explícito ni soez? ¿Cómo expresar lo que uno desea de forma hermosa cuando los actos son puro salvajismo animal? ¿Queda bonito escribir palabras como pene, pezones o clítoris? A Mel no le gustaba, y no porque estuvieran mal; son partes del cuerpo, igual que la pierna o el brazo. Pero, por alguna razón, a ella no le salía hacerlo así, prefería dejar a la imaginación del lector ciertas cosas.

«Tienes que escribir como si lo hiciera yo», le dijo Abby. ¿Y cómo iba a saber cómo escribiría eso? Lo único que le había pedido eran escenas *spicy*. *Spicy*. Decir sexo se ha vuelto violento. Sexo, sí. ¿Es acaso incómodo? Ni siquiera se usa ya la expresión «picante». Todo se moderniza, incluso el lenguaje. Incluso la forma de escribir. Pero Mel se negaba a escribir de otra manera que no fuera como lo haría ella misma. No en esa historia.

Llevaba años siendo una marioneta, escribiendo como lo harían otros y solo para los demás. Pero ahora se veía incapaz de hacer tal cosa, de pervertir su historia con sexo explícito y tórrido con el único

propósito de mojar bragas y levantar pollas. Se negaba a venderse. Ella escribía desde sus entrañas, desde lo que era correcto para ella misma. ¿Para qué escribía si no era para abrir su alma?

No iba a escribir como si fuera otra persona. Lo haría como Carmela Rivas. Así se haría. Y Abby podía irse a la mierda.

15

Y abrió la puerta.

El cuerpo erguido de Larion apareció al otro lado. Llevaba puesta una camisa limpia y sus pantalones más cómodos, aquellos que usaba para dormir. Su pelo estaba húmedo y algunas gotas le habían mojado la tela. Llevaba una toalla al hombro, los pies, descalzos y la barba, recién afeitada. Su piel curtida resplandecía ante la suave luz de los orbes de cristal, situados a ambos lados del estrecho pasillo en el que se encontraba. Desprendía un olor a musgo que activó todas y cada una de las feromonas de Amelia, las cuales revoloteaban como insectos carroñeros que amenazaban con devorar su estabilidad y su raciocinio. Se prometió grabar esa imagen a fuego en su piel. Especialmente cuando observó cómo él abría las fosas nasales y sus pupilas se dilataban al advertir la cortísima bata que cubría la figura de Amelia. No era una de esas batas gruesas que ponían en los hoteles de su mundo, no, esa era más bien la que una amante se pone para recibir al amado o amada.

Ella sonrió al darse cuenta, apoyando una mano en el marco de la puerta y la otra en su cadera.

—No he terminado aún —constató Amelia.

—Puedo verlo —gruñó él sin apartar la vista de sus ojos—. Llevas ahí dentro una eternidad.

Amelia suspiró, cambió el lado en el que echaba el peso de su cuerpo y se dejó caer con el hombro en el marco, en un gesto totalmente desinteresado. Y muy falso.

—Lo más probable es que este sea nuestro último baño hasta que esté de vuelta en mi mundo. Permíteme el gusto de haberme remojado un poco más de la cuenta, príncipe.

—Termina ya.

Larion hizo el amago de darse la vuelta para marcharse, pero algo en Amelia la empujó a hacer una auténtica insensatez. Le agarró de la muñeca, evitando que se marchara.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —quiso saber.

Él se giró, sorprendido ante aquel contacto.

—¿Por qué crees que me pasa algo? —Su voz transmitía tensión y rigidez.

—Porque normalmente eres imbécil, pero últimamente parece que tienes dosis extra de amargura encima. Ni siquiera has probado las bolitas dulces…

Larion frunció el ceño y luego, para deleite de Amelia, se le fue la vista hasta el escote de su bata. Fue un segundo, pero suficiente para que ella lo entendiera. Porque ella sentía lo mismo. El desconsuelo y la frustración de querer algo y no tenerlo. De desearlo mientras procuras evitarlo a toda costa. Era atroz, antinatural y tortuoso.

¿Era algo tan simple como eso?

No podía ser. Aun así, Amelia tanteó las posibilidades.

Y se arriesgó.

—Me deseas —dijo.

—¿Qué?

Él dio un paso atrás. Ella, a la vez, lo dio hacia delante, situándose muy cerca de él, en mitad de ese pasillo frío y oscuro.

—Me deseas, Larion. Me deseas tanto que te propones ser un capullo para alejarme, porque tienes demasiados prejuicios. ¿Es eso? ¿Una humana no está a la altura de un príncipe inmortal?

Un gruñido brotó de la garganta de Larion.

—No tienes ni idea, mujer —masculló, clavando sus ojos ambicolor en los de ella. Su expresión se volvió pétrea, severa, pero dejaba entrever algo más tierno: una esperanza.

—Si es así, explícamelo. ¿Me odias, entonces?

Ella dio un diminuto paso más; sus dedos aún rodeaban la muñeca del príncipe. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta el antebrazo, y ella aprovechó ese tramo para acariciar las venas púrpuras debajo de sus tatuajes con dibujos incomprensibles.

—No te odio —su voz tembló y cerró las manos en dos puños.

Se estaba controlando.

—Claro que no —entendió Amelia—. Es deseo… Lo veo en tus ojos, principito.

Larion se quedó callado, mirándola con rudeza. Ella le acarició la palma de la mano hasta la yema de los dedos y, con un breve empujón, lo metió en la habitación. Y él, a pesar de su resistencia inicial, se dejó arrastrar como un perro con correa. Amelia cerró la puerta tras de sí, se apoyó en ella y extendió los brazos, acorralando a aquel ser hermoso e inmortal dentro de su jaula.

—Atrévete a decirme que me equivoco —le retó.

El silencio fue la respuesta. Larion bajó la vista a su boca, que ahora sonreía de una manera puramente maliciosa. Le estaba haciendo sufrir… y por alguna razón, a ella la excitaba y la revolvía pensar que podía retener a un macho imponente como Larion solo con su presencia.

—¿Qué te asusta, príncipe? ¿No dar la talla?

Amelia presionaba y presionaba, dispuesta a ganar esa batalla. Vio cómo los ojos de Larion se humedecían, cómo sus labios se entreabrían y su lengua salivaba. Ella se desanudó la bata mientras daba un paso hacia él. La tela se abrió y la abertura quedó entre sus pechos, dejando al descubierto su abdomen, su pubis desnudo y el hueco entre sus muslos. Larion palideció. Y eso a ella la convirtió en un ser incontrolable. Ya estaba harta de tonterías. Él la deseaba tanto como ella a él. Lo sabía. Y había una manera de ponerle remedio. Además, ya era demasiado tarde para ponerse a pensar en las consecuencias. Tampoco quería.

Solo le quería a él.

Amelia se acarició, pasando los dedos por su esternón, y, poco a poco, fue bajando hasta su ombligo, y un poco más allá, mientras admiraba cómo Larion se derretía.

—¿Qué estás haciendo? —consiguió articular él con la voz entrecortada.

Amelia soltó una dulce carcajada.

—¿A ti qué te parece? Si no me deseas, aún puedes salir por esa puerta. Pero si te quedas… —Alzó una ceja sin terminar la frase.

Con un movimiento de hombros, Amelia dejó caer la dichosa bata al suelo, quedándose completamente desnuda ante él. Quería que la contemplara, que la viera. Quería que notara su excitación como ella intuía la suya.

Larion la observó con ojos sedientos, brillantes. La admiró de arriba hasta abajo, deteniéndose un rato de más en sus muslos. Su mirada la quemaba, la descomponía como el calor derrite la nieve convirtiéndola en agua. Así se sentía, como si ella fuera un líquido y él la fuente de calor que la hervía desde dentro. Sentía la hinchazón, la sangre bullendo. Lo deseaba tanto que rezó en silencio para que esa puerta se mantuviera cerrada y él se quedara dentro, con ella. Se había expuesto, se había desnudado para él, y, cuando vio que el macho se acercaba, ahora con sus ojos clavados en los suyos, supo que no se iría. Y ese calor entonces creció. La necesidad se hizo insoportable. Quería que la tocara, que la besara.

Larion se acercó, y algo en su mirada cambió. Ya no había ni pizca de esa oscuridad vacía ni de esa tensión acumulada. Ahora sus ojos no se entrecerraban ni fruncía el ceño; simplemente parecían haberse resignado. Todo su cuerpo se había rendido ante ella.

—¿Qué quieres que haga, Amelia? —sonaba a liberación.

Ella respiró profundamente, con el cuerpo de él ya muy cerca.

—Quiero que te relajes, príncipe, y que dejes de mentirte. De mentirnos a los dos. Sé cuánto me deseas, Larion, porque yo te deseo a ti de la misma manera. Quizás tu vida sea muy larga, pero la mía no, y no me gusta perder el tiempo.

Él se acercó más, con parsimonia, como si realmente el tiempo no le afectara. Llevó un pulgar a los labios de ella, los acarició y dejó sus dedos caer por su mejilla, su cuello, su clavícula. El pelo de Amelia caía tapándole los pechos, y él, con una dulzura inimaginable, se lo retiró hacia atrás. Observó sus pechos con la piel erizada, y la nuez en su garganta subió de golpe. Sin dejar de acariciarla, se movió para situarse a su espalda. Amelia cerró los ojos, inmersa en ese contacto inhumano, salvaje, y, al mismo tiempo, tan estúpidamente sensual. Sintió un escalofrío al tacto de los dedos callosos de Larion, que viajaron por su espina dorsal hasta la parte baja de su espalda, para luego volver a subir trazando

serpenteantes caminos hasta su hombro. Sus dedos eran espinas que rasgaban cada centímetro de piel a su paso. Amelia, inmersa en aquel roce lacerante, escuchaba su respiración, profunda y calmada.

Abrió los ojos cuando Larion volvió a situarse delante de ella. Sus miradas se encontraron.

—Eres una criatura temible, ¿lo sabías?

Amelia ladeó la cabeza.

—¿Te doy miedo, principito?

Él asintió.

—Me da miedo lo que haces conmigo. Lo que me haces sentir. Lo que me haces querer hacerte. —Se inclinó y, con una mano aferrándose a su cintura desnuda, le mordió el hombro. Un pequeño mordisquito que a ella le soltó un gemido. Él entonces sonrió, y eso casi provoca que Amelia cayera al suelo de rodillas—. Me da miedo que te hayas metido en mi cabeza y en mi piel como lo has hecho, porque no creo que sea capaz de sacarte, ni en esta vida ni en todas las siguientes.

Amelia se quedó paralizada, incapaz de articular una sola palabra. Esa confesión la había desmoronado, la había confundido aún más. La lengua de Larion entonces lamió aquel mordisco, que se volvió a repetir en el cuello, en el lóbulo de su oreja, en su mandíbula… Y allí donde sus dientes mordían, luego su lengua lamía, calmando la piel con saliva. No había tiempo para entender aquellas palabras. Amelia respiraba entrecortadamente, su mente se nublaba con cada uno de los bocados de Larion, y la necesidad acuciante de que sus manos y su lengua la recorrieran entera se volvió insostenible. Él debió darse cuenta, porque ahora sonreía. Sonreía como nunca antes ella le había visto sonreír.

Era esa la liberación que ella había ansiado tanto.

Amelia se abalanzó sobre él, unió los labios a los suyos y besó esa sonrisa liberada que le parecía la cosa más bonita que había visto nunca. Él la siguió en el beso, colapsando ambos en una maraña de manos, labios y dientes. Con sus manos, Larion apretaba la cintura de Amelia, sus caderas, su culo… Ejercían una presión deliciosa en su carne, haciéndola sentir maravillada, entera y empapada. Parecía que él no tenía manos suficientes para abarcarla

toda, y eso le enfurecía. Las manos de Larion llegaron a los pechos de Amelia, subieron por su cuello y se instalaron detrás de su nuca. Él le mordió el labio y luego lo besó. Ambos jadeaban.

En un movimiento sorprendentemente ágil, Larion se situó de nuevo a la espalda de Amelia. Le retiró el pelo, esta vez hacia delante. A ella las piernas ya le fallaban, pero se obligó a mantenerse en pie. Quería saber lo que él quería, lo que le gustaba. Lo quería todo. Y estaba disfrutando cada segundo de ello.

Las enormes manos de Larion se posaron en los hombros de Amelia, luego bajaron por sus brazos y ella sintió unos besos deliciosos en su columna, que bajaban, bajaban… Oh, joder. Se giró ligeramente para ver a Larion arrodillado detrás, con las manos aferradas a sus caderas mientras los besos le llegaban a las nalgas. Larion mordía, lamía, besaba su piel, postrado ante ella; su culo, la cuenca del final de su espalda…

Una de sus manos se desvió entonces de su camino, rodeando la cadera de Amelia y arrastrándose hasta el centro de su cuerpo. Un sonido brotó de la boca de Larion cuando sus dedos se empaparon del agua que él mismo había provocado mientras ella hervía lentamente. Su otra mano seguía sujeta a la carne de una de las nalgas de Amelia, mientras él besaba y mordía los pliegues y los excesos.

Ella dio un grito cuando la excitación se volvió insoportable.

—Levántate —exigió Amelia.

—No he terminado de adorar esta parte de tu cuerpo.

—Pues adora otra, por favor —imploró.

Él se rio. Una risa de verdad.

Por Dios, no quería dejar de escuchar ese sonido jamás.

—Mujer cruel…, ¿primero me tientas y ahora me lo quitas?

Pero Larion hizo caso, se levantó del suelo y se plantó de nuevo frente a ella.

El deseo se desató. Y un odio irracional, provocado por el ansia y la desesperación, afloró en el pecho de Amelia. Odiaba a ese hombre, o lo que fuera si no era hombre. Macho. Señor. Viejo. Inmortal. Lo que coño fuera. Lo odiaba tanto que le dolía. Odiaba lo que la hacía sentir. Odiaba que fuera un gilipollas que luego resultó

no serlo tanto. Odiaba saber que jamás conseguiría olvidar ese beso, esas manos, ese cuerpo. Esa boca, que ahora se la comía.

Sus labios se movían desesperados, ansiosos y llenos de ira y anhelo. Ella le seguía el ritmo como si los dos fueran las notas de una misma melodía. Una melodía tan emocionantemente bella que podría escucharla cada día, cada hora, sin cansarse. Nunca.

La mano de Larion se instaló entre los muslos de Amelia y sus dedos encontraron un hueco en su interior, expertos e impacientes. En ese momento, él, que le besaba la garganta, soltó un gruñido que reverberó en cada articulación de ella. Y entonces llegaron de nuevo los mordiscos. No dolían. No sangraban. Y, sin embargo, eran una auténtica tortura. Con cada pequeño bocado, el placer crecía. La necesidad de Amelia aumentaba. Era una agonía. Y solo deseaba más.

Le apartó de un empujón. Debía poner distancia o no tardaría en derretirse, y quería que aquello durara toda la vida si fuera necesario. Ahora su vida se le quedaba corta. Miserablemente corta.

Se acercó a él y le quitó la camisa… Ahora era su turno de adorarlo a él. Amelia pasó las manos por el pecho desnudo de Larion, por sus músculos absurdamente delineados, por esos tatuajes inverosímiles, perfectos, bellos. Desde luego no parecía un hombre. Era demasiado irreal para serlo. Pasó los dedos por el borde de su pantalón y, mirándole a la cara, tiró de la prenda hacia abajo. Aún contemplando sus ojos de colores, que brillaban húmedos, volvió a empujarlo para que se sentara al borde de la cama. Ella sabía que, si se lo proponía, ese empujón no le hubiera movido un milímetro, pero él se dejó guiar, y ella lo agradeció.

Amelia se arrodilló frente a él, vio su excitación y tragó saliva.

Oh, vaya. Evitó pensar en el principio de inclusión geométrica que le habían enseñado en aquel trabajo de paquetería que tuvo varios meses durante la universidad. Ese objeto A era definitivamente más grande de lo que su objeto B podría abarcar. Pero evitó hacer comentarios al respecto, solo le faltaba que el ego y la arrogancia del príncipe se llenaran aún más. Le quitó los pantalones, que aún seguían en los tobillos, desnudándole de todo. Cuando lo miró, sentado en la cama con los ojos vidriosos y los

labios enrojecidos, sintió una ternura demoledora, un deseo inexcusable y la absoluta certeza de que podía hacer con ese macho lo que ella quisiera. Que él se dejaría hacer. Sus deseos se harían realidad como si fueran magia. Y su deseo ahora era probarlo, quería su sabor en la lengua y en los labios. Solo un poco nada más.

Aún de rodillas y con la mirada fija en sus ojos, Amelia puso una mano en cada uno de los muslos de Larion, apoyándose en ellos. Le separó las piernas, se situó entre ellas, bajó la cabeza y lamió igual que él había hecho a través de su cuerpo, pero ahora fue ella quien pasó su lengua húmeda desde el inicio de su miembro hasta la punta, saboreando esa gota de excitación que la hizo gemir de placer. Él gruñó y gimió y maldijo.

Fue una sola pasada.

Pero una sola fue suficiente para hacerle enloquecer.

Cuando volvió a levantarse frente a él, Larion jadeaba, conmocionado, hundido y sofocado. El vientre y los labios inferiores de Amelia ardían. Literalmente.

Se puso a horcajadas sobre su macho. Y comenzó el baile.

La melodía se intensificó. Se graduó de forma armónica y natural. Y supo entonces que el objeto A sí cabía en el objeto B.

El placer fue demoledor; vivieron una muerte y una resurrección en cada movimiento.

—Por Sombia y sus criaturas. Vas a terminar con mi vida, Amelia.

Ella gemía, gritaba y sonreía con la cabeza echada hacia atrás. Oh, Dios. Lo miró a los ojos, divertida y desinhibida.

Era pura felicidad.

—¿Yo, mi señor? ¿Una simple mortal?

Se movió entre las caderas de Larion, acomodándose de manera que él entrara más profundo, y, al sentir su vientre caer, soltó un grito.

—Tienes más poder sobre mí del que imaginas —resopló él, con el rostro desencajado.

Amelia se inclinó para besarle el lóbulo de la oreja. Se dio cuenta de que quería besar toda su piel y así poder decir que no había una parte de él que ella no hubiera tocado con los labios.

—Y eso dijo el que sería capaz de reducirme a cenizas solo con un pensamiento —susurró en su oído.

Sus miradas se unieron. Los dedos de uno se le clavaban en la piel al otro.

—Sabes que no podría hacer eso, ¿verdad?

Amelia sonrió, besándole con dulzura.

—Sí que podrías, pero sé que no lo harás.

Luego se abrazó a él mientras su cuerpo se movía sobre el de Larion. La boca de él comenzó a jugar de nuevo, llevándola a lo que podría ser el cielo. Sus manos se ajustaban al culo de Amelia, ayudándola con el movimiento. Impulsando más abajo, más dentro. A ella la cabeza le daba vueltas, estaba sumida en un placer que no era comparable con nada que hubiera experimentado antes. ¿Qué le estaba sucediendo? Su alma se estaba abriendo, del mismo modo que su cuerpo. Y sentía el calor de Larion, que invadía su propio interior, cubriéndola como si fuera seda. De alguna manera, Amelia supo que aquella sensación era el alma de él envolviendo la suya; protegiéndola.

Ella no tenía magia, pero habría jurado que su cuerpo estaba al borde de un colapso energético, con unos espasmos que le recorrían cada vena, desde los pies a la cabeza. Los jadeos de Amelia se hicieron rítmicos, su aliento chocaba con la boca y los poros de la piel de Larion, que se abrían a ella como pétalos al sol. Si había magia en su vida, en su cuerpo, era eso. No tenía dudas.

Los dientes, los labios, las manos y el cuerpo de Larion, moviéndose al compás de los suyos propios, buscando dónde causaban más estragos, consiguieron que ella explotara, como una ola que finalmente rompe en la orilla. Tardó mucho en dejar de temblar y, mientras tanto, Larion no dejaba de moverse, de besarla, intensificando así su propio placer. Amelia pareció recuperarse momentáneamente, respirando de nuevo, y Larion se echó hacia atrás, sonriendo ante lo que acababa de ver y escuchar. Se tumbó en la cama con ella aún encima, la agarró por la espalda y rodó de manera que Amelia quedó debajo. Con su cabeza entre los antebrazos, él seguía colmándola de besos y de caricias mientras el vaivén de su cuerpo se hizo más decidido. Sus piernas aún vibraban

y su sensibilidad aumentó un doscientos por ciento. Amelia creyó que se moriría allí mismo mientras el roce y la solidez de Larion se cernían sobre ella. Sobre su misma alma.

Se mareaba.

—Otra vez —dijo.

—Otra. Vez. Qué —jadeó ella.

—Vas a correrte otra vez.

—Ni de coña. No voy a poder.

—Claro que sí —ronroneó con su boca pegada a la suya. Luego sus dedos volvieron a esa zona que ahora escocía y quemaba y estaba demasiado hinchada, haciendo que la habitación le diera vueltas y vueltas—. Otra vez, Amelia.

Esa exigencia fue lo peor. Ella sabía que tenía opción de resistirse, pero una parte de ella deseaba seguir y seguir. Quería explotar de nuevo, romperse para que él recompusiera los pedazos a mordiscos y besos. Joder, cómo lo odió en ese momento. Cómo lo quiso aún más. Lo borró todo de su mente a excepción de su tacto y no tardó en llegar al límite de nuevo.

Los dientes de Larion encontraron el hombro de Amelia, y él se dejó mecer por la ola y los temblores de ella hasta que su muerte, o lo que bien podría haber sido la muerte más dulce, llegó instantes después.

Él aspiró el aire que salía de ella entrecortadamente.

—Creo que nunca voy a tener suficiente tratándose de ti —confesó Larion.

Se miraron, encontrándose como nunca antes lo habían hecho. Ambos saciados, sudorosos y contentos.

—¿Qué quiere decir eso? —Amelia le besó en la barbilla mientras él se acomodaba junto a ella.

—Que te quiero dentro de mí, fuera y rodeándome. —Larion le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Parecían tan pequeños en comparación… Le levantó el brazo, soltó sus dedos y fue acariciándola desde la punta, pasando por la muñeca, hasta el inicio de su pecho mientras ella se estremecía—. Y lo quiero todo el maldito rato. Y después de esto, sé que voy a quererlo siempre, hasta el día en que me muera.

Los ojos de Amelia se abrieron de forma desmesurada.

—Eso es mucho tiempo, príncipe. Puede que pasen siglos hasta que eso ocurra.

—Lo sé.

Ella seguía observando esos ojos ambicolor que conocía tan bien. Solo que no en Larion.

«Blaine».

Estaban haciendo todo esto por él. Por su reino.

Amelia se incorporó de la cama. Observó a ese hombre, sus tatuajes, sus músculos, su excitación dormida y satisfecha, sus piernas fuertes… Era impresionante; una belleza, una maravilla de la que, se dijo, ella tampoco quería desprenderse.

Y eso era un problema.

Él se incorporó también.

—Tengo algo que contarte. —Amelia se sobresaltó, entrecerró los ojos, expectante.

¿Quería saber lo que iba a decirle? Porque estaba segura de que, fuera lo que fuese, complicaría las cosas.

—No sé si quiero saberlo, Larion —admitió, encogida.

—Tienes que saberlo —suspiró—, necesito que lo sepas, Amelia. Ahora más que nunca.

—¿Puede esperar a mañana? —Larion levantó una ceja—. Verás, macho inmortal —dijo sonriendo sobradamente y tumbándose a su lado otra vez—, aún queda luna por delante y yo no he terminado contigo. ¿Has terminado tú conmigo?

Él se rio.

—Nunca. O es que no te ha quedado claro que te quiero dentro —sus dedos tantearon hasta deslizarse dentro de ella sin obtener resistencia; ella ahogó un grito—, fuera —su otra mano envolvió su pecho y sus dientes mordieron la punta, que después lamió— y rodeándome. —Larion se puso encima de ella, y Amelia reaccionó por instinto, envolviéndole con sus brazos y sus piernas—. Nunca tendré suficiente de ti. Y me pasaría la vida buscando la manera de que tú tampoco tuvieras suficiente. De que siempre me pidieras más hasta agotarte y caer rendida. Hasta que tu corazón quisiera saltar del pecho y meterse en el mío. Hasta que mi

respiración se basara en las veces que inhalas y exhalas. Y, ahora, Amelia —sus dedos se hundieron más en ella y su boca se agachó para volver a chupar uno de sus pechos—, ¿contesta eso a tu pregunta?

Esa noche, Larion se durmió abrazándola, con su cara recién afeitada apoyada en su ombligo y sus enormes y tatuados brazos aferrándose a ella. Atrapándola. A Amelia le pareció una imagen preciosa, el contraste de su piel blanca junto a la pintarrajeada de él. Tan a gusto que parecía un ser libre, sin ataduras, feliz.

Feliz.

En ese momento, Larion descansaba feliz sobre ella. En paz, tan relajado como nunca lo había visto.

Y ocurrió lo que Amelia llevaba reprimiendo un tiempo. Lloró. Ahora esa emoción se desbordaba, sin nada que la oprimiese, pero también sin consuelo. Se permitió llorar mientras acariciaba el cabello del príncipe. Lloró porque la vida le había regalado algo que jamás creyó posible. Un regalo que solo unos pocos afortunados tienen la suerte de disfrutar. Uno que debía abandonar ahí, en este mundo, mientras ella cumplía con su deber para hacer un bien que importaba más que el suyo propio. Le hubiera encantado mandar a la porra a todos los immoriths de Olphillia, a todo el puto universo si hiciera falta. Y quedarse allí. En ese instante. Junto a Larion, con su cuerpo envolviéndola, cubriéndola, protegiéndola… Adorándola. Dentro, fuera y rodeándola. Utilizando su cuerpo como refugio, como casa.

Casa.

¿Seguía siendo el mundo en el que había nacido su casa?

Los dedos se le enredaban a Amelia en el pelo infinitamente oscuro del macho immorith y él, ante su tacto, sonrió en sueños. Oh, joder.

Joder, joder, joder, joder.

Puta. Cojones. Mierda.

¿Cómo iba a tener la fuerza para cruzar por esa puerta?

Las lágrimas le caían por las mejillas; derramaba su tristeza y ahogaba su vida entera, que ahora estaba bajo la sombra de un futuro desgarrador. Su propia alma se estremecía. Su cuerpo temblaba y sollozaba, pero de forma contenida, para no despertar a Larion. Aquello se había descontrolado, se había salido de madre. Si su vida fuera una fiesta, esta había terminado antes de empezar, con la policía bruscamente desmantelando la juerga que aseguraba diversión y felicidad y amodorramiento y paz y libertad y despreocupación. Ahora su vida era lo contrario.

Justo lo contrario.

No había felicidad. ¿Cómo iba a haberla, sabiendo que dejaría ese mundo tan fascinante y que tendría que separarse de ese macho de por vida? ¿Sin posibilidad de llevarse una mísera foto suya, un recuerdo de su existencia, un eco de su voz terrosa en un contestador automático? ¿Sin la maldita certeza de que, al menos, estaba en el mismo mundo que ella? Al menos en ese caso habrían pertenecido a un mismo cosmos, en el que escuchaban las mismas noticias, veían las mismas películas, disfrutaban con la misma música. Pero no. Nada de eso era una posibilidad. Ni siquiera tendría a Blaine para calmar con él su dolor. Su vacío. Blaine se iría también. Y ella estaría sola en un mundo que la tacharía de loca si alguna vez contaba la verdad.

¿Cómo conseguiría vivir así? Echando todos los días de menos el tacto del pelo de Larion entre sus dedos, el peso de él sobre su cuerpo, sus mordiscos y sus lametones, su humor de mierda, la forma en la que engullía la comida o sus palabras, que le acariciaban piel y alma… ¿Cómo podría ser feliz otra vez? ¿Cómo iba a vivir en paz sin saber si estaba bien, muerto o vivo, tranquilo en su palacio o luchando en una guerra? ¿Cómo no iba a vivir en una preocupación constante? ¿En una tensión desesperada que le agarrotaría los músculos, especialmente el que le bombea la sangre dentro del pecho?

Ojalá pudiera quitarse el corazón y dárselo a él. Al menos así Larion tendría algo de ella siempre consigo. Ahora solo le quedaba su marca en el cuello, una que se borraría con el tiempo. Y

desaparecería para siempre, como si nunca hubiera estado allí. Ella no sería más que un recuerdo lejano. Y nada más.

Una gota de lluvia secándose en la tierra.

Había intentado ignorar aquel sentimiento. No pensó que llegaría tan lejos. Sabía que estaba enamorándose de él. Lo sabía y aun así lo ignoró. No hizo nada por remediarlo. Hasta que ya no pudo desoírlo más, hasta que esa noche él la tocó, la besó y le dijo esas cosas desgarradoras y reales y llenas de cariño y dolor y… amor.

Se quedó dormida junto a él. Por la mañana despertó con unos besos sobre los surcos de las lágrimas, ya secas, que habían dejado sus mejillas tensas y doloridas.

Él se llevó el sabor a sal.

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

El tiempo se había calmado, y la temperatura se mantenía en unos veintipocos grados que resultaban realmente agradables. Habían pasado días desde la última vez que llovió, y Mel se sentía mejor. Más tranquila.

Poco a poco, se hacía a la idea de la situación de Blanca. Hablaba con ella todos los días y le pedía a Nico información real, sin eufemismos, constantemente. La verdad es que no confiaba mucho —nada— en lo que le decía Blanca, ella siempre procuraba restarle importancia a sus desagradables síntomas. Nico, sin embargo, se mantenía fiel a los hechos: «Hoy es Golum aferrándose al anillo, que es un "cubo de pota" en su caso»; «No se ha levantado de la cama»; «Está furiosa y creo que me va a echar de casa»; «Mal»; «Está un poco desorientada, ha intentado cambiar el canal con el móvil»; «Hoy es un buen día». Amelia esperaba con ansia ese último mensaje, porque había muchas probabilidades de poder ver a Blanca cuando los recibía.

Ana y Mel habían llegado a la conclusión de que lo mejor era esperar a que uno de los dos les ofreciese ir a verla, ya fuera dentro o fuera de casa. Ellos decidían dónde y cuándo, y ellas lo dejaban todo para acudir a la cita improvisada.

Ese día, al parecer, era un buen día. Y, además, era viernes. Quedaron todos en el bar de debajo de su casa, precisamente en el que Mel había estado hace unas semanas con Mami B.

—¿Seguro que está bien que vaya? —Lars le apretaba la mano mientras caminaban hacia el lugar del encuentro.

—Blanca está deseando conocerte, y yo te necesito ahí conmigo.

Lars asintió, la rodeó por los hombros y la estrechó contra sí. Le dio un beso en la frente que le dejó un frescor mentolado pegado un buen rato.

Cuando llegaron, ya estaban todos esperándolos. Mel no pudo evitar sentir un dolor punzante en el pecho en cuanto vio a su amiga, pero evitó que se le notara poniendo una sonrisa y agachándose para abrazarla. Blanca ese día no llevaba sombrero y, a pesar del calorcillo, vestía un jersey grueso. Cuando Mel la rodeó con los brazos, sintió sus huesos y la evidente debilidad que atenazaba su cuerpo.

Blanca pareció desconcertada por su arrebato de cariño, pero ese día, aunque fue raro, Mel sintió que debía abrazarla. Su amiga no dijo nada, solo sonrió, desvelando ese hoyuelo mágico, y luego se centró en Lars. Este se inclinó y les dio la mano a los dos. A Nico se la estrechó fuertemente; a Blanca, sin embargo, se la envolvió con ambas manos y le dedicó una sonrisa que casi deja a Mel de rodillas.

—Encantado de conoceros. Mel me ha hablado mucho de ti, Blanca —luego se giró hacia Ana y la saludó también. Como a ella ya la conocía, simplemente levantó la mano y le hizo un gesto de cabeza que ella imitó con una sonrisa.

—Bueno, ¿y qué intenciones tienes con mi amiga? Porque, verás, ella no tiene hermanos, y su padre es un buenazo, la verdad. Creo que Ana y yo somos las únicas capaces de patearte el culo si le haces daño. —Sus pupilas se dilataron ante esa perspectiva—. Bueno, Nico lo haría por mí, ¿a que sí, mi amor?

—Por supuesto que sí, amor mío, estoy deseando patearle el culo a un tío capaz de jaquearme mis cuentas bancarias. —Nico sonrió forzadamente y todos reímos.

Blanca puso los ojos en blanco, lo ignoró y siguió hablando mientras Mel y Lars tomaban asiento.

—Hablo en serio, de tu respuesta depende mi beneplácito. Y el de Ana, claro.

—A mí no me metas, esto es cosa tuya —replicó ella mostrando la palma de las manos y echándose hacia atrás en la silla, encantada con el espectáculo.

Lars observaba a Blanca con una sonrisa suspicaz en la boca. Si estaba turbado por su apariencia, no lo demostraba.

—¿Quieres saber mis intenciones con tu amiga?

—Efectivamente —asintió Blanca.

Lars miró entonces a Mel, que sonreía de oreja a oreja.

—Ya la has escuchado, Lars —dijo Mel—. ¿Qué intenciones tienes con *su* amiga?

—*Su* amiga ya las sabe —contestó él sin dejar de mirarla.

—*Su* amiga no se acuerda.

—Oh, sí que se acuerda.

—Lars —los interrumpió Blanca, impaciente—, ella sí que se acuerda, todos lo sabemos. Pero yo necesito que me lo digas. Y no me vale eso de hacerla feliz y esas tonterías. Quiero sinceridad —suspiró—. Dame el gusto, por favor.

Lars le cogió la mano a Mel y entrelazó los dedos con los de ella.

—Mi intención con tu amiga es tenerla dentro, fuera y rodeándome. Siempre, a todas horas, todo el maldito tiempo.

Ana soltó un gritito.

—Madre mía, Lars —suspiró Blanca inclinándose hacia delante.

—Queríais sinceridad, ¿no es así? Bueno, pues eso es lo que le digo a *vuestra* amiga cada noche antes de irme a dormir —confesó.

Mel lo confirmó dándole un beso.

—Sí. Lo hace.

—Dais un poco de asco, la verdad —soltó Ana imitando una arcada.

Mel soltó una carcajada. Blanca, sin embargo, no rio, solo mantuvo la mirada clavada en su amiga. Una sonrisa tranquila y unos ojos vidriosos le dijeron todo lo que necesitaba. Blanca aceptaba a Lars, y para Mel, aunque no hubiese necesitado ese visto bueno, fue un bálsamo.

Cuando la conversación se desvió y Nico comenzó a preguntarle a Lars cosas sobre su trabajo, Blanca y Mel aún se miraban. Esta última pronunció un «gracias» silencioso y Blanca le respondió con un «te quiero, amiga», igual de callado. «Y yo a ti», respondió Mel.

Blanca comenzó a encontrarse muy cansada, así que ella y Nico se despidieron para volver a casa. Pero ese ratito, por corto que hubiera sido, había sido suficiente para apaciguar el ansia de Mel por ver a su amiga. Al menos ya se hacía una idea de cómo estaba. No se llevaba una buena impresión, pero eso era mejor que imaginarse cosas peores. Ana se excusó minutos después, con el pretexto de quedar con una chica que había conocido por una aplicación de citas. Lars y Mel, al quedarse solos, decidieron volver paseando a casa de ella.

Iban de la mano, caminando a paso lento. Las luces de las farolas creaban sombras en la acera, los bares tenían las puertas abiertas y el sutil murmullo del gentío en su interior les llegaba como un ruido blanco.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí. Gracias por venir —contestó con ternura.

—Creo que he pasado la prueba de tu amiga.

—Claro que la has pasado, y lo sabes de sobra.

Mel frunció la nariz y Lars se llevó la mano de ella a los labios para besarle los nudillos.

—¿Cómo vas con el libro? —se interesó tras un rato caminando en silencio.

Se lo preguntaba a menudo, pero las respuestas siempre eran más o menos las mismas. Lars conocía su inquietud, sabía lo importante que era para ella esa historia y conocía qué era aquello que le quitaba el sueño por las noches.

—La historia va bien… Creo que ya sé qué hacer para ese *plot twist* que me pedía el cliente. Aunque, hasta que no llegue a esa escena en concreto, no sé si tendrá sentido o no. Tendré que improvisar sobre la marcha.

Lars pareció pensar la siguiente pregunta.

—¿Siempre improvisas?

—No siempre. A veces tengo más o menos claro lo que va a suceder, pero no sé cómo llegar hasta allí. Es ahí cuando improviso…

—¿Improvisaste en *Desde la ventana*?

—Todo el rato —rio—. ¿Ya te lo has leído?

Él asintió.

—Es bueno, Mel. Para haber sido la primera novela que escribías, me ha dejado impresionado. Está tan bien escrito… y se lee muy fácil. Además, siempre quieres seguir leyendo más, te mantiene con la intriga hasta el final. Tienes talento.

Ella se sonrojó.

—Pero no fue suficiente.

—Eso es porque el talento nunca es suficiente —resopló—. Necesitas suerte, alguien que te respalde, alguien que confíe en ti. Cuando tienes todo eso, el talento acaba abriéndose paso.

—Ya…

—Inténtalo otra vez.

—¿Que lo intente?

—Reescríbela con todo lo que sabes ahora —dijo encogiéndose de hombros—. Es una buena historia, entretenida y misteriosa. Pero era tu primera novela, y estoy seguro de que tantos años después tienes más práctica y más soltura. No tengo dudas de que, si lo intentas ahora, lo conseguirás.

—Puede ser… Si no, también puedes amenazar a algún editor con jaquearle las cuentas si no me lo publica.

Ambos rieron recordando el comentario que Nico había hecho unos instantes antes.

—No necesitas que amenace a nadie con eso, Mel. Tú tienes el talento, la historia y, tal vez ahora, un poco más de suerte.

Mel le miró a los ojos. Quería decirle algo, pero no sabía muy bien cómo hacerlo.

—Creo que la estoy fastidiando —murmuró.

—¿Por qué?

Lars apretó los dedos de ella con los suyos.

—Porque estoy incorporando demasiadas cosas de mi propia vida en esta historia. Tú estás metido en ella. Blanca también. Yo… —Sacudió la cabeza—. La estoy cagando, Lars. Sé que debería reescribir ciertas cosas, porque son nuestras y siento que las estoy exhibiendo como si no significaran nada. Aunque en realidad es al contrario, de verdad, me parecen tan perfectas que por eso me inspiran y acabo volcándolas en la historia, aunque sea una ficción.

Pero, si esto sale a la luz, ya no serán solo nuestras. ¿Debería cambiarlas?

Mel se mordió el labio esperando la respuesta.

—¿Quieres cambiarlas?

—No. No quiero —confesó—. Y eso es lo que más me inquieta. Sé que podría escribir otra historia y plasmar en ella todo lo que estoy usando para esta. Pero por alguna razón soy incapaz de hacerlo. Estos personajes ya están construidos. La trama ya está fuertemente consolidada. La historia ya existe… Yo solo la estoy materializando. Y ya no puedo cambiarla.

—Entonces, déjala como está. Escribe lo que necesites escribir, y luego ya lidiaremos con todo lo demás. Y, si dudas por lo que yo pueda pensar, te digo desde ya que a mí no me importa formar parte de una novela. En realidad, me parece bonito que lo hayas hecho.

—¿En serio?

—Si de verdad no te queda más remedio que escribir sobre mí es porque soy importante en tu vida. Eso es bonito. Y me gusta. Porque tú también eres importante en la mía.

Mel se paró frente a él. Le rodeó el cuello con los brazos y acarició su nuca con los dedos. Lars sonreía.

—¿Sabes que te quiero? —dijo ella.

Lars abrió mucho los ojos.

—Ahora sí. —Se inclinó y le dio un pequeño mordisquito en el lóbulo de la oreja—. ¿Sabes que yo también te quiero?

—Ahora sí.

Siguieron caminando como si no se hubieran declarado amor verdadero en mitad de una calle prácticamente desierta.

UN FONDO Y UN FLOTADOR

Mel le había pedido a Abby que se encontraran en persona. Ya se pasaba demasiado tiempo frente al ordenador como para que encima tuviera también las reuniones delante de una pantalla. Además, sospechaba que se avecinaba una discusión complicada y quería tenerla delante, observarla y tantearla. Y hacer eso en videollamada era más complicado.

Habían quedado en un bar a las afueras de la ciudad, uno que Mel conocía bien porque ella se había criado en ese barrio hasta que se independizó. Era un bar antiguo, el típico de toda la vida con los suelos de granito gris, las mesas de madera descascarillada por los años y una barra marmolada con manchas amarillentas imposibles de limpiar. El dueño se llamaba Ramón; se quedó viudo cuando su mujer murió al dar a luz a su segundo hijo y él mismo crio a los niños en aquel bar. Los chicos crecieron sin madre, pero las vecinas que frecuentaban el bar acabaron convirtiéndose en una figura materna para ellos; conocían a Ramón y a su amada esposa, esa que hacía unas croquetas tan buenas. Cuando el afable Ramón no daba abasto, las mujeres salían al rescate. Esos chicos, que ahora eran unos señores de casi cuarenta años, eran hijos del barrio y hermanos de todos los otros niños y niñas de su generación, entre los que Mel se encontraba. Aún recuerda esas tardes frente al televisor con los dos hermanos a su lado, bebiendo limonada y comiendo pan de molde directamente de la bolsa. Nunca les faltó una cama, una cena caliente o ropa limpia y planchada. Todas las mujeres, fueran jóvenes o viejas, los habían adoptado como hijos propios. Así que, si en algún momento sintieron esa ausencia maternal, no fue porque faltasen buenas personas dispuestas a prestarles ese calor.

—¡Ah! ¡Mel! —dijo Ramón al verla—. Por fin vienes de visita, los chicos me preguntan mucho por ti, ¿sabes? Deberíais quedar un

día. Creo que todavía no conoces al pequeño Santi…

—¿Cuántos años tiene ya?

Mel sonreía mientras se sentaba en la barra frente a Ramón, que limpiaba vasos con un chorro de agua.

—Acaba de cumplir dos. Es un auténtico bicho, igual que su abuelo.

Ramón soltó una carcajada. Se secó las manos con el paño que tenía amarrado al delantal y puso la mano sobre la de Mel durante unos segundos.

—Estoy deseando conocer a ese bicho.

—Seguro que pronto. ¿Te pongo lo de siempre?

Ella asintió.

—Sí, por favor.

Antes de darse la vuelta a preparar su café y sus tostadas, dejó un platito con galletas azucaradas. Esas galletitas estaban tan ricas que ella y los chicos intentaban robarlas desde detrás de la barra continuamente, aprovechando las veces que Ramón se giraba. Cuando los pillaba, a ellos les caía una colleja, pero a ella le deslizaba una escondida dentro del bolsillo. Cuando Mel lo miraba sonriendo, él hacía como que no había pasado nada. Era su secreto.

—Oye, Ramón, ¿te importa si tengo una reunión de trabajo aquí?

—Claro que no, puedes usar la parte del restaurante si quieres, a estas horas está vacío.

—Te lo agradezco. Ahí estaremos genial.

—No des las gracias, chica, esta es tu casa.

Mel empezó a dar cuenta del desayuno con una sonrisa, escuchando a Ramón hablar de sus nietos. Cuando tenía el último bocado de tostada en la boca, entró Abby. Miró alrededor un poco sorprendida al ver aquel lugar, pues seguramente no estaba acostumbrada a citarse en sitios que no cobrasen cinco euros por una infusión. Cuando la vio, Mel estaba limpiándose la boca de unos restos de tomate.

Se levantó del taburete, dejó la servilleta en el plato vacío y saludó a Abby con la mano.

—Hola, Abby. Ven —dijo señalando la dirección—, por aquí estaremos más cómodas.

Abby la siguió en silencio y, cuando Mel le indicó la mesa más apartada de la zona de restaurante, una que ni siquiera era visible desde la puerta del local, pareció un poco más satisfecha. Iba con un vestido largo de color azul oscuro que le llegaba hasta los tobillos, tenía un corpiño ceñido que acentuaba las curvas de su pecho y una falda que se amoldaba a cada uno de sus movimientos. Apartó la silla un poco aprensiva y se sentó con las manos sobre sus piernas.

—No entiendo por qué me has hecho venir hasta aquí, Carmela. Esto está muy lejos, y este sitio es… peculiar.

—Conozco al dueño y aquí estaremos bien, créeme. Nadie nos verá juntas.

—Obvio, ¿quién iba a entrar aquí?

Mel ignoró el comentario.

—¿Quieres algo de beber? Puedo ir a pedirle algo a Ramón si quieres.

—No, no hace falta.

—Vale… Bueno, quería que habláramos cara a cara porque quiero preguntarte algo. —Abby no reaccionó, sino que se quedó mirándola, esperando a que siguiera—. ¿Te gusta lo que estoy escribiendo?

El entrecejo de Abby se arrugó.

—¿Por qué lo preguntas? Ya te he dicho lo que pienso y lo que quiero. De momento vas bien, aunque habrá que añadir y cambiar cosas. Los manuscritos evolucionan, ¿no? No se quedará así, tendremos que hacer correcciones y cambios según mis gustos.

—Puedo volver a empezar, Abby. Puedo escribir algo distinto con todo lo que deseas y más. Todos los clichés del mundo, todas las escenas de sexo que quieras y un montón de dragones. El primer día me dijiste que querías al menos un dragón y yo no he incluido ninguno.

—No has incluido ninguno *aún.* —Su tono era amenazador.

Mel se removió en su asiento.

—Y no creo que lo haga. ¿Dónde meto un dragón en esta historia? No pega. Ya no, al menos.

—No entiendo nada, Carmela. ¿Qué pretendes?

—Quiero escribir otra historia para ti. Una que te guste más —declaró.

—Esta me gusta. Quiero que sigas con ella.

—Pero quieres un dragón.

—Podría negociar lo del dragón…

—¿Qué más te da? No has hablado de esta historia con nadie, podemos reescribirla.

—No —sentenció ella.

—Por favor, Abby, escucha, se me está complicando esta historia. Necesito escribir otra para ti, esta no puede ser tuya, es imposible, es…

—No me lo puedo creer. ¡¿Estás intentando quitármela para quedártela tú?! ¡Estás intentando robármela! —gritó, incrédula.

Mel miró hacia la barra. Ramón las observaba, preocupado. Ella volvió a girarse hacia Abby; la desesperación comenzaba a aflorar en sus ojos. Se odió por ello.

—No, no… Solo intento darte lo que realmente quieres.

—¡Mentira! —Abby se levantó bruscamente de la silla—. Hasta tú has visto que tiene potencial y la quieres para ti, para publicarla tú. Eres increíble, tienes suerte si no te demando. Ahora, escúchame tú a mí —exigió apuntándole con un dedo acusador—. Quiero esa historia y la quiero cuanto antes. Ya he hablado con varios editores interesados en ella, ellos ya tienen la premisa, así que ahora no puedo cambiar la novela. Esa es mía, ¿entiendes? Larion y Amelia son míos, y tú no tienes ningún derecho sobre ellos. Hazte a la idea cuanto antes.

Mel también se levantó, situándose frente a ella.

—¿Por qué no puedes escucharme? Si te estoy pidiendo esto es por algo. A esos editores les da igual la historia, te quieren a ti. Quieren a Fantastic Abby y al millón y medio de seguidores que tienes detrás. Yo, sin embargo, sí la necesito. No para publicarla, no lo haré. Puedo prometértelo, puedo firmarlo… Haré lo que sea.

—¿Cómo te atreves? —contestó, ofendida—. Tú eres la escritora, te arreglarás para escribir otras. Así que relájate de una vez.

«Relájate».

Mel se sujetó los antebrazos, clavándose las uñas a través de la fina tela de la blusa. Se imaginó saltando al cuello de Abby con las manos extendidas. Se imaginó ahogándola. Si muriera, no tendría que preocuparse de lidiar con esa harpía. Seguro que Ramón la ayudaría a ocultar el cadáver. Eso sí que sería una buena historia. La fantasma ridícula que asesina a la *influencer* de mierda, ocultándola entre barriles de cerveza y botellas de Coca-Cola vacías. El olor sería un problema y echar a perder ese vestido, también; era precioso, quizás podría quitárselo antes de…

—… no sé qué te pasa, pero resuélvelo. Y, por cierto, deshazte del capítulo en el que a Amelia le viene la regla. Es asqueroso. Te dije que lo mencionaras, no que hicieras un puto capítulo entero sobre ello. Y, cuando follan, pon que Larion usa condón o que Amelia toma una infusión antibebés, me da igual, pero no quiero que se me echen encima por fomentar el sexo sin protección.

Y Abby se fue.

Mel había perdido su única oportunidad. Y, para colmo, se le habían despertado unos instintos inquietantemente perturbadores que la hicieron estremecerse hasta llorar sobre el mantel de papel que cubría la mesa. Otra cosa arruinada. Cuando se calmó, cogió el mantel y lo arrugó hasta convertirlo en una bola que después tiró a la basura.

—He estropeado el mantel. Lo siento, Ramón.

—Ah, chica, no te preocupes por eso —dijo poniéndole otro plato repleto de galletitas de azúcar delante, sobre la barra—. ¿No ha ido bien?

Ella negó, metiéndose una galleta en la boca. El azúcar se derretía en la lengua y la mantequilla se le deshacía en la boca hasta convertirse en una masa melosa y deliciosa.

—Me temo que he tocado fondo.

—Ah, bueno. Pues, si quieres volver a flotar, entonces tendrás que nadar hacia arriba.

—Sí, me gustaría flotar —dijo Mel con la boca llena.

—Pues sube a flote, chica. Sube a flote…

Mel le dio un abrazo y se despidió de él. Le hubiera gustado subir a su casa y ver a sus padres, pero ambos trabajaban y no estarían allí. Entró en el metro y, mientras observaba a una mujer leer una de las biografías que había escrito ella misma, pensó que estaba equivocada. El fondo aún estaba a una gran distancia, y ella se precipitaba como un peso muerto hacia él.

UNA AMIGA DE VERDAD ODIA IGUAL

—Necesito una amiga —le dijo Mel a Ana en cuanto esta descolgó el teléfono.

Había llegado a casa hacía unas horas. Le había dado tiempo a ir al gimnasio, preparar varios platos de comida que debían durarle toda la semana y a intentar leer algo, sin mucho éxito. Necesitaba hablar con alguien.

—Ya tienes dos —argumentó Ana.

—Necesito una amiga ahora. Una que no se esté muriendo.

Ana casi se atraganta al otro lado de la línea.

—Joder, Mel, te has pasado.

—Tienes razón. Lo siento, pero es que… Tengo que hablar con alguien, y Blanca no es una opción. No quiero arruinarle la tarde con mis problemas.

—¿Y a mí sí quieres arruinármela?

—Tú eres indestructible.

—Es verdad, lo soy. Me paso por tu casa al salir del trabajo.

—Gracias, amiga.

En torno a las siete de la tarde, el telefonillo sonó. Mel abrió la puerta de su casa, la dejó entornada y se fue directa al sofá. Escuchó el sonido del ascensor descendiendo y luego volver a subir hasta que paró en su piso. La puerta se abrió del todo con un sonido metálico y volvió a cerrarse con un golpe seco. Los tacones de Ana resonaron en el rellano; ya estaba dentro. Segundos después, Mel oyó el sonido blando de unos pies descalzos que se metían en su cocina. El frigorífico se abrió, sonó un tintineo de cristales al chocar y luego la ventosa del frigorífico sellándose herméticamente. Ana apareció en el salón con un botellín de cerveza en cada mano, una sonrisa radiante y el pelo muy alborotado.

—No me mires el pelo, hace un viento de cojones ahí fuera.

Mel sonrió.

—Podrías habértelo recogido.

—Sabes que eso va en contra de mi religión.

—Ya, lo sé.

Ana se dejó caer a su lado en el sofá. Mel estaba abullonada entre los cojines cuando ella le ofreció una de las cervezas. Enarcó una ceja mientras extendía un brazo y cogía una.

—Mi instinto me dice que van a ser necesarias.

—Tu instinto suele ser una basura. Pero en este caso, tienes razón —admitió Mel.

Le quitó la chapa, tipo abrefácil, y se la llevó a los labios. Dio un largo trago.

—Suéltalo —dijo Ana.

Mel se lo contó todo. Obvió la identidad de su cliente, eso sí. No iba a arriesgarse a que su amiga se despistara un día y se lo soltase a cualquiera. Le habló de su historia y de cómo se había vinculado a ella sin ser consciente; le habló del contrato y de su intento de escribir otra novela con todo lo que Abby quería. Le contó cuál fue la contestación de la influencer y de sus pensamientos asesinos recién descubiertos. Mel sacó todo lo que llevaba dentro, incluso le habló de que le había pedido cosas que, ahora que ya estaban incorporadas, quería que quitara. En este caso se excedió en los detalles, aunque no se arrepintió lo más mínimo.

—Espera, espera. —Ana se inclinó hacia ella, visiblemente entretenida—. Te pidió que incluyeras el tema de la menstruación…

—Eso es —afirmó Mel.

—Y tú escribiste un capítulo entero dedicado a ello.

—Sí.

—Y ahora no lo quiere.

—No. —Lo pensó mejor—. En realidad, sí, pero no un capítulo entero. Ya no sé ni lo que quiere…

Ana soltó una carcajada que le hizo sacudirse y manchar el sofá de cerveza.

—Ay, lo siento, pero es que… ¿un capítulo entero? ¿Y qué pusiste? ¿Cómo la mujer se lavaba las bragas? —Mel apretó los labios y rio descaradamente. Rio tan fuerte que empezó a dolerle la

tripa—. ¡No me lo puedo creer! Eso es exactamente lo que hiciste, ¿verdad?

—Es mejor, un hombre la ayudaba a limpiarlas.

—Tiene razón, es asqueroso.

Rieron más y más. Cogieron otras dos cervezas y siguieron riendo. Mel procuró no desvelar más de la novela, pero camuflaba ciertos aspectos para que Ana pudiera entenderlo. Al final, la conversación derivó en algo más emocional.

—Desde que supe lo de Blanca, es como si mis dedos fluyeran solos por el teclado. Como si este libro fuese para ella. Y para mí —se corrigió—, puesto que todo lo que siento está reflejado ahí.

—Y no quieres desprenderte de tu libro.

Mel asintió.

—No.

—Ese cliente…, ¿tenía razón? ¿Quieres esa historia para ti?

Mel observó a Ana: su pelo rizado, revuelto y majestuoso; sus labios, aún rosados por el pintalabios, y sus ojos moteados, aún vidriosos de haber llorado de la risa.

—La quiero para Blanca. —Mel cerró los ojos—. La he escrito por ella y me mata no poder regalársela antes de que…

Ana le dio la mano. Ambas se quedaron calladas, sumidas en las palabras que no se habían pronunciado, pero que estaban suspendidas en el aire, como un humo denso que ves flotar, aunque no puedas tocarlo.

—Aún puedes hacerlo. Has dicho que la historia todavía no está terminada. Puedes escribir dos finales distintos: uno para tu cliente y otro para Blanca.

—No sé si tengo el tiempo para hacer eso… —dudó.

—¿Por qué no?

—Porque el cliente me está metiendo prisa y no sé cuánto tiempo le queda a Blanca —explicó—. Antes de escribir el final que la historia merece tendría que terminar la novela entera con el final que quiere el cliente, no me va a dar tiempo…

—¡Sí puedes! —clamó Ana, apretándole la mano.

—No hay tiempo…

—Confía en Blanca, Mel. Es fuerte, aún nos queda amiga para rato. Y ahora… —Ana se repanchigó en el sofá, puso los pies sobre la mesa de centro y dio un sorbo largo a su bebida—, dime a quién tengo que odiar.

—No puedo decirte el nombre del cliente, ya lo sabes —dijo, suspirando.

—Una pena, porque estoy muy abierta a odiar a alguien por ti.

—Yo también odiaría a alguien que no conozco por ti.

—Claro que sí, eso es lo que hacen las amigas.

Ana volvió a la cocina y preparó una cantidad indecente de aperitivos que repartió por la mesa del centro: aceitunas aliñadas, pepinillos en vinagre, almendras tostadas, patatas sabor jamón y galletitas saladas. Toda la despensa de Mel quedó expuesta en el salón. Encendieron la televisión y pusieron la peli más ñoña que encontraron en el catálogo de Netflix.

Cuando terminó la película, Ana se levantó, se sacudió los restos de comida de la ropa y fue al baño. Cuando volvió, su aliento olía a colutorio de menta, su pelo estaba en bastante mejor estado que en el que llegó y no había restos de lágrimas en sus mejillas, sino el mismo tono rosa de colorete que utilizaba Mel.

—Tengo que irme ya. Tengo una cita.

—¿Ahora? ¡Pero si es tardísimo! ¿Con quién?

—Una tal Martina. Y no es tardísimo, solo son las diez.

—Ves a muchas chicas últimamente… —observó Mel.

—Puede.

Hacía más de cinco años que Ana no tenía pareja estable. Quedaba con chicas regularmente, pero siempre eran personas que había conocido de manera casual en fiestas o amigas de otras amigas que las habían presentado. Pero desde hacía unos meses se había descargado una aplicación de citas y quedaba mucho con mujeres desconocidas. Por alguna razón, Mel no se había dado cuenta de ese cambio hasta ese instante.

—Más que antes… —constató.

—No, qué va —dijo quitándole importancia mientras se ponía los tacones haciendo malabares sobre una sola pierna.

—Sí, Ana. Desde que supimos lo de Blanca… ¿Tiene algo que ver?

Ana terminó de abrocharse el zapato, se irguió y miró a Mel con ternura. Esa mirada la destrozó. Siempre había pensado que Ana era la fuerte de las tres, la indestructible, la que lo soportaba todo y la que las sostenía, como aquella que agarra la cuerda mientras otras se aferran a ella para no despeñarse por el precipicio. Era ella quien las sujetaba. Pero ahora veía el peso en su mirada, la presión de la que no dejaba constancia a pesar del dolor que debía estar golpeándola.

Mel se acercó y la abrazó con fuerza.

—Te quiero, amiga.

—Y yo a ti. —Abrió la puerta y Mel la sujetó antes de que se cerrara—. Estamos juntas en esto, Ana. Tú me sostienes y yo te sostengo. Pase lo que pase.

Ana le sonrió.

—Eres una auténtica dramática.

Mel cerró la puerta con una sensación de pesadez en el estómago. Ana sufría, igual que ella. Y así como Mel se desahogaba con la escritura y entre los brazos de Lars, Ana lo hacía entre los brazos de desconocidas a las que no necesitaba darle explicaciones al día siguiente.

Se metió en la cama, llamó a Lars para darle las buenas noches y se prometió estar más pendiente de Ana. Se sentía abrumada; había demasiadas personas a las que apoyar, demasiado que hacer para lo rápido que pasaban las horas y una cantidad insufrible de sentimientos mezclados que la sobrecargaban.

Y, a pesar de todo, debía seguir nadando hacia la superficie.

16

En su mundo, el amanecer teñía el cielo de naranja, amarillo y rosa. Especialmente en primavera. Pero aquí, en Olphillia, la luz del sol era de un naranja rosado demasiado intenso, forzado incluso. Era del color de los caquis maduros o, por el contrario, de los tomates que todavía están demasiado verdes. Era pronto, aún ni siquiera había amanecido del todo, pero ese ramalazo anaranjado ya se intuía con la tímida luminosidad que precede a la salida del sol.

Su vista se desvió hacia la montaña. El sol crecía por detrás de ella, por lo que, en ese momento, la mole se alzaba oscura y siniestra. Amelia tenía miedo de llegar allí. Ya se habían enfrentado a varias de las criaturas de Sombia, ¿con cuántas más tendrían que enfrentarse allí?

Larion estaba inquieto, Amelia se lo había notado desde que se despertaron cubriéndose de besos la piel. En cada mordisco y cada beso, existía una preocupación que los atenazaba más allá de unas guardias mágicas. La Bella Dama los observaba y se divertía. Parecía decir: «Sí, eso, aprovechad ahora la vida, que en cuanto alcancéis mi sombra, solo os perseguirá la muerte». Ahora esa montaña se presentaba frente a ellos, orgullosa y expectante.

Ambos desayunaron una buena cantidad de fruta y cereales, o lo que podrían ser cereales, carne y una infusión supuestamente energética. Después, se abastecieron de víveres, prepararon sus pertenencias y las metieron en las alforjas que ambos selmores cargaban en el lomo. Amelia se cercioró de que las pocas cosas que había mantenido de su mundo seguían guardadas en el bolsillo interno de su bolsón, uno que procuraba no quitarse nunca. Ella se aferraba a sus cosas como si fueran lo único que la mantenía cuerda, que le recordaba que pertenecía a otro lugar muy lejos de allí.

—Quizá Nia y Ume deberían quedarse aquí. La montaña parece un peligro que podrían ahorrarse —le comentó a Larion mientras guardaba los últimos bártulos en la alforja de Ume.

Él pareció sopesar su propuesta. Se adelantó hasta situarse frente a los selmores y les preguntó:

—Nía, Ume —comenzó mirando a los ojos de cada ser—, ¿queréis acompañarnos a la Bella Dama, donde nos aguardarán peligros que fácilmente podríais evitaros si os quedáis aquí?

Ambos selmores se miraron, deliberando su respuesta. Esta llegó en forma de empujones en el pecho de Larion con sus hocicos de burro. Sí, irían con ellos, lo que supuso un alivio. ¿Cómo hubieran cargado con tantas cosas si no lo hacían por ellos esos magníficos animalillos? Así pues, Amelia y Larion se auparon en sus monturas y se dirigieron hacia el pie de la montaña.

Decidieron rodear el pueblo para no cruzarse con las miradas indiscretas o pueblerinos cotillas que no harían otra cosa que retrasarlos. Recorrieron por la periferia aquellas casitas coloridas y se alejaron del sonido hipnótico de los vigilantes y la alegría de la gente, que nunca dejaba de percibirse en el aire. Ellos estaban a salvo allí, y Amelia se alegró por ellos. De verdad lo hizo. Todos merecían estar a salvo, y Olphillia parecía ser un buen lugar para eso. Salvando, claro, las criaturas con las que se habían encontrado y la guerra civil que amenazaba con empezar si ella no traía de vuelta a Blaine. No podía dejar que aquel pueblo se viese afectado por su culpa. Esa gente necesitaba un monarca. Y ella lo traería de vuelta.

Llegaron al mediodía a una zona donde el suelo empezaba a ascender en pendiente. Si no hubiera sido por Larion, que podía sentir la magia hormiguear en su piel, Amelia jamás hubiera pensado que había guardas mágicas encarcelando a todo ser viviente que morase en aquella masa de piedra dura multicolor.

—Una vez entremos…, ¿podremos volver a salir? —dudó Amelia. No es que tuviera opción de echarse atrás en ese momento, pero, aun así, algo allí dentro le ponía los pelos de punta.

—La magia retiene exclusivamente a los seres creados por Sombia. Ni tú ni yo somos tal cosa, así que, cuando lleguemos al

otro lado, podremos salir sin ningún inconveniente —la tranquilizó él.

Larion había atisbado la indecisión en Amelia y se acercó para reconfortarla. La atrajo hacia sí con una dulzura exquisita, y ella se dejó resguardar entre sus brazos cálidos.

—Saldremos de aquí, te lo prometo. No permitiré que ocurra otra cosa.

Ella levantó la vista hacia esos ojos, uno verde esmeralda y otro azul pálido, que la miraban como si pudieran ver dentro de su cabeza, de su corazón y de su alma. Se le agarrotó la garganta y recordó algo que había olvidado.

—Ayer quisiste decirme algo. Parecía importante y yo no te dejé.

Él sacudió la cabeza.

—Te lo diré, pero ahora debemos seguir avanzando.

Típico de Larion. Como si ayer no se hubiera comido a Amelia por completo, ahora tenía el gesto de quien ya ha tomado una decisión y no piensa discutirla. Amelia suspiró y lo aceptó. Seguía sin tener claro si quería saber o no aquello que el príncipe immorith tenía que contarle, porque, cuando alguien te dice que tiene que contarte algo, siempre resulta ser algo revelador y, generalmente, desagradable. Y ella no estaba preparada para sorpresas de ese tipo, si es que realmente eran malas. ¿Sería mejor si no lo fueran? No lo tenía claro. Su futuro amenazaba con romperla y no deseaba recoger demasiados pedazos del suelo cuando se resquebrajara de pies a cabeza.

Larion se deshizo del abrazo de Amelia, le dio un beso comedido en la comisura de la boca, sonrió y luego dio varios pasos hacia delante. Miró a su alrededor y luego le hizo a Amelia un gesto de asentimiento. Era su turno. En cuanto fue a dar el primer paso, un pájaro pasó graznando sobre su cabeza. Aún no había superado la frontera invisible que separaba el territorio de Sombia del resto del mundo. Cogió las riendas de Ume, que estaba a su lado, y cerró los ojos. Se permitió centrarse en el sonido de los pájaros a su alrededor, que cantaban formando un coro melodioso y tranquilizador.

Amelia dio, esta vez sí, un paso firme al frente.

Escuchó el viento meciendo las hojas de los árboles y sintió una brisilla que le removía el pelo y le acariciaba las mejillas.

Dio otro paso.

El sol, ese sol radiante y grandioso que ahora estaba en el punto más alto del cielo, calentaba su piel y sus párpados cerrados. Era agradable.

Un paso más.

De repente, sintió la ausencia de cualquier sensación agradable. Ya no sentía el sol, a pesar de que seguía alto. Ya no sentía el viento, a pesar de que tan solo unos metros más allá seguía removiendo los tallos tiernos de las flores que apenas se levantaban un palmo del suelo. Tampoco oía los pájaros piando, a pesar de poder verlos volando muy cerca.

Habían entrado en la Bella Dama.

Ya no había vuelta atrás.

17

Se pusieron en marcha inmediatamente. Larion le contó que había registros de la mayoría de las criaturas de Sombia en algunas escrituras antiguas. Hubo muchos que cometieron la imprudencia de entrar, pero pocos que consiguieran salir. Estos escasos supervivientes aparecieron en unas condiciones mentales deplorables, por lo que sus descripciones no fueron muy extensas. Por eso conocía a Rivis y sabía que no debía estar donde lo encontraron. Según él, conocía a la mayoría, aunque seguramente había muchos de los que no había constancia. Debían estar atentos: cada paso podía ser fatal, y cada encuentro, el último.

Nia y Ume sentían el desasosiego, al igual que ellos. Iban inquietos y en silencio. Allí no se oía ningún sonido más allá del de sus propias respiraciones, que a cada instante se agitaban más. Ambos se mantenían alerta, mirando en todas direcciones intentando detectar qué podía ser normal y qué no. Había mariposas blancas como la nieve revoloteando entre los árboles, de colores imposibles, y los arbustos, llenos de frutos del todo apetitosos. Amelia no pudo evitar pensar que era hermoso, a pesar de todo.

Pararon a comer en un recodo protegido por rocas llenas de musgo y verdín. Cuando terminaron, Amelia se arrastró hacia Larion y se apoyó en su pecho, prendada del amodorramiento posterior a la comida. Su cabeza descansaba sobre el torso del immorith y sentía su corazón latir debajo, reconfortante y cálido. Las mariposas seguían volando a su alrededor; una se le posó sobre el muslo y ella la dejó, admirando la blancura de sus alas. Parecían bordadas en encaje.

—¿Qué pasó con vuestros dioses? —preguntó acariciando el ala de la mariposa—. Es decir, ¿hay… alguna posibilidad de que nos encontremos con Sombia en este lugar?

El pecho de Larion tembló con una risa ligera.

—No, ellos no están aquí. Al menos físicamente —dijo despacio —, pero no dudes de que nos vigilan. Seguramente están muy entretenidos viendo cómo las criaturas de Sombia dan por saco a un príncipe de Lúminis y a una humana de la Tierra.

—Sí, seguro que están partidos de la risa —bromeó ella, medio irritada medio divertida. Giró la cabeza hacia Larion, dejando la mariposa a su aire, y se centró en su rostro—. ¿Qué significa esto? Tú y yo, nosotros…

—¿Qué quieres que signifique?

—No lo sé, joder, por eso te lo pregunto a ti.

Amelia volvió a apoyar la cabeza en Larion, pero la mariposa ya no estaba. Sintió cómo los labios de él se posaban sobre su pelo.

—A los actos les damos el significado que queramos darles. Yo sé qué significa para mí, lo sé desde hace tiempo. Pero ¿qué es esto para ti? Esa es la pregunta que debes hacerte.

Un escalofrío le subió por la espalda a Amelia, como una ligera descarga eléctrica.

—Dime qué es para ti —exigió, aturdida.

—Ya lo sabes, Amelia.

—No, no lo sé… Yo…

Larion le acarició la mejilla con el pulgar.

—Solo hay una cosa que quiero, y está aquí dentro —posó la enorme palma de su mano sobre el corazón de ella, luego la subió lentamente hasta su cabeza y le dio un toquecito en la frente—, aquí fuera —bajó la mano enredando los dedos en su pelo y acariciándole la piel a su paso— y rodeándote. —Larion se inclinó hacia ella y exhaló lentamente sobre sus labios. Amelia respiró aquella bocanada de aire que salía de su boca.

Dentro, su corazón y su mente.

Fuera, su piel.

Rodeándola, el aire que respiraba.

Oh, vaya.

Y ella que pensaba que solo hablaba de sexo.

Esto iba mucho más allá que eso.

Larion quería todo. Lo quería todo de ella.

Amelia se echó hacia atrás, negando con la cabeza al darse cuenta de lo que eso significaba. ¿De qué servían las palabras bonitas del príncipe? ¿En serio hacía falta recordarle que no volverían a verse nunca más? Pero, con cada segundo que pasaban juntos, se hacía mucho más complicado negar lo que existía entre ellos. Era como un hilo invisible que los unía, que los atraía el uno al otro. Y la pregunta que tanto la atormentaba, especialmente desde aquella mañana, comenzó a golpear en su mente como un martillo: ¿sería capaz de decir adiós cuando llegara el momento? ¿Tenía, acaso, otra opción?

Amelia comenzó a sentir una presión en la cabeza. Arrancaba en la frente y bajaba hasta la nuca, sutil y parcialmente incómoda, como si su cerebro estuviera hinchándose poco a poco. Se levantó, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Estás bien?

Dolor de cabeza.

Náuseas.

Vómitos.

Lenguaje lento o incoherente.

Pérdidas de memoria.

Falta de concentración.

Cambios de comportamiento o personalidad.

Problemas de visión.

Fatiga extrema.

Disnea.

Convulsiones.

La lista de síntomas crecía cada día.

Y Blanca estaba mal.

Estaba cada vez peor.

Larion parecía preocupado. Se incorporó de un salto, poniéndose junto a ella.

La presión aumentaba y el dolor se incrementaba a cada segundo. Aquella situación comenzaba a superarla.

—¿Cómo voy a estar bien después de lo que acabas de decir?

Amelia se masajeó las sienes y procuró relajarse, calmar la desesperación que la atenazaba. Sintió náuseas. Iba a vomitar. Corrió hacia uno de los arbustos y echó la comida que acababa de ingerir. Se limpió la boca con la manga y ahogó otra arcada. La presión en su cabeza cada vez iba a más. La sangre le palpitaba en las sienes como si hubiera tambores en sus venas.

Entonces, se dio cuenta de que aquello no era una reacción física a las palabras de Larion. Aquello era otra cosa. Algo la estaba afectando.

—No sé qué me pasa… Mi cabeza, me duele mucho. Joder, Larion.

Soltó un grito cuando un pitido se le coló en el oído y parecía a punto de dejarla sorda. Se llevó las manos a las orejas y volvió a gritar. Se tumbó en el suelo y se hizo un ovillo. Intentaba tapárselas y al mismo tiempo proteger su cabeza, que cada vez sentía más grande y pesada.

Creyó escuchar a Larion hablar, pero no oía ninguna palabra coherente. Estaba demasiado preocupada y aquel pitido le impedía escuchar o centrarse. Consiguió abrir los ojos y vio a Larion también con las manos sobre su cabeza, retorciéndose como lo hacía ella.

A él le estaba pasando lo mismo.

¿Iban a morir? ¿Tan rápido?

Amelia se puso de pie a duras penas; el suelo le daba vueltas y las náuseas volvían en oleadas continuas. Se acercó a Larion tambaleándose. Él miraba a todas partes, buscando lo que fuera o quien fuera que les estuviera haciendo eso. Un cosquilleo caliente se deslizó por su cuello y, cuando se miró las manos, vio sus palmas repletas de sangre espesa. Sus tímpanos iban a reventar, si es que no lo habían hecho ya.

Larion la observó con pavor. Miró incrédulo sus manos y luego sus oídos, y el terror que vio Amelia en su mirada no se asemejaba a nada que hubiera visto antes. Ella advirtió con el mismo pánico cómo a él le sangraba la nariz. Y tuvo la certeza de que morirían allí.

La entristecía que fuera tan pronto. Ojalá tuvieran más tiempo.

Le dio la mano al príncipe, que parecía desubicado. No lo había analizado hasta ese momento, pero la sangre que brotaba de la nariz de él era más azulada, violácea. Qué curioso…

Una mariposa elegante, como una amante perezosa, pasó volando frente a ellos. Y se quedó allí, la muy descarada, suspendida entre los dos. Como si ella formara parte de aquella intimidad.

Las pupilas de Larion se dilataron.

—¡Quítate la ropa! —creyó escuchar.

El pitido ahogaba todo lo demás, pero debió decir eso, porque él comenzó a desnudarse. Amelia, presa del pánico, se quedó allí pasmada, viéndole desvestirse.

En cuanto Larion se quitó la camisa, lo vio. Allí, adherida a su espalda, centrada en la espina dorsal y entre los omóplatos, había una mariposa. Tenía las alas, de una belleza impecable, pegadas a la piel tersa de su huésped. Amelia se la arrancó de cuajo, llevándose consigo parte de la piel de Larion. Este soltó un alarido de dolor que se escuchó incluso a través del pitido infernal. Ella se quitó el chaleco y la blusa a duras penas y, en cuanto lo hizo, Larion se abalanzó sobre su espalda. Cerró los ojos y esperó el tirón. Sintió su piel desgarrarse.

Y aulló.

Un segundo después, el dolor de cabeza había remitido súbitamente, el pitido se había desvanecido y sus sienes dejaban de palpitar enloquecidas.

Dos mariposas, aparentemente muertas, yacían inertes sobre el suelo musgoso. Sus alas aún conservaban parte de la piel ensangrentada de sus víctimas y sus pequeños vientres de insecto estaban colmados de un líquido escarlata.

En un abrir y cerrar de ojos, se convirtieron en ceniza, abrasadas por el poder de Larion.

—Putos parásitos —escupió Amelia.

—¿Estás bien? —Larion cogió su camisa del suelo y le limpió con ella los restos de sangre en las orejas y en el cuello.

—Sí, el dolor ha desaparecido. ¿Y tú?

—Estoy bien.

Cuando Larion terminó, cogió la parte de la camisa que seguía intacta y se limpió la nariz.

Se abrazaron, pero al sentir las manos de Larion sobre su piel descarnada, soltó un alarido de dolor. Él cogió la cantimplora con el líquido rosa y puso unas gotas sobre su herida. Ella hizo lo mismo en la espalda de él y vio cómo la piel se le regeneraba con sorprendente facilidad. Nunca dejaría de fascinarle el poder curativo de ese mejunje.

—Quizá deberíamos pensarnos continuar desvestidos de cintura para arriba. Si otro de esos bichos se posa en uno de nosotros, lo sabremos antes. Además, hace calor…

Amelia enarcó una ceja y sonrió, haciendo un repaso del torso desnudo del macho.

—Qué pena —dijo.

—Sí, una pena.

Ambos sonrieron, mirándose con avidez. La muerte no era nada. Ya estaba muy lejos.

Se auparon sobre los lomos de los selmores y siguieron su camino. Cada mariposa que aparecía en su espacio visual terminaba calcinada sin contemplaciones. Debían encontrar un lugar seguro donde pasar la noche. Urgentemente.

UNO NO TAN BONITO

Lo había vuelto a hacer. Había vuelto a utilizar los síntomas de Blanca como inspiración. Le había estado dando vueltas. Ella se había comprometido a escribir esa novela, le habían pagado por adelantado para escribirla. ¿Qué tipo de profesional sería si se echaba atrás ahora? No podía hacerlo. Poco a poco, se hacía a la idea de que esa historia iba a dejar de ser suya. Y, al igual que Amelia se enfrentaba a la idea de dejar a Larion, Mel afrontaba el destino idéntico que correrían ella y su historia.

Lo aceptaba, aunque fuera doloroso. Y quizás algún día le daría a Lars el libro para que lo leyera. Aunque eso supusiera infringir el contrato y la innegociable cláusula de confidencialidad. Él era tan parte de esa historia como Blanca, y, si su amiga no iba a poder leerla, al menos esperaba que su pareja, algún día, sí pudiera. Eso la consolaba. En parte, al menos.

La idea de Ana de escribir dos finales, no era ninguna tontería. Ella sabía lo que quería Abby: una historia de amor que acabara bien, con un final feliz que complazca a los lectores. Eso podía hacerlo. Y, al mismo tiempo, escribiría su verdadero final. Sin imposiciones. Uno no tan bonito, no tan perfecto, pero el que esa historia merecía, el que era y tenía que ser. Ella le daría a Abby el final falso, y Mel se quedaría con el verdadero. Tendría que conformarse con eso.

No podía tirar su trabajo por la borda rompiendo el contrato. Tampoco podía arriesgarse a que no la contrataran más. Tenía que seguir escribiendo, y hacerlo para otras personas, aunque en este caso estaba resultando una tortura. Era lo que Mel quería. Era lo que se le daba bien.

Ella era el fantasma debajo de la sábana.

Cerró el portátil y se encaminó hacia la salida. Mientras bajaba las escaleras de la biblioteca, se puso a ojear sus redes sociales y la

cara de Fantastic Abby, con las palabras enmarcadas de «SORPRESA», le llamaron la atención. Abrió la publicación y la cara de la chica, jovial y reluciente, saludó desde el otro lado de la pantalla.

—¡Hola, fantásticas! Tengo una noticia que daros, y es que llevo unos meses trabajando en un nuevo proyecto del que espero poder hablaros muy pronto. Por el momento es un secreto. —Risitas —. No puedo contar mucho, pero os diré que, posiblemente el año que viene, podáis tener este proyecto tan bonito en vuestras manos. —Abby puso los ojos en blanco y sonrió. Luego, levantó una pila de papeles en las que se leía «Proyecto Mundos». Eran los mismos papeles que le había entregado Mel el primer día. Ni siquiera había tenido el descaro de volverlos a imprimir o cambiar la puñetera tipografía. Abby volvió a sonreír, pero en ese instante, hizo un puchero y se le humedecieron los ojos. Los cerró e hipó, como si estuviera… llorando—. He trabajado muchísimo en este proyecto —sollozó—. Para mí es un sueño decir que estoy escribiendo algo propio y saber que mi historia os emocionará como yo me emociono mientras la escribo. Os iré manteniendo al tanto, puesto que voy a intentar ser un poco más abierta con este tema. Pero no podía esperar a contároslo. —Terminó de enjugarse las lágrimas y sonrió—. ¿Qué pensáis? ¿Os gusta la idea? ¡Escribidme en comentarios!

Los instintos asesinos de Mel volvieron. La rabia hizo mella y estuvo tentada de escribir algún comentario repleto de indirectas y pullas. En lugar de eso, se autosaboteó leyendo otros que decían cosas como: «Deseando leerte», «Oh, Dios míooooooo», «Dime que habrá machos alados, por favor», «Me muero, lo quiero ya», «Eres la mejor, ¡enhorabuena!», «Orgullosa de ti», «Creo que voy a llorar». Y así miles. Cerró la aplicación y respiró hondo.

Mel nunca había odiado a nadie, pero siempre había una primera vez.

Se dirigió, como por inercia, hacia la tienda de Lars. Normalmente le escribía para saber si había llegado tras recoger a sus sobrinos del cole, pero ese día sus pensamientos estaban centrados en otra persona.

Cuando llegó, la tienda estaba abierta. Empujó la puerta y las campanillas anunciaron su llegada. Lars desvió la mirada del cliente que tenía delante y le sonrió. Se quedó demasiado rato observándola, sonriendo como un idiota precioso, lo que hizo que el cliente también se girara hacia ella.

—¿Mel?

Mel se sorprendió. Su mirada se deslizó hacia el chico frente al mostrador. Reconoció esa nariz ligeramente torcida y esa boca de labios abultados que la sonreían sin dar crédito.

—Jaime…

Su exnovio se inclinó hacia ella y le dio un abrazo, al que ella reaccionó quedándose rígida. Mientras él la envolvía con cierta incomodidad, Mel olió ese perfume cítrico que tanto detestaba y que se había obligado a adorar durante todo el tiempo que estuvieron juntos.

—Vaya, es genial volver a verte. —La repasó de arriba abajo, visiblemente satisfecho—. ¿Qué haces por aquí?

—Pues ya ves…

De nada serviría recordarle que llevaba diez años yéndose a trabajar cada día a la biblioteca de ese barrio. Él debía haberlo sabido, puesto que su noviazgo duró casi dos. Los ojos de él se posaron en el ordenador que llevaba colgado al hombro.

—¿Tú también tienes problemas informáticos? Me he recorrido medio Madrid solo para venir aquí, al parecer es el único sitio que he encontrado donde pueden arreglar un disco duro hecho trizas. ¿Quieres que te espere y te lleve a tu casa?

Por lo visto no había cambiado nada. Seguía siendo igual de protagonista que antes.

—No, gracias. No hace falta —contestó Mel, secamente.

Ella miró a Lars, que trasteaba en aquel trasto metálico y descuajaringado que ciertamente había vivido tiempos mejores. Levantó la vista y sus ojos se unieron. Él sonrió con sarcasmo y ella apretó los labios evitando imitarle.

—Podríamos ir a tomar algo —insistió Jaime.

—No hace falta, en serio…

—Eso ya lo has dicho. Me lo estás poniendo un poco difícil, Mel. Llevaba tiempo pensando en ti, ¿sabes? —Jaime giró la cabeza hacia Lars, que ahora desatornillaba otro componente. Mel se preguntó si estaría disimulando o realmente tendría que manipular el destornillador en ese momento. Jaime bajó el volumen de la voz y se inclinó hacia ella, más de lo que a Mel le resultaba agradable—. Creo que no terminamos bien, lo dejamos de forma muy repentina y me gustaría que habláramos de ello.

—Creo que no hay nada de lo que hablar, de verdad. Estamos bien.

Jaime abrió la boca para decir algo, pero la voz de Lars tronó entre ellos, evitándole a Mel tener que poner más excusas.

—Voy a necesitar quedarme con esto unos días. Eso sí, va a ser caro y no te prometo que pueda recuperarlo todo.

Jaime se giró hacia él y se acercó al mostrador.

—¿Cuánto de caro? —preguntó con cautela.

—Entre 300 y 400 euros. Si no consigo recuperar nada, no te cobraría, claro. Aunque realmente espero conseguir recuperar la mayoría de los datos.

Él suspiró, un poco apesadumbrado.

—Vale, bueno, es lo que hay. Necesito lo que hay dentro, así que…

Lars le pidió los datos y le prometió que le llamaría en unos días con noticias. Cuando terminó, Jaime miró a Mel, a la espera de que Lars la atendiera a ella.

—Yo me quedo aquí, Jaime —explicó—. Me alegro de que estés bien y espero que Lars pueda recuperar lo que sea que tenga que recuperar. Es el mejor en temas de *software* y *hardware*…

Lars se atragantó. Jaime la miró, confundido. Luego se giró hacia Lars, que lo observaba mordiéndose la parte interna de la mejilla.

—Sí, vale. Me ha gustado verte… Hasta la vista, supongo.

Mel asintió y él salió del local.

—Conque Jaime, ¿eh? —se mofó.

Mel resopló, se agachó por debajo del mostrador y entró en la trastienda. Se sentó en una de las sillas giratorias y comenzó a dar

vueltas.

—Jaime —afirmó ella.

—Tiene pinta de panoli. No quería ser yo quien lo dijera, pero… creo que has salido ganando.

Ella soltó una carcajada.

—Ya lo creo.

En el momento en el que Lars paró la silla y se inclinó a besarla, a Mel ya se le había olvidado la *influence*r, su funesto vídeo y la repugnancia que todo aquello le causaba.

Esa noche durmió sola. Lars no estaba a su lado, y el sueño la atrapó casi de inmediato. No obstante, en ese momento intermedio entre la vigilia y el sueño profundo, Mel pensó en Miguel de Unamuno. Hace tiempo había leído Niebla y le cautivó la idea de que el autor hablara con su propio personaje, Augusto, y que mantuviera una conversación con él sobre la existencia y sobre la muerte. ¿Podría ella hablar así con Amelia? Sería, desde luego, interesante.

Un fragmento del libro le vino a la mente, tan claro y fresco como si lo hubiera leído aquella misma noche antes de acostarse: «… empezarás creyendo que los llevas tú, de tu mano, y es fácil que acabes convenciéndote de que son ellos los que te llevan. Es muy frecuente que un autor acabe por ser juguete de sus ficciones…».

Es curioso lo que ocurre en ese diminuto instante que precede al sueño. Pueden producirse alucinaciones, entre otras cosas, y eso debió ser lo que le pasó a Mel. Porque una persona apareció junto a ella. No la había visto nunca y, sin embargo, supo quién era nada más verla.

UN TÊTE-À-TÊTE UY PERSONAL

—Esto no me lo esperaba.

—¿Qué no te esperabas, Mel?

—Que yo fuera igual que Amelia, que yo fuera… la creación de otra persona.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que tú estés aquí.

—No eres de otra persona. Eres tú, y tú eres solo de ti misma.

—Pero tú me has creado.

—Solo en parte. Yo creé tu yo más básico. El resto es tuyo.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Piensa en Amelia, ¿acaso no se ha movido ella por su cuenta alguna vez? ¿Acaso no te ha desafiado hablando o reaccionando de forma distinta a lo que tú querías?

—Lo hace continuamente.

—Exacto. Yo puedo crear la base del pastel, pero el relleno lo cocinas tú.

—Creo que lo entiendo… ¿Y qué haces aquí?

—La verdad es que no lo sé, supongo que necesito hablar con alguien sobre tu vida y sobre lo que será de ti.

—No quiero saber lo que me deparará el futuro. ¿No va eso contra las normas?

—¿Y quién dicta las normas? ¿No estabas pensando antes en Unamuno? Él desafió cualquier norma al entrevistarse con Augusto.

—Pero la cosa no terminó bien.

—La cosa terminó como debía.

—¿Vas a matarme?

—¡¿Por qué iba a hacer eso?!

—No lo sé, al parecer mi vida está en tus manos.

—No vas a morirte. Al menos no porque yo lo quiera.

—Pero Blanca sí va a morir.

—Eso es inevitable, Mel. Ya lo sabes…

—No… Es por tu culpa. ¡Por tu culpa mi mejor amiga se está muriendo! ¡Cámbialo! ¡No puedes hacerme esto!

—No puedo desafiar a la muerte, Mel. Por mucho que duela, su muerte es inevitable. Créeme, he visto ese dolor.

—¿Tú… lo has vivido?

—No directamente, pero alguien a quien quiero mucho perdió al amor de su vida del mismo modo.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Por eso lo escribes?

—Sí. Necesitaba expresarlo de alguna manera, y escribiéndolo es la única forma que sé.

—A mí me pasa igual.

—Lo sé. Somos parecidas, tú y yo.

—¿Cuánto de parecidas?

—A las dos nos gusta mucho escribir y las dos mezclamos realidad y ficción más de lo aconsejable. Aunque tú haces más preguntas que yo.

—¿Solo eso?

—No puedo revelarte más, Mel. No está bien. Pero te confesaré una cosa: a veces no sé dónde terminas tú y dónde empiezo yo. Tampoco sé hasta qué punto plasmo en ti todo lo que me gustaría ser o lo que anhelo, deseo o temo. Tú eres una extensión de mí misma. Y a veces me pierdo un poco entre las dos.

—Lo entiendo.

—Sé que lo entiendes.

—¿A qué has venido exactamente?

—Ya te lo he dicho.

—Sí, pero ¿por qué ahora?

—Porque necesito que escribas esos dos finales.

—Lo sé, quiero hacerlo.

—Y porque… quería advertirte de que Blanca nunca llegará a leerlo. Aunque tardes dos semanas en escribirlo. Aunque sean dos días. Tendrá que morir antes de que lea tu novela.

—¿Por qué?

—Porque para que pase lo que quiero que pase, Blanca debe estar muerta cuando escribas el final que es para ella.

—Eso es cruel.

—La vida es cruel a veces, e injusta, pero, para que todo encaje, en ocasiones debemos pasar por cosas malas antes.

—¿Como cuando te dislocas un hueso? Dicen que, al colocarlo de nuevo, el dolor resulta insoportable.

—Puedes verlo así. Necesito recolocarte el hueso. Y dolerá mucho.

—No estoy preparada.

—Nadie lo está. Y, Mel…, lo siento. De verdad que lo siento…

—Tranquila. Estamos bien. No me enfadaré. Tienes tus razones, al igual que yo tengo las mías.

—Gracias por entenderlo. Y, ahora, debería irme, estás a punto de despertarte.

—Solo una cosa antes de que te marches…

—Dime.

—No te lleves a Lars, por favor.

—Lars es un regalo, Mel. Y tú eres el suyo.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Isabel, como mi madre. Pero todos me llaman Isa.

Mel abrió los ojos. Y, como ocurre con los sueños, este se le olvidó, al igual que aquel hipocorístico que era una parte de un verdadero nombre, como el de Mel. No volvió a pensar en él, pero había despertado con una certeza que se le pegó al alma como el más resistente de los pegamentos: supo que el final de Blanca se acercaba, tan deprisa que nunca llegaría a leer lo que había escrito solo para ella.

18

Siguieron caminando durante horas, hasta que el sol comenzó a descender y a teñir de una lúgubre oscuridad los colores del paisaje. Encontraron una cueva pequeña cerca de un riachuelo y, a pesar de que Rivis podía ocultarse tras cada gota de agua que se encontraban, decidieron que era buena idea beber un poco. No ocurrió nada cuando llenaron sus cantimploras ni cuando los selmores introdujeron el hocico en el cauce para calmar la sed.

Amelia y Larion habían caminado todo el día en tensión, casi desnudos y sin hablar. Ambos miraban a uno y otro lado, analizaban cada sonido y se alertaban ante cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Porque, en la montaña de Sombia, hasta la más tierna mariposa era capaz de chuparles la sangre. No podían relajarse. Por eso, en cuanto atisbaron una cueva que lo único que ocultaba eran piedras y tierra, se instalaron allí. Ya ni siquiera confiaban en las frutas que crecían en los árboles ni en los animalillos aparentemente inofensivos que se encontraban correteando a su alrededor, por lo que decidieron cenar unas porciones de fruta de la Verdad.

En cuanto Larion cortó por la mitad el fruto, la viscosidad de la carne y su nauseabundo olor casi hacen vomitar a Amelia. No obstante, esta vez sí decidió probarlo. Cerró los ojos y mordió. Y, para su sorpresa, sí que estaba bastante rica. Todo en ese mundo la confundía. Las cosas que olían bien sabían fatal, como aquella infusión para el dolor que le preparó Larion una vez, o como esa fruta, que desprendía un olor pútrido y, sin embargo, estaba deliciosa. Todo parecía carente de lógica allí, y Amelia se encontró madurando la idea de si, algún día, podría llegar a acostumbrarse.

Miró a Larion y sonrió. El jugo de la fruta le había teñido los labios de un rojo ardiente al immorith. A ella debía haberle pasado lo mismo, porque Larion, al mirarla, levantó una mano y, con el pulgar,

le limpió la boca. Un rastro rojo sangre se pintó en su yema. Después se lo chupó y, como si nada, siguió comiéndose los trozos de esa fruta maloliente y sabrosa.

—Deberías descansar —dijo una vez se terminó su porción.

—Y tú también.

Él suspiró. Estaba cansado, igual que ella. Había sido un día agotador.

—Haremos turnos.

Amelia se levantó, salió de la cueva y se acercó al río. Se limpió la cara, las manos y cogió varias mantas de las alforjas, que ahora descansaban en el suelo. Nia y Ume dormitaban uno al lado del otro. Una vez en la cueva, dispuso las mantas en el suelo y se tumbó encima. Larion la observaba, no se perdía uno solo de sus movimientos.

—¿No deberías estar vigilando por si viene un ser oscuro a absorbernos el alma?

—Puedo hacer muchas cosas a la vez —replicó él.

—No me digas.

Larion se incorporó, sigiloso como un zorro. Se acuclilló frente a ella y acercó la cara a la suya, tanto que podían respirar el uno el aire del otro. Justo cuando ella estuvo a punto de lanzarse hacia su boca, él se movió, y una diminuta ráfaga de aire le rozó la oreja, produciendo un sonido de la piedra chocando contra metal justo detrás de su cabeza. Se giró en redondo y observó una de esas diabólicas mariposas ensartadas contra la roca.

—Como te he dicho —se relamió—, muchas cosas a la vez.

Esa vez sí juntaron las bocas. Amelia se dejó abrazar y se dejó amar, rodeada de muerte y tinieblas. Y, aunque no parecía el lugar más propicio ni el más romántico, su excitación no conocía límites decentes ni prudentes. No quería malgastar su valioso tiempo teniendo miedo. Se mecieron juntos hasta quedar derrotados, felices y hambrientos.

Amelia no soportaba la idea de poner punto final a ese camino. No podía. Se incorporó de golpe y miró a Larion a los ojos.

—¿Qué pasaría si no cumplo con mi parte? Si decidiera quedarme aquí, contigo…

Larion la besó.

—Pues Olia exigiría un rey en el trono. No permitirán otros cien años sin uno. No nos quedará otra que darles lo que quieren.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo.

Amelia se estremeció mientras Larion la colmaba de mordiscos y lametones en los labios, el mentón, el cuello…

—¿Por qué tenéis que mataros entre vosotros? ¿No podéis simplemente decidirlo entre todos? O el mismo pueblo… Sí, quizá podrían decidirlo ellos.

Otro beso la silenció.

—Por desgracia, no. Solo un único heredero está legitimado para portar la corona. Si hay más de uno, la corona no lo aceptará. Entraremos en guerra hasta que solo quede uno capaz de asumir esa responsabilidad.

—¿Y no hay forma de que ese heredero no sea un descendiente directo del rey? Un tío, un primo… No sé.

—Hasta que no muera el último, la corona no se planteará pasar a una rama del linaje más débil.

—Hablas de esa corona como si tuviera conciencia —dijo Amelia.

—Porque la tiene, y es despiadada, igual que Sombia.

Amelia calló, pensativa.

—¿De verdad seríais capaces de mataros los unos a los otros?

—No lo sé.

—Y tú… ¿tú ganarías?

—Podría ganar, si esa es tu pregunta.

—¿Y querrías hacerlo?

Larion se detuvo un segundo. Luego siguió con su hazaña de besar y besar meditando sobre un hipotético futuro así de salvaje y cruel.

—No quiero matar a mi familia, Amelia.

Quería preguntarle si lo haría por ella, pero le parecía una idea demasiado aberrante como para pronunciarla en voz alta. Además, ¿para qué? ¿Para unos cincuenta años más? Ella se haría vieja,

estaría arrugada y sería indeseable, especialmente para un macho vigoroso y hermoso que tenía siglos de vida por delante.

—Le traeré de vuelta —afirmó Amelia con un nudo en la garganta.

Larion atrapó con los dientes su labio inferior. Luego volvió a besarla. La cogió por las caderas y la puso a horcajadas sobre él.

—Sé que lo harás.

—¿Crees que está bien? ¿Crees que se espera que yo vaya a buscarle?

Larion se separó de ella y la miró a los ojos mientras le echaba el pelo hacia atrás.

—Ya lo sabe —afirmó.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que tú vas hacia la otra puerta. Estará preparado para cuando vuelvas.

Amelia soltó una risita, nerviosa.

—No, eso es imposible. —Pero Larion no sonreía. No era una broma—. ¿Qué me estoy perdiendo, Larion?

Él no se movió y Amelia se deshizo de sus brazos. Se bajó de las caderas de Larion para apoyarse sobre la sedosa manta que cubría la tierra. Decidió levantarse y coger su ropa, que había quedado desperdigada. Se vistió bajo la atenta mirada del immorith.

—Si te parece, ahora es un buen momento para hablar de eso que no pude decirte ayer.

Amelia asintió despacio. Luego se sentó a su lado.

—Blainar y yo compartimos algo más que la magia —contestó incorporándose. Estaba desnudo, y Amelia no pudo evitar otro ramalazo de deseo y ternura y anhelo. Lo ahuyentó. Debía centrarse —. No sé cómo, pero de alguna manera la magia de nuestra madre debió afectarnos. Por eso de que éramos dos en una misma gestación.

»Ella era capaz de proyectar sentimientos, emociones o visiones en los demás. Jugaba con las mentes como si fueran maleables. Era capaz de hacerte ver recuerdos de otra persona, o de hacerte sentir el dolor ajeno. Ella debió depositar parte de su magia en nosotros. Sin quererlo, hizo que una gota de la magia y un trocito

del alma de cada uno se instalasen en el otro. Al igual que nuestros ojos. —Tanto el azul como el verde la miraban, clavados en ella—. No sé cuál habría sido mi color de ojos de no haber compartido útero con Blainar, pero estoy seguro de que uno de los míos lo tiene él, y yo tengo uno de los suyos.

Amelia comenzó a tiritar. De repente hacía frío a pesar del calor que irradiaba el príncipe.

—No entiendo…

Él se quitó la manta, dejando al descubierto su desnudez, y cubrió a Amelia con ella. Ahora tiritaba y sudaba al mismo tiempo. Ese sudor frío era tan desagradable… El macho se levantó, cogió su ropa y se vistió mientras hablaba.

—La primera vez que ocurrió éramos unos críos. Yo de repente sentí un dolor agudo en la pierna, como si se me hubiera rasgado la piel y el hueso. Fue un instante nada más, pero eso no evitó el grito de dolor que solté al sentirlo. Y luego vino la visión de la sangre. Era como si la viera con mis propios ojos: una rodilla y un muslo, muy parecidos a los míos, con una aguja de hielo clavada de lado a lado. Supe al instante que era de Blainar.

»Cuando corrí hacia él, sollozaba. Yo, cada pocos segundos, volvía a sentir aquel dolor infernal, que me quemaba y me desgarraba. Cuando esos episodios terminaban, todo volvía a ser normal. Blainar tardó una eternidad en conseguir derretir esa estaca de hielo. Esas sensaciones eran un reflejo de lo que estaba sintiendo el otro. Duraban lo mismo que un latido; era un tiempo efímero en apariencia, pero se adhería a mí como si fueran parte de mi propio dolor. Al principio él no me creía, pero cuando luego me pasó a mí algo parecido, él lo sintió también. Comenzó siendo con dolor. La pena, la alegría, la decepción, el miedo, el amor, la frustración… eso vino después. —Larion terminó de abotonarse la camisa y se sentó junto a ella, aferrando una de las manos de Amelia como si fuera un ancla. Su pulgar acariciaba la suave piel de ella—. A medida que crecíamos, nuestra magia parecía entrelazarse más, al igual que las visiones y las emociones. Había épocas en las que los dos sentíamos lo mismo y ya no sabíamos si el sentimiento era nuestro o del otro. Fue un caos. Hasta que aprendimos a controlarlo. Al igual que

nuestra magia, ese control era cuestión de mucha práctica. Descubrimos cómo aislar los sentimientos del otro, esos pálpitos de emoción, para que no interfirieran con los propios. Tardamos décadas en conseguirlo. Nunca los dejamos de sentir, siempre están ahí, pero ahora son simples latigazos, como una brizna de viento o una de las innumerables estrellas en el cielo. Y las visiones duran pocos segundos, a veces solo unos instantes diminutos. También aprendimos a ignorarlas si el sentimiento que las acompañaba no era de nuestra incumbencia. Pero si, por el contrario, era un grito de ayuda, acudíamos siempre el uno para salvar al otro. —Larion le apretó la mano—. Siempre hemos sido uno, Amelia.

—¿Qué me quieres decir, Larion?

Él la miró a los ojos, y entonces cogió aire.

—Recuerdo el primer pálpito que tuve cuando Blainar conoció a Yuriel. No era mi emoción, claro, yo ni siquiera estaba con él. Pero el sentimiento me desbordó. Fue como respirar tras estar mucho tiempo bajo el agua. Cuando el pálpito terminó, sentí una especie de vacío. Luego volví a sentir esa emoción. Una y otra vez. Lo que sintió Blainar al conocer a Yuriel fue desbordante. Y no paraba de sentirlo, con tanta intensidad que era abrumador. Incluso aislando esos sentimientos, estos traspasaban los muros que yo mismo había levantado durante más de dos siglos. Me dije que no quería conocer a Yuriel hasta que tuviera claro que podía levantar más muros, más gruesos e impenetrables, porque necesitaba dejar de sentir aquello. Necesitaba dejar fuera de mí a Blainar.

Larion entonces se tumbó en el regazo de Amelia y, con la cabeza en sus muslos, ella comenzó a hacerle nudos en el pelo. Él cerró los ojos y siguió hablando.

—Nunca antes ninguno de los dos había sentido algo así, tan increíblemente atronador. Y, a medida que se conocían más, fue más complicado de aislar. Y cuando se acostaban, por los cinco dioses, eso era lo peor. No para Blainar y, en realidad —rectificó—, tampoco para mí. Porque yo sentía lo que él sentía… Fue tremendamente incómodo.

»Nunca llegué a decirle a Blainar aquello. Me daba vergüenza y no quería privarlo de esa intimidad, que era suya. Yo creo que

pensaba que estaba celoso de ellos, pero la realidad era muy distinta. Yo me alegraba infinitamente de la felicidad de mi hermano, pero esas emociones no me pertenecían, y yo comencé a enloquecer. Comencé a beber demasiado y frecuenté camas ajenas con extrema frecuencia. Tenía que quitarme aquello de la cabeza de alguna forma. Tenía que saber que yo seguía sintiendo algo por mí mismo.

»Por las noches bebía y me acostaba con cualquier hembra, y por las mañanas practicaba levantando muros, aislándome más y más. No lo conseguí. El amor que sentía Blainar era tan fuerte que yo mismo pensé estar enamorado de Yuriel también, pensé en desearlo a él también. Y, por desgracia, no lo conseguí… Nunca llegué a aislarlo del todo.

—Larion… —susurró ella. Luego se agachó y le dio un beso tierno en los labios. Él sonrió.

—Luego llegó la epidemia, y Yuriel enfermó. No te hablaré de lo que sintió Blainar, pero nunca había sentido tanto miedo, impotencia y sufrimiento. Fue horroroso sentir tan intensamente algo que no es tuyo, que no te pertenece. Comprendí a mi madre, y por qué se mantuvo al lado de un tipo como mi padre hasta el final. Ellos fueron pareja, al igual que Blainar y Yuriel. Y, si todas las parejas sentían eso…, creo que daba igual todo lo demás. Ese sentimiento estaba por encima del bien y del mal, de la locura y la realidad, de absolutamente cualquier cosa.

Amelia acariciaba ahora la mejilla de Larion. Su dedo seguía los contornos de su cara mientras él relataba todo aquello. Estaba absorta en lo que en su mundo parecería un cuento, en una historia que le costaba comprender, pero que la desgarraba palabra por palabra. Por Blaine. Por Larion. Incluso por Yuriel y el destino que corrió después.

—Y entonces Blaine mató a vuestro padre —siguió ella.

Larion asintió y abrió los ojos.

—Así supe dónde estaba. Esa culpabilidad me atravesó con un pálpito y vi a nuestro padre con una espada hecha de hielo clavada en el pecho. Su sangre se derramaba y manchaba la hierba. Se lo dije a mis hermanos y todos acudimos a la puerta. Pero, antes de

llegar, ya supe que la había cruzado. —Respiró profundamente—. De repente sentí la ansiada ausencia de emociones. Sentí la libertad. Sentí que flotaba después de estar tanto tiempo bajo unas olas tormentosas. Es horrible decir esto, pero, si Blainar no hubiera entrado en tu mundo, yo me hubiera buscado la manera para desaparecer de este. No aguantaba más.

—Pero Blaine debió sentir lo que tú sentías también, tu dolor…

Larion negó con la cabeza.

—El amor y la pena por Yuriel le hizo aislarse de todo lo demás. Mis sentimientos no eran tan fuertes como los de él y sus muros siempre fueron más gruesos que los míos.

—Pero, entonces, ¿ya no volviste a sentir nada?

Él volvió a negar.

—Sentía algo, pero era muy lejano. Completamente manejable, y muy de cuando en cuando. Sentí durante cincuenta y nueve años ese amor, la desesperación y, de nuevo, la impotencia y el miedo. Cada año esas emociones eran mayores. Hasta que un día solo quedó el amor y el dolor de la ausencia. Entonces supe que Yuriel había muerto. Ese sentimiento siempre está; a veces viene con más fuerza, pero no me desgarra como al principio.

—¿Por eso sabías lo que sentían las parejas? Esa vez que me hablaste de ellos…

—Sí —contestó él, ronroneado por las caricias.

Ella suspiró.

—No has terminado, ¿verdad?

—Ni mucho menos…

Larion abrió los ojos y la miró. Estaban vidriosos, húmedos.

—Vale. —Amelia respiró hondo—. Sigue.

Él volvió a cerrarlos.

—Un día cualquiera, hace unos diez años, más o menos, apareció una imagen y un sentimiento. Blainar sentía curiosidad y algo más… Una especie de conexión. En la imagen estabas tú.

—¿Yo?

Larion sonrió. Sus párpados seguían cerrados, y de sus pestañas prendían dos perlas de agua.

—Tú.

—Ya me habías visto antes… —comprendió ella.

—Sí. Muchas veces, Amelia. —Larion abrió los ojos y una diminuta lágrima se quedó adherida a la comisura de su ojo azul pálido. Ella se la enjugó y Larion se incorporó para sentarse frente a ella. Se llevó la mano de Amelia a la mejilla y se frotó con su tacto.

—Sigue —rogó ella.

La sonrisa canalla de Larion le hizo poner los ojos en blanco. Él siguió sonriendo cuando comenzó a hablar.

—Pasó una semana hasta que volví a verte otra vez. Como en la primera ocasión, tan solo duró un instante, pero tu imagen no se me quitaba de la cabeza. Y así fue las veces siguientes. Cuando te veía, te mantenía durante el resto del día en la mente.

»Me hacía preguntas: quería saber quién eras, qué tenías con mi hermano, necesitaba saber tu nombre, tu edad, tu color de ojos, que aún no había podido verlos de cerca… Quería saber todo sobre la mujer humana que había provocado eso en Blainar. —Amelia puso cara de sorpresa y las manos comenzaron a temblarle ligeramente. Larion se dio cuenta y besó sus nudillos uno a uno, mientras seguía relatando—: De vez en cuando, me seguían llegando ramalazos de amor procedentes de él y, desde que habías aparecido en su vida, me pregunté si eran para ti. Pero pronto comprendí que eran los mismos que había sentido siempre; eran de Yuriel, no tuyos. Y eso, de algún modo, me tranquilizó. Él seguía sintiendo lo mismo por él, aunque ya no estuviera. Todo seguía siendo más o menos normal. Pero pronto comenzaste a aparecer muchas veces más. Casi cada día, disminuyendo los pálpitos de añoranza y ausencia, y sustituyéndolos por alegría y amor fraternal. Entonces comprendí que Blainar había encontrado a la familia que le faltaba en ese mundo.

Amelia, más calmada, sonrió emocionada.

—Yo siento lo mismo por él —confesó—. No tengo hermanos, pero estoy bastante segura de que a Blaine le quiero como si lo fuera.

Larion asintió y entrelazó los dedos con los de ella.

—Pasaron los meses y, una noche cualquiera, soñé contigo. En el sueño yo era Blainar, veía a través de sus ojos. Y siempre te veía a

ti: moverte, reírte, pegarme, entrenar, comer, hablar… No te oía, pero siempre procuraba fijarme en tu boca e intentar comprender lo que decías. Era tan real que a veces olvidaba que quien estaba contigo era Blainar y no yo. Cuando despertaba, solo quería volver a dormir para soñar contigo otra vez. —Larion parecía avergonzado, y Amelia, a pesar de lo perturbador de la historia, atrapó las manos del immorith entre las suyas—. Soñar o vivir… porque aquello no eran sueños procedentes de mi imaginación.

»Mi mente nunca hubiera podido recrear un mundo como el tuyo, con esa ropa, esos objetos extrañísimos, esos edificios… Todo era tan diferente que sabía que tenía que ser real. De alguna manera, mientras mi mente entraba en letargo, yo conseguía ver a través de los ojos de mi hermano. A veces tú no aparecías, y eso me decepcionaba, dejándome un humor de perros todo el día. También me sentía decepcionado conmigo mismo, avergonzado por permitir que una vida que no me pertenecía se hubiese colado así en la mía. Estabas en mi mente todos los días y todas las noches. Y no entendía por qué. Sabía que lo que sentía Blainar por ti era fuerte, pero más era el sentimiento y el amor hacia Yuriel, y jamás vi tantas imágenes como vi tuyas, ni soñé con él como soñaba contigo. Nunca. Pero llegaste tú. —Larion clavó los ojos en Amelia—. Y lo cambiaste todo.

—Joder, Larion.

Él respiró profundamente.

—Me enamoré perdidamente de un sueño, Amelia. Me enamoré de ti y no te conocía todavía. Y tenía la certeza de que nunca te conocería. ¿Cómo iba a hacerlo? Y eso me atormentaba, pero al mismo tiempo me aliviaba saber que Blainar estaba contigo, que podría verte a través de él. Aprendí a conformarme con eso y seguí metiéndome en sus ojos noche tras noche. No sé cómo lo hacía, era de manera inconsciente. Tampoco sé si hubiera conseguido reprimirlo, porque no hice nada por evitarlo. Así como procuré levantar todos los muros posibles cuando pasó lo de Yuriel, contigo hice todo lo que estuvo en mi mano por destruirlos.

Amelia estaba confundida. Por una parte, se sentía expuesta y engañada. Llevaba diez años siendo espiada sin ser consciente de

ello. Si hubiera sabido que a través de los ojos de su amigo había otra persona observándola, seguramente hubiese estado cohibida, o incluso hubiese terminado separándose de su amigo. No soportaba la idea de haber sido contemplada por un extraño sin saberlo. ¿Había sido eso una especie de violación a su intimidad? ¿Debía sentirse ofendida, asustada o espantada? ¿Dolida, quizá? Suspiró y cerró los ojos.

Intentó ponerse en la piel de Larion, ordenar sus emociones. Pero así, con los párpados cerrados, comprendió que ella hubiera esperado noche tras noche para contemplarle a él también. Hubiera querido admirar su forma de moverse, de hablar, de entrenar, de comer… Amelia estaba completa y perdidamente enamorada de ese ser inmortal y hubiera hecho cualquier cosa por quedarse más tiempo con su imagen en la cabeza. Eso también la atormentaba a ella. La enloquecía terriblemente.

Larion la dejó seguir pensando, pero, al cabo de unos minutos, siguió hablando. Al parecer había más cosas que decir.

—Creo que Blainar lo supo. No sé cómo, pero mis sentimientos debieron colarse por su pálpito de alguna manera. Debió saber que me había enamorado de ti y quiso darme lo que él había tenido con Yuriel. Amelia… —Unos dedos le levantaron el mentón y ella se obligó a mirarle a los ojos—. Creo que Blainar planificó lo que fuera para que tú y no él entraras aquí

—¡¿Qué?!

—Cuando te vi cruzar la puerta desde sus ojos, no sentí horror, tampoco terror ni tristeza; mucho menos preocupación. Sentí alivio, y no era mío, te lo aseguro. Era de él.

—No lo entiendo.

—Puedes preguntárselo cuando lo veas, pero estoy seguro de que él sabía que pasarías tú en su lugar. Desde que llegaste aquí, no he sentido más que dos o tres pálpitos, y en ellos solo hay calma. Yo, por mi parte, estoy seguro de haber estado mandándole pálpitos de otras emociones continuamente.

—Pero tú… —Ahora lo miraba con enfado. Por alguna razón, se sentía más engañada que nunca—. Tú me trataste fatal cuando nos conocimos, Larion. Y, si sentías eso por mí, joder, no está bien. Has

estado todo este tiempo ignorándome y siendo un puto cretino conmigo.

—Me asusté. No esperaba verte aquí. Esperaba volver a ver a mi hermano y lamentar el hecho de que no volvería a soñar contigo. Me había estado mentalizando para ello, y tenerte aquí me rompió todos los esquemas. Ese día entendí lo que hizo Blainar… Supe que quiso que nos conociéramos, y esta fue su forma de hacerlo. Pero lo que consiguió fue mil veces peor. ¿De verdad pretendía que te conociera y luego te dejara marchar? Él tenía que saber que necesitábamos que volviera. Él fue quien mató a nuestro padre y, por tanto, conoce las consecuencias de reinar. No debió pensar bien las cosas, porque, si lo hubiera hecho, jamás te hubiera puesto en peligro de esta manera.

—¿Estás enfadado con él? —preguntó, asombrada.

Larion se puso tenso.

—Claro que estoy enfadado —gruñó—. Él debía saber que haríamos lo posible por traerle de vuelta. También sabe de la existencia de la otra puerta y, a pesar de lo difícil que es venir hasta aquí, de lo peligroso que es, decidió que valía la pena arriesgar tu vida solo para que yo te conociera. Por supuesto que estoy enfadado, aunque lo hiciera por mí. Pero… yo jamás hubiera jugado así con tu vida. Y, si eso significaba no conocerte nunca, lo hubiera aceptado. Ya lo había aceptado, Amelia. Y ahora no puedo dejarte. No después de haberte conocido.

—¿Qué quieres decir, Larion?

Su mirada mostraba determinación, era firme e inquebrantable.

—Entraré contigo. Te ayudaré a buscar a Blainar.

—Pero entonces quedarás atrapado en mi mundo. No podrás volver hasta dentro de cien años, Larion. ¡No puedo permitir eso!

Amelia se levantó de un salto. Se estaba mareando, veía borroso y el corazón le latía demasiado deprisa. El príncipe se levantó, ahora más tranquilo, le cogió de las muñecas y la miró a los ojos.

—Dime qué sientes por mí. Y dime la verdad —rogó él.

—Lo que siento es que me *putoahogo*, Larion. No puedes venir conmigo, no lo soportaría.

—¿Qué es lo que no soportarías? —preguntó arqueando las cejas—. ¿Tenerme al lado toda tu vida o que yo me quedara atrapado allí sin poder volver?

—Lo segundo, joder. ¿Cómo no iba a querer estar contigo lo que me queda de vida? Se me antoja demasiado corta. Porque jamás tendré suficiente contigo, siempre querré más. Dentro, fuera y rodeándome. Pero no puedo hacerte eso. —Una cascada de lágrimas comenzó a brotar descontroladamente de sus ojos—. Me haré vieja, Larion. Es jodidamente turbio que sigas conmigo cuando sea una anciana. Has visto lo que hace la vejez, ¿verdad? Tu padre se encargó de que todos aquí lo supieran. Blaine hizo lo que hizo para que ninguno de vosotros tuvierais que soportarlo. Y ahora tú pretendes tirarte de cabeza a una puñetera tortura. No quiero que me veas vieja, no quiero que veas cómo me muero cada día, poco a poco. Cómo a lo mejor un día no recuerdo quién eres o lo que hicimos juntos. No quiero que veas eso, ¿no lo entiendes? Prefiero que me recuerdes como estoy ahora. ¿Y si me muero antes? Puedo contraer una enfermedad mortal, puede atropellarme un coche o puedo caerme en la ducha, darme en la cabeza y quedarme en una silla de ruedas de por vida. Me moriré algún día, Larion. Quizá en cincuenta años, quizá en veinte. ¿Qué harás tú después? ¿Qué harás cuando yo ya no esté en un mundo que no te pertenece?

Amelia lloraba como no había llorado jamás. Se ahogaba. Se moría lentamente. Se le desangraba el alma solo de pensar en esa posibilidad. Y dolía. Siguió hablando, sollozando…

—En mi mundo las parejas tienen sentido porque envejecen juntas. Y ya quedan pocas de esas. Nos da miedo que nos vean como ancianos incapaces. Un día somos jóvenes e inteligentes, y al siguiente somos vejestorios tontos y desfasados. Mi mundo va demasiado rápido, Larion. Yo, más pronto que tarde, seré una de esas viejas inútiles que la sociedad tanto detesta. Seguro que cuando veas que mi piel se arruga, mis huesos se quiebran y mi mente se vuelve lenta, te arrepentirás entonces. Tú, que seguirás siendo así. —Amelia le observó de abajo hasta arriba, deteniéndose en su figura increíblemente esbelta y hermosa—. Yo no. Yo no… —

Respiró profundamente y cuadró los hombros—. No, Larion. No quiero que vengas conmigo.

Larion le cogió la cara entre las manos, acercó su nariz a la suya y aspiró su respiración agitada. Él estaba tranquilo, parecía que ya había tomado una decisión y que nadie ni nada podría hacer nada por cambiarla.

—Joven o vieja. Sana o enferma. Aquí o allí. Nunca podré quitarte de mi piel ni de mi cabeza. Tengamos el tiempo que tengamos, quiero pasarlo contigo. Por favor —suplicó—, déjame pasarlo contigo.

Larion la besó en los labios, empapados de lágrimas. Él saboreó esa sal y la lamió con su lengua. Procuró llevarse la pena y el disgusto de Amelia y disiparlo con el amor que guardaba en su boca. Pero una voz sensual, lenta y poderosamente atrayente, los sorprendió en el peor de los momentos.

UN OLVIDO EN FORMA DE BOLLO

—Quiero que conozcas a mis padres —dijo Lars mientras le daba un mordisco a un bollo de canela que había preparado Mel la noche anterior.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque haces bollos riquísimos.

Mel rio.

—¿Solo me quieres por mis capacidades culinarias?

—Te querría aunque no supieras freír un huevo, pero reconozco que estos bollos hacen que te quiera aún más. —Él se inclinó para darle un beso con restos de canela y azúcar en los labios—. Y tú…, ¿quieres conocerlos?

—¿Conocer a quién? —La voz de Ana se coló en la conversación. Su figura llegó segundos después, sentándose en una de las tres sillas vacías y alargando el brazo hacia uno de los bollos que descansaban sobre un táper de plástico en mitad de la mesa—. No sé si traer pastelitos a un bar es de buena educación, amiga. Pero te felicito, esto está bueno de cojones.

—A sus padres —contestó Mel con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Un poco pronto, ¿no? —dijo Ana mirando a Lars—. A ti lo que te pasa es que quieres presionarla para que no se te escape, y el factor familia es un punto importante. Buscas que se encariñe con tu pobre abuelita y tu papi regordete.

Lars casi se atraganta. Tosió varias veces antes de hablar.

—¿Tan predecible soy?

Ambas rieron.

Ana se tragó dos bollos más hasta que Blanca y Nico aparecieron por fin. A Mel se le hizo un nudo en el estómago al ver a su amiga. Estaba realmente pálida y sus labios tenían costras. Sin embargo, su hoyuelo seguía decorando la mejilla izquierda. Entonces la mirada de Blanca se paró en Lars, entrecerró los ojos y, tras una breve sacudida de cabeza, volvió a sonreír mientras se sentaba entre Ana y Nico. Volvió a mirarle. Parecía realmente confundida.

—¿Blanca? ¿Estás bien? —preguntó Mel, preocupada.

Ella osciló su mirada entre Lars y ella unos instantes.

—Sí, sí, perdón. Por un momento no esperaba ver aquí a… — Se quedó pensativa, buscando una respuesta sin encontrarla.

—Lars —dijo Mel.

—Sí, Lars —sonrió de nuevo—, encantada de conocerte.

Aquel era el tercer viernes que Lars acudía junto a Mel a su quedada de siempre. Por tanto, Blanca ya había estado junto a él en varias ocasiones. Habían bromeado y habían conversado. Ya se conocían…

Él carraspeó y se irguió en su asiento. Después hizo gala de una templanza impropia de alguien que se ve en una situación tan incómoda como aquella. Sonrió a Blanca y le tendió la mano.

—Encantado, Blanca.

Después de eso, una desagradable sensación se instaló en cada uno de ellos. No solo había olvidado a Lars, también había llamado «palmeras» a los bollos de canela y no había sido capaz de decir «café», sino «ese líquido negro al que le echas leche».

Nico decidió dar por terminada la quedada un poco antes de lo debido, viendo que la espesa confusión de su mujer iba en aumento a medida que pasaba la tarde. Todos les dimos un abrazo antes de que se marcharan de vuelta a casa. Ana le dio un apretón en los hombros cuando se despidieron. Sabían lo que aquello significaba para Blanca, pero no estaban preparadas para que sucediera. ¿Quién podría estarlo? El balancín en el que las tres se mecían se desequilibraba. Y la caída parecía inminente.

Cuando volvieron a estar solos, Mel decidió no hablar de ello; si lo hacía, corría el riesgo de desmoronarse.

—Sí, quiero conocer a tus padres.

—¿Estás segura? —preguntó Lars con los ojos muy abiertos.

Ella asintió.

—¿Por qué esperar?

—No sé… Hace nada te daba miedo hasta que les hubiera hablado de ti.

—Ya no me da miedo eso. Confío en nosotros. —Le cogió las manos y clavó su mirada en la de color cielo cristalino de él—. Tú eres mi regalo, y ya es hora de que el mundo entero se entere de que yo soy el tuyo. No quiero perder el tiempo.

19

—Enternecedor. —Ambos abrieron mucho los ojos y giraron el cuello hacia el dueño de aquella voz—. Yo podría unirme, si me lo permitís. Hace décadas que nadie pasa por aquí, y ya estoy fatídicamente aburrido. ¿Qué me decís? ¿Me hacéis un hueco?

Era un immorith. O al menos algo muy parecido a uno. Y uno muy bello, sin duda. Era alto y esbelto y tenía el pelo negro recogido en una cola de caballo que le caía sobre el hombro hasta el ombligo. Sus labios eran del color de las fresas maduras y sus ojos, tan oscuros que se fundían con la noche que se les había echado encima. Vestía una bata y unos pantalones holgados. Iba descalzo.

—¿Quién eres? —exigió saber Larion con voz rasposa.

—Oh, por supuesto, no me he presentado aún —sonrió el ser acercándose un paso—. Mi nombre es Menme. —El ser hizo una reverencia exagerada, luego siguió sonriendo y hablando—: Como decía, llevo solo mucho tiempo y, al veros, me han entrado ganas de acercarme a saludar. Parecéis una pareja perfecta. Pero —dijo haciendo un puchero exagerado— es una auténtica pena que ella no crea ni una palabra de lo que acabas de contarle, príncipe de Olia. —Rio—. Eres sin duda un mentiroso excepcional —dijo mirando a Amelia, aunque esas palabras fueran para Larion.

Ella, en ese momento, se sintió furiosa. ¿Cómo era posible que le hubiera mentido de esa manera? ¿Qué pretendía diciéndole esas cosas?

—¿Me has mentido? —le preguntó exasperada.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! —Larion la miraba, horrorizado.

—Oh, por supuesto que te ha mentido. Y tú a él, ¿a que sí? —Su mirada ahora se centró en Larion—. Verás, Larion, príncipe de Olia, Amelia te ha utilizado para que la lleves de vuelta a su hogar.

Pero tú no significas nada para ella. No eres nadie. De hecho, te detesta.

Larion pestañeó varias veces, después miró a Amelia a los ojos y sus labios se contrajeron. Pena. Había una pena desmesurada en su mirada. Y decepción. Oh, no… Esa era la mirada de un corazón roto. Pero ¿por qué había dicho eso Menme? Ella no lo detestaba y por supuesto que significaba algo para ella. Larion se había convertido en la cosa más especial y preciosa que le había sucedido nunca. Conocerlo había sido un regalo y, a pesar de que le hubiera mentido diciéndole que compartía ojos con Blaine, ella le seguía deseando, le seguía queriendo. No le detestaba. Eso no era verdad. Y necesitaba que él lo supiera.

—Eso no… Yo no te detesto, Larion —dijo cogiéndole la mano.

Él se la soltó con brusquedad.

—Mi cometido no es otro que llevarte a la puerta y así lo haré, mujer.

—¿A qué viene ese cambio de actitud?

Larion la miró, consternado.

—¿Y el tuyo? ¿Has estado mintiéndome? ¿Lo de ayer no significó nada para ti? ¿Lo que acabamos de hacer tampoco?

—Joder, claro que sí.

—No me mientas, mujer —rugió él.

—Tú eres el mentiroso aquí. ¿Que compartes ojos con Blaine? —Amelia se rio sarcástica—. ¡Eso no es verdad! ¿Pretendías que me enamorara de ti con ese cuento de mierda?

—Yo no miento —gruñó.

—Pues yo tampoco —sentenció Amelia.

Estaba muy confundida. De alguna manera, sabía que Larion decía la verdad, que él no mentía. Y, sin embargo, ¿por qué también sabía que le había mentido contándole aquello? Algo no cuadraba. Algo no estaba bien… Se llevó las manos a los ojos. La confusión se deslizaba por la cabeza de Amelia, como si una bruma de niebla se hubiera instalado en su mente, impidiéndole pensar con claridad.

Escucharon un aplauso y una risa histriónica. Ambos se giraron hacia Menme, que los miraba con los ojos desorbitados y una sonrisa de oreja a oreja en la boca.

—Qué maravilla. ¿Sabéis lo que también queréis? A mí. Me deseáis tanto que no podéis aguantar. Queréis compartirme, ¿a que sí?

Amelia se quedó mirándolo, extrañada. Una inusual necesidad se instaló en su vientre, en su pecho, en su barriga. Lo quería. Quería a ese ser bajo su piel. Y quería ver cómo Larion también lo poseía junto a ella.

—Olvidaros del otro y centraos en mí. Eso queréis, ¿a que sí? Me queréis a mí.

Ambos se acercaron a él con las pupilas henchidas de deseo y desesperación. Menme se quitó la bata y les tendió la mano. Amelia fue la primera en cogérsela. Sintió su tacto y algo dentro de su cuerpo se removió. El ser se inclinó para besarle y puso sobre los de ella aquellos labios húmedos que la reclamaban con ansiedad. La mente de Amelia estaba en blanco. Seguía unas órdenes que cumplía de forma automática, sumisa, sin poder frenarse lo más mínimo. Se movía por inercia.

—Eres mía, ¿a que sí? Solo mía.

Suya.

Suya.

Suya.

¿Suya?

Los labios de Menme volvieron a poseerla.

Suya.

Ella era suya.

De él.

La bruma crecía y crecía, embotando su mente y su cuerpo, que parecía moverse sin su consentimiento. Todo a su alrededor se estaba volviendo acuoso e incoloro.

Menme se separó de ella y se giró hacia el immorith, que los miraba en tensión. Amelia se centró en esos ojos, que entonces oscilaron hacia ella.

Uno azul pálido y otro verde esmeralda.

Suya.

Suya.

De él.

Sí.

No de ese otro.

Ella pertenecía a aquellos ojos que, por alguna razón, ahora solo la contemplaban a ella.

Y entonces ocurrió todo de golpe.

Un grito ensordecedor.

Fuego.

Más gritos.

Humo.

Olor a carne quemada.

Y entonces la luz.

El silencio.

El calor.

Los colores.

A medida que recuperaban la consciencia, Larion y Amelia observaron el cuerpo calcinado de Menme sobre la tierra seca.

—Me cago en la puta.

Amelia vomitó en la tierra, a escasos metros de ese cuerpo que hace tan solo unos segundos había jugado con sus mentes. Corrió hacia el riachuelo y se limpió con ahínco, frotándose la boca hasta dejarla dolorida. Comenzó a sollozar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto Larion se situó a su lado.

—No lo sé, creo que… ha intentado confundirnos. De alguna manera, obedecía a pies juntillas todo lo que decía.

Amelia asintió. Ella había sentido lo mismo.

—Cuando dijiste que no mentías, te creí —confesó—. Pero también creí que me habías mentido. Ha sido muy confuso.

—Creo que haber cenado la fruta de la Verdad ha ayudado a darnos un poco más de claridad.

—Joder. —Se llevó las manos a la boca ahogando una arcada —. Ha sido horrible.

Volvió a frotarse violentamente los labios con el agua del río, tremendamente asqueada y violentada y aturdida. Lloraba de desesperación, pensando en lo que podría haber pasado si hubieran seguido adelante. Como marionetas. Sin decisión. Sin voluntad.

¿Qué hay más terrible que obligarte a desear algo a la fuerza y olvidar tus propios deseos?

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Amelia.

Tenía tantas preguntas atoradas en la mente que no sabía ni por cuál empezar. ¿Cómo había conseguido Larion zafarse de esa bruma que apelmazaba sus mentes? ¿Cómo se había dado cuenta de que no era real? ¿Cómo sacó fuerzas para luchar?

—Supongo que escuchar a un payaso decir que eres suya me ha puesto un poco celoso.

—¿Un poco?

—Lo suficiente como para despertar y querer matarlo. No tengo un buen temperamento.

—No me digas —sonrió ella con la vista borrosa por las lágrimas, después se dio cuenta de algo que la dejó helada—. Has matado a alguien, Larion...

—Eso no era alguien, Amelia... —La tranquilizó él.

Larion le cogió las manos y se inclinó para besarla en los labios. Un beso tierno, tan repleto de amor y respeto que borró el sabor de esa otra boca.

La levantó y ella se acurrucó en su pecho. Volvieron a tumbarse en las mantas y se quedó dormida amarrada a él. Segura y mecida por el pálpito de su corazón, que latía solo por ella.

UNA MENTIROSA DEMASIADO EXIGENTE

Mel sabía que no debía verlo, que solo le haría más daño. Se enfadaría y se frustraría, como ocurría siempre. Pero la necesidad de saber era más fuerte que la sensatez y cada tarde se metía en las redes sociales, en el perfil de Fantastic Abby, y miraba con horror cada nuevo *post* en el que hablaba de su nuevo libro.

Había fotos en las que salía escribiendo en un ordenador nuevo de última generación, con el ratón de color rosa pastel, un teclado a juego y un montón de archivadores de diseño con bloques de pósits y bolígrafos de colores que no se habían usado en la vida. Todo estaba perfectamente dispuesto, asquerosamente bien organizado. Incluso había algún que otro papelito colocado de manera estratégica, con anotaciones sutilmente visibles para el espectador, ávido de información sobre esa novela tan esperada. Los libros que al principio le había recomendado como ejemplos a seguir estaban escrupulosamente expuestos tras ella, en una estantería repleta de ediciones especiales puestas del revés, dejando a la vista los cantos pintados. Esos que las editoriales utilizan para engañar a los lectores, empujándoles a gastar más dinero en libros que ya tienen.

Todo era una maldita farsa. Una mentira absurda. Dolorosa y punzante. Una que ella misma estaba protagonizando bajo la sábana de un fantasma. Sin ser vista. Escondida. Cuánto lo odiaba.

Su libro estaría allí, entre todos aquellos. Uno más entre miles iguales. Uno que, antes de salir al mercado, ya habría pasado por las manos de todos los *bookinfluencers* más famosos. Los mismos que luego irían a un evento disfrazados de *su* Larion y de *su* Amelia, y más preocupados por la foto promocional que debían subir a sus redes que por la historia en sí, la cual muchos ni se habrían llegado a terminar.

No podía soportar aquella pantomima. Todo giraba en torno a las influencias, al dinero y a la fama. Las historias habían dejado de

importar realmente. Ahora se buscaba la visibilidad, la escritura fácil y adictiva, sin pensamiento crítico. Las ventas rápidas y sin conciencia, las portadas bonitas y los cantos decorados con tinta. ¿Qué pasaba con la literatura? ¿Qué había sido del amor por las palabras? ¿Qué había pasado con el deleite del lenguaje, del significado oculto, del crecimiento y la enseñanza? ¿Dónde había quedado la crítica social, las historias diferentes y las narrativas originales?

Fuera. Habían quedado fuera del alcance. Allí, en las estanterías apartadas de las librerías. En los estantes donde hay que mirar hacia arriba para poder leer los lomos, un ejercicio que muchos deciden no hacer, por falta de interés o pura pereza. Porque ahí arriba están los libros aburridos, sin portadas brillantes ni diseños creados mediante inteligencia artificial. Esos libros habían quedado en un segundo plano, olvidados, muertos.

Mel estaba harta. Y cansada. Vivía la eterna dualidad de no querer escribir un libro que se incluyera en esa industria mercantilizada, pero la necesidad de escribirlo y ofrecérselo a su amiga, a su pareja y a ella misma. También había algo que la frenaba. Y es que Mel tenía la desagradable sensación de que, cuanto más se aproximase al final, antes se quedaría sin su amiga.

Blanca estaba suspendida en cada palabra que ella escribía y, a medida que se acercaba al final, su vida se apagaba. El libro estaba ligado a su vida. De alguna manera lo sabía, aunque no entendiera bien por qué.

Pasaron los días y la presión que sentía Mel se hacía cada vez mayor. Desde aquel fatídico intento por conversar con Abby, su relación se había enfriado, si es que alguna vez había sido cálida. Al menos al principio fue relativamente cordial, de eso estaba segura, pero esa fingida amabilidad había dado paso a una detestable dureza en el trato mutuo que se dispensaban.

Todos los días, Abby le exigía el manuscrito, quería cerciorarse de que la historia seguía y que Mel hacía lo que le pedía. Pero, para desgracia de la *influencer*, el dinero y las imposiciones de una no

eran ni mucho menos capaces de alterar a Mel, porque lo tenía claro: iba a escribir esa historia como ella quisiera. Sí, le daría a Abby su final feliz esperado, le daría ese *plot twist* que tanto ansiaba y le daría la historia que ella le había pedido. Y, si insistía en un dragón, eso se lo daría también. Pero no caería en la perversión de su escritura. No alteraría su manera de contar las cosas.

Había una razón por la que su trabajo se le daba tan bien, y esa era que sabía seguir su intuición. Sabía detectar qué funcionaba y qué no. Y ella no iba a escribir una historia que pudiera escribir cualquiera. No. Aunque aquella no llevara su nombre, no dejaría de llevar su sello. Esa historia contenía su alma entera, y no había forma alguna de que la *bookstagrammer* la doblegara. Abby la había contratado con un propósito: escribir una historia de la mejor forma posible. Pues eso era exactamente lo que haría Mel.

Harta de sus mensajes presionándola, le escribió un mensaje que esperaba pusiera fin a su intento de someterla, presa del miedo a quedarse sin historia. Porque Mel sabía que ese había sido el detonante: el miedo a perder el control sobre la obra. Pero Mel sabía que la única que perdería sería ella misma. Perdería su historia y se la regalaría a un mundo incapaz de verla a ella. Al fin y al cabo, seguía siendo un fantasma.

20

Los días siguieron pasando y las complicaciones aumentaron. Había criaturas de Sombia por todas partes. Larion y Amelia se habían adentrado en su mundo, en su territorio, y, por consiguiente, se habían convertido en una amenaza. Las mariposas parásito y Menme habían sido solo el principio. Amelia y Larion estuvieron tres semanas enteras sin permitirse un respiro, enfrentándose a seres que los succionaban, los retaban y los violentaban de maneras realmente creativas y maliciosas. Estaban agotados.

El día antes, se habían visto atacados por una nubecilla azulada en suspensión que, tras descender hasta ellos para envolverlos, los había cegado por completo. También, ya sin provisiones, se habían comido una especie de animalillo parecido a una liebre saltarina que les había provocado convulsiones en el primer bocado. Por no hablar de que cayeron en la trampa de pisar un suelo floreado tan caliente que comenzó a derretirse y a hervir bajo sus pies en cuanto pusieron un pie en él. Por suerte, la poca magia helada que poseía Larion hizo que pudieran salir de allí con vida. Pero faltó poco para que Amelia terminara achicharrada bajo capas y capas de barro.

Era la primera noche que parecía que tendrían una tregua y Amelia estaba tumbada sobre el pecho del príncipe. Él decidió romper el silencio.

—Le he sentido.

—¿A quién? —preguntó ella, más dormida que despierta.

—He sentido a Blainar. —Amelia se irguió de golpe.

—¿Está… está bien?

—Sí.

—¿Pero…? —exigió saber ella.

Larion la miró.

—He sentido la duda de algo. Creo que tiene que ver contigo, pero no sé sobre qué exactamente.

Amelia recogió las rodillas sobre el pecho y se hizo un ovillo.

—¿Crees que se arrepiente de haberme traído hasta aquí?

—No lo sé. Es posible —admitió.

—¿Por qué?

—Quizá —pensó Larion— se ha dado cuenta de lo que pasará después. Cuando tengas que entrar en tu mundo otra vez.

—¿Y qué pasará?

—Puede pasar cualquier cosa. Son tantas las posibilidades, tantas las opciones…

Larion le acarició el cuello y subió hasta su mandíbula.

—En realidad no, príncipe. La única opción posible es que yo entre, busque a Blaine y él vuelva a este mundo para reinar y que no tengáis que mataros entre vosotros. Estoy segura de que os echa de menos.

Larion siguió recorriendo los contornos de su rostro. Movía sus dedos y se lo calentaba y la estimulaba centímetro a centímetro. Con cada roce, Amelia sentía que se tambaleaba a bordo de un barco a punto de naufragar.

—No puedo vivir en el mismo mundo que mi hermano, Amelia. Creo que él también se ha dado cuenta. —Suspiró—. Yo lo supe en cuanto él conoció a Yuriel. Experimentar sentimientos que no te pertenecen es abrumador, es perderse en un cóctel de emociones y no ser capaz de encontrar la tuya. De no reconocerte, de no saber quién eres.

—Pero… Yuriel ya no está…

Larion sonrió mientras le recolocaba uno de los mechones que se le habían escapado de la trenza.

—Yuriel siempre está. Quizá no de forma física, pero su recuerdo sigue sujetando el alma de Blainar día tras día, evitando que se rompa en pedazos. Tú también ayudaste en eso.

Amelia frunció el ceño, confundida.

—¿Qué me quieres decir, príncipe?

—Blainar me siente igual que yo le siento a él. —Amelia asintió. Eso sí lo entendía—. Y estoy bastante seguro de que ha vuelto a

experimentar lo mismo que sintió cuando conoció a su pareja. Solo que esta vez esos sentimientos no son suyos. Son míos.

—Pero…

Larion negó con la cabeza. No había terminado.

—Imagina sentir la pena por la muerte de tu pareja y por la separación de otra a la vez. ¿Cómo serías capaz de vivir así? Amelia, si me quedo aquí, ambos moriremos. Yo no podré soportar la tristeza en el corazón de Blainar, que no solo habrá perdido a Yuriel, también a su mejor amiga, y él no podrá soportar mi pena por estar en un mundo distinto al tuyo. Lidiar con una pérdida es terrible, pero lidiar con dos es una tortura. Y, cuando pase el tiempo y sepa que tú ya no estás viva, me derrumbaré. —Larion cerró los ojos durante varios segundos. Cuando los abrió, había una determinación voraz en su mirada—. Antes de que nos interrumpiera Menme, te lo pedí. Y vuelvo a pedírtelo ahora. Por favor, acepta que vaya contigo. Acógeme en tu mundo, Amelia, porque soy únicamente tuyo, en esta vida y en todas las demás.

Amelia lo miró a esos ojos suplicantes. Estos estaban ligeramente vidriosos, prueba inequívoca de que eran sinceros y estaban convencidos.

—La verdad es que, si me lo pides así, es complicadísimo negarse.

Larion rio, expulsando por la nariz todo el aire que había contenido hasta que Amelia respondió.

—Te quiero. Desde antes de saber quién eras, te quiero.

Amelia sonrió y puso los ojos en blanco.

—¿Me vas a obligar a decirlo yo también?

—Nunca te obligaría a nada.

—Joder, Larion.

—¿Qué? —sonrió.

—Que me irrita lo perfecto que eres a veces. —Amelia se inclinó y posó sus labios en los de él—. Yo también te quiero. No sé cómo coño ha pasado, pero te quiero. Te quiero en todas las partes y en todos los lugares.

—¿Dentro, fuera y rodeándome?

—Dentro, fuera y rodeándote —afirmó ella.

—Qué casualidad, porque yo tamb…

Amelia le calló con un beso. Se puso a horcajadas sobre él y sonrió. No quería plantearse cómo sería su vida ni cómo sería envejecer con Larion a su lado. No quería saber nada de eso. Ahora era joven, tierna y tenía toda la vida por delante. Sus mejores años estaban aún por llegar y podía decir que los pasaría junto al ser que amaba. Junto a Larion no tenía miedo, no estaría sola. Serían el uno del otro. Compañeros. Pareja. Por toda la existencia, fuese lo larga o corta.

Hicieron el amor con rabia, liberando todo aquello que los tenía cohibidos, consternados, en una lucha interna con ellos mismos. Larion mordió su compostura para después lamer cada retazo descompuesto, uniendo cada pedazo con su saliva. Amelia disipó con embestidas, maldiciones gritadas al cielo y gemidos, cada una de las dudas que aún residían en él.

Estaban juntos.

Cruzarían juntos.

Vivirían juntos.

Esa noche no aparecieron criaturas malintencionadas. Ni siquiera ellas eran tan tontas como para atreverse a molestarlos.

UN JUEVES VAPOROSO Y DESTROZADO

Mel recibió la llamada un jueves por la noche. Estaba en casa de Lars; para ser más exactos, en su bañera. Desde que había empezado a escribir la novela le habían entrado unas ganas tremendas de darse baños relajantes. Y ella no tenía bañera. Lars, sin embargo, tenía una de tamaño considerable, suficiente para que pudiera estirar las piernas y apoyar la nuca en el borde sin partirse la espalda. Además, si encima él estaba con ella, la incomodidad por la falta de espacio se transformaba en deseo con una facilidad pasmosa.

Ahora ella estaba sola. Lars había salido hacía solo unos minutos. Mel quería cerrar los ojos y no pensar en nada más que en su propio cuerpo, en su respiración, en el volumen que ocupaba en el agua. Pero el sonido de un tono de llamada familiar la despertó de esa irrealidad. El cuerpo de Lars volvió a aparecer en el umbral del baño con su teléfono en la mano. El semblante de Mel había palidecido y ya no mostraba ese tono rosado tras el baño caliente y vaporoso. Tuvo miedo.

Miró la pantalla. Era Mami B. No dijo más que varias palabras, asintió y colgó.

—Han ingresado a Blanca —consiguió decir, y unas lágrimas se fundieron con la espuma que flotaba sobre el agua.

Mel salió de la bañera destrozada. Al parecer, Blanca había estado peor. Llevaba días de mal humor, confundida y alicaída, y había adquirido un odio incomprensible hacia el color morado. Cada vez que veía algo que lo tuviese, tiraba ese objeto a la basura, aborreciendo y maldiciendo un color tan abominable. Hasta que hace unas horas, en mitad de una de esas limpiezas monocromáticas, Blanca cayó al suelo desmayada.

La muerte se acercaba. Más deprisa de lo que se imaginaban.

Diez minutos después, estaba sentada en el coche de Lars, dejándose llevar hacia esa habitación de hospital, fría y despersonalizada, que vería morir a su amiga. Porque Blanca ya no iba a salir de allí. Y eso todos lo sabían.

21

Hasta ese momento, habían estado subiendo. Siempre hacia arriba, hacia esa planicie en la cima de la montaña sobre la que se extendía un bosque antinatural. Faltaba poco para llegar al otro lado. Según Lars y su riguroso sentido de la orientación y el espacio-tiempo, faltaban tres días para llegar al otro lado de la Bella Dama. Pero antes tenían que cruzar aquel bosque, a todas luces implacable.

Los árboles sobre aquella explanada eran de un solo color, el morado, pero fragmentado en decenas de tonos distintos: violetas, lilas, púrpuras, malvas, berenjenas, amatistas… A Amelia ese color nunca le había entusiasmado demasiado, lo que le hizo tener un mal presagio. Una intuición, quizá. Una inevitable sensación de que lo peor no había llegado aún. Una certeza de que Sombia había custodiado allí, en ese bosque, su mayor y más malvada creación.

Cuando entraron en el bosque, Amelia se quedó impresionada. Aunque el morado no le gustase, no podía evitar maravillarse con la dulzura del paisaje. Jamás había visto nada igual. Ahora que estaban allí mismo, todo era de ese color: los troncos de los árboles, la tierra a sus pies, e incluso el cielo parecía haberse vuelto de un tono amoratado realmente impactante. Parecía que la naturaleza había mutado para poder existir en aquel lugar. Las raíces, los insectos, las frutas y las aves que se posaban en las ramas también eran moradas.

—No sé si me encanta o me parece una aberración —dijo Amelia.

Por toda respuesta, Larion soltó un gruñido.

Avanzaron a lomos de los selmores con todos los sentidos atentos. Algo ocurría en aquel lugar, podían sentirlo. Incluso Nia y Ume parecían incómodos, por no decir asustados. A veces giraban el cuello, como si escucharan o vieran algo que ni Amelia ni Larion

podían captar. Cuando pararon para descansar y beber agua, ambos animalillos se tiraron al suelo, retorciéndose como si algo les picara la piel.

—¿Qué les pasa?

Larion negó con la cabeza, parecía igual de confundido que ella.

—Aquí hay algo raro. No tengo un buen presentimiento, príncipe.

—Lo sé. Yo siento lo mismo.

—¿Cuánto crees que tardaremos en atravesarlo?

—No lo sé.

Vaya, la duda en Larion no ayudaba. Siempre se había visto muy seguro de todo cuanto les deparaba; sin embargo, sus rasgos se habían vuelto hoscos y arrugados desde que habían entrado en ese bosque.

A pesar de la continua sensación de peligro, no parecía haber ninguno al acecho. Por ello siguieron avanzando con cautela, convertidos en dos motas coloridas y discordantes en aquel paisaje monocromo.

—Háblame de tu madre —le pidió Amelia.

Larion la miró, perplejo.

—¿Mi madre?

—Ya sé que tu padre fue un capullo, pero ¿qué hay de la matriarca de la familia? ¿Te pareces a ella?

Se acomodó sobre Nia y sonrió con nostalgia.

—Al menos en parte. Ella tenía los ojos azul claro. Por lo demás, Evelyn es la que más se parece a ella. Le encantaban las flores y era tierna con nosotros. Nos malcriaba como no lo hacía nuestro padre, quien solo exigía lo mejor de nosotros. Ella, en cambio, celebraba las derrotas. Decía que así solo estábamos un paso más cerca de la meta. Era como una balanza, quien creaba el equilibrio en la familia. Era quien nos calmaba y nos amaba sin condición alguna. Fue una buena madre.

—¿Ella sabía que tú y Blaine…?

—No. Nunca se lo dijimos. En realidad, no lo sabe nadie —constató mirándola directamente a los ojos—. Nadie, excepto tú.

Amelia tragó saliva.

—¿Lo mantuvisteis en secreto?

Él asintió.

—Proclamarlo a viva voz era exponerse demasiado. Ya era malo sentir y ver lo mismo que el otro, como para que encima otros pudieran saberlo y usarlo en nuestra contra. Decidimos mantenerlo en secreto. Además, no queríamos que nuestra madre se sintiera culpable o responsable de esa anomalía. Nosotros no lo tomamos como algo malo, al menos al principio. Nos hacía gracia y ya está. Cuando crecimos, vimos las repercusiones de aquello y lo último que queríamos era echárselo en cara a nuestra madre.

—No todos hubieran hecho lo mismo…

Se encogió de hombros.

—¿Y tus padres? ¿Cómo son?

Amelia se sobresaltó. Larion le había hecho una pregunta personal. Él ya sabía mucho de ella; al fin y al cabo, llevaban más de dos meses viajando codo con codo y ella era charlatana por naturaleza. Así que le había contado ya muchas cosas. Pero aquella era la primera vez que una pregunta había salido de su boca.

—¿En serio quieres saberlo?

—Quiero saberlo todo. Y ya no sirve de nada contenerse, ¿no crees?

—Bueno —dijo con cautela—, supongo que los conocerás pronto.

Ambos se miraron. Fue una mirada que contenía un futuro entero.

Y sonrieron.

Nia ronroneó. Le siguió Ume. Y, con aquel sonido, un delicado lloriqueo se apoderó de sus gargantas. Ambos miraron a sus selmores. Se habían detenido y tenían la vista clavada en un punto a lo lejos.

—¿Qué están mirando?

—No tengo la menor idea.

Larion obligó a Nia a seguir avanzando. Al principio se resistió, aunque se rindió rápido. Avanzaron despacio. Ume y Amelia los seguían a escasa distancia.

A medida que seguían penetrando en el bosque, los lloriqueos se hacían más insistentes. Los selmores no querían seguir adelante, estaba claro. Larion acarició a Nia detrás de la oreja. Amelia hizo lo mismo con Ume, y les susurraron palabras de tranquilidad, animándolos a no perder el paso. Poco a poco.

Y entonces lo vieron. Estaba tan camuflado con el entorno que no lo advirtieron hasta que se toparon de frente con él.

Amelia se quedó paralizada. Jamás había visto un animal tan grande. Estaba tumbado, probablemente dormido. O al menos era lo que ella esperaba. Debía ser un ave, porque el cuerpo lo tenía cubierto de plumas muy parecidas a las glicinas. Tenía la cabeza resguardada entre las alas y el cuerpo enroscado sobre sí mismo. Un suave vaivén en el cuerpo, que subía y bajaba en movimientos acompasados, delataba que respiraba profundamente.

—¿Qué cojones es eso?

Amelia se arrepintió de preguntar al instante. Esa criatura enorme abrió los ojos. Eran de un morado profundo, como el de las uvas recién recogidas. Uno solo de esos ojos tenía el tamaño de toda su cabeza.

—Oh, joder. Joder, joder, joder —murmuró al mismo tiempo que el pánico crecía y crecía en su interior.

Larion se situó a su lado y extendió su mano para coger la de Amelia. En un susurro, le dijo:

—Cariño, será mejor que mantengas la boca cerrada.

—¿Acabas de llamarme cariño? —contestó ella en voz casi inaudible.

Larion la ignoró. Giró la cabeza hacia ese ser que ahora los miraba con verdadero interés.

—Shhh. —Fue su respuesta.

Aquel pajarraco levantó la cabeza, siempre con los ojos clavados en ellos. Amelia se dio cuenta entonces de que no era un pájaro; no tenía pico, el morro era escamoso. Esa piel irradiaba una luz violeta. Y aquella mezcla de escamas y plumas la dejó pasmada. Se parecía mucho a un…

Dragón.

Al darse cuenta de ello, Amelia se maravilló, se horrorizó y se escandalizó a partes iguales. Aquella bestia de tamaño colosal se parecía enormemente a los dragones que ella había visto en las películas, las series y las ilustraciones de cuentos infantiles. En cuanto la bestia se irguió al completo y desplegó las alas, ella admiró el intrincado dibujo de las escamas en su cuerpo, que resplandecían con la luz. Sus patas delanteras terminaban en garfios que se anclaban a la tierra aplastada y las de atrás estaban dobladas de manera que parecía estar sentado sobre sus cuartos traseros. Su cola era una extremidad aparte, grandiosa y serpenteante, y la punta estaba rematada por unas plumas puntiagudas que parecían de todo menos suaves y sedosas. Esos pinchos eran afilados como agujas e irradiaban una luz metálica y letal.

A Ume no le gustó. El pobre animal dio un respingo y levantó las dos patas delanteras a modo de defensa. Soltó un relincho y dejó caer a Amelia en la hierba de color lila. En cuanto vio que se había caído, el selmore le acercó el morro para ayudarla a levantarse. En el momento en que ella fue a estirar el brazo para coger las riendas, Ume fue engullido por unos dientes blancos. Era curioso, pensó Amelia irracionalmente, que los dientes de aquel monstruo sí fueran blancos, mientras que todo lo demás era de un morado centelleante.

Al menos lo fueron. Blancos. Ahora estaban manchados con la sangre espesa y azulada de Ume.

Nia soltó un quejido espeluznante. La bestia se relamía mientras la pobre Nia soltaba alaridos de profundo dolor. Amelia llegó a sentir la reverberación de su estremecimiento en los huesos. La selmore cayó al suelo con Larion aún sobre ella. Este intentó sujetarla, pero era como si Nia hubiese muerto con Ume, al mismo tiempo. No, morir hubiera sido un consuelo para la selmore; aquello parecía como si le hubieran arrancado el alma de cuajo, sintiendo cada hebra de sus músculos desgarrarse.

Amelia corrió hacia ellos, con un ojo puesto en aquel dragón que parecía estar disfrutando del sabor de Ume. Quiso vomitar, pero el horror y la adrenalina la obligaron a acudir a la ayuda de Larion. Nia sollozaba, ni siquiera se había dado cuenta de que una de las

piernas del immorith había quedado atrapada entre ella y el suelo. Amelia tiró de Larion, pero no consiguió moverlo.

—Nia —le murmuró Larion mientras le acariciaba la oreja como siempre hacía—. Nia —repitió—, tienes que dejarme ir.

¿Cómo podía hablar con esa tranquilidad mientras había un monstruo a punto de devorarlos si no salían de allí enseguida? Pero surtió efecto, porque la selmore pareció escucharlo. Miró con ojillos asustados y vacíos a Larion y pareció entenderlo, porque rápidamente se movió y dejó libre su pierna. Él intentó ayudarla a levantarse; cogió sus riendas y tiró de ella, pero Nia no se inmutaba. Echó un último vistazo a Larion y le dio un golpecito con el morro en el pecho. En ese momento, el tiempo se detuvo. Ambos compartieron una mirada que lo dijo todo. Larion asintió, le dio un beso en el hocico peludo y, con la rapidez propia de un immorith, desabrochó una de las alforjas y se la puso a la espalda. Después, cogió la mano de Amelia y tiró de ella.

Corrieron como no habían corrido en su vida.

—¡No podemos dejarla! —gritó con todas sus fuerzas, desgarrándose la garganta.

Amelia estaba aterrorizada. ¿Cómo iban a dejar a Nia a merced de un dragón? De ninguna de las maneras lograría salir de allí con vida. Mientras Larion tiraba de ella con fuerza, miró hacia atrás con la esperanza de ver a Nia correr en dirección contraria, pero lo que vio no pudo ser más distinto. La selmore se levantó y estiró el cuello para mirar al dragón violeta a los ojos. Después aulló, y fue un aullido que sacudió cada tallo y cada hoja de aquel bosque. Amelia jamás lo olvidaría. Fue un aullido de pérdida, de resignación. Ese que se suelta justo antes de que llegue la muerte.

El dragón la engulló de la misma manera que se había comido a Ume.

Tuvo que agarrarse a Larion para no caer de bruces por la impresión. Cada vez que tropezaba, él la sujetaba, pero no sabía a dónde iban, no entendía qué acababa de suceder. Hace tan solo unos minutos, Nia y Ume estaban vivos. Y ahora, ahora…

—Tenemos que correr —fue lo único que dijo Larion.

Y corrieron. Y corrieron. Y corrieron.

Pronto encontraron una cueva. La abertura era pequeña, lo suficiente para que la mandíbula de una bestia de las dimensiones del dragón no cupiera por la entrada. Era el mejor escondite. Ambos entraron, resollando y físicamente agotados. Amelia vomitó en una esquina, y Larion se dejó caer de espaldas en la pared de roca. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

Cuando terminó de echar hasta la primera papilla, Amelia se tumbó junto a él, sollozando desconsolada. Ambos lloraron; Larion, en silencio, y Amelia, hipando y moqueando.

Una eternidad después, Larion habló, y en su voz se atisbaba el dolor de una pérdida demasiado reciente.

—No querían acercarse. Y yo los obligué a seguir caminando. Debería haber dejado que se fueran, que volvieran a casa. No deberían estar muertos.

Amelia, más calmada, le pasó una mano por el pelo y se lo acarició hasta posarla en su nuca.

—No es culpa tuya.

—Sí, lo es. Y ahora los dos han muerto.

Amelia decidió callar. De nada serviría el consuelo de sus palabras. Simplemente se quedaron abrazados hasta que la noche los envolvió con sus tinieblas.

22

Los selmores eran seres fascinantes. Nunca se habían quejado, siempre habían estado pendientes del estado de ánimo de sus jinetes y eran objetivamente incansables. Tenían la capacidad de almacenar agua en sus lomos, lo que les permitía sobrevivir durante semanas y se alimentaban con cualquier planta o animalillo que encontraban. Cualquier cosa les servía. Amelia había terminado por cogerles verdadero cariño, especialmente a Ume, con quien compartía el camino, sentada sobre su lomo. Con los días, se había dado cuenta de que ambos selmores estaban unidos, tanto que no se separaban nunca más de dos metros el uno del otro. Si se tocaban, era incluso mejor. Nia siempre dormía sobre el cuello de Ume. Se daban besos, se daban cariño y calor. Eran compañeros, mejores amigos, el uno para el otro.

Y lo fueron hasta el final.

Cuando la claridad de la mañana comenzó a despuntar fuera de la cueva, Amelia despertó de aquella duermevela rompiendo el silencio que se había adueñado de ellos aquella noche. Un silencio dominado por la pena, el arrepentimiento y la vergüenza.

—¿Cómo vamos a salir de aquí con esa cosa cortándonos el paso?

Larion se removió, girándose en el suelo para mirarla a la cara. Tenía el pelo revuelto y los ojos enrojecidos. Amelia le dio un beso en la punta de la nariz y él respondió atrayéndola más hacia él.

Amelia se había dado cuenta de que aquel dragón, enorme como era, custodiaba la dirección que debían seguir para salir de allí. Podrían arriesgarse a rodearlo, pero eso les causaría un retraso que no podían permitirse. Faltaba una semana para que la puerta se abriera de nuevo; si no cruzaban la montaña en tres o cuatro días,

no llegarían a la puerta a tiempo antes de que volviera a cerrarse durante un siglo.

—Se me ha ocurrido algo parecido a una idea. —Larion se levantó y se dirigió a la entrada de la cueva. Allí se acuclilló y recogió un puñado de arena y hojas secas; después volvió junto a Amelia—. Debe haber una razón para que todo aquí sea morado. No sé si te diste cuenta, pero había criaturas retozando a nuestro alrededor cuando aquella bestia mató a Ume. Sin embargo, no pareció verlas, sino que fue directamente a por él.

—El púrpura de Tiro —murmuró Amelia abriendo mucho los ojos. Miró a Larion, que había fruncido el entrecejo, confuso. Sacudió la cabeza antes de hablar—: En mi mundo, en la Antigüedad, se usaba ese color para representar a emperadores y reyes. Era tan difícil de adquirir que solo aquellos que disponían de una gran fortuna podían permitírselo. O el azul ultramarino, que durante la Edad Media y el Renacimiento se usaba, casi exclusivamente, para honrar a la Virgen. ¿Y si aquí todo es de tonos morados para honrar a la bestia? ¿Para someterse a ella? Como una adaptación biológica o una evolución cromática…

—¿Quién es la Virgen? Suena importante.

Amelia se rio.

—Y tanto que lo es —dijo—. ¿Y si es tan fácil como cubrirnos de ese color? Para mostrar respeto y sumisión…

—No hay nada que esa criatura merezca menos —replicó Larion.

Amelia estaba de acuerdo. Pero, aun así, tenían que salir de allí. Y si para ello tenían que someterse al dragón, eso harían.

—¿Tienes idea de cómo podemos hacerlo?

Larion no contestó, simplemente dejó que a su cara asomara una sonrisilla altiva. Colocó la tierra en mitad de la cueva y la quemó con su magia hasta convertirla en una ceniza violeta. Algunas de esas partículas volaron suspendidas a su alrededor. Después creó esquirlas de hielo que derritió con una ligera llama. Las gotas se mezclaron con la ceniza creando una pasta cremosa y pegajosa.

Amelia cogió la mezcla y la revolvió entre sus dedos, que adquirieron un tono violáceo instantáneo.

—Esto servirá.

—Claro que servirá.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Hay que hacer más. Mucho más. Tenemos que cubrirnos enteros con esto.

—Tranquila, mujer. Esto era solo una prueba.

Larion se acercó a la salida y, tras varios minutos de intenso trabajo y concentración, una porción considerable de tierra sobre el suelo se había convertido en ese barro morado y pegajoso.

—Hora de darse un baño.

Amelia dio un paso hacia esa masa violeta, pero Larion la detuvo. Se situó frente a ella y le acunó la cara con las manos.

—Si a mí me pasa algo, lo que sea, quiero que corras. Que llegues a la puerta por ti misma y traigas a Blainar. —Larion tocó el bolsón que siempre llevaba atado en la cintura, con las cosas que pertenecían a su mundo—. Vuelve a tu mundo y tráelo.

—No te dejaré.

—No es una opción, Amelia —dijo, rotundo.

Los ojos de Larion se oscurecieron mientras sus manos acunaban las mejillas de ella.

—Has insistido demasiado, príncipe, para venir conmigo como para que ahora me digas esto.

—Y ese sigue siendo el plan A —sonrió—. Pero no pienso dejar que a ti te pase nada, te protegeré siempre. Y, si tengo que usar mi vida para lograrlo, lo haré sin pensármelo dos veces. —Le dio un beso y la miró con determinación—. Prométeme que volverás a tu mundo, aunque yo no esté. Olia necesita a su rey. Y para eso te necesita a ti.

—Volveremos juntos, Larion.

—Prométemelo —suplicó.

Amelia quiso llorar. No le gustaba ponerse en lo peor. Entendía que Larion le dijera aquello, pero no quería analizar las implicaciones que tendría prometer aquello. Ignorarlo era más fácil. Aun así, cogió aire y le garantizó algo que le resultaba imposible de contemplar.

—Te lo prometo.

Él soltó todo el aire, volvió a besarla y sonrió. Se metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita del tamaño de su palma. La abrió y un haz de luz por poco la ciega.

—Vi que te gustaba cuando estuvimos en Solitia y quería que tuvieras algo que te recordase a Olphillia. Y a mí…

Era un collar. La cadena era plateada y fina, y de ella pendía un colgante de aquel material parecido al marfil, ese que con la luz se oscurecía y en la oscuridad brillaba de la manera más hermosa y deslumbrante. Tenía la forma de una llama ardiente y, a su lado, se unía a él otro colgantito más pequeño con la forma de un copo de nieve.

—Es… precioso —dijo Amelia con los ojos llorosos—. Gracias.

Larion la besó.

—Hora del baño, mujer.

Al cabo de cinco minutos, cada centímetro de ellos era de un violeta grisáceo: su ropa, su piel, sus armas y las pocas pertenencias que les quedaban. Todo excepto aquel colgante que había sacudido el corazón de Amelia. Aquello estaba a buen recaudo junto con las cosas de su vida anterior, de su mundo. Todo lo demás en ellos había quedado cubierto por una sustancia que, al secarse, se endurecía y se resquebrajaba, como una mascarilla facial. Era incómodo y pesado moverse con esas costras por toda la piel, reducía la rapidez de sus movimientos de manera considerable. No obstante, caminaron con sigilo hacia el dragón. Hacia la única salida que tenían.

No tardaron mucho en llegar. Aquella criatura estaba en el mismo lugar, en la misma posición acurrucada en la que la encontraron la primera vez. Parecía saciada y en calma. Amelia aguantó las ganas de vomitar. Más le valía no hacerlo.

Iban de la mano. Larion tiraba de ella con cautela, llevándola por los lugares donde menos ruido harían al pisar. Sin embargo, algo sucedió.

La mala suerte. La coincidencia. La maldición que los perseguía y que evitaba a toda costa que llegaran a su meta.

Una avalancha de animalillos saltarines, con cuernos retorcidos y patas rechonchas, que parecían tener muelles en lugar de huesos,

salió en estampida hacia ellos. Amelia y Larion se agacharon y se refugiaron detrás de un árbol. Pero ese alboroto despertó al dragón.

Un ojo infernal se abrió y directamente enfocó en la dirección donde se ocultaban Larion y Amelia. Las pequeñas criaturas brincaban alejándose de la respiración de la bestia, ahora despierta, que comenzaba a agitarse con más velocidad a cada segundo. En un instante se hizo el caos. El dragón se puso en pie, arrancando árboles a su paso y soltando rugidos ahogados. Por lo visto, tenía muy mal despertar.

Todo ser viviente que anduviera cerca entró en pánico. Sin embargo, Larion se mantenía agazapado, apretando a Amelia contra su pecho. Cuando ella lo miró, espantada, él se llevó un dedo a los labios.

El dragón empezó su festín. Cada animalillo que se cruzaba a su paso acababa devorado. Esa criatura era rápida, insaciable y despiadada. Y ellos, unos imprudentes, estaban a tan solo unos metros, con el único parapeto de un tronco de color malva que se desconchaba con cada bramido de la bestia.

Entonces, se presentó ante ellos la oportunidad.

Llegó un animal, el más grande que Amelia había visto hasta ahora, aunque no tanto como el dragón. Tenía el tamaño de un hipopótamo o un rinoceronte, pero su aspecto era más parecido al de un armadillo. Toda su piel estaba cubierta por escamas gigantes que parecían crear una armadura a su alrededor. Cuando se dio cuenta de que el dragón iba directo hacia él, este no salió corriendo como habían hecho los demás. Simplemente agachó la cabeza y se quedó allí parado, inmóvil, a la espera. El dragón bufó, llenándolo de babas moradas, pero la criatura, en posición de reverencia, ni se inmutó. Otro sonido llamó la atención del dragón; uno de esos bichillos saltarines que hacía demasiado ruido y se movía de un lado a otro como un pollo sin cabeza. Dejó allí al armadillo gigante, que al ver que la bestia se alejaba pareció soltar un profundo suspiro. Se dio la vuelta y comenzó a alejarse a toda prisa.

—Sumisión, ¿ves? —advirtió Amelia.

Larion estaba atónito cuando ella lo miró. No había ido tan desencaminada al elaborar su hipótesis.

Con el dragón a escasos metros y con la atención en uno de esos cervatillos cornudos y saltarines, decidieron moverse. Iban de espaldas, despacio, siempre pendientes de los movimientos del dragón. Consiguieron avanzar, centímetro a centímetro, sin llamar la atención, sin hacer el menor ruido.

Pero no fue suficiente.

La bestia los vio por el rabillo de uno de sus enormes ojos. Amelia dejó de respirar, convencida de que moriría en el mismo instante en que vio que el morro gigantesco del dragón se dirigía con las fauces abiertas hacia ella. Pero algo se interpuso. Otro cuerpo. Larion la cubrió con el suyo y, en lugar de atacar con su fuego mágico, bajó la cabeza e inclinó ligeramente la espalda. Al verlo, Amelia copió su movimiento.

Sumisión. Subordinación. Humillación. Rendición.

La bestia paró a escasos centímetros de ellos. Tenían la cara prácticamente rozando el suelo y no podían ver qué hacía. Pero sí sentían cada una de las exhalaciones calientes de la bestia, a las que acompañaba un líquido caliente que los empapaba de forma nauseabunda. Olía a muerte y podredumbre. Amelia tuvo miedo de que aquel vapor líquido pudiera derretir el barro sobre ellos, que ya comenzaba a despegarse.

No respiraban. No se movían.

El dragón movía su cabeza alrededor de ellos, posiblemente deliberando si valía la pena comérselos o no. La tensión la estaba asfixiando, quemaba sus músculos y amenazaba con tirarla de rodillas al suelo. Aguantó las lágrimas, preocupada de que pudieran correr por la pintura que le cubría la cara y dejar al descubierto su verdadera piel. Hasta que, de pronto, sintió que el aire se despejaba.

Levantaron la cabeza y vieron al dragón dirigirse hacia otro de esos pobres animalillos.

Esta vez, con el camino despejado, sí que corrieron.

Corrieron hasta desfallecer en la tierra cubierta de hierba verde.

Habían conseguido salir. Y Amelia se prometió no volver a usar el color morado en toda su vida.

UN CASCARÓN ROTO

Nico era un cascarón. Desde que Mel lo había conocido, siempre le había visto sonriendo. Ni una sola vez parecía estar enfadado, incómodo o disgustado. Eso no quería decir que no lo estuviera; simplemente, no lo mostraba. Contenía las emociones negativas debajo de la cáscara, en el núcleo, allí donde reside la sangre. Esas emociones circulaban a escondidas bajo su piel. Ni siquiera perturbaba a Blanca con ellas. No quería entristecerla con sentimientos que le eran ajenos. Sin embargo, él ponía el hombro cada vez que ella lloraba y le ofrecía sus oídos cada vez que se frustraba y necesitaba desahogarse. Nico era su propio cascarón, y también el de ella. Su amor era inquebrantable. La amaba con todo lo que tenía. Y así lo hacía mientras ella luchaba por su vida, sedada en la cama de un hospital.

Blanca se desgastaba a gran velocidad. Ya no había vuelta atrás. Blanca se moría. Blanca se iba a morir. Pronto.

En cuanto el médico les dijo que ya no había nada que hacer, que los tratamientos no iban a ser efectivos y que lo único que quedaba eran los cuidados paliativos…, aquel cascarón que protegía a Nico se quebró. Su cuerpo se convirtió en una armadura rota, por donde brotaba a borbotones la sangre y la tristeza. Comía en la habitación si alguien le llevaba comida; si no, se quedaba sin comer. Lo que hiciera falta con tal de no tentar al pánico que le daba separarse de ella. Había cambiado la sonrisa por unos labios fruncidos hacia abajo. Sus ojos estaban enmarcados por ojeras y arrugas y su piel cetrina pedía a gritos sol y nutrientes. Aguantaba las visitas a su mujer con estoicidad; sonreía de mentira, se sostenía erguido frente a los abrazos de compasión y se callaba ante los ánimos vacíos. Cuando estaban a solas, Nico le leía sus poemas favoritos de Gloria Fuertes o le ponía con el volumen alto las películas que más le gustaban. Y le hablaba. Todo el rato le

susurraba palabras de amor al oído. Blanca no estaba sola. Nico estaba con ella en una dimensión en la que ningún otro podía entrar. En ese limbo de tortura y desconsuelo, entre aquí y allá, entre la vida y la muerte.

—¿Cómo estás?

Era una pregunta absurda. Mel lo sabía; sin embargo, no había podido evitar hacerla.

—Estoy —musitó Nico.

—Ya.

Mel conocía a Nico desde hacía diez años. Exactamente desde el mismo día que conoció a Blanca. Ella estuvo presente en ese encuentro. Y lo estará en el último.

Era un amigo más. Le cogió la mano, pálida y delgada. Nico había adelgazado mucho y los huesos de su mano cada día eran más pronunciados. Mel se maldijo por no haber estado antes ahí para él, por haberse centrado tanto en Blanca que no vio lo que la enfermedad también le estaba haciendo a Nico.

Se mantuvieron con las manos apretadas hasta que Mel tuvo que volver a casa. Al día siguiente volvería. Y al siguiente.

Lo seguiría haciendo hasta que ya no tuviera un motivo por el que volver más.

23

Amelia estaba eufórica, desatada, unas emociones fruto de la adrenalina de seguir con vida. De haber superado a la muerte una vez más. Iba de aquí para allá, arrancando plantas de colores variados y lanzándolas al sol dando gracias a aquellos dioses. Larion, por el contrario, se mantenía cabizbajo y meditabundo. Amelia se acercó a él y le escuchó murmurar lo que debía ser una plegaria.

Se sintió una idiota y una cucaracha sin un gramo de empatía en su cuerpo. Se unió a él y bajó la cabeza, escuchando el adiós que rezaba por Nia y Ume.

Al finalizar la oración, se dirigieron de la mano al río que cruzaba a lo lejos; luego, a unos cien metros, encontrarían la salida del bosque morado. Ambos se lavaron con minuciosidad, despegándose del barro y del horror. Amelia frotó los hombros de Larion, y este limpió cada uno de sus mechones embarrados.

Ya lavados y secos —afortunadamente tenían una muda de ropa limpia en la alforja que habían podido mantener—, se descubrieron de pronto famélicos. Llevaban casi un día entero sin comer. La poca fruta de la Verdad que les quedaba estaba en las alforjas de Ume y ya habían gastado todas las provisiones que había acumulado a su salida de Solitia. Así que recolectaron frutas de los árboles, esperando que no les provocara convulsiones, vómitos o mareos. Tras el primer bocado de una fruta anaranjada y viscosa y otro de un fruto peludo y verduzco, comprobaron que eran inofensivos. Se hincharon a comer hasta que quedaron saciados.

Después, comenzaron a bajar hacia el pie de la Bella Dama por el lado opuesto al que habían subido . Por lo visto, aquel tramo, que era casi enteramente roca con algún arbolillo y arbusto desperdigado, era más fácil de transitar que los senderos asalvajados por los que habían tenido que subir hacia la cima. Allí

era difícil no atisbar a los insectos, los animales o las nubes en suspensión, así que sería más difícil que los pillaran desprevenidos. Por eso mismo la bajada fue tan rápida.

Ambos caminaban con la vista pegada al suelo, sorteando rocas que, tras unos minutos de descenso, aprendieron a usar como peldaños de una escalera. Aquella cara era, sin duda, más lúgubre y sombría que cualquier otra creación de Sombia que hubieran visto, que se caracterizaban por la belleza y la letalidad. Era como si la diosa se hubiera olvidado de decorar esa parte, dejándola desnuda y desprovista de vida.

Amelia lo sintió de nuevo. Como si algo los siguiera. Era una continua sensación que no se despegaba de ella desde que se subieron a los selmores el primer día de viaje. Siempre había estado ahí, al acecho. Y, por alguna extraña razón, aquella sensación cada vez se hacía más patente, como si unas manos invisibles se apoderasen de su cuello, apretando y asfixiando.

Miró hacia atrás, ansiosa, buscando algo que no estaba allí.

—¿Estás bien?

Amelia sacudió la cabeza.

—Sí, sí, es solo que… —dudó— tengo la sensación de que algo nos persigue.

Larion asintió, tensó los hombros y siguió su camino.

—Mantén todos los sentidos alerta.

Esa noche durmieron al aire libre. Allí no había cuevas ni nada que pudiera servir como protección durante la noche, por lo que hicieron turnos para descansar. El desasosiego y el mal presagio se le colaban a Amelia en los huesos mientras miraba a la oscuridad, sentada y en guardia. Quizá eran los nervios o las consecuencias del chute de adrenalina de aquella mañana, pero lo cierto es que se acercaban a la puerta que la llevaría a casa.

Añoraba a sus padres. Debían estar realmente preocupados por ella. Y añoraba a Blaine.

Suspiró y se llevó la mano al cuello. Se había puesto el collar que le había regalado Larion. Dudaba que algún día pudiera quitárselo.

El levísimo chasquido de una hoja seca al ser aplastada la hizo girarse con brusquedad. Entrecerró los ojos para ver de qué se trataba, intentando distinguir alguna silueta entre las sombras. Aguzó la vista hasta que el negro se hizo gris, y le pareció ver unos dientes blancos que le recordaron al dragón, pero allí realmente no había nada.

Al cabo de unas horas, Larion despertó para darle el relevo. Se tumbó a su lado, con un ojo pegado a aquella mata sombría de donde había provenido aquel sonido hacía horas.

Antes de quedarse dormida, le pareció advertir una sonrisa familiar escondida entre las sombras, una que había visto en algún lugar, pero demasiado vulgar como para poder recordarla.

UNA TORTURA EN FORMA DE ESPERA

Blanca llevaba una semana ingresada. Siete días con sus siete noches. El mismo tiempo que Nico llevaba sin ducharse. Mel, sin embargo, cuando no estaba en el hospital o en la biblioteca, se pasaba horas en la bañera de Lars. Suspendida en aquella tortura en forma de espera. Lenta pero inminente. Predecible a largo plazo e imprevisible a corto. Podía ser hoy o podría ser mañana. Podría suceder en cuatro días o en siete. ¿Cuánto puede estar una persona moribunda aferrándose a la vida? ¿Cuánto puede soportar el cuerpo al borde del abismo? Mel no lo sabía, pero creía que ella estaba experimentando algo parecido.

Desde que ingresaron a Blanca, solo quería buscar a Lars, meterse en su cama y follar hasta quedarse dormida. Sexo enfermizo. Y cuando Lars no estaba, se tocaba hasta hacerse daño. Ella sabía que no era sano, que debía estar pasando por una fase de esas en las que el cerebro y el cuerpo van por libre. Una etapa de daño físico y remedio inmediato ante la frágil situación de su mejor amiga. Mezclaba dolor y placer como quien se come una patata frita y después una onza de chocolate blanco. Una forma infantil para lidiar con la tortura de un final agónico que no llega. Porque, aunque sonara cruel e indecible, lo mejor sería que su amiga se muriera. Aquello no era estar viva.

Estaba sedada. Dormida. Apaciblemente aletargada. Mientras tanto, a su alrededor, se vivía una expectación constante.

—Te estás quemando, Mel —le dijo Lars una noche.

Ella no le escuchó. En lugar de eso, se abalanzó sobre él para besarlo. Había pasado a morderle igual que él lo hacía con ella y, en un arrebato, le hizo sangre en el labio. Ella saboreó esa sangre y, como un tiburón nublado por el olor oxidado de aquel líquido caliente, su frustración creció.

Él, bendito regalo, fue paciente. La tumbó de lado en la cama y la abrazó desde atrás, rodeándola como un capullo de seda rodea al gusano. Seda. Él era seda. Y ella un gusano extenuado, rabioso y triste. Y quizá, si la envolvía el suficiente tiempo, entre su calor y su amor constante, ella conseguiría hacer volar sus alas.

Acercarse al final de la novela no ayudaba a su frustración. Estaba ya cerca. A punto de plasmar aquel *plot twist* final que quería Abby. Le había dado muchas vueltas, había releído el principio mil veces hasta encontrar la respuesta que necesitaba. Incluso tuvo que añadir fragmentos para no hacerlo tan obvio. Y es que la solución siempre está al principio. Como aquellos libros o películas en los que se resuelve un asesinato, el culpable siempre ha aparecido en las primeras páginas, en los primeros fotogramas. Al principio, seguro. Invisible. Ausente. Sin importancia. Plenamente olvidable. Nunca es alguien que no se conoce con anterioridad. Por eso tuvo que volver al principio, a pesar de las insistencias de Abby en que se diese prisa. Mel necesitaba parar; entender la historia, las causas, las consecuencias, las motivaciones, las formas de ser, de actuar, de resolver problemas. Necesitaba encontrar su *plot twist*.

Hasta que lo encontró.

El final se acercaba. Y sabía, sin saber por qué lo sabía realmente, que Blanca moriría pronto. Tan pronto como ella comenzara a escribirlo. Aquello significaría un respiro. Una condena. Un poder que detestaba que hubiera recaído en ella.

Mañana comenzaría a escribir su final. Blanca, sin embargo, lo encontraría esa misma noche.

UNA ANULA Y LA OTRA ES NULA

Era temprano; tanto, que el sol solo se intuía tras la negrura que empezaba a clarear el cielo. Abby le había mandado un mensaje pidiéndole hablar, y ella, torpe y lenta por haber estado sumida en un sueño profundo hasta unos minutos antes, accedió con un «ok» muy poco estimulante.

—Te dije que quería un dragón —dijo su voz al otro lado del teléfono. Sonaba demasiado aguda para ser tan temprano. Las voces a esas horas deberían ser rasposas, como lijas sin estrenar. La de Abby parecía haber salido de un anuncio de picaduras de mosquito, a punto de estallar.

Hacía días que Abby la llamaba para hablar de la novela, aunque aquella era la primera vez que lo hacía tan matutinamente. Su presión se había vuelto asfixiante y su exigencia, insufrible. Abby había cambiado la vía de comunicación habitual entre ellas y, en lugar de las videollamadas, en las que tenían que verse la cara y, por tanto, fingir que no existía la repulsión y el evidente desagrado que se profesaban, ahora la acribillaba por teléfono. En realidad, eso era mejor. De esta manera podían tirarse cuchillos imaginarios a la cabeza sin la mirada decepcionada de la otra clavada en la retina. Y así, sus conversaciones habían mutado en un tira y afloja que, más que solventar, reventaba el proyecto.

—Sí —respondió.

—Eso no es un dragón, Mel.

—Es enorme, tiene alas, dientes grandes y sed de sangre. Sí es un dragón. —Mel estaba tan agotada que no tenía tiempo ni ganas de fingir amabilidad. Abby la desquiciaba y su amiga se moría. Bastante educada estaba siendo al cogerle el teléfono.

—Pero no ha volado ni una sola vez. Y parece más cuqui que horrible, con esas plumas preciosas y ese color tan mono. No parece

un dragón. Y quería que tuviera una conexión especial con Amelia. No sé, no me convence. Quiero que lo cambies.

Mel suspiró, irritada y cansada.

—Dime cómo quieres que lo cambie exactamente.

—Pues no sé, me había imaginado algo más tipo *Alas de sangre*, ¿sabes? Una conexión mental y que al final sea el dragón quien los lleve volando hacia la puerta. Esas conversaciones en las que las frases del dragón salen en cursiva para que se vea que se lo está diciendo directamente en la mente. Esas cosas…

—Eso es copiar algo que ya existe.

—¿Y qué? Eso siempre funciona y a la gente le gusta.

—Pues si tanto les gusta, que lean *Alas de sangre*.

—Pero yo quiero que lo lean en mi libro.

Como en todas las conversaciones que mantenían, Amelia comenzaba a impacientarse. Y eso la enfurecía. Ya no por perder la paciencia, sino porque estaba perdiendo algo que la hacía tan buena en su trabajo: estaba olvidando que esa novela no era suya, y que, si el supuesto autor quería un dragón, ella debería habérselo dado. No era parte de su trabajo opinar sobre el libro que quería escribir el cliente, igual que no era su trabajo pasarse por el forro sus comentarios para luego hacer lo que ella quisiera. Pero ya hacía tiempo que sabía que esa novela era distinta y, aunque la enfadaba su propia actitud, tan poco profesional, no podía, ni quería, ni pretendía, hacer nada por evitarlo.

—No tiene sentido, Abby. El libro está a punto de terminarse. Crear una conexión emocional con una criatura sanguinaria lo haría todo bastante más complicado.

—¿Y por qué no lo pusiste antes? —replicó—. Al principio, como te dije. Así esa conexión emocional de la que hablas sí podría haber tenido sentido.

Mel bufó.

—¿Por qué tienes tantas ganas de un dragón?

—Porque está de moda, Carmela.

Mel se rio sin un mínimo de gracia.

—Bueno, pues estamos ofreciendo un dragón monísimo que es capaz de comerse a un caballo. —Selmore, en realidad, pero no

estaba para tecnicismos—. Y de un bocado. Los protagonistas se someten a él y consiguen salir ilesos. Fin. Más interacción sería liar la trama, alargar la historia con agujeros y relleno que aburre. Créeme, es mejor así.

—No me está gustando esta actitud, Mel. A mí, como lectora, me hubiera gustado saber más sobre este dragón, y me ha parecido un poco absurda la manera que tienen de salir del paso. ¿Pintándose el cuerpo? Esperaba una lucha encarnizada entre el fuego de Larion y el del dragón, o algo así. Y has dicho que se someten a él. ¿Por qué no a ella? ¿Por qué no puede ser una dragona? No me digas que estás cayendo en el falso mito de la masculinidad como relación de poder. ¿Y por qué morado, por cierto? El color con el que todo el mundo me asocia en redes es el amarillo. Sí, eso, amarillo. Cámbialo a ese color.

La conversación siguió unos quince minutos. Abby siguió enumerándole a Mel cosas que debía cambiar, quitar o añadir. Ahora resultaba que Amelia estaba siendo muy pusilánime. Larion la había sacado de varios apuros cuando debía ser ella misma quien se sacara de ellos. Claro, mujeres al poder. Feminismo a tope. Igualdad de condiciones. Pero lo cierto es que Larion es más fuerte físicamente que Amelia, Larion tiene poderes que Amelia no posee y Larion tiene unos instintos de protección hacia su compañera que Amelia no ha adquirido aún, ya sea por el tiempo que lleva enamorado de ella o porque sus instintos como immorith son más potentes que los de los humanos. Por otro lado, Amelia es más ingeniosa, lista y avispada. Por supuesto que también es fuerte. Pero no le pidas peras al olmo, porque te dará sámaras, un fruto seco en lugar de uno tierno y carnoso. ¿No esperaba Abby una lucha entre el fuego de Larion y la criatura infernal que ahora debía ser amarilla? ¿Qué esperaba que hiciera Amelia? ¿Incendiar una rama y agitarla hacia el dragón como si fuera una diana apuntando en su dirección? Ella y Larion resuelven de manera diferente los problemas. A veces de manera conjunta. Pero no son iguales. Hay cosas que Amelia no puede hacer. Y no porque sea mujer, sino porque no tiene las capacidades físicas o mágicas de Larion. Y lo mismo se puede decir

de él, que no tiene la agudeza mental para descubrir soluciones más creativas sin necesidad de usar el poder o la fuerza.

Tras argumentar todo esto, la contestación de Abby fue:

—Ya, pero todo esto no lo puedes explicar en el libro. Quien lo lea no va a analizarlo así, solo verá a un chico que le regala joyas bonitas a su novia y la saca de apuros porque es más fuerte y poderoso que ella. Los personajes femeninos no deben ser débiles y no has puesto ni un solo personaje femenino que destaque por su fortaleza.

—¿Fortaleza o fuerza? —preguntó, exasperada.

—No sé, es lo mismo, qué más da.

—No, Abby, no es lo mismo. La fuerza es la capacidad de un cuerpo para mover cosas, o resistir, o transformar algo. La fortaleza es tanto física como espiritual, y recae en la condición de enfrentarse a adversidades, de la entereza y la estabilidad de mantenerse durante un largo periodo de tiempo. Algo que Amelia, por cierto, tiene de sobra.

—No se puede hablar contigo, Mel. Lo sacas todo de contexto.

—Sí, ya. Será eso.

—Cambia lo que te he dicho y termina ya, necesito el manuscrito en dos semanas.

Y colgó.

Minutos después, cuando Mel había conseguido relajarse, tomarse un café con unas tostadas y sentarse frente a su ordenador para seguir con la historia, porque los cambios, si los hacía, serían tras finalizar el primer borrador, escuchó una llamada que entraba en su teléfono. Estuvo tentada de lanzarlo por la ventana, pero, al ver que se trataba de Nico, descolgó al primer tono.

—Se ha ido —fue lo único que dijo.

24

Tardaron otros cuatro días en salir de la Bella Dama. Y esta vez nada se interpuso en sus jornadas de descenso por la ladera. La idea de que Sombia se había olvidado de aquella parte parecía sólida. No obstante, la sensación de que algo los estaba persiguiendo no aminoraba ni un solo segundo.

Cuando pusieron un pie más allá de las guardas mágicas, Amelia lloró. De pronto, todos los sentidos que le habían sido arrebatados acudieron a ella de golpe. Volvía a sentir la caricia del viento en la piel, escuchaba a las aves cantar y olía la tierra mojada por la lluvia. Larion la abrazó, la besó y sonrió.

—Hemos salido.

—Hemos salido —confirmó ella devolviéndole el beso—. ¿Tienes idea de hacia dónde hay que ir ahora?

Larion miró a su alrededor. Ante ellos se extendía un prado llano. Había algún árbol aquí y allá, arbustos coloreados y un camino de tierra que se había ido borrando con el tiempo. Las nubes en el cielo eran grises y el ambiente comenzaba a estar cargado. Llovería pronto.

—Bordearemos la frontera con Noya hasta encontrar una colina cubierta de flores amarillas —dijo—. Allí estará la puerta.

Amelia asintió.

Larion le había explicado un poco sobre la geografía de aquel mundo. Tenía forma de rombo y se dividía en cuatro reinos distintos. Cada uno de ellos formaba una especie de cuadrante: norte, sur, este y oeste. Olia estaba en el oeste, y la montaña, en el extremo noroeste de Olia, muy cerca de la frontera con Noya, el reino del cuadrante norte. Eso quería decir que, una vez atravesado el terreno de Sombia, se acercarían Noya. Pero no debían cruzar sus fronteras. El padre de Larion no había terminado bien con su rey, puesto que

intentó invadir parte de su territorio. Con su muerte, aquel conflicto bélico se resolvió, y, aunque ahora viven en paz, lo mejor sería no pisar suelo noyano. Además, la puerta estaba en el lado de Olia, así que, en teoría, no era algo de lo que debieran preocuparse.

Caminaron durante horas. Se empaparon con la lluvia y se secaron con los rayos de sol, que inmediatamente después salió para procurarles consuelo y compañía. No vieron ninguna colina amarilla ese día. Pasaron la noche debajo de un árbol gris que tenía unas frutitas ácidas repartidas por cada rama.

Antes del alba del siguiente día, se despertaron y hablaron de los selmores. Los echaban de menos y no se acostumbraban a no verlos tumbados junto al fuego, con la cabeza de Nia sobre la de Ume mientras le lamía una oreja o restregaba su cuello sobre el del otro. Habían sido los mejores compañeros de viaje.

Al tercer día de caminata desde que abandonaron la tierra de Sombia, la encontraron. Allí estaba la puerta. Y la colina, más bien un montículo, bañado por unas flores que Amelia reconoció como de su propio mundo. Si no eran las mismas, porque al fin y al cabo ella de flores entendía lo justo, se parecían mucho: girasoles, lirios y crisantemos.

Amelia sintió que un pánico la invadía. Algo se acercaba. Algo sucedería. Algo cambiaría para siempre. Y estaba a punto de ocurrir. Lo sentía en su piel de gallina, en su vello de punta tras la nuca, en su estómago encogido y en su garganta oprimida. El fin de algo estaba cerca.

Y tenía miedo.

No quería que aquello terminara. ¿Por qué tenía entonces la sensación de que ya todo había acabado? Habían conseguido salir de la Bella Dama, habían luchado contra seres que solo buscaban su sufrimiento, aprovecharse de ellos y dejarlos moribundos esperando su muerte. Habían luchado contra el dolor, contra el agotamiento extremo, contra las ganas de rendirse. Lo habían hecho, habían seguido. Día a día. Obstáculo a obstáculo. Lo habían superado todo. Excepto el último. Porque Amelia sabía que algo iba a ocurrir; algo que ya había ocurrido, quizá, en otro espacio, en otro tiempo, o en otro mundo.

Se había ido.

Realmente se había ido.

¿Dónde estás?

¿Sigues ahí?

¿Puedes oírme?

El dolor crece, incluso cuando parece insuperable.

Sí.

Podía crecer más.

Y más.

Dolía.

Una rotura.

El triciclo, roto.

Ahora eran una bicicleta.

Y tenían que seguir rodando.

Por Blanca.

Seguirían rodando.

Dolía.

La ausencia.

Una rueda menos.

Espérame allí, estés donde estés.

Mientras tanto, yo viviré por las dos.

Te quiero, amiga.

Te echaré de menos lo que me queda de vida.

Caminaron despacio hacia aquel lugar. Las flores desprendían un olor que se pegaba a las fosas nasales como si fuera miel. La sensación de Amelia no menguaba, sino que, a cada paso que daban, se volvía más evidente. No podía verlo, pero sabía que algo estaba esperando a que llegasen, algo que les iba a impedir acceder a esa puerta, amarilla como un pedazo de ámbar sobre una alfombra de flores del mismo color . Era un lugar bello, aparentemente agradable, inofensivo. Sin embargo, el terror crecía.

«Mira bien, humana, el peligro acecha hasta en los lugares más seguros. No dejes de mirar». Esas palabras la habían acompañado durante todo el viaje. Las palabras de esa mujer blanca, de dientes

blanquísimos y pelo y tez níveas. A cada lugar que miraba, esas palabras la perseguían. A cada paso que daba y sentía escalofríos a su espalda, Amelia miraba y miraba, pero jamás atisbaba nada. Sin embargo, esas palabras ahora le quemaban.

Larion le dio la mano y ese diminuto gesto le dio valor para seguir caminando. Mantuvo la vista fija en las flores, «no dejes de mirar», sigue adelante, y ahí, camuflados entre los pétalos, pudieron verlo.

La enfermedad persigue.
Acompaña durante el viaje.
Camino que todos temen.
Rehúyen.
Ofrecen plegarias.
Rezan para mantenerlo lejos.
Fuera.
Una enfermedad invisible.
Que tormenta.
Que se pega a la piel.
Y a los huesos.
Y a la sangre.
Que persigue y espía.
Que espera a las puertas de la muerte.
Espera, paciente.
Sin prisa.
Arranca el alma de otros brazos.
De otras vidas.
No quiero irme.
Tengo miedo.
La muerte ha llegado ya.

25

Larion y Amelia repararon en él al mismo tiempo. Ella no conseguía saber dónde le había conocido. Larion, sin embargo, debía conocerle bien, porque, en cuanto sus ojos se cruzaron, pronunció su nombre con una mezcla de sorpresa y rabia.

—Omaru.

Amelia intentó recordarle. ¿Dónde le había visto? Se habían cruzado con miles de immoriths desde que comenzaron aquella aventura. Podía ser cualquiera. Sin embargo, Larion dijo su nombre con naturalidad, como si lo conociera de… hacía mucho tiempo.

—Omaru —repitió.

Y el recuerdo llegó como una flecha directa a su cabeza. Omaru estuvo en aquella fiesta en el palacio de Lúminis. Él se aproximó a Amelia para hablar, le ofreció una bebida muy poco apetecible de color azul y, en ese momento, apareció Larion, aguando el festín que estaba a punto de darse. «Mantente alejada», dijo. Fue bastante insistente al respecto.

—Hola, primo —sonrió Omaru. De su boca salieron los mismos dientes que Amelia había visto varias noches atrás escondidos entre las sombras. Se le heló la sangre. Había sido él quien los había estado observando—. Si os digo la verdad, me sorprende que hayáis conseguido llegar hasta aquí. Hubiera preferido veros muertos. Pensé que no saldríais vivos del bosque morado, y eso que me las apañé bien para provocar esa estampida. Incluso Rivis estuvo cerca de terminar con vosotros. Muy astuta, Amelia, yo jamás hubiera caído en ensuciar el agua con la sangre para desarmar a ese ser. ¿Y los parásitos que se adherían a la espalda? Si no llega a ser porque vi cómo esos bichos se metían debajo de vuestras camisas, yo hubiera caído también. —Se carcajeó mirándola solo a ella—. Habéis

sido de gran ayuda, desde luego. Ir detrás de vosotros ha hecho que mi travesía haya sido realmente sencilla.

Los rasgos de Omaru eran tan corrientes que le costaba mirarlos. «No dejes de mirar». Si mantenía la vista fija en sus pómulos, enseguida estos perdían su interés y se fijaba en sus ropas, de un color añil muy común. Su postura era recta y un tanto rígida, y su pelo, anodino, de un color imposible de describir. Podía ser rubio, pero también castaño. Incluso pelirrojo cuando le daba el rayo de sol en cierto ángulo. Su piel era blanquecina y no tenía lunares a la vista, ni pecas, ni cicatrices, ni cualquier otra marca o rasgo que distinguiera su rostro de otro. No era ni muy grande ni muy pequeño, ni guapo ni feo, ni delgado ni gordo. Era una persona completamente corriente y común. Era de una apariencia tan poco llamativa que se volvía rápidamente olvidable.

Perfecta para pasar desapercibida.

Larion interpuso su cuerpo entre su primo y Amelia con un instinto protector. ¿Qué es lo que podía hacer Omaru? ¿Qué pretendía? ¿Por qué los había seguido hasta allí?

El hombre que custodiaba la puerta amarilla dirigió la vista hacia el cuerpo de Larion, el cual tapaba a Amelia casi al completo. Sonrió.

—¿Por qué haces esto? —preguntó el príncipe.

Él respondió riéndose. Fue una risa sin nada distinguible. La risa menos risa que Amelia había escuchado jamás.

—¿Por qué? —repitió incrédulo—. A ver, primo, piensa. ¿Qué pasa si Blainar no vuelve? —Sacudió la cabeza mientras levantaba el dedo índice hacia ellos—. Lo cierto es que mi plan inicial era el siguiente: esperar a que la guapa de Amelia trajera a su querido amiguito de vuelta a Olphillia. Y, justo en ese instante, cortarle la cabeza. No lo vería venir y, entonces, yo me convertiría automáticamente en rey. No obstante, ahora tengo un plan mejor —sonrió—, muchísimo más divertido. ¿Por qué conformarme con la muerte de uno cuando puedo tener la de todos los hermanos?

»Mi plan es que os matéis entre vosotros, y, cuando estéis bien muertos, la corona será mía. Me elegirá a mí. ¿No te has parado a pensar por qué tu padre fue rey? Hace varios siglos, mi padre era el

rey de Olia, sin embargo, tuvo un terrible accidente. Y los immoriths rara vez tienen accidentes. Fue tu padre quien lo mató. Ese hijo de puta mató a su hermano, un rey que realmente se preocupaba por el reino y por sus habitantes. —Larion apretó la mano de Amelia—. Ya es hora de recuperar lo que me pertenece por derecho, primo.

Omaru se quedó allí parado, sonriendo, y, un instante después, Amelia sintió el peso de un aliento rozándole la oreja. Sin embargo, la figura de Omaru seguía allí parada, delante de ella, sobre una pequeña colina alfombrada con flores amarillas. Se le erizaron los pelos de la nuca.

—No cruzarás esa puerta, humana —le susurró la voz de Omaru al oído.

Ella dio un grito y se giró, preparada para asestarle un golpe al primo de Larion. Pero allí no había nadie. Volvió a girarse hacia el lugar desde donde le hablaba, pero ya no estaba delante de la puerta. No estaba en ninguna parte.

—No me gustan los juegos, Omaru —rugió Larion. Después se giró hacia Amelia y le habló en voz baja—. No te alejes de mí. Y, si ves algo que no te encaje, avísame. Tiene el poder de alterar la percepción. Seguramente él no está cerca, altera objetos para que tomen su apariencia. Puede hacer que veamos cosas que no existen. Él mismo puede volverse invisible si lo desea. Se esconde como una rata asustadiza y nunca lucha de frente. Hay que encontrarle.

Amelia le apretó la mano a Larion. Estaba preparada.

Omaru, de repente, apareció donde Amelia antes había creído ver un árbol de hojas frescas y dentadas.

—Tranquilo, primo, mi objetivo no eres tú. Tú terminarás muerto, igual que mis otros primos. Os mataréis entre vosotros mientras yo veo cómo sangráis. Esa será mi venganza. Y Amelia, pobrecita, no saldrá viva de aquí. Y no es personal, guapa, simplemente no puedo dejar que pases esa puerta. Ver a mis primos matarse entre ellos es demasiado tentador, y es justo lo que se merecen.

Omaru se acercaba. Era tan real que Amelia no se creía que no pudiera ser él de verdad. Le veía caminar hacia ella, cauteloso, tranquilo. Cuando el primo de Larion estuvo prácticamente a un par

de palmos, Amelia le lanzó un puñetazo que impactó en su cara. Pero lo que consiguió fue un dolor seco en los nudillos, que pronto se llenaron de heridas y de restos de corteza despegada. Se dio la vuelta hacia Larion, que la miraba con curiosidad unos metros por detrás. Volvió de nuevo la cabeza hacia donde creía que estaba Omaru, pero solo había un árbol. Él ni siquiera se había movido; ella era quien se había aproximado hacia ese eco de Omaru, que en realidad era un árbol.

Larion sonrió ligeramente. Aquello no podía ser más confuso.

—¿Te hace gracia? Podrías haberme avisado —replicó, molesta.

—Lo he hecho. Omaru no ataca de frente. Si le ves, no será él. Al menos no ahora, tan pronto.

—Creo que no es momento para lecciones, príncipe.

—Siempre es un buen momento para aprender, mujer.

Omaru volvió a aparecer, captando la atención de ambos.

—Por cierto, no seré yo quien termine con tu vida, guapa. ¿No es bonito que sea tu pareja quien lo haga? Y, antes de que repliques, primo, te estoy haciendo un favor. ¿En serio quieres vivir ese dolor durante toda tu vida una vez ella se muera? Son tan débiles, los humanos… Es mejor terminar con ella y evitarte años de sufrimiento.

En ese momento, el suelo pareció iniciar un movimiento descendente. El mundo daba vueltas, la tierra en el cielo y el cielo en la tierra. De nuevo arriba, abajo, arriba, abajo, un ciclo que los mareaba y los desorientaba. Se caían por la falta de equilibrio. Amelia se agarró a Larion, que se mantenía quieto, observando el mundo a su alrededor agitarse, como si se tratara de una pelota botando arriba y abajo.

—Te encontré —susurró.

Una flecha de fuego se disparó desde el pecho de Larion, directa a un punto en algún lugar de aquel mundo giratorio.

—Has fallado —se carcajeó la voz de Omaru.

Otra flecha cayó en otro lugar. El escenario no paraba de girar. Amelia creía que iba a vomitar en cualquier momento.

Las flechas de fuego salían del cuerpo de Larion como agujas veloces. Iban en todas direcciones, a todas partes. Era una maldita

lluvia de fuego. Amelia se mantenía detrás de él, procurando mantener el estómago en su sitio, hasta que una de las flechas dio en el clavo y el mundo se frenó en seco.

Amelia cayó hacia atrás, pero Larion consiguió estabilizarla antes de que tocara el suelo.

—Vamos. Sé dónde está.

Él salió corriendo y Amelia tardó un poco más de lo debido en seguirlo por culpa de la sensación de vértigo. Cuando llegó hasta Larion, este sujetaba a Omaru contra el tronco de un árbol, pero en un pestañeo ya no era Omaru a quien tenía inmovilizado, sino a la propia Amelia. Larion se giró para mirarla, pero, cuando lo hizo, su rostro cambió y soltó a aquel Omaru que ahora era Amelia.

—¿Qué pasa? Esa no soy yo, Larion.

—No la escuches —dijo Amelia.

—Cállate, joder.

—Larion, soy yo. Por favor…

Larion volvió a sujetar a la Amelia que estaba presa entre su antebrazo y la corteza del árbol.

—Sé lo que intentas. Y no lo vas a conseguir —gruñó Larion.

—¿Qué dices? ¡Que soy yo! Ni se te ocurra matarme, imbécil —dijo la Amelia contra el árbol.

Larion se quedó de piedra, observando a la Amelia que tenía apresada. Se giró hacia la otra Amelia, la que estaba a su lado, observando con horror aquella duplicidad tan perturbadora.

—Es él, Larion. Esa no soy yo, tienes que creerme. Joder, ¡si acabo de llegar!

Larion parecía debatirse entre una Amelia y la otra.

—Dentro, fuera y rodeándote, ¿recuerdas? —la Amelia apresada imploraba, suplicaba que Larion la creyese. Por primera vez en todo aquel tiempo, tenía verdadero miedo a morir.

—¿Qué cojones? —La Amelia junto a Larion desenvainó una de las dagas sujetas a su cintura—. Está jugando con tu cabeza. Yo nunca…

Larion utilizó su magia de hielo para moldear unos grilletes y atrapar a la Amelia y colocarla junto a la otra.

—¡Larion! —gritó la Amelia atrapada por el hielo.

Larion las observaba. Amelia no se creía que esto le estuviera pasando a ella. ¿En serio no la reconocía?

—No se juega con lo que es mío, primo. —La voz de Larion se había convertido en roca maciza, era oscura, cavernosa, parecía capaz de partir la tierra en dos—. ¿De verdad crees que no sé quién es mi pareja? ¿La persona por la que estaría dispuesto a morir aquí y ahora?

Su cuerpo comenzó a bullir. Larion comenzó a arder, con unas chispas lacerantes que saltaban desde su piel. Ambas Amelias ahogaron un grito. Una de ellas expectante, la otra confundida. Las dos se mantenían en silencio. Una tenía los ojos llorosos. La otra los tenía clavados en él. Incluso se le intuía una ligera sonrisa.

Una de ellas parecía hervir con él, de rabia y de frustración. Larion levantó la mano y una flecha en llamas se materializó entre sus dedos. La luz del fuego creaba sombras en su rostro, alrededor de su pelo, y la luz anaranjada se filtraba bajo su piel, como si formara parte de él. Una de las Amelias pensó que nunca le había visto tan poderoso como en ese momento; la otra estaba tranquila, al fin y al cabo, no sería ella quien moriría ese día.

Larion giró la cabeza para mirar a una de ellas, esa que lo miraba sin inmutarse, sin una mácula de miedo en su rostro. Esa que lo retaba a matarla. Parecía que se había dado cuenta de que esa Amelia era Omaru, porque a la otra Amelia le rodaban unas lágrimas de agua salada por las mejillas. Esta miraba con una súplica muda a Larion, como diciendo: «Soy yo, capullo, no me dejes morir aquí». La Amelia encadenada con hielo vio con alivio cómo Larion cogía la flecha y se la acercaba a la otra Amelia a la cara. La loca no se inmutaba. Y entonces, esta que no se inmutaba vio cómo esa flecha no terminaba en su estómago, sino en el de la llorosa y suplicante Amelia bloqueada con el hielo.

Cuando eso ocurrió y Larion la dejó libre, sí que lloró.

—Mi Amelia no llora bajo presión, llora después de haberla sufrido —dijo él dándole un beso en el surco de una lágrima.

Amelia se enjugó las lágrimas que habían caído por sus mejillas en silencio y miró a Omaru, retorciéndose de dolor con una flecha

hirviendo que le perforaba el estómago. Desvió la mirada hacia la puerta amarilla, pero esta ya no estaba allí.

Un pánico le recorrió la columna a Amelia: ¿habían llegado tarde?

—¿Dónde está la puerta?

Larion se giró.

—Es demasiado pronto como para que ya no esté —dijo negando con la cabeza. Después volvió la cabeza hacia Omaru—. Es cosa de él.

Larion se enfadó. Soltó un gruñido mientras levantaba en volandas a Omaru, y dos flechas de fuego se clavaron en la palma de sus manos y se hundieron en la carne, hasta dejarlo crucificado como a un Cristo cualquiera entre el tronco y dos gruesas ramas que salían de él. Pero él no era ningún salvador, ni profeta, ni el hijo de ningún dios. Omaru era todo lo contrario: era el diablo camuflado, el mal que existe para entorpecer al bien, la piedra en el camino, la enfermedad que devora hasta llevarse lo bonito del mundo…

El immorith gritó de dolor, pero miró a Larion con unos ojos indestructibles, aún vidriosos por su imaginativa actuación fingiendo ser Amelia.

—No tienes las agallas que hacen falta para matarme, primo. Tú no eres así, lo he visto. Te conozco y dejarás que entre sola antes que matarme y entrar con ella. Eres idiota. —De su garganta salió un gorjeo—. Puedes destrozar mi cuerpo todo lo que quieras, pero, mientras tenga mi mente, la guapa no abandonará este mundo. Tendrás que matarme antes.

—Cállate —escupió Larion, que comenzó a darle golpes en la cabeza con sus puños. Pum, pum, pum.

Amelia decidió no mirar, no pensar. Se centró en buscar la puerta.

Corrió hacia donde creía que había estado la colina durante el enfrentamiento, pero había desaparecido. Tanteó el suelo y el aire con las manos, pero allí no había nada. ¿Dónde estaba? Buscó a su alrededor: árboles, colinas, colores, arbustos, troncos, flores amarillas en el suelo, girasoles, rosas amarillas y crisantemos.

Vio entonces el árbol que había confundido con Omaru, ese de las hojas dentadas. Recordó la posición aproximada que ocupaba aquel árbol respecto a la puerta la primera vez que los observó. Volvió a girar la cabeza, procurando concentrarse, recordar. Todo parecía estar en el lado contrario en el que lo había encontrado cuando llegaron a la colina amarilla.

Un dolor de cabeza terrible acompañado de un mareo de los que acaban haciendo que te desmayes comenzó a desestabilizarla. Ese tipo estaba jugando con su mente y no le gustaba. Lo odiaba, joder. Volvió a mirar hacia el suelo. Rosas amarillas. En la colina verdadera no había rosas, sino lirios. Levantó la cabeza y vio cómo las colinas se multiplicaban. Los rodeaban por todas partes.

Se giró hacia Larion y vio cómo el príncipe seguía ensañándose con su primo. Reprimió un grito de horror y decidió centrarse en buscar los lirios. Corrió de colina en colina. El pum, pum, pum de los puñetazos sobre el cráneo de Omaru eran un compás macabro que la perseguía en cada colina que alcanzaba.

Lirios. Lirios. Lirios. ¿Dónde estaban?

Omaru reía de manera enloquecida, perturbada. Su mente estaba creando colinas imposibles, destrozadas y fragmentadas, tal y como lo que veía Amelia en ese momento. Era imposible concentrarse en aquel lugar. Las colinas eran infinitas.

Amelia miró a Larion y él la miró a ella. Y entonces la vio. Justo detrás de Larion. Apenas a unos metros detrás de él, había una colina repleta de lirios amarillos. Corrió junto a él y le dio la mano. Tiró del immorith y dejaron a Omaru destrozado en el suelo, pero no fue suficiente.

—O me matas, o no saldrá. ¿No lo has entendido todavía?

La colina comenzó a desaparecer delante de sus narices. Oh, por favor, comenzaba a odiar ese maldito juego. Y entonces volvió el pum, pum, pum. Y la colina que estaba decorada con lirios amarillos apareció de nuevo. Cada golpe abría una fractura, desestabilizaba a Omaru y su capacidad de hacerlos percibir lo que él deseara.

Larion y Amelia se miraron.

—Ve y tráelo de vuelta. Yo entraré después.

—No me iré sin ti.

—Amelia —dijo con voz grave. Después sonrió—. Trae a Blainar, cariño. Yo voy detrás.

El tiempo quedó suspendido. Amelia observó esos ojos ambicolor y se aferró a esa imagen con cada partícula de su ser.

—Ve, Amelia. Te buscaré al otro lado.

Amelia asintió, con el corazón hecho un nudo, apresado y mortificado. Apretó el collar que descansaba sobre su cuello y miró a Larion. Este le hizo un gesto de asentimiento y volvió el ritmo macabro de los puñetazos. Con cada uno de ellos, la puerta se hacía más y más palpable.

Con cada golpe, la cabeza de Omaru entraba en inconsciencia y su poder desaparecía. En cuanto Amelia la atisbó por completo, sólida y firme, corrió hacia ella. Su mano cogió el pomo, tiró hacia abajo, abrió la puerta y pasó.

Ni siquiera le dio tiempo a echar un último vistazo a Larion. El hueco de la puerta la absorbió y lo único que quedó a la vista de Larion fue la ausencia.

UNAS MANCHAS DE FLORES MUERTAS

Era la primera vez que Mel acudía a un entierro. Siempre los había visto por la tele y la gente parecía realmente triste. Todos vestidos de negro, lágrimas, sollozos, nerviosismo y una tristeza invisible en el aire; cargado, como si hubiera algo muerto suspendido en el ambiente. Aunque, para ser justos, eso era exactamente lo que había.

—No me puedo creer que hayas venido así vestida, hija.

Mel se miró el vestido. Era el favorito de Blanca; de un color rosa pastel con flores lilas. Siempre que Mel se lo ponía, Blanca le exigía dejárselo durante una temporada. Al final de la noche se intercambiaban el vestuario en cualquier baño público y Blanca volvía a su casa feliz porque había conseguido el vestido más bonito de su amiga. Aquel ritual se repitió varias veces, hasta que el vestido terminó en el armario de Blanca de manera definitiva. A Mel no le molestaba, le encantaba prestarse ropa. Ella, de vez en cuando, también salía ganando.

—A mí me gusta —dijo Lars a su lado.

Mel le sonrió, apretándole la mano. Lars era su ancla, su muro tras la espalda. Se había vuelto indiscutiblemente indispensable para ella.

Escuchó su nombre a lo lejos y giró la cabeza hacia Ana, que llegaba vestida de la misma índole que ella. Su indumentaria era incluso más inapropiada que la de Mel, con un vestido bermellón, un tanto escotado y escandalosamente ajustado. Una carcajada triste salió de su garganta. Aquel vestido fue el que Ana llevó en la boda de su amiga, y fue objeto de adoración por parte de Blanca durante años. Obligó a Ana a dejárselo para varios eventos familiares.

Ambas sonrieron cuando se abrazaron. Las dos habían tenido la misma idea. Blanca no habría querido verlas con ropa oscura. Su amistad se basaba en la alegría de vivir, en dejarse ropa y admirarse

mutuamente. Por muy distintas que fueran. Su madre, sin embargo, no estaba de acuerdo con esa indumentaria. Puso los ojos en blanco y acudió al lado de Mami B, que parecía haber envejecido veinte años en dos días.

Ana, Lars, Mel y Nico se situaron frente al féretro que protegía el cuerpo de su amiga, como un cascarón lustroso que envuelve un fruto podrido.

Una vez el ataúd estuvo bajo tierra y todos los familiares y amigos se habían dispersado ya, las dos amigas dejaron girasoles, lirios y crisantemos amarillos sobre la tierra revuelta. Parte del polen de las flores se les adhirió a la ropa, manchando la tela y dejándola pegajosa.

La bicicleta seguía rodando. Y ellas girarían.

Una semana después, la vida seguía; giraba sin control.

Blanca era una losa sobre la tierra que su madre, su hermano y su marido tendrían que pagar hasta que un día dejaran de hacerlo. Hasta entonces, era un buen lugar al que acudir para hablar con ella. Mel tenía prohibido hablar de sus encargos con otras personas vivas, pero, si estaban muertas, nada le impedía poder charlar durante horas de sus personajes y las tramas. Y así lo hizo con Blanca durante semanas. Necesitaba contarle que aquel libro era por y para ella. Su regalo. Y que, cuando lo terminara, cuando terminara el final real y no el que su cliente quería, iría allí a leérselo. Se lo leería de principio a fin.

Mientras tanto, seguiría escribiendo hasta que llegara el día en el que, por fin, pusiera punto final a aquella historia.

26

Amelia vomitó tres veces en un suelo de hormigón. Sus botas pisaron algo pegajoso mientras su bilis se desperdigaba por el suelo, ya de por sí sucio y mugriento. Las arcadas no cesaban y sentía la mente embutida, en blanco, como si acabara de despertarse de una profunda siesta y no supiera dónde estaba, qué día era ni cómo había llegado hasta allí. Tardó varios minutos en recomponerse y recuperar el control de sí misma.

Miró a su alrededor.

Casa.

Estaba en casa.

Se giró para ver la puerta amarillenta que la había devuelto a su mundo. No era más que un pequeño acceso escondido que parecía dar a un trastero abandonado. A su alrededor se extendían edificios en muy mal estado, con aspecto de no haber sido cuidados durante décadas. Uno de ellos, donde se encajaba la puerta a Olphillia, era verduzco, y emanaba un olor a cerrado que se escapaba por los cristales rotos de las ventanas, cubiertas de polvo por la falta de limpieza.

Amelia caminó hacia la salida de aquel callejón hasta encontrar una calle con escaso tráfico. Aquel lugar no parecía estar muy concurrido, pero al menos no había terminado en mitad de ninguna parte, que era uno de sus principales miedos. Necesitaba encontrar un establecimiento donde cargar su teléfono, así sabría dónde estaba exactamente y podría llamar a Blaine. Y necesitaba hacerlo cuanto antes.

Apenas caminó unas manzanas cuando se topó con un restaurante llamado «Arabian Coffee». Entró sin vacilar. Una mujer lavaba vasos y atendía a los pocos clientes que había a aquellas horas. Tenía los hombros hundidos y una cara de cansancio que

resultaba hasta triste. Cuando Amelia se acercó, advirtió su vientre, abultado y lleno de vida.

—Hola, guapa, ¿qué te pongo? —dijo la mujer con una mueca al acercarse.

Amelia tardó en reaccionar. Ese «guapa» le recordó a Omaru y a Larion, que quizá en ese mismo momento, en otro mundo muy lejos de allí, el príncipe seguía dándole puñetazos a su primo para dejarlo inconsciente.

Tragó saliva y la boca le supo a ácido. Se llevó una mano al morral que había llevado encima desde que salió de Lúminis. Cogió su móvil y lo puso sobre la encimera de madera maltratada por el tiempo.

—¿Dónde estoy? —preguntó a la mujer, que ahora la miraba con el ceño fruncido y una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Cómo que dónde estás?

La embarazada arrugó aún más el entrecejo y puso cara de querer llamar a los servicios de emergencia por si a esa clienta que acababa de entrar en la cafetería le había dado un aneurisma. O algo así debió pensar ante esa pregunta tan estúpida en apariencia.

Amelia sacudió la cabeza. Era tan fácil como encender su teléfono y abrir Google Maps para ver dónde se encontraba exactamente. Prefirió eso a dar más explicaciones.

—Nada, perdona. No importa, solo necesito cargar el móvil. ¿Tendrías un cargador que puedas prestarme?

La mujer seguía contemplándola con interés; miraba su vestuario, su pelo y parecía querer penetrar en su mente a través de los ojos. Por un instante, Amelia dudó de su propio aspecto. Llevaba días sin bañarse y el viaje a su mundo la había dejado desorientada. Además, llevaba la ropa típica de Olphillia, por lo que seguramente debía suscitar muchas preguntas.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Se sorprendió, pero asintió despreocupada.

—Estoy bien, gracias. Aunque usar el servicio me vendría genial —dijo.

—Claro, está ahí detrás. —Señaló una puerta al fondo del restaurante—. Si quieres, dame el móvil y mientras vas al servicio te

lo cargo.

Cuando volvió tras asearse un poco, se sentía más cómoda y limpia. Era impactante lo que un chorro de agua fría en la cara era capaz de lograr. Encontró su teléfono unido a un cable en el extremo opuesto de la barra. Se acercó y se sentó en un taburete alto. La mujer se dirigió hacia ella con rapidez y le puso un café humeante justo delante.

—Yo no…

—Invita la casa —se apresuró a decir—. Me da la sensación de que te va a venir bien.

Amelia sonrió y se lo agradeció.

La mujer se llevó las manos a las lumbares y se estiró. Después una de sus manos fue a parar a su vientre, acariciándolo con la naturalidad con que uno se rasca una oreja, de manera puramente involuntaria.

—Si necesitas algo más, solo tienes que decírmelo. Las chicas tenemos que ayudarnos entre nosotras. Si no, ¿quién iba a hacerlo?

Amelia volvió a sonreír. Lo cierto era que nunca había tenido amigas. Tuvo una hacía tiempo, pero en cuanto Blaine entró en su vida, otras salieron de la suya; entre ellas, la de aquella amiga. Al final se quedó solo Blaine.

Algo le decía a Amelia que esa chica sería una buena amiga.

Cogió su móvil y lo encendió mientras le daba pequeños sorbos al café. Cerró los ojos y respiró profundamente. Le avergonzaba admitir cuánto había echado de menos aquel líquido amargo y oscuro.

En cuanto el móvil se encendió, la estremeció ver la fecha: 22 de junio. Había estado fuera desde el 13 de marzo. Cien días exactamente.

Un millar de mensajes atascaron su buzón de entrada. Y, aunque aquello le dio cierto vértigo, se obligó a ignorarlo.

Abrió la aplicación de mapas y buscó su localización: Twin Falls, en Idaho. Joder, había terminado casi en la otra punta del país.

Marcó el número de Blaine con la sensación de que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. Él descolgó al primer tono.

—Has vuelto.

A Amelia se le contrajo la garganta, aguantándose un sollozo.

—Dime dónde estás —indicó ella.

—En Utah —contestó él.

—Pues vente cagando leches a Twin Falls. Tienes menos de doce horas, capullo.

Le escuchó trastear en el teléfono y, apenas unos segundos después, contestó.

—Solo necesito tres.

—Bien, te espero en el restaurante Arabian Coffee.

—Allí estaré.

—Blaine —rogó—. No me falles. Por favor.

—Allí estaré, Eli.

Amelia se pasó las siguientes tres horas charlando con la camarera embarazadísima, enterándose de las últimas noticias y leyendo mensajes despreocupados de sus padres. Por lo que pudo intuir sobre ellos, Blaine les había dicho que ambos se habían ido de viaje por Europa y que, supuestamente, habían decidido que era un viaje para desconectar.

No sabía cómo, pero había conseguido mandarles imágenes semanales de ellos dos en distintas ciudades: Madrid, Oporto, Florencia, Múnich, Liverpool… La inteligencia artificial obraba verdaderos milagros, y sus padres eran inocentes e ingenuos respecto a las nuevas tecnologías. Se tranquilizó al pensar que, al menos así, no habían estado llorando a su hija desaparecida. Y que Larion tenía razón: Blaine había jugado con ella. La había engañado para que entrara por aquella puerta y conociera a su hermano. Pero ¿acaso podría reprochárselo? Ya no podía imaginarse la vida sin el mellizo de su mejor amigo. Lo malo es que tampoco se la imaginaba sin el mellizo de su amor verdadero.

Y no podía tenerlos a los dos.

Tres horas y tres minutos más tarde, la puerta del restaurante se abrió y la figura de Blaine se dibujó con los últimos rayos de sol que se colaban tras la puerta de la entrada.

«Un rey», eso fue lo último que pensó Amelia en cuanto sus enormes brazos la rodearon como si fueran la lana más calentita y

acogedora. Ella se dejó abrazar, acunar y besar en la coronilla como una cría.

—Creo que es hora de que vuelvas a tu mundo, *Blainar*. Tienes un continente que reinar.

27

Antes de marcharse del restaurante, Amelia se despidió de la camarera y obligó a Blaine a pagar el café, la hamburguesa y las bebidas que había consumido durante esas tres horas.

—Sigues igual de tacaña que siempre, ¿eh?

—Si quieres, pago con el barro de la suela de mis zapatos, amigo. Estoy segura de que alguien pagaría mucho por analizarlo.

—Anda ya.

Amelia lo miró desafiante. El sol se había escondido tras los pocos edificios que había a su alrededor. Odió que aquel callejón al que se dirigían fuera la primera vista que Larion tendría de su mundo. Porque vendría. Le dijo que volvería con ella, que la buscaría al otro lado. Y Amelia se aferraba a esa idea para evitar desmoronarse.

—Tienes que irte ya, Blaine. Tu hermano…

No le salían las palabras. Amelia estaba convencida de que habían superado los horrores que Sombia había puesto a su paso. Encontrar a Omaru delante de la puerta había sido… desconcertante y, el resultado, una auténtica pesadilla.

—Mi hermano está bien.

—Pero Omaru… —comenzó a explicar con un deje desesperado.

Blaine le cogió de la mano.

—Sé lo que ha pasado con Omaru. He visto cómo Larion te clavaba un cuchillo en el estómago, Eli. Solo que no podías ser tú, porque estabas al lado. Era nuestro primo, lo sé… Y puedo imaginarme lo que pretende. Pero ahora mi tiempo es tuyo. Aún nos quedan unas horas para que la puerta se cierre de nuevo. Y si esta es la última vez que tú y yo…

Ambos se miraron.

—¿Larion está bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Está bien ahora mismo? —insistió.

—Si estuviera muerto, lo sabría. Créeme.

—Eso no me ayuda.

—Olvídate de mi hermano un momento, ¿quieres?

—Ay, amigo, me parece que ya es tarde para eso. Tú te encargaste de ponerlo en mi camino, ¿no es así? Porque Larion tiene una teoría un tanto increíble al respecto de por qué fui yo a parar a Olphillia en tu lugar…

—Mi hermano siempre ha sido más listo que yo —respondió—. ¿Qué te ha dicho?

—Todo.

Caminaban despacio hacia aquel callejón donde aguardaba la puertecita amarilla. Los coches habían dejado de pasar y las pocas personas que había visto antes ya no estaban, también volatilizadas, resguardadas en el interior de sus casas.

—Entonces comprenderás por qué tenía que hacer lo que hice. Aquella noche actué de forma extraña e insólita para que me siguieras. Sé que eres capaz de hacer cualquier tontería por mí, incluso entrar por una puerta misteriosa sin saber a dónde va a parar —sonrió y le puso las manos sobre los hombros, acercándola hacia sí en un abrazo—. ¿Te ha contado Larion lo que nos pasa? ¿Las visiones, los sentimientos, lo de… Yuriel?

—Sí, lo ha hecho —afirmó Amelia contra el pecho de Blaine. Sus ojos eran dos lagos a punto de desbordarse.

—Después de que tú y yo nos conociéramos —comenzó a explicar—, cada vez que estaba contigo, me llegaban oleadas de sentimientos que no eran míos, pero que conocía muy bien. Al principio fueron olas pequeñas, hasta que se convirtieron en verdaderas tormentas. Hacía mucho que no me sobrecogía un sentimiento así. No lo entendía. Yo no sentía eso por ti. Yo te quiero como a una hermana, como a una amiga, siempre ha sido así, pero no de esa manera… —Se apartó ligeramente para mirarla a la cara —. Pensé que había sido Larion el que había conocido a su pareja al fin. Pero nunca me venían visiones de otra persona. Las pocas

visiones que aparecían con esos sentimientos eran tuyas, eran de ti en ese mismo momento. Como si estuviera viendo dos pantallas a la vez. Fue extraño, hasta que capté el mensaje. De alguna forma, Larion te había conocido a través de mí. Y eras tú quien provocaba esos sentimientos en él. Tuve que hacer algo, Eli, lo siento…

—¿Y si no volvía a por ti?

—Olvidas que te conozco mejor que nadie —sonrió—. Si había alguien capaz de hacer cambiar de idea a mis hermanos esa eres tú. Y sabía que, si alguien te acompañaba, que lo harían, esa sería misión de Larion. Era un plan perfecto… Sin embargo, cada peligro al que te has enfrentado lo sentía como un verdadero ataque al corazón. Has estado a punto de morir dieciocho veces, Eli. ¡Dieciocho veces en peligro de muerte! No he pasado tanto miedo desde que Yuriel… —Amelia volvió a abrazarlo—. Lo siento. Quizá, si hubiera sido sincero contigo… Larion me odia por haberte expuesto de ese modo. Puedo sentirlo.

—Deja de decir lo siento, idiota. Además, no podías decírmelo. Ya lo sé. Y creo que tu hermano nunca podría odiarte.

—Bueno, al menos eso ha salido bien. Larion ha estado intentando bloquearme más de lo normal últimamente. Lo sé porque en las pocas visiones que me llegaban estabas en peligro o fo…

—¡Blaine!

Él soltó una carcajada. Amelia intentó retenerla en su memoria.

—Tengo 257 años, Eli…

—Eres un verdadero capullo.

—Echaba de menos tus maldiciones —sonrió.

Ahora que lo veía con otros ojos y reconocía su verdadera edad, Blaine tenía cara de persona sabia. Immorith, en realidad. Eran ojos de un soldado tras la guerra, de un anciano que ve pasar la vida sentado en un banco, de una madre tras el parto. Tenía ojos de alguien que ha vivido mucho tiempo, que ha visto muchas cosas y que ha sufrido demasiado.

A cada uno se le formó un nudo en el estómago.

—Nunca más te volveré a ver —dijo Amelia expulsando un hilillo de voz de su garganta—. ¿Cómo voy a vivir sin ti?

—Sobrevivirás, Eli.

—Pero necesito a mi amigo. Necesito tus consejos, tus mensajes de ánimo, tu manera de decirme que todo irá bien, tu compañía, tu voz, tus oídos para escucharme despotricar de algo que odio o para acompañarme en algo que amo. Te necesito a ti, Blaine; tu mente y tu amistad estúpidamente incondicional.

Mientras escribía esas palabras, Mel se imaginaba diciéndoselas a Blanca. Pensaba en su amiga y en cómo sería su vida ahora que ella no estaba. Presionaba las letras del teclado, una a una, como si fueran sus gritos ahogando la pena. Mel necesitaba a Blanca de la misma forma que Amelia necesitaba a Blaine. Eran lo mismo.

Los cuatro habían terminado su viaje, y era el momento de decir adiós.

—Encontrarás nuevos amigos, Eli. Creo que te he estado reteniendo demasiado tiempo. Hay mucha gente ahí fuera, no te cierres a los demás. En este basto mundo hay otra persona como yo, esperando a una amiga como tú, que le llene las orejas de palabrotas y los hombros de puñetazos. Y la encontrarás, estoy seguro.

—Nadie será como tú.

—No. Pero eso no quiere decir que sea peor. Dale una oportunidad al mundo, ¿me lo prometes?

—Lo intentaré.

—Eso me basta.

Se acercaban al callejón mugriento, Amelia decidió ralentizar sus pasos. Alargar el momento.

—¿Qué harás cuando vuelvas?

—Cumplir con mi deber.

Quiso preguntarle cómo había sido capaz de matar a su padre, quería saber cómo era Yuriel, el amor de su vida. Ahora que Blaine se había abierto en canal para ella, iba a perderlo. Y se quedaría sin respuestas. Iba a echarlo tanto de menos que le dolía respirar.

—Larion… Él dice que quiere venir. Aquí. Conmigo. —Blaine sonrió como única respuesta—. ¿Qué piensas de eso?

—Que sería idiota si no lo hiciera. Y por eso sé que estarás bien sin mí. Como ya sabes, Larion y yo estamos conectados, y da igual en qué mundo estemos. Te seguiré viendo. Y él me verá a mí. Estoy seguro de que podrá contarte lo guapo que estoy con una corona sobre la cabeza.

El callejón se abrió ante ellos. Se abrió como si hubieran estado navegando por un río y aquel resquicio de ciudad fuera el mar. La salida y la entrada al mismo tiempo. La pregunta y la solución. El pasado y el futuro en una calle que olía a pis de perro y alcantarilla estancada. Había oscuridad y un rayo de luz que cortaba la imagen en dos. No, luz no. Fuego.

Amelia cayó de rodillas al ver a Larion de pie sobre el suelo de hormigón. El peso de la preocupación y los nervios y la expectación y la esperanza la hizo venirse abajo. De repente, aquella cadena de emociones que había estado sosteniendo en los brazos, como una posibilidad que amenazaba con empujarla directamente al suelo, se hizo insoportable. Cuando en su cabeza se disiparon las imaginaciones sobre el desenlace que más temía, Amelia lloró. De alegría y de pena.

Uno se quedaba.

El otro se iba.

Una se quedaba. La otra ya se había ido.

Los hermanos se miraron. Ni siquiera se abrazaron. Ambos posaron sus callosas manos sobre el hombro del otro. Fuego y hielo. Unidos. Azul pálido y verde esmeralda. Eran uno solo. Y ella estaba unida a cada uno de ellos.

Amelia nunca olvidaría ese momento: Blainar se inclinó hacia Larion y le dijo algo que ella no pudo escuchar. Larion asintió y le apretó el hombro con sus dedos ensangrentados y llenos de heridas. Después fue Larion quien habló: «Te veré dentro de cien años, hermano», dijo. O eso creyó entender del trémulo movimiento de su boca.

Se separaron, y los brazos que la habían sostenido durante diez años la acogieron una última vez con la facilidad de quien aprieta un peluche.

—Te veré desde el otro lado. Te quiero, amiga.

UN FINAL DIGNO DEL FANTASMA

—¿Ya?

Abby parecía molesta.

—¿No te gusta?

—No puede acabar así, Mel. Quiero que hagas un capítulo más —exigió—. Quizá unos años más tarde, en el que muestres la vida de Larion y Amelia en la Tierra. O no, mejor; cuenta qué sucedió directamente ese día, en cuanto Blaine volvió. O incluso podrías poner un capítulo desde Olphillia, desde el punto de vista de Blaine y saber qué pasó con Omaru. ¿Cómo lo venció Larion? Hay cabos sueltos. Eso a los lectores no les va a gustar.

—Tienes razón —contestó.

Lo cierto es que Mel quería terminar con ello cuanto antes; pasar más tiempo escribiendo ese final idílico, en el que todos terminan en el lugar indicado, la estaba consumiendo. Abby tenía razón. El libro no podía terminar así, los lectores se le echarían encima, se cabrearían. Ellos necesitaban, al menos, un epílogo con respuestas. Un final menos abrupto. Por una vez estuvieron de acuerdo.

—Añadiré un capítulo más —concedió Mel—. ¿Te parece bien que sea desde el punto de vista de Larion?

Abby aceptó y Mel colgó.

Abrió el archivo de Word y miró las últimas palabras que había escrito: «Te quiero, amiga».

En realidad, esas eran las palabras perfectas para un final. A fin de cuentas, esas fueron las últimas que le dijo a Blanca. Pero entendía que no valían en una novela; no en el final que Abby quería.

Hablaría de Larion. De lo que sintió al ver crecer a Amelia, al ver sus arrugas aparecer, su cuerpo menguar. Hablaría de la dulzura de una muerte natural, cuando uno ya es anciano y su último

suspiro es esperado y bienvenido. Ambos sabrían que ese día llegaría, pero eso no les impediría vivir la juventud de Amelia con pasión y cierta locura. Viajarían, bailarían, o al menos Larion se deleitaría al mirarla a ella bailar, y se dejarían la piel por su relación, con entusiasmo y deseo. Y, cuando el tiempo hiciera su trabajo, vivirían su vejez con ternura y dedicación. Su felicidad provendría de la mente y no tanto del cuerpo; de las largas charlas, de los juegos, de los paseos, de la quietud que deja a su paso una tormenta. Encontrarían placer en sentarse el uno junto al otro, respirando el mismo aire, dándose la mano y fingiendo que prestan atención a la televisión encendida. Y, cuando Amelia muriera, la ausencia no sería menos dolorosa que si hubiera sucedido antes, de forma antinatural. Larion se quedará sin su compañera, sin su otra mitad. Ya sería vieja y estaría desgastada, pero su corazón y su alma seguirían perteneciéndole a él, vigoroso y fuerte. Tan joven como el primer día.

Amelia sufriría mucho al verse en el espejo, al darse cuenta de que su cuerpo se preparaba para la muerte. Que desaparecía cada día, cada segundo, poco a poco. Larion, sin embargo, se sentiría orgulloso de verla seguir viviendo a pesar de la fragilidad del ser humano. Cuando la viera reírse, sin dientes y con los labios vueltos hacia el interior de la boca, pensaría que era una anciana preciosa, inteligente y valiente. Y, cuando ella se fuera, su vida entraría en pausa.

Pasaría meses sin salir de casa, envuelto entre las sábanas que aún olían a ella. Releería sus libros favoritos. Vería las películas que la hacían llorar de alegría y rememoraría sus mejores días con vídeos caseros que ambos se grababan a escondidas. Porque irse es fácil. Al menos lo es el acto de morirse. Uno se muere y ya. Los que piensan que hay vida después de la muerte se consuelan sabiendo que el dolor pasa, que sus almas van a un lugar mejor, más bonito; sin maldad, sin dolor, sin sufrimiento. Esos muertos dejan de sufrir. Sin embargo, los vivos, los que se quedan pisando el mundo, respirando, esos no dejan de sufrir. Quizá un día ese dolor se hace más llevadero, pero no invisible. Siempre habrá quedado en forma de cicatriz. Siempre se llevará pintado en el alma bajo la piel. No

importan los años que pasen. Y así le sucedería a Larion, quien no creía en la vida después de la muerte, pero sí en la reencarnación del alma. Él estaba convencido de que, en otro mundo, en otro lugar, Amelia volvería a nacer y que él la encontraría. Al fin y al cabo, tenía una inmortalidad por delante para buscarla.

Cien años después de aquel primer encuentro, una puerta de color verde lima se abrió en una zona deshabitada de Ohio. Y cuando Larion la cruzó, lo hizo con un collar al cuello; el collar que un día le regaló a Amelia, aquel que con la luz se oscurecía y con la oscuridad se iluminaba; un anillo en el dedo anular, que los convertía en marido y mujer hasta que él dejara de existir; y una vida a cuestas, dolorosamente corta, que había merecido la pena.

Cada segundo de ella lo había merecido.

Ese final sí fue un final feliz. Y resultó que a Abby le gustó bastante.

El trabajo de Mel había terminado. Su libro ahora estaba en manos de otra persona, de otro nombre. Tenía que dejarlo ir. Pero aún tenía algo que hacer: escribir otro final.

Un final más incómodo, aquel que los lectores no quieren leer porque ya tienen suficiente drama en sus vidas como para que una lectura evasiva les suponga un dolor innecesario. El final que había escrito para Abby, debía reconocer, se parecía mucho a la vida de Mel: la protagonista se queda con el amor de su vida, pero a cambio pierde a su mejor amigo. Mel tenía a Lars, su constante infinita, pero Blanca se había convertido en un recuerdo con un nombre y una fecha grabados en la piedra. Quizá no existe el final perfectamente feliz.

Este otro que escribiría, el suyo, el de Blanca, aquel que pensaba que le debía a su amiga, no era un final sencillo. En este, Amelia sale perdiendo. Al igual que perdió Mel; la amiga. Al igual que perdió Nico; el marido. Y es que los finales no siempre son felices. La vida real existe. La vida en la que, injustamente, personas que hacen el mundo más hermoso, seguro y placentero, se van antes de tiempo.

Así era Blanca. Una persona que irradiaba luz. Que transformaba en algo más bonito aquello que la rodeaba. Una luz

que puede que se hubiese apagado, pero que, aun así, era inextinguible.

Habían pasado seis meses desde que Mel envió el manuscrito terminado y corregido a Fantastic Abby. Como era de esperar, una de las editoriales más potentes del país acogió su proyecto con devoción. La expectación se hizo enfermiza; los *posts* virales y la publicidad fluían por cada rincón de las redes sociales. Mel se las desinstaló en esa época. Apagó el teléfono. Apagó cualquier tipo de vida más allá de la real. Decidió ignorarlo y centrarse en su nuevo proyecto. Uno que sería enteramente suyo. Decidió volcarse en cada palabra para construir una historia completamente genuina. No quería darse por vencida. Tiró la sábana que la cubría y dejó de ser ese fantasma que la había perseguido, y maldecido, durante tantos años.

Un día cualquiera, como tantos otros en que entraba en alguna librería, una pila de novedades le llamó la atención desde la entrada. Los libros estaban dispuestos en una pirámide perfectamente construida, que invitaba a coger los ejemplares, olerlos, mirarlos, comprarlos. El título era *Al otro lado*. Aquel fue el primero que se le ocurrió a Mel, y Abby ni siquiera se había planteado cambiarlo. Al menos no se lo había cambiado a algo tipo «Camino hacia la sombra», «Entre el fuego y el hielo», «Una corte escondida tras la puerta» o cualquier tontería similar.

Mel cogió un libro, pesaba. La cubierta era suave y el título tenía cierto relieve. La portada era bonita, aunque insultantemente parecida, en color y forma, a todas las demás del mismo género. Mostraba una puerta que daba a un mundo onírico y fantástico. Se veía la espalda de Amelia. Su Amelia. Ella misma. Mientras escribía el libro, a veces no diferenciaba entre una y otra, realidad y ficción se habían solapado hasta volverse una única forma indisoluble.

Leyó la sinopsis. Leyó la solapa con el nombre de la supuesta escritora. Leyó todo lo que se leía a simple vista. Abrió el libro por una página aleatoria y leyó aún más: «Amelia entendió que, sin luna, el sol no tendría nada donde proyectar su luz. La oscuridad sería solo eso, un manto negro y nada más».

Dejó el libro donde estaba, le dijo adiós y apretó contra ella el bolso que llevaba al hombro. Salió de la librería rumbo a otro lugar. Uno que llevaba frecuentando una vez a la semana desde que terminó su propio final.

Varias paradas de metro más tarde, llegó a su destino. Traspasó la verja y caminó entre las tumbas a ambos lados del camino hasta encontrar la que buscaba. Se sentó junto a la losa de piedra y apoyó la espalda en ella. Si aquello era algún tipo de sacrilegio, ya había pecado muchas veces.

—Hoy ha salido el libro —le dijo a su amiga.

Sacó de su bolso el manuscrito roído que llevaba tantos días llevando a aquel lugar. Y es que había decidido leerle la historia a su amiga. Aquello era ilegal, lo sabía. También sabía que era muy poco probable que su amiga pudiera escucharla, pero había preferido ignorar la supuesta improbabilidad y pensar en su voz filtrándose bajo la tierra, llegando hasta el cuerpo descompuesto de su amiga y envolviéndola como una manta de lana calentita. Como hacen los amigos.

Ese día, paradójicamente, tocaba leer el final, lo que le pareció un tanto macabro teniendo en cuenta que justo ese día había salido al mercado esa misma historia, pero con un final que se ajustaba más a la mentira que a la realidad. Una historia que no era exactamente la misma, puesto que Abby le había hecho cambiar innumerables detalles, cosa que prefirió hacer sin rechistar.

Abrió el manuscrito por el último capítulo y se lo leyó a su amiga.

Después de todo, esas últimas palabras le pertenecían solo a Blanca.

CAPÍTULO FINAL

Amelia llegó a su mundo revuelta y despistada y confusa. Tardó unos minutos en darse cuenta de dónde estaba. En casa.

Había vuelto a casa.

Miró alrededor y no reconoció el lugar. Había terminado en una calle deshabitada, con edificios a ambos lados que imploraban ser reconstruidos, o al menos rehabilitados. Los cristales se descomponían y del interior bullía un aire podrido y cerrado. Sintió el pánico de haber vuelto sin Larion. Se habían separado a la fuerza, sin esperarlo, sin opciones a la vista. Omaru los había acorralado sin darles cuartel, obligándolos a dos finales: o separarse, o morir allí, envueltos en un continuo vaivén de alucinaciones y mentiras.

Pum, pum, pum.

Amelia aún escuchaba los puñetazos de Larion sobre el cráneo de su primo. Lo suficientemente fuertes para dejarlo aturdido, pero sin llegar a lastimarle del todo. Así era Larion. Y ahora ella empezaba su verdadera misión: encontrar a Blaine lo antes posible.

Caminó unas cuantas manzanas hasta que encontró una pequeña cafetería. Entró y convenció a la camarera para que le prestara un cargador de móvil, se aseó y bebió agua. Tenía la garganta seca como la hojarasca. Cuando encendió el teléfono, leyó los cientos de mensajes que ocupaban la pantalla. Le tranquilizó saber que sus padres pensaban que estaba de viaje por Europa con Blaine. También descubrió que se hallaba en un lugar tan ajeno y desconocido como Twin Falls, un pequeño pueblo de Idaho.

Llamó a Blaine, quien lo cogió al primer tono:

—Eli…, has vuelto.

Amelia cogió el vaso de agua y se lo bebió de un trago.

—Estoy en Idaho, en un pueblo llamado Twin Falls. Tienes que venir aquí ya.

—Estoy en Utah. No tardaré mucho.

—Bien, te espero en la cafetería Arabian Coffee.

Unas horas más tarde, Amelia había comido, bebido y charlado con la camarera, la cual estaba embarazada de muchos meses. Se llamaba Laura y no paraba de zampar cacahuetes. Ni siquiera se percató de que un immorith entraba por la puerta y envolvía a Amelia entre sus brazos mientras le besaba la coronilla.

—Cómo me alegra volver a verte, Eli.

Ambos se miraron, y una sonrisa se dibujó en sus caras.

—Te he echado de menos —le dijo ella.

—Y yo a ti.

Blaine se sentó a su lado. Mirándolo de cerca, a esos ojos, quiso pensar que Larion estaba viéndola en ese mismo instante; sana, salva y junto a su hermano.

—Tienes que volver —susurró—. Omaru ha querido matarme para que no pudiera venir a buscarte.

—Lo sé, lo he visto.

Amelia entrecerró los ojos. ¿Cuántas cosas habría visto Blaine de ella durante esos meses?

—Así que es cierto… Según Larion, elaboraste un plan para que fuera yo quien entrara en Olphillia.

—Es cierto —rio—, siempre fue más listo que yo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ya sabes por qué. Le has conocido, ¿qué sientes por él?

Amelia cogió la servilleta que descansaba sobre la mesa y la estrujó hasta hacerla una bola arrugada. Seguía sintiendo un pánico inusual en las entrañas, y entendió que aquella era la primera vez, en cien días, que ella y Larion habían estado separados. Se había acostumbrado tanto a su presencia, a que formara parte de ella, que ahora se sentía descompuesta. Se atrevió a cerrar los ojos y a decir en alto aquello que no había pronunciado nunca. Algo que Larion aún no sabía.

—Con él siento que lo tengo todo y que no necesito nada. Siento que es mi casa, mi otra parte, mi otro lado, como si con él fuese yo un todo único y completo… No sé, creo que él es el camino correcto, aquel que no tiene piedras con las que poder tropezar y

que, en el caso de haberlas, él sería un bastón en el que me apoyaría para lograr levantarme de nuevo.

Blaine sonrió con dulzura.

—Bien, porque eso es exactamente lo que siente él.

Llegaron hasta el callejón de la puerta que comunicaba ambos mundos. Amelia no se había fijado, pero la puerta por la que tenía que entrar Blaine era amarilla, del mismo color que la que había visto desde Olphillia. Estaba astillada y era diminuta, tanto que la única forma de entrar o salir era agazapado.

Amelia abrazó a su amigo.

—Tienes que irte, Larion te necesita.

La expresión de Blaine se tornó oscura.

—No puedo irme aún, Eli. Si entro, la puerta se cerrará. Un solo pasaje de llegada, muchos de salida, ¿recuerdas lo que pasó aquella vez? Yo no pude seguirte. Pueden salir de Olphillia cuantos immoriths quieran, pero solo un cuerpo puede llegar hasta allí. La puerta se cierra en cuanto ese pasaje de entrada se cobra. Si entro ahora…

—… Larion no podrá venir —terminó ella.

Él asintió.

—Tenemos que esperar.

Ella le cogió una mano y observó sus ojos de colores.

—¿Puedes verle? ¿Está bien?

Blaine negó.

—Así no funciona, no puedo verle cuando yo quiera. Ocurre a veces…

Ya. Amelia lo sabía. Larion le había contado que aquel pálpito llegaba cuando uno de los dos albergaba un sentimiento o emoción fuerte, incluso a través del placer o el dolor físico. Si estaban tranquilos, no ocurría nada. Así que Amelia suponía que, en cierto modo, aquello era una buena señal. Sin embargo, la espera les acabó calando, y la desazón poco a poco se apoderó de ellos.

Esperaron durante horas, la luna ya incluso vestía el cielo, camuflada por la luz artificial de las farolas. A cada segundo, la inquietud crecía, como el cauce de un río a punto de desbordarse.

—No lo entiendo. No, no… ¿Dónde está?

Amelia balbuceaba, daba vueltas en círculos imprecisos, se frotaba las manos y se mordía las uñas. Miraba a Blaine con desesperación, buscando respuestas, pero él solo se encogía de hombros o sacudía la cabeza negando señal alguna.

Hasta que su amigo cayó de rodillas.

El grito fue desgarrador. Brutal. Más parecido al aullido de un animal que al grito de un rey que estaba a punto de ocupar el trono. Blaine se llevó las manos al corazón, tiritaban, temblaban como las de un anciano con Parkinson.

—¿Qué pasa? ¡BLAINE! ¿Qué ocurre?

Cuando él la miró, el mundo tal cual lo conocía, su mundo, aquel que iba a estar habitado por su otra parte durante los próximos cien años, dejó de tener sentido. Amelia observó cómo Blaine lloraba y se erguía a duras penas, con los puños enrojecidos y los dientes apretados. En sus ojos había rabia, sed, ira, dolor y lágrimas. Un dolor que Amelia pudo ver en su ojo azul. Sabía ahora que ese ojo le pertenecía a Larion. Lo sabía porque ya no era del color del cielo nublado, no; ahora era blanco, estaba ausente de color. Ciego, sin vida.

—Ojalá no tuviera que marcharme —la voz de Blaine había cambiado. De alguna manera, lo había hecho.

Él aún tenía la mano puesta sobre su corazón. Sentía el dolor, uno que estaba sintiendo, o que había sentido, su hermano mellizo al otro lado de aquella maldita puerta.

—Vete con él —consiguió decir Amelia.

—Eli…

—Vete con él. Te necesita.

Amelia miró a Blaine. Su ojo azul ya no veía, se pudría dentro de una cuenca que parecía cada vez más inerte. La rapidez con la que veía cómo se desvanecía aquel iris la dejó turbada y marchita. Por un momento, pensó que ella moriría también, junto a aquel ojo, que era lo último que había visto de su amor. Al menos ahora sabía de qué color eran realmente los de Larion: azul pálido.

Los ojos de Larion eran azules. O fueron. Fueron azules.

—Te quiero, amiga. Te querré siempre.

—Vete, ¡joder! Vete ya y ayúdale.

Blaine se permitió levantar una de las comisuras de los labios, con pena y tristeza, pero al menos puso todo su esfuerzo en aquel gesto tranquilizador. Porque ambos sabían que ya no había nadie a quien salvar.

Larion había muerto. Su ojo podrido y el dolor en el corazón de su mellizo fueron la confirmación. No hacía falta que Blaine dijese nada.

Se marchó dejando a Amelia sola, con un vago sentimiento de orfandad que jamás se curaría. La realidad fue un mazazo tan fuerte, tan increíblemente violento, que su cuerpo no pudo soportarlo. Se desmayó en el suelo y su pelo se llenó de una sustancia repugnante. Una de la que luego tardaría en limpiarse. Como aquel dolor, como aquella ausencia.

La de su otra parte, la de su otro lado, la de su otro corazón.

Amelia nunca más se sintió completa. No dirá que fue siempre infeliz, porque no sería verdad. El dolor al principio fue terrible, su mente se encargaba de apagar su cuerpo cada vez que el dolor la superaba. Durante meses, Amelia estuvo más muerta que viva.

Una noche, en la que la soledad pudo con ella, llamó a sus padres. Ellos siempre pensaron que quien había muerto fue Blaine; al fin y al cabo, él había desaparecido sin dejar rastro. Y no era del todo mentira, así que Amelia aprovechó para llorar también la pérdida de su mejor amigo. Sus padres fueron su salvación. Gracias a ellos, Amelia no murió desnutrida y siguió cuidándose. Por su casa pasaron psicólogos y terapeutas de todo tipo, que le hacían visitas a domicilio porque ella no era capaz ni de poner un pie fuera de casa.

Hasta que un día salió.

Una mañana, se despertó con el mismo dolor de siempre, pero sin lágrimas que derramar. Salió a la calle, caminó por el parque, acarició a un perro y recogió una botella del suelo que después tiró en una papelera.

Al siguiente día, volvió a hacer lo mismo, pero aquella vez también sonrió a un niño que le cogió de la mano confundiéndola con su madre. Aquella sonrisa la sintió ajena, como si se hubiese puesto por un momento una máscara que había tomado prestada de alguien que no era ella.

Al siguiente de ese siguiente, consiguió avanzar un poco más. La máscara se le iba aflojando a cada paso que daba. A cada respiración que inhalaba.

Dio un paso más. Y otro. Y otro.

Y otro.

Hasta que, de repente, años más tarde, Amelia podía seguir con su vida sin miedo a romperse.

Amelia se casó a los treinta y siete años con un hombre bueno llamado Jake. Era rubio, larguirucho y tenía unos ojos marrones del color de la corteza desconchada. Olía a jabón de Marsella y se afeitaba con frecuencia. Era dicharachero, adoraba los wésterns y se dedicaba a entrenar modelos de inteligencia artificial para ganarse el pan.

Era todo lo contrario a Larion. Y aquello era lo que Amelia necesitaba, porque, si pensaba más en él de lo debido, cosa que hacía a menudo, tenía miedo de regresar a la raíz del dolor, a aquel momento en el que pensó que no viviría un día más. Pero Jake la hacía reír, la quería inmensamente y ella aprendió a quererlo a él. Tuvieron dos hijas, una tan alta como su padre y otra tan malhablada como su madre.

Y Amelia, cada noche, sin excepción, apretaba con fuerza el collar que nunca se quitaba, besaba primero el colgante de fuego y luego el del hielo, siempre en ese orden. Y, después, con unas palabras susurradas que solo ella podía oír, decía:

—Te quiero dentro, fuera y rodeándome. Siempre.

UN FINAL DIGNO DE UNA NOVELA DE FANTASMAS

Se había fijado en ella. Se había sentado con la espalda apoyada en la losa de aquella tumba y leía algo en voz alta.

No era la primera vez que la veía, ya habían coincidido en más de una ocasión, aunque dudaba que se hubiera fijado en ella. Nadie lo hacía. Por eso le gustaba ir allí; de alguna manera, se sentía a gusto rodeada de gente muerta. Se sentaba a leer sus novelas de fantasía y se olvidaba del mundo de los vivos. Ella solo quería escapar del mundo real.

Ese día, tenía en sus manos el libro que tanto había esperado. Había hecho cola durante horas para conseguir su ejemplar firmado y ahora se disponía a leerlo. A devorarlo. Fantastic Abby era su modelo a seguir. Y es que ella también quería ser escritora. Su mundo estaba tan repleto de ideas incomprensibles que necesitaba expulsarlas, vomitarlas sobre papel. Tenía los dedos llenos de tinta, porque a ella le gustaba escribir a mano. Ella quería sentir el dolor en los dedos tras escribir durante horas. La tinta recién liberada y húmeda. Le encantaba ver el renglón torcido o la tinta corrida. Eso era más real que lo que veía por la calle, en cualquier lugar. Todo parecía una gran mentira. Pero Abby no. Ella no era así. Se le veía en la cara, en todo el esfuerzo que había puesto en ese libro, y que por fin ahora era suyo. Solo había leído unas páginas y ya estaba enganchada. Quería saber más. Quería saberlo todo.

Cuando levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia la chica que leía en voz alta, esta ya no estaba. Se había esfumado, como un fantasma. Quizá se había convertido en uno. Allí debía haber unos cuantos.

Se hacía tarde y decidió volver a casa. Sus padres ya estarían preocupados. Cuando pasó por delante de la tumba en la que había

estado esa chica, vio una especie de cuaderno. No, no era un cuaderno, eran un montón de hojas anilladas. Ahí podría haber al menos 400 páginas. Miró a su alrededor, pero allí no había nadie que la observara cuando se agachó para coger aquel puñado de hojas. Cuando leyó el título, se le crisparon los nervios. Comparó el libro que llevaba en una mano con aquel bloque mustio: *Al otro lado*.

Lo abrió.

En cuanto sus ojos leyeron las mismas frases, aunque con diminutas variaciones, una ráfaga de aire que trajo el olor de los crisantemos amarillos sobre aquella tumba la hizo cometer una auténtica temeridad: cogió el manuscrito y huyó de aquel lugar.

Semanas después, ese final se haría viral. Nadie sabía quién lo había escrito. Pero una cosa quedó clara: Fantastic Abby era un fraude. Y el fantasma podía ser cualquiera.

AGRADECIMIENTOS

Autopublicar da miedo. Yo intenté publicar por editorial varios años antes de optar por esta vía. Escribí tres novelas que rechazaron por distintos motivos, que no leyeron o que, simplemente, no gustaron. Me pasó un poco como a Mel, todo lo que le dijeron a ella, me lo han dicho a mí también. Pero darse por vencida no es una opción, al menos no para mí. Este libro ha sido, en parte, consecuencia de esa frustración que sentía al ver a tanta gente triunfar mientras yo me quedaba estancada en el mismo lugar. Me cansé de esperar una aceptación que no llegaba y decidí autopubilcar por mi cuenta. Entendí que mi objetivo no era solo publicar, sino hacer sentir a los demás. Que me leyeran. Así que si has llegado hasta aquí, gracias por darme una oportunidad y por confiar en mí y en mi historia. Gracias, gracias, gracias, gracias.

Gracias a mi familia; a Álvaro, mi marido, y a mis dos niños, por enseñarme lo que es amar a alguien de manera incondicional. Sin vuestro amor, mis líneas estarían vacías. Andreas y Noah, espero que algún día, si leéis este libro, estéis orgullosos de vuestra madre.

Gracias a mis padres, por confiar en mí desde el primer momento, por ser de los primeros en leerme y por darme alas para hacer lo que me da vida; escribir historias.

Gracias a Laura, sin ti este libro no sería el que es, y lo sabes bien. Serías una editora estupenda y eres una amiga aún mejor. Compartir contigo el proceso ha sido un regalo.

Gracias a mi primo Guille por darme su bendición para sacar a la luz parte de esta historia. Al menos la parte que le pertenece a él. Y a Isa… pero a ella no puedo darle las gracias, porque no es agradecimiento lo que siento, sino una profunda admiración y respeto. Su historia no es la misma que la de Blanca, pero ambas eran mejores amigas y esposas de alguien, y las dos encontraron un final injusto a una edad más injusta todavía.

Gracias a Amparo, enfermera oncológica y amiga, por ese desayuno en su casa y esa masterclas*s* sobre cómo tratar a personas con cáncer terminal. Qué duro es tu trabajo y qué bien lo haces, tía.

Gracias a Antonio (@filologodebolsillo), que corrigió el manuscrito y me hizo sugerencias de edición que han hecho el libro mucho mejor. Encontrarte fue una suerte.

Gracias a Guille (@guilleyyo) por la portada tan increíble que ha ilustrado. Mi idea no era fácil, pero ha conseguido convertirla en realidad.

Y por último gracias a todos esos compañeros, amigos y familiares que, cada vez que me veían, me preguntaban: *¿qué tal va tu libro?* Nunca olvidaré vuestro apoyo. Gracias por estar siempre ahí dándome ánimos día a día.

En la ficción no se vive tan mal.
Pero la realidad es que estamos vivos.
Así que **vivamos.**